MARAÑA

LUIS BRITTO GARCÍA

PÁGINAS VENEZOLANAS
CONTEMPORÁNEOS

Fundación Editorial
el perro y la rana

Maraña

Fundación Editorial
el perro y la rana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Luis Britto García

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de colección
Emilio Gómez
Mónica Piscitelli

Imagen de portada
Henry Rojas

Edición
Maikol Navarro

Corrección
Vanessa Chapman

Diagramación
Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2017002603
ISBN: 978-980-14-4001-7

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

CLÁSICOS abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

CONTEMPORÁNEOS reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

ANTOLOGÍAS es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

LUIS BRITTO GARCÍA

Maraña

COLECCIÓN PÁGINAS VENEZOLANAS CONTEMPORÁNEOS

Aclaratoria que oscurece

Un universo se construye con contradicciones. Un cosmos inabarcable consta de partículas infinitesimales. Cada una está ligada al infinito de las otras por cuerdas y todas ellas constituyen quizá manifestación intermitente de la misma partícula.

Así como lo imaginario es un universo, quizá el cosmos no sea más que una vasta ficción empeñada en agotar todas las narraciones posibles. Percibimos un horizonte de los eventos tras el cual las cosas no pasan de conjetura, en el mundo físico o el mental. Vivimos en una sociedad de materias oscuras insituables, somos víctimas de energías fantasmas, eludiendo antimaterias ilocalizables cuyo mero contacto podría mutuamente aniquilarnos.

Deberíamos conocer el universo a través de su fruto, que somos nosotros, pero cada nueva teoría sobre el uno y los otros acentúa su inescrutabilidad en vez de disiparla. Quizá no tenga otra función la realidad que generar imaginarios que, mientras más nos separan de ella, más la expresan. La única estrategia eficaz de comunicar el razonamiento es la fábula.

La totalidad es el infinito al cual solo accedemos por fragmentos dispersos. De la vasta eternidad vislumbramos apenas el fugaz presente con su efímero sedimento de recuerdos o esperanzas. Llevaría toda una vida escribir una vida: no podemos percibir más que antítesis ni pensar más que síntesis: toda totalidad se reduce al instante que la capta.

Quizá nuestro cosmos, como nuestra vida, tiende hacia la dispersión infinita; pudiera ser que al colapso gravitacional en una masa de la cual nada escapa, a lo mejor hacia un renacer interminable. El

único escape de la fatalidad es la creación de tantos nuevos cosmos reales o imaginarios como lo permita la sucesión de los instantes. Quién sabrá distinguir entre personas y fenómenos, entre observador y observado, creador y creatura. Somos aquello que aportamos. Creo, luego existo.

Horizonte de los eventos

Tigri

Con el sol de enero ambos dos gatitos llegan trotando por el tope de la pared medianera de las quintas y ya al presentarse quedan bautizados: Nube, por enteramente blanca, y Tigrito, por su rayado naranja.

Cuán quejumbrosamente maúllan relamiéndose con sus lengüitas en lo que yo digo que es hambre y Milena considera amor.

Tigri se lanza pared abajo como una lagartija mientras Nube se queda siempre sobre el cobertizo de las herramientas mirando con su intensa cara de luna.

Tigri irrumpe en la cocina maullando, se le enreda a Milena en los pies, se abalanza cuando abre la nevera, desmesuradamente come y se relame.

Atento como un niño con bigotes escruta Tigri los rumores de la lavadora y los de la nevera, sabiendo que si vive bastante llegará a comprender el secreto del mundo.

No soporta Tigri que nadie coma o converse sin recordar a maullidos su presencia.

Su sed de Ser no sabe lo que quiere pero lo quiere de inmediato.

En su determinación de no ser ignorado salta Tigri sobre la mesa y escapa ante el escándalo.

Tras cada travesura se esconde Tigri bajo los gabinetes de la cocina y asoma solo la cabecita para averiguar si la situación vuelve a la calma.

Cuando Milena lo carga Tigri se apacigua y dobla hacia arriba la punta de su rabito como una pequeña J.

En cualquier sitio de la casa se encuentra a Milena cantándole Tigrito eres mi sol Tigrito eres mi bebé.

Al rato se cansa Tigri de tanto mimo y empieza a bañarse con la lengüita.

Tigri se sabe galán y cuando escapa para la sala se tira de espaldas sobre la alfombra para permitir que le acaricien la barriga.

El paroxismo de Tigri ocurre cuando entra una mariposa en la cocina, se esconde sobre la lámpara y a Tigri hay que elevarlo para que entienda que hay cosas fuera de su alcance.

Como consuelo Tigri salta y se traga de un solo bocado un congorocho.

En el tendedero del patio cuelgo un gabán para asolearlo y Tigri se columpia prendido de él como un monito.

Sobre las enredaderas del muro medianero sestea Tigri en las tardes como una pequeña esfinge naranja.

Nube y Tigri juegan en el jardín a la pelea, se acosan, se derriban, corretean tras una culebra asustadiza.

En una cesta de mimbre duerme Tigri esparciendo felicidad con la antena de sus bigotes.

Por momentos entreabre la boca como un bebé y por ella asoma curiosa la puntita de su lengua.

A veces sueña Tigri, patalea dormido sin plantearse el enigma de los sueños.

Mecido y arrullado Tigri, en un sueño brota la espina encarnada de su virilidad.

Amanece Tigri cariacontecido y nos cuenta una vecina que se lió en una reyerta con otro gato cuatro veces más grande, quizá su padre por lo atigrado.

Muy dócilmente se deja Tigri radiografiar donde la veterinaria y examinar en el pecho el costurón de un dedo de largo.

Le receta la doctora antibióticos y Traumeel y le digo a Milena que el Traumeel debe tomarlo ella para sobrevivir a la angustia.

Por su intemperancia es desde entonces apodado Tigri el Buscapleitos o Tigri el Pendenciero.

Cerca de medianoche los instintos encienden en Tigri un desasosiego que lo llama tras la casa hacia las espesuras del monte que da a todas las noches del mundo.

Allá va el pequeñito Tigri pensándose cazador de lunas extraviadas.

Trasnocha Milena mustiándose ante la pantalla de la computadora y Tigri le araña el ventanal del jardín como apareciendo en la gran pantalla de la noche.

Por las calles de la urbanización se arrastra el Matagatos dejando dosis de veneno para rabipelados, perros, niños, gatos.

Los jardineros van sacando de las espesuras seis cadáveres de rabipelados, con sus colas plebeyas que las señoras empiringotadas detestan.

Salgo para el mal viaje y me despide Milena con Tigri en los brazos.

Hago vuelos desventurados, con trasbordos a medianoche en aeropuertos distintos con hoteles por horas de ciudades hostiles, y cuando dormito en los cielos pienso que si Tigri muriera habría que enterrarlo en el jardín de sus favoritas mariposas.

Pero Tigri no ha muerto, protesto haciendo un esfuerzo para sobrevolar las nubes del sueño.

Al regreso Milena me acoge seca, trata de ayudarme a destapar unos drenajes tupidos y al final me dice Tigri murió.

La mañana del viernes lo encuentran como si estuviera dormido, ojos dorados abiertos, el cuerpo estirado hacia el Paraíso de la cocina.

A Tigri lo entierran al pie del poste del fanal que alumbra las noches del jardín.

En la cocina quedan una escudilla con carne y un plato con leche que nadie vacía.

En la hojarasca del patio descansa una pelota inmóvil.

Bienaventurado aquel que no sobrevive a su infancia.

"¡Tigri, te amo!", grita Milena cuando oscurecen la luz del fanal los aguaceros que Tigri tanto detesta.

El joven Mozart

1

El niño Mozart a los cuatro años escarba con sus deditos el blanco teclado del clave y los mineros de Salzburgo escarban con picos las blancas minas de sal. El niño Mozart hace una pausa, cansado, pero para los mineros no hay pausa, escarban y escarban en busca de la tisis y de la sal que paga sueldos de capataces y soldadas de soldados y tributos de emperadores y dietas de príncipes-arzobispos y la paga de su padre Leopold Mozart quien abofetea al niño para que siga escarbando en la blancura del teclado donde la gota de sangre de la naricita herida extiende el frío olor a sal que asfixia el pequeño Salzburgo y sofoca al niño Mozart.

2

El niño Mozart aprende de su padre las notas con palmeta y el pentagrama con palmeta y la armonía con palmeta y la composición con palmeta. Más tarde los melómanos escuchan la voz de Dios en su armonía, sus notas, su pentagrama, sus composiciones que para Mozart no son ya más que variaciones innumerables de la laceración de la palmeta.

3

El niño Mozart descubre que cada nota abre una herida y las restantes solo sirven para curarla. Solo se sana al mundo de la infección de las notas musicales de la misma manera que algunas enfermedades se combaten con otras: la lira de Orfeo disfraza la

voz de los infiernos: la felicidad de la obra maestra miente que todo su horror ha sido enmascarado.

4

El niño Mozart huye del dolor incluyendo en sus composiciones la nota misteriosa que es imposible oír. Maravillosamente bien maneja las discontinuidades. La música es, le parece, pausas en el tumulto del ruido. Nadie entenderá que su verdadera obra es inaudible obertura ejecutada con silencios: su triunfo advendrá con la cesación de ruidos de la sinfonía eterna de la muerte.

5

El niño Mozart dirige en Milán su motete *Exultate*, *Iubilate* para los devoradores de seres humanos que solo interrumpen su cháchara sobre robos y negociados y rebatiñas para mirarlo y reírse de la miserable suerte que le espera cuando cumpla dieciséis años y ya no pueda venderse como niño prodigio. El joven Mozart exulta invulnerable contra el desdén de los devoradores porque ha decidido lo que a estos les está vedado que es el júbilo de seguir siendo eternamente niño.

6

El niño Mozart huye por ciudades heladas y palacios hostiles de todos los que lo olvidan tras aplaudirlo: el príncipe-arzobispo Hieronymus von Colloredo-Mansfeld, que lo echa de su cargo en Salzburgo; la Pompadour, que no lo abraza en París por no desarreglarse el vestido; Aloysia Weber, que lo rechaza en Viena; la princesa de Wurtemberg, que le niega el cargo de maestro de música para dárselo a Salieri; el emperador Joseph II, que opina que su música tiene demasiadas notas: todos los que hoy solo son recordados porque alguna vez olvidaron a Mozart.

7

El joven Mozart es asaltado cada vez más por las composiciones que se le vienen a la mente completas como una catedral terminada, y cuyas notas él escucha todas al mismo tiempo

como quien abarca una multitud de una mirada. Querría el joven Mozart irlas armando acorde por acorde o silencio por silencio como el albañil que en cada bloque deja su alma, pero se acerca en cambio a su propia obra como el peregrino que descubre la catedral terminada. Empezada o concluida por quién, lo ignora: si por Dios, por una oscuridad que lo rechaza; si por él mismo, por un misterio que lo excluye. Mientras más perfectamente armadas arriban las composiciones a su mente más se siente como el pregonero miserable que por las calles grita decretos de un poder que no entiende: tampoco los comprende quizá nadie: los débiles humanos son palomas que aletean en el vacío llevando mensajes de ninguno dirigidos a nadie.

8

El joven Mozart declara no saber qué hace a sus piezas mozartianas: afirma que nunca se propuso componer piezas mozartianas: la perfección misma no puede tener la limitante de un estilo y mucho menos de un nombre; desde que empieza la manía por lo mozartiano se siente perdido Amadeus: se ha desviado de la vasta impersonalidad del universo: del agobiante todo con el que quiso siempre confundirse para escapar de su tormento.

9

El joven Mozart da en las calles de Praga con el loco que solo percibe sus sinfonías como colores y en la Linke Wienzeile de Viena con el desquiciado que solo escucha sus óperas como construcciones geométricas. Por el contrario da el joven Mozart en percibir como sonatas los cuadros de Canaletto y como *concerti grossi* las tartas de la repostería vienesa. Pasa frente a la catedral de Alexanderplatz y rompe en llanto: a nadie puede explicar lo que escucha en la barahúnda de las formas: la más hermosa música del mundo es inaudible: la humanidad está condenada, y no lo sabe.

10

El joven Mozart confía en que la música sea un medio de conocimiento, que por ella se saque el compositor, por este el

universo y por el universo el vacío. No hay forma de perpetrar una nota sin despertar movimientos, emociones, ideas. El joven Mozart intuye una fábrica del mundo que transcurre invisible y de la cual la música expresa apenas un eco remoto. El joven Mozart es apenas uno de los hilos de la trama, quien siguiera ese hilo hasta el tejido se haría Dios, pero es un hilo que desteje a quien lo toca.

11

El joven Mozart en la medianoche después que se apaga la última vela borronea a oscuras sobre el pentagrama las notas que resuelven el misterio de todo y en el hambre de la madrugada divisa apenas una confusión ilegible que le revela que no hay tal misterio. En el cuarto de al lado su esposa Constanza acaba de parir un hijo muerto. Lo único es la belleza, y no basta.

12

El joven Mozart corre hacia el estreno de su *Don Giovanni* por el puente de las estatuas de Praga, donde una doble fila de convidados de piedra lo invita a cenar esa noche en el infierno del triunfo. Al regreso lo esperan cerrándole el paso: tener éxito con la creación es desafiar al Creador y tenerlo con las mujeres, sobrepasarlo. En la otra vida asegura la envidia de Dios y en esta la de millares de enemigos que le expedirán el pasaporte a la otra. —¡*Pentite*! ¡Arrepiéntete! –truenan a coro las estatuas. —No –ríe el joven Mozart. Su mala suerte está echada. Desde entonces camina entre estatuas de piedra que le desean o anuncian la muerte sin saber que es lo único que codicia para librarse del tormento de la perfección.

13

La Muerte comunica al joven Mozart que no puede segarlo porque nadie es capaz de componer un réquiem digno de conmemorar la muerte de Mozart. —¿Apuestas? –dice Mozart.

14

El joven Mozart termina de dirigir el estreno de *La flauta mágica* y distingue entre el público el rostro del compositor Salieri petrificado por la envidia. El joven Mozart se desploma en el banco de un parque y susurra a Constanza que alguien lo ha envenenado. El enlutado heraldo del conde Walsegg toca día y noche a la puerta exigiéndole la entrega de un réquiem. Salieri entra, con un frasco de veneno. El moribundo Mozart le confiesa: Dios me ha engañado dándome a la vez la facultad de intuir la armonía y la incapacidad de expresarla: así como me odias por la mezquindad de tus composiciones ante la perfección que sospechas en las mías, me desprecio yo por mi indignidad ante el objetivo que concibo: solo erijo torres derruidas en el intento de alcanzar un astro inaccesible: no he escrito una nota que valga la pena. Salieri comprende que el enfermo desea la muerte para evitar la tentación de repetirse; huye y en la accidentada escalera traga el veneno que reservaba para Mozart. Cada escalón sufre una arcada, y tras hundirse en un abismo despierta en un charco de vómito. El boticario lo ha engañado.

15

El joven Mozart expira mientras Salieri, inclinado sobre un montón de partituras borroneadas, compone un réquiem que entrega al enlutado mensajero del conde de Walsegg afirmando que lo ha compuesto Mozart. O el genio es solo dolor de la propia miseria, o el prestigio del genio ilumina cualquier miseria que toque: no sabe Salieri cuál de las dos hipótesis es más atroz mientras enloquece ante el espectáculo de su única obra no firmada que se encamina hacia la eternidad mientras él avanza hacia el olvido.

16

Allá van a la carrera los convidados de piedra, allá acarrean el cadáver del joven Mozart en el carretón de los pobretones, allá lo arrojan apenas envuelto en una sábana en la fosa común con todos los que jamás fueron convidados al banquete de la

armonía de las esferas: allá cae el joven Mozart liberado por siempre del tormento de oírla; acá quedamos los convidados de piedra librados al eterno martirio de jamás haberla escuchado.

En el país de los sueños

Así como el filósofo reacciona a la realidad de la existencia,
el hombre que responde a los estímulos artísticos reacciona
a la realidad de los sueños; observa atentamente y disfruta
su observación: porque a través de esas imágenes interpreta la vida
y a través de esos procesos se prepara para ella.
Federico Nietzsche

Winsor McCay se pasea apoyándose en su grácil bastón de caña por los jardines de San Simeón, mirando cómo una absurda alameda da paso a una cómica glorieta tras la cual un irrisorio espejo de agua duplica un falso monasterio californiano que enfrenta un remotísimo palacete envuelto en un capullo de andamios.

Clamorosamente se alzan al cielo las palmeras y fastuosamente derrama sobre ellas esplendores el sol; cadenciosamente abren sus colas destellantes pavos reales del zoológico privado y retuercen sus cuellos los cisnes del pantano artificial. Pero en vano: McCay apenas azota con su bastón las podadas espesuras de los topiarios recién trasplantados y uno que otro tulipán que empieza a mustiarse.

Winsor McCay bordea el zoológico privado en construcción donde leones aburridos bostezan mirando elefantes ceremoniosos, y siente comezón en las manos por trazar bosquejos como cuando de adolescente se ganaba la vida dibujando carteles y afiches para circos y museos de a centavo.

En veredas cubiertas por emparrados en ciernes se topa con una comitiva de indios de utilería que acarrean sacos de palos de

golf seguidos por cowboys que cabalgan tras de Tom Mix, cuyo caballo Tony lanza a McCay una mirada cómplice.

En un templete de mármol todavía sin techo, Charles Chaplin ensaya un solo de mandolina para diversión de Marion Davies, que revolotea como un pájaro riente.

El caminar impaciente de Winsor McCay por los jardines en construcción del palacete de San Simeón le trae a la mente como en un *déjà vu* las graciosas parábolas de sus sueños.

McCay saca de su terno de petimetre lápiz y libreta de apuntes y dibuja rápidamente las formas del ensueño de la noche anterior. Casi por sí sola, su mano traza en página tras página naves interplanetarias que circundan un planeta donde toda la propiedad ha quedado concentrada en las manos de un solo magnate, y los habitantes de junglas de rascacielos deben comprarle las palabras y el permiso de estar vivos.

Exactamente eso, sí: en la copiosa cena había comido una vez más tortilla de queso fundido y en el lecho de hierro del refugio provisional de huéspedes había soñado la forma exacta de la centuria que empezaba.

Desde 1905 Winsor McCay ensoñaba en sus tiras cómicas un siglo donde la clave ignota de los sueños sería la única forma de decir la verdad. Todas las semanas narraba la peripecia de un niño dormido que nunca podía penetrar a un castillo porque lo interrumpía la dolorosa aurora. Dibujar el ensueño como una tira cómica infantil en la página dominical del *New York Herald* y luego del *New York American* era el único alivio contra las compulsivas presiones de la visión.

McCay se toca las sienes intentando conjurar las imágenes de la pesadilla, que como chispas de jaqueca asaltan su campo visual. Bosques de hongos gigantescos donde se extravían exploradores alucinados. Mansiones de geometrías imposibles que se modifican a medida que se las recorre. Proyectiles que cruzan la atónita noche llevando viajeros de uno a otro planeta. Palacios que surgen del suelo rodeando a sus habitantes.

Winsor McCay siente un escalofrío ante la ráfaga de la visión. De nuevo lo asalta su miedo primordial de volverse loco, como su cada vez más olvidado hermano Arthur, diagnosticado como paranoico y deprimido, internado en el Hospital Estadal de Traverse City. Su disciplina, su abrumador trabajo de historietista, no son más que recursos para mantener bajo control un mundo en perenne disolución.

El dibujo arrulla en belleza los horrores posibles.

Osadía y más osadía, es el único mensaje del calvario de sus sueños. Si solo piensas lo impensable, dibuja lo irrepresentable. Mantener bajo control la locura de su propia atormentada imaginación y del mundo enfrentándolas en dibujos, óperas, animaciones, en un creciente vértigo, como el de sus personajes que siempre caen a abismos, al vacío, a la nada estrellada.

Elefantes lanzan quejumbrosos berridos, arreados hacia el zoológico a medio hacer por cuidadores a medio disfrazar de hindúes. Un canguro prófugo salta entre costosos tapices enrollados que acarrean sirvientes agobiados.

Winsor McCay tiembla, sacudido por la segunda ráfaga de visiones. Mesas electorales donde no se deja votar a los mal vestidos. Ancianos inútiles eliminados con gases. Reacciones en cadena de choques entre objetos que destruyen ciudades. Buques flotantes hundidos por buques que navegan bajo las aguas. Naves espías que observan lo que sucede en los cuartos de los edificios como en cajas abiertas. Seres que corren envueltos en llamas inextinguibles. Aeronaves a cuyo paso quedan las ciudades reducidas a cenizas.

Por otra vereda a medio trazar da saltitos Louella Parsons, envuelta en pieles y en un séquito de adulantes que esperan de sus chismes la consagración o la ruina. Winsor McCay cierra los ojos por no ver el engendro, pero al cerrarlos se patentizan todavía más visiones de sus laboriosas pesadillas. Píldoras que cambian el estado de ánimo y el color de las cosas. Escaleras que ascienden y descienden infinitamente. Animales de todas las clases imaginables e inimaginables, transformados por artes o ciencias aterradoras.

Frenética, la mano de Winsor traza en el cuaderno sus detestables visiones. Paseantes que se encuentran con sus dobles y con dobles de dobles de dobles hasta dormir todos en una sola cama sin límites para soñar un mismo sueño que agotará el infinito. Seres que no encuentran traje adecuado porque su cuerpo cambia constantemente de tamaño y de forma. Seres que en un instante envejecen o en minutos rejuvenecen hasta ser bebés y desaparecer.

Por la vereda corre una tropa de payasos que se apresura para divertir a los políticos invitados. Una amazona parada en un pie sobre la silla de montar le lanza un beso.

La caravana frena abruptamente. McCay advierte que desde la cabina de un Rolls Royce Silver Phantom lo mira aviesamente el dueño del castillo en construcción, William Randolph Hearst, el Rey de la Prensa Amarilla.

—Entre –dice secamente el magnate, mientras un chofer con uniforme de almirante abre la puerta posterior.

—Me mandó llamar –contesta McCay–. De Nueva York a California. Todo un viaje. Aquí estoy.

El magnate mira con rencor la camisa de seda, el alfiler de corbata de diamante, el liviano traje de lino, el pulcro chaleco claro de McCay, ante los cuales su recargada pedrería en anillos y cadenas de reloj luce como un mostrador de baratijas.—Sus dibujos –gruñe Hearst.

El chofer arranca el Silver Phantom, dispersando una procesión de camellos con sillas doradas.

—Usted sigue dibujando fantasías disparatadas.

—"El pequeño Nemo en el País de los Sueños" es la página más leída del *New York American* desde que usted me contrató en 1911. Lo dibujaba desde 1905 para el *New York American* de Bennet.

—Usted pierde su tiempo con cantantes, músicos, escenógrafos...

—En 1908 presentaron en Broadway una ópera basada en *El pequeño Nemo*, con música de Víctor Herbert. La vio un cuarto de millón de personas. Estuvo en gira cinco semanas en un tren

de diecisiete vagones. Es buena publicidad para sus diarios. Nada favorece la circulación como los sueños.

—Soñar no sirve de nada. Mi negocio es hacer dormir. La gente no quiere sueños, sino poder. Declaro guerras como siestas, remato pesadillas al mejor postor. Veinte millones de súbditos solo conocen el mundo que les presento en treinta periódicos. Cien millones más escuchan lo que difundo en mis radios, ven lo que proyecto en mis películas.

McCay mira parpadeando al magnate que se agita en su costoso traje de casimir, atribuyéndose el trabajo de sus legiones de empleados. "Vendo", "declaro", "presento", "difundo", "proyecto". Le viene a la cabeza el coronel Stall, el aparatoso patrono de su personaje de tira cómica *Poor Jake*, que se atribuye todo lo que su infeliz peón Jake hace.

—¿Para qué tengo empleados, si no los puedo localizar por teléfono?

—A veces dibujo en casa. A veces toda la noche, hasta que en el porche suena el tintineo de las botellas del lechero.

—Sé lo que hacen todos mis empleados. ¿Contrato a mis dibujantes para que por su cuenta aparezcan como domadores de los dinosaurios de sus dibujos animados en vodeviles en Pittsburg? ¿Pago a mis caricaturistas para que tracen largometrajes de dibujo animado de cincuenta mil láminas?

—En mi tiempo libre.

—Mis empleados no tienen tiempo libre.

—¿No puedo regalar mis sueños a todos?

—Tus sueños me pertenecen.

—Necesito los ingresos extras del teatro, de los dibujos animados.

—Mucho más necesitas mi sueldo fijo. Sí, casa, automóvil con chofer porque odias manejar, tocados costosos y masajes diarios para Maude, abogados para un juicio donde la acusan de romper matrimonios.

En realidad no lo necesito, piensa McCay, resistiéndose a hablar. Quería probar que mi plumilla podía hacer oro. Más del que

mi padre deseaba que ganara cuando me inscribió en la Cleary´s Business School de Ypsilanti.

—El fondo para la educación de tu hijo Robert, sí, el que usas de modelo para los dibujos de tu personaje infantil. Te pago mejor que a cualquier otro garrapateador de tiras cómicas. Si te echo, no podrás volver a la cadena de Bennet. Lo dejaste porque te compré. No les gusta recoger mis sobras. Nadie quiere comprar una guerra con Hearst. Una cosa puedo asegurar. Mis diarios consiguieron que alguien matara a un Presidente. También pueden lograr que alguien muera como artista.

McCay siente otro escalofrío. Entre sus gastos más pesados están las pólizas de seguro que protegen sus ojos y sus manos. Había formas de inhabilitarlas sin cortarlas.

—Debo seguir dibujando mis sueños –dice McCay–. El mundo es una máquina que inventa el mal. Un sueño, como una idea, se sirve de los fragmentos de la realidad percibida para llevarlos a su inevitable conclusión. Hay ideas tan atroces que solo pueden ser elaboradas mientras se duerme, cuando la vigilia rinde la guardia ante las amenazas de la existencia. Mis dibujos drenan esa malignidad hacia el mundo imaginario, permitiéndoles existir solo como manchas de tinta, fantasías, delirios. Por alguna razón, el que esos horrores lleguen al mundo en forma de ensueños en mi página dominical, evita que se hagan reales. Quizá dibujo advertencias.

—¿Podrías soñar que llego a Presidente? –pregunta Hearst.

—Solo sueño lo que será realidad. Todo lo que vemos fue alguna vez ensueño. Los soñadores son los verdaderos creadores del mundo. Algunos podemos evitar que se materialicen nuestras pesadillas, ofreciéndoles formas más perfectas como arte. Aprisionándolas en el Castillo del Rey del País de los Sueños.

—¿Sueñas que soy rey en un castillo?

—Hay diferencia entre la mentira y la imaginación. La mentira aspira a la condición de realidad; la imaginación la supera.

—Pues seré un rey, como nunca se ha visto. Imprimo ejércitos de periódicos. Hablo por armadas de radios. Proyecto centenares

de películas en decenas de salas de cine. Sí, perdí dos elecciones como alcalde de Nueva York y otra como gobernador. Pero por poco margen. Hago y deshago. También puedo hacerme. Ya no hay público, sino vasallos. Comando una armada invencible, como la escuadra de acorazados que azucé contra Cuba. Hundieron la flota española en diez horas. Nadie resiste un bombardeo de titulares de prensa. Tu papel es decorar los cañones.

—¿Necesitan adorno?

—Más que nada en el mundo. Se disparan con el gatillo de la excusa. No más tiras cómicas sobre pesadillas dibujadas con seudónimo para otros periódicos. No más vodevil. No más ópera. No más largometrajes de dibujos animados sobre casas que orbitan entre la Tierra y la Luna y cohetes que las fulminan. No más historietas sobre jornaleros que trabajan como bestias para que su patrono se atribuya lo que hacen. Eso huele a bolchevique. Ya le mandé un memorando a Arthur Brisbane.

—No me ha dicho nada.

—Le escribí que mis artistas deben aplicar todo su tiempo al periódico porque su alianza con la escena interfiere con su trabajo periodístico regular. Y sobre todo, no más Castillo del Rey de los Sueños donde nunca puede entrar ese niño. ¿Cómo se llama?

—Nemo.

—¿Qué nombre es ese?

—Nemo significa Nadie.

—¿Quién quiere ser Nadie?

—Aquel demolido por la carga de sus espantosos sueños. Quien tiene una pesadilla es víctima de sí mismo. Se equivoca el que nos odia. Cada noche nuestro ser se agiganta con una nueva idea o una visión nueva, hasta que no podemos soportar su peso.

—He sido claro. Quiero que usted también lo sea.

—¿Qué quiere usted? –dice McCay sacando su libreta de apuntes para garabatear un boceto–. ¿Viñetas para los editoriales de Arthur Brisbane, el sabio de las tiendas de la esquina? ¿El Demóstenes de las barberías? ¿Ilustraciones con un cerdo echado

y un holgazán encadenado al poste de la Pereza Total, indiferentes a una perspectiva lejana de jardines y de palacetes, con el título: "Puedes perdonar al cerdo, no al Hombre"? Vea. Aquí tiene.

Al terminar el fulminante boceto, la punta del lápiz se quiebra. McCay traga saliva. Ha esbozado la más ramplona imagen posible. El magnate la contempla con ojos entornados.

—Exacto. No quiero otra cosa.

A través de los cristales de la pulimentada limosina McCay echa una mirada a las disparatadas procesiones de animales y bufones, y sus ojos se detienen en el palacete, que parece aproximarse envuelto en su capullo de andamios.

Sí, comprende McCay, y un nuevo escalofrío se lo confirma, la Torre de Babel que construye el magnate es torpe remedo de sus dibujos del Palacio del Rey del País de los Sueños en la página dominical. Las procesiones de animales arreadas hacia el zoológico carcelario son inepto eco de los animales en libertad que pueblan sus dibujos, volando, nadando, mutando en imposibles quimeras. Las comparsas de políticos, celebridades, periodistas, son calcos de sus fantasmagorías de payasos, fenómenos, bufones.

Hearst vigila su mirada y adivina que McCay capta el flagrante plagio.

—El Taj Mahal –musita McCay.

Hearst lo contempla con ojos todavía más entrecerrados.

—Un maharajá –dice McCay– contrata a un artista para que construya el mausoleo más hermoso del mundo. Concluido, le arranca los ojos al creador para que no haga otro equiparable.

McCay vuelve a cerrar los ojos. El mundo ya no se parecerá a las arquitecturas luminosas, los resplandecientes jardines, los vertiginosos juegos de su tira cómica del País de los Sueños. El mundo será propiedad privada de un especulador, un sombrío laberinto de rascacielos lúgubres poblado por seres obligados a comprar el aire y las palabras para expresarse con vocablos ajenos. Shanty Town, la Ciudad de la Desolación, no verá convertidos sus pantanos en

lagos, sus barriadas en prados de resplandecientes flores, sus niñas enfermas en princesas.

—Desde entonces –dice McCay– el maharajá no puede dormir, pensando que el verdadero palacio no es el construido en piedra, sino el que soñó el artista enceguecido.

El magnate se arranca de la boca el habano, lo estruja, lo arroja por la ventanilla.

—Nadie va a saberlo. Nadie entrará al castillo sin que yo lo permita. Al que lo haga le arranco los ojos.

—Yo hago ver a los ciegos. Mis palacios imaginarios no son más que emblemas, alegorías, símbolos del milagro de la invención. ¿Qué puede encerrar una falsificación?

El Silver Phantom frena abruptamente frente a la inconclusa explanada del Castillo de San Simeón. William Randolph Hearst baja por la puerta que le abre el decorado almirante, se vuelve hacia Winsor McCay:

—El chofer lo llevará de vuelta al albergue.

—Odio los automóviles. Prefiero caminar.

Winsor McCay desciende del Silver Phantom, con la sensación de quien no despierta de una pesadilla. Pero de esta, piensa, no habrá despertar. Obreros en overoles raídos por el trabajo y cubiertos de polvo como el personaje de su tira *Poor Jake* descargan bloques de camiones herrumbrosos. Todas las ganancias pilladas por el imperio de la mentira se abisman en la inútil erección del remedo de un sueño robado.

McCay contempla su rostro invertido en el espejo retrovisor, y de repente piensa en voz alta:

—Nemo es Omen.

William Randolph Hearst sube escalinatas a medio hacer, traspone puertas a medio instalar e irrumpe a grandes trancos en el vestíbulo del palacete a medio inundar por una barahúnda de cajas a medio abrir o medio cerrar y a medio repletar de baratijas y obras de arte compradas, saqueadas, robadas, falsificadas, destinadas

a casi decorar el remedo a medio plasmar del Palacio del Rey de los Sueños.

En la sala inconmensurable donde los ecos se repiten sin una sola presencia, comprende que nadie puede entrar en el Palacio del Rey de los Sueños, y justamente por eso ha entrado Nadie.

Miss

1

En una noche tan linda como esta ninguna otra podía ganar. Lo supe desde que siendo niña me mudé a vivir dentro de mí misma. En una exposición sobre hidrocarburos un arquitecto erigió un diamante colosal cuyas facetas eran espejos con las caras reflejantes hacia adentro. Al entrar vi que el infinito multiplicaba mis defectos. Ante el cristal sin límites me vino el primer golpe de sangre. Sonreí para la noche de vidrio donde todas las estrellas tenían mi cara. La unanimidad del reflejo anuló mi fealdad. La apariencia crea inseguridad. La inseguridad crea apariencia. Actuar como bella es más que serlo. Entré al desmesurado diamante de última en una fila de colegialas. Desde entonces vivo en él. Sola.

2

No detallaré la carrera de obstáculos. Para quien llega a la meta antes de partir no hay trabas. La hermosura espera, la fascinación conquista. Yo seguía estudios en una de tantas carreras decorativas, cuando me preguntaron si me atrevía a competir para Reina de Belleza. Atreverse es rendirse a un sistema para vencerlo. La sociedad se absolvía del pecado de morenez eligiendo cada año una Diosa rubia. Miles de ninfas se agolpaban en la eliminatoria que les haría dejar atrás su nada individual para ascender a nada colectiva. En un país pusilánime, osar es el camino. ¿Quién se querría tan poco para aceptar otro amor que el de sí misma? Una miríada de rutinas invocan la belleza. Como las penitencias, apenas tranquilizan el ánimo. Operan

el milagro de convertir el cuerpo de medio en finalidad. Solo la mujer conoce la banalidad de sus formas, que contempla sin deseo. La falsedad es más poderosa que la verdad. El culto del cuerpo culmina en el sacrificio de su objeto. Dietas, depilaciones, teñidos, desteñidos, masajes, gimnasias y cirugías ganan indulgencias pero no la gloria. Esta solo visita a quien ya la tiene. Todo aquel tratamiento era para producir figurantas vacías; yo era por voluntad propia plenamente hueca. Toda pasión crece con la ausencia del objeto del deseo, salvo el narcisismo, en el cual se es anhelada y anhelo. Esta armonía produce una dicha interna imposible de esconder, que quienes se desprecian odian y envidian. ¿Si no te amas, quién te amará? Ni siquiera por tu belleza debes amarte, sino por ti misma. La omnipresencia de la imagen anula sus flaquezas. El mundo es mi piel. Todos la necesitan, yo de las otras nada.

3

Así llegué al convento del deseo frustrado. Desde el principio dominé a Clarabel, el déspota entrenador del harén de las novicias. Todo serrallo entroniza un eunuco. Clarabel tiranizaba aspirantas que buscaban lo imposible, porque para él era imposible ser aspiranta. Nunca creí que los afeminados fueran los mejores amigos de las mujeres. Bastaba ver cómo los peluqueros atormentaban a las novicias tirándoles de las greñas con el cepillo, dejándoles más tiempo de lo necesario el químico que calcina los cabellos. Y tras los tocadores cómo se reían de aquellas que habían creído salir resplandecientes de sus manos. Para ellos la mujer no es solo meta imposible: también pavor secreto. Sus madres los dominaron; para esclavizarlos basta ser madrastra. Para mí nunca hubo peinados que después se iban a ver como un montón de paja ni vestidos con tallas menos a punto de reventar en la culminación de la ceremonia. Así impuse el imperio de la sonrisa vacía, que amenaza porque surge en la inexpresividad total del rostro. Sonreír sin expresión es poder. Gesto que es voluntad y no respuesta. Algunas creen tener las riendas no entregando su intimidad; el verdadero poder reserva la sonrisa. Tu

vientre puede ser de cualquiera, pero la expresión de tus labios pertenece a nadie porque es de todos. Así vencí a Clarabel, y con él todas las conspiraciones del certamen nacional, en donde decide todo menos la belleza, en una noche tan linda como esta.

4

Desde que recibí la segunda corona de la belleza, la del Universo, ya no tuve necesidad de ser bella, si alguna vez lo fui. Las especializaciones reducen a los seres a migajas. Para rescatar esta miseria hay que hacer del símbolo de cada especialización un Dios. La certificación es la apariencia del hecho y por tanto lo supera. Ser oficialmente perfecta es superior a serlo. Basta examinar las imágenes de quienes fueron tenidas por hermosas. Ballenatos encorsetados o esqueletos ojerosos. Cualquier burdel las ofrece mejores. Ninguno con certificado que convenza a la mayoría que no distingue fealdad de belleza. Por costosas las suponían hermosas. No se ama la belleza, sino la reputación de ella. La aldea sin confianza en sí misma se prosterna ante todo lo que suena a universal. Donde el centro es la apariencia, reina la apariencia sin centro. Un año es el término oficial del reinado del prestigio. Durante él nada ocurre porque cada día es una sucesión de liturgias, hasta confundirse todas en una sola y agobiadora ceremonia. Al final viene el rito de entregar la corona a la nueva estrella fugaz. A partir de allí, es preceptivo extinguirse hasta concluir décadas después en nota de crónica roja o necrología conmiserativa. La dinastía de la fascinación devora reinas muertas. Solo espera a aquella que se atreva a detener el instante, en ininterrumpido fulgor. Sin ocaso.

5

Un incidente me sacó del éxtasis. Si las masas eran convocadas por la farsa, yo podía farsear la convocatoria. Un país funciona mientras no se interrumpa la procesión de las apariencias. Las comparsas de la religión, la belleza y el poder distraen de la copulación, la fuerza bruta y la muerte. Mientras las luces resplandecían en el oropel de mi apoteosis, parpadeaban las bujías

del carromato del poder. Cada vez era menos creíble la ficción de que atropellaba en beneficio de las víctimas. Un ebrio que repartía el país entre una camarilla pretendía presidirlo, mientras su amante lo conducía tirado de la oreja. Emblema de una autoridad que había pasado a subalterna, una secretaria privada manejaba el poder. El disimulo esconde la agonía, pero ni disimulo ni verdad pueden ser a medias. La carencia del uno despierta la sed de la otra. Yo hacía parodia del sexo, había quien hacía sátira del poder. En la Universidad Central la Conspiración del Humor inventaba malabarismos de ficciones. Si el voto de las masas encumbraba un tarado domado por una ladrona, ¿por qué no aclamar un genio inspirado por una reina? Yo, inteligente que había desentrañado la maquinaria de la carroza de la belleza, conocía el mecanismo de la carroza del genio. La temen todos porque devora las demás. Toda putrefacción enciende hornos crematorios. ¿No haría arder al cadáver político que sermoneaba virtudes, el monstruo de inteligencia que predicaba la corrupción? Venían las elecciones. La Conspiración del Humor lanzó la candidatura blasfema de un genio acompañado de una diosa. Sus candidatos a ministros, alegando que a los políticos nadie les cree, ofrecían latrocinio, depravación y asesinato. En el Aula Magna de la Universidad se lanzó el guante del desafío que impondría al país un nivel de exigencia insostenible. Contra la Secretaria Privada y su pelele insurgían el Anarquista Coronado y la Diosa. Acepté participar en la ceremonia de la candidatura como Secretaria Privada porque cualquiera otra hembra habría sido remedo indigno de mi fulgor. Me asomé del camerino al escenario y temblé. Una multitud como nunca había visto repletaba el espacio colosal del Aula Magna. La gente sentada, de pie, invadiendo los palcos, el escenario, colgando de andamios en los cuales se hacían reparaciones, aclamaba la farsa para terminar con todas las farsas. "Estoy aterrada", le dije al candidato a ministro de Envite y Azar, un bromista que ofrecía llevar la corruptela a su apoteosis sometiendo todas las decisiones a la lotería. "La irresponsabilidad inmuniza", me susurró, apretándome la mano. Una ovación como nunca he oído saludó

mi aparición, tomada de la mano del ministro, saltando entre el público que había invadido el escenario para sentarse en él. Supe en ese instante que no ovacionaban la verdad que aquella farsa desnudaba. Aclamaban la ilusión de que algo o alguien prolongara la ficción. Un reflector hizo centellear las lentejuelas de mi traje. Fulguró mi maquillaje. Sonreí.

6

Lo único equiparable a la irresistible ascensión de la Conspiración del Humor en las encuestas electorales que predecían su triunfo en los comicios fue su repentina renuncia a la candidatura. La excusa fue que su torrente electoral desnivelaría el porcentaje de la izquierda. Falsa coartada. El humor es mayor poder que la izquierda. Temieron tomarlo. Si la Conspiración del Humor renunciaba al poder, bien podía asumirlo la Reina. La nada no conoce límites. El poder revela nuestra vacuidad. La Aclamación bufa del candidato sarcástico me enseñó el enorme desamparo de las masas. El humor roe ficciones. La masa reclama apariencias.

7

La mujer es la única potestad en el mundo. Soy la forma de reducirla a signo: a nada. Las hembras verdaderas hacen escenas, sudan, sangran, paren, envejecen, mueren. En mi Olimpo sigo inmutable ante los reflectores. Soy la existencia en permanente divorcio del hecho. Reduzco a signo esa rabia de morir que es el deseo. A través de nosotras regresan los hombres al vientre, pero solo durante el orgasmo. Somos su esperanza y su fracaso. Para que no haya derrota no ha de haber anhelo. Mientras me transfiguro de mujer en fetiche supero la posibilidad de intentona y fracaso. No necesito ni siquiera evidenciar el desdén que las supermodelos irradian al flotar por la pasarela o las lentes de los fotógrafos. La modelo destaca los órganos de la generación al precio de no mostrar signos de usarlos. La seducción es contradicción entre invitación y huida. La bella siempre mira a otro sitio, o dentro de sí misma. Somos imágenes de carne

en perpetua fuga. Sensualidad más allá del horizonte de los eventos. Toda existencia crea pavor. Soy la perífrasis, la elipsis, el eufemismo. Soy la manera de nombrar el escándalo sin nombrarlo. Ni en los panegíricos del poder se nombra el patíbulo ni en los de la belleza el objeto del deseo. Antes renunciar a una cosa que decir su verdad. El poder pretende seducir, mi seducción es poder. Si apareciera desnuda, sin revestimiento de los emblemas que atenúan y a la vez simbolizan mi fisiología, sería devorada. Escondida en signos, la histeria de la adoración se enciende a mi paso. Puedo ser cualquier cosa, pero cualquier cosa pierde sentido ante lo que soy. Ni Dios ni cuerpo bastan. Por eso nunca se muestran por completo. Solo aprehensibles potenciados por el aparato de signos que los ocultan. Que por su miseria exaltan el misterio que anuncian. Ningún emblema condesciende a lo que alude. Así como he devorado a la mujer que fui para suplantarla por el signo, el mundo de las apariencias irá devorando al real. Ahora son los tiempos en los que todos quedan boquiabiertos ante mi ascensión irresistible. Todos en suspenso. Todos me siguen. Soy la abanderada de la empleada que no come para gastar en cosméticos, de la que se prostituye para teñirse el pelo. En la sociedad del vacío solo el salto al abismo capta la imaginación de quienes caen. Con mi adicción a lo externo relevo a todos de la obligación de ser algo. Si la meta es parecer, aparento por ellos; patentizo el milagro que los elude. Lentejuelas. Oropel. Bisutería. Más eternos que el diamante, que por su valor se esconde, reaparecen y proliferan en todas las vacuidades, vale decir en todo. Como en todas las batallas, triunfan por el número. Tantas nadas internas necesitan un ídolo. Crearon los faraones pirámides para distanciarse de la muerte; se erigen hoy mitos para alejarse de los hechos. Soy la pirámide que marca la muerte de la femineidad. Como ella, las restantes cosas del mundo irán muriendo para ser sustituidas por sus símbolos. Inauguro un metamundo en el cual solo habrá que lidiar con las apariencias. *Everybody a Miss.* Irrealidad al alcance de todos.

8

Gano en rápida sucesión dos coronas, triunfo consecutivamente en dos elecciones para alcaldesa de distritos Zona Rosa. El mundo no es manejable, pero sí los símbolos que lo expresan. Las realidades cuestan, los signos se abaratan. El poder se obtiene creando la ilusión de que hemos dominado un horror. Goberné maquillando con festivales y decoraciones negociados crasos de cambio de zonificación. Los electores me agradecían con su voto ser expulsados en aras de la invasión de supermercados y clubes nocturnos y del alza de los impuestos. Las moradas eran demolidas para erigir la arquitectura desechable del comercio. Comprendí que la masa exigía la dictadura de las apariencias. El país que más consume por cabeza en productos de belleza. El país donde las especializaciones médicas son desplazadas por la cirugía cosmética. No hay que esforzarse en aparentar. El silencio finge el misterio. El vacío llama al vacío. El simulacro satisface la nada. En el horizonte sin aurora amanece la ideología de lo superfluo. Soy la aparición en la sociedad de las apariencias. En el país los poderes se disuelven dejando abierto el pavor de la libertad. Religión, fuerza bruta y retórica ya no generan ficciones creíbles. Sus oficiantes se agolpan tras de mí, creyendo manejarme. Publicistas y relacionistas públicos y asesores de imagen sueñan con una política de la pantalla que imponga la satrapía de los medios y a través de ella la omnipotencia de las vacuidades. Casi sin asombro contemplo la multitud de seres que suplican ser esclavizados. Creen que lo que no les pertenece los supera. No perteneciendo a nadie me pertenecerían. Necesitan mi nulidad para justificar sus nadas. Solo yo puedo engendrar la antítesis que estabilice la quimera. El oropel absolverá a las multitudes de su desamparo. El vacío de poderes reclama un poder vacío. Recordé la advertencia del ministro bromista antes de arrojarme al circo de los adoradores. La irresponsabilidad inmuniza. Si no soy yo, nadie. En un país donde nadie acepta ser lo que es, es inevitable la dictadura de las apariencias. Solo lo imposible puede detenerme. Todo está listo para mi candidatura a la Presidencia.

9

Solitaria a fuerza de compañías vago por el piso con vista a los jardines con vista al infinito. Dejo atrás el armario de los perfumes. El armario de los zapatos. El armario de las lencerías. El armario de los cinturones. El armario de las carteras. El armario de los trajes de noche. El de los trajes casuales. El de los atuendos deportivos. El de las batas. El de los trajes de baño. El de las joyas. El de los maquillajes. El de las pelucas. El de los tintes. El de las envolturas. Usadas, desechadas. Hasta el hastío me pruebo afeites y atuendos sin encontrarme en ellos. Soy esta perenne mutación que exalta las formas no rindiéndose a ninguna. Serpiente que muda mil pieles desechándolas como decoraciones. En ningún sitio del mausoleo de las apariencias permanezco. Desnuda.

10

Nadie salvo yo se explica mi desaparición fulminante. Nadie sabe dónde va la estrella que colapsa dentro de sí. Todos extraen algo de su miseria para ser tolerados. Solo yo no necesito otra cosa que ser. Como una inmensa oleada me golpeó la certeza de que estaba en mi mano el más incomparable poder, con solo contagiar a cada ser de la masa esta beatitud, este no necesitar del mundo, ni siquiera de la propia belleza. Como un poderoso reflujo me bañó la indiferencia. Diosa de la religión de mí misma, ¿a qué gastarme ante la masa deseante que implora la dictadura del glamour? Solo el juego de los cuerpos existe. Fuera de él todo es excusas. Situados en los cuerpos dependemos del tiempo y el espacio. En quince años seremos nada. El esplendor nos dejará antes de hastiarnos. La impersonalidad nos viste de simulacros de eternidad. La gratuidad del fulgor nos justifica. La belleza solo sirve para perpetuar los fracasos de la carne. Tanta gente fea no haría más que distraerme de la contemplación de mí misma. A cambio de mi imagen solo pueden darme idolatría y la ilusión del poder que nunca han poseído. Si no son más que profuso espejo donde mirarme, también en ellos me veré marchitada. Ceder mi imagen es rebajarla. La autocracia funde

deseante y objeto del deseo. De niña, escuché que la estrella de las estrellas del cine se había encerrado en un apartamento para no ser más nunca vista ni fotografiada. Cuando repasé sus películas jamás entendí el arrobo con que la contemplaban. La sobredimensionaba su ausencia. La distancia centuplica. El embeleso supera defectos, desengaños, los prematuros signos de degeneración ante los cuales el ojo ávido quisiera enceguecer. Todo amor es incondicional. ¿Necesita otra cosa la amante que la amada? Nadie entiende lo sagrado. Dios es la vida, y yo soy su profeta. Nadie podrá rendirme un culto como el que me consagro. Duerman en paz, cuerpos sucios, sarro y caspa y malas posturas. Nadie debe distraerme de la absorción perenne en mi esplendor e incluso en el fulgor que será mi decadencia. Nada podrá separarme de mí misma. Del verdadero amor que desecha pretextos de juventud y belleza. Pasión incondicional que no cede ante la degradación de las vísceras ni el aridecer de la piel. ¿Quién como yo? Perfecta. Nada me impedirá amarme incluso en mi ruina y en la ceniza que permanecerá inmutable como centro de la fugacidad del mundo. Ni siquiera mi imagen que presenta hoy en la noche del espejo la primera arruga.

Devorador

1

Ahora usted espera que yo la escuche. No es necesario. Conozco su problema. Tiene baja autoestima. Reclínese en el sofá. Póngase cómoda. Escuche el ambiente musical. Bajaré un poco la luz. Así. La sedación ya opera. No necesito conversar años sobre el misterio de su alma. El alma no tiene misterio. No hay alma, sino conducta. La conducta busca seguridad. Si no la conseguimos, nos entregamos a quien la ofrece. ¿Tiene otro motivo quien viene a mí? No, no puedo apagar la luz. La estoy grabando. ¿Se siente relajada? Este es el momento crucial. Usted no está dormida. Pero tampoco es dueña de su voluntad. Como la mosca conservada viva en la telaraña. El tiempo necesario.

2

Su caso no es extraordinario. Todos buscan seguridad. No curación, sino aprobación. La aprobación viene de lo consagrado. Si no, ¿quién vendría a mí? En toda aldea hay un desfile para ver al prestigioso. Decía Renán que en la Antigüedad a cualquier celebridad al poco tiempo se le atribuían milagros. Mas el único milagro es el prestigio. Con la propia lengua se lo siembra. Con palabra propia se lo riega. Puedes morir esperando a que los demás te elogien. Elógiate y no dependerás de nadie. Ingresé en la Facultad alegando que yo había introducido en el país el conductismo. Nadie se preguntó cómo podía introducir una doctrina que desde principios de siglo se estudia en bachillerato. Apropiarse de una teoría como de una franquicia inviste de prestigio. Un concesionario de conductismo ha de

ser alguien aunque nadie sepa lo que eso sea. Así penetré en una Facultad que había abdicado su voluntad de conocimiento. Yo notaba la inseguridad de sus autoridades. Conocerlas era como irlas desvistiendo.

3

Como irla desvistiendo. Desnudar no es atropellar una indefensión: es darle el gusto. Instalar a la persona prenda por prenda en la plenitud del desamparo que excusará su entrega. Tranquila. Estudia su conducta aquel a quien su conducta atemoriza. El temor cesa cuando cede el control. Así como usted cede el dominio de sus movimientos. Así. Nunca me preocuparon los rumores de que yo regulaba conductas con castigo y recompensa. Castigo, nunca aprobar los exámenes. Recompensa, promoción a precio de entrega en el sofá. Yo estimulaba las murmuraciones. Eran el reclamo que atraía a las presas. Raramente un ratón de laboratorio resistió al shock eléctrico o una desdichada al colchón. La conducta que es recompensada tiende a repetirse. A repetirse la caída del cabello y la multiplicación de mis arrugas en el espejo que hacen indispensables más extremas recompensas. Castigos más contundentes.

4

Castigo, el que nos revela no ser nada sin la aprobación de los demás. Penalidad todavía más cruel el tener que buscarla con falsos pretextos, pues nadie aprobará la nada. Eso es. Se encuentra usted ahora en el estado en que quizá todavía percibe lo que le acontece, pero ha perdido capacidad de respuesta. Ha cesado la resistencia. No lo atribuya a la sedación. La rendición no es solo la pérdida de movimientos. Ocurre en un nivel más profundo. Solo entrega su voluntad quien teme usarla. Viene a mí quien fracasa en el uso de su albedrío. El confesor, el director espiritual, el terapeuta devora a quien dimite de su voluntad. Me albergó una Facultad que había abdicado de su voluntad de conocimiento. Pronto me apoyó en elecciones académicas una izquierda que había declinado su insurgencia. Ante la amenaza

de una derecha que fuera derecha y una izquierda que fuera izquierda, se pronunció el claustro académico por ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario. El pecador anhela la absolución; el converso, la ortodoxia. La falta de autoestima anhela la tiranía de la ambigüedad. Había cesado la resistencia. Así quedó bajo mi dirección una universidad que había desistido de dirigir el país. No había nada que no pudiera manejarse con recompensas y castigos. Recompensa, instalar altoparlantes con música de peluquería para sedarlos como a gallinas. Castigos, prohibir a los estudiantes toda protesta y aprovechar las vacaciones para hacer ocupar el recinto académico con la Guardia Nacional. Sí, yo levanté el teléfono. Levanté el teléfono para que el comandante de la Guardia detuviera a como diera lugar a los que venían a protestar. A como diera lugar. Desde luego que hubo alboroto por las docenas de muchachos abaleados. Pero quien se entrega no reconoce haber cometido un error. Ni institución ni partido ni mujer reconocerán haberse equivocado al entregarse. Los partidos que habían votado por mí me apoyaron hasta que nadie votó por ellos. Apenas en el acto de graduación una alumna arrojó sobre la mesa de los diplomas un teléfono. No hubo otras consecuencias. Por eso sigue usted en el diván. Ha cesado la resistencia. La libero del tormento de ser quien es. El tormento de quien nadie puede librarme.

5

Ahora estamos en el nivel más profundo. Descendemos al plano de las verdades. No se envanezca. No he hecho esto porque usted para mí signifique algo. Estamos en el umbral de las cosas que nunca se han dicho. Usted no podrá decir ya ninguna. ¿Debo tutear a la víctima? No. Tampoco con mis víctimas he tenido cercanía. La posesión y la destrucción de la carne no es rito de unión sino de separación. Pero no soy yo quien las pone en posición de venir a mí. Es el horror del mundo. Como el chacal, ataco solo a la presa moribunda. No es mi culpa que agonice toda una sociedad.

6

Ahora culmina todo. Usted también ha llegado al final sin resistirse. Quienes me siguen desaparecen. Las parejas a quienes asisto se rompen. Las organizaciones que me candidatean mueren. Alguna vez presidiré un país que se me habrá entregado íntegro por falta de autoestima. Eso permite la explicación de mi alma, es decir, de mi conducta. La nada necesita aprobación de los nadies. Solo me siento superior escupiendo a aquellos de quienes me sirvo. ¿Comprende usted ahora por qué llamé Generación Boba a los jóvenes a quienes mandé disparar con la Guardia? ¿Entiende por qué esa orden no me trajo consecuencias? Llegamos a la fase profunda donde cesa toda resistencia.

7

Donde cesa toda resistencia y ocurre la única situación en la que puedo poseer un cuerpo. Solo poseo lo que he reducido a nada. Pero mi posesión es nada sin las cámaras que dejan testimonio para nadie. Paso y repaso las cintas sin ver otra cosa que mi repulsivo cuerpo incapaz de poseer más que la nada. Si solo poseo la nada soy nadie. Para que mi violación tenga sentido debe existir la sombra de la resistencia. Quizá por eso descuido la dosis de la sedación. Quizá por eso confío en mi voz que le repite que ha cesado la resistencia. Le digo que ha cesado. Le digo que no puede alzarse. Le digo que no puede gritar. Que no puede arrastrarse. Que no puede luchar. Que no puede debatirse. Debo detenerla. Golpeándola contra el escritorio. A como dé lugar. A como dé lugar. A como dio lugar. Nadie escuchó sus gritos tras las paredes insonorizadas. Nadie escuchó los golpes en la sala de espera sin pacientes y sin recepcionista por ser sábado. No es la única que he debido detener. Ni la única cuyo cuerpo desfiguro. Solo formulariamente lavaré la sangre que de todos modos hará brillar el luminol. No será el primer cuerpo que aparece en un basurero ni la primera paciente desaparecida cuyos familiares me denuncian en vano. Conservaré cintas y fotografías autodestructivamente. Usted misma solo ha sido un pretexto. Su inútil muerte no tiene otra finalidad que permitir

la pública notificación de mi desprecio. Una sociedad insegura no sanciona. No me basta con ser quien soy. Si nadie lo sabe no soy nadie. Y si nadie lo descubre terminaré por delatarme. En este gabinete las fotografías de las pacientes anestesiadas y en esta gaveta las grabaciones. Todas ellas registran un cadáver que posee carne muerta. En estas otras gavetas prendas íntimas y restos corporales. Quizá un zarcillo, una hebilla, algo inconfundible. Un ser reducido a objeto todavía puede hablar si yo quiero que hable.

8

Ya usted sabe lo demás. Si me descubren, como es inevitable por las torpes pistas que a propósito dejo para que me descubran, alegaré ante usted que por mi edad, en lugar de la prisión y arresto que pautan los códigos, debo cumplir la condena en mi residencia, privilegio que ninguna ley contempla. A pesar de que los abogados me prohíben hablar, declararé públicamente que en mi residencia disfrutaré de la buena música, de las buenas bebidas, de las buenas visitas, de todos los placeres que no pueden ya gozar mis víctimas. Y usted firmará la orden de excarcelación. En cuanto la vi presidiendo el tribunal nos comprendimos. Y usted terminó aquí a pesar de que sabía todo. Justamente porque todo lo sabía. La primera necesidad de un poder sin autoestima es que lo desprecien. En esta fase profunda sé que ya usted no me escucha. Hablo para mí. Siempre he hablado para mí. Era necesario que usted me liberara para que yo pudiera liberarla. ¿Pero quiero liberarla o liberarme? Una vez más, las grabaciones de la sesión solo reflejan la nada poseyendo un cadáver. Una vez más, descuido la dosis de la sedación. Quizá por eso confío en mi voz que le repite que ha cesado la resistencia. Le digo que ha cesado. Le digo que no puede alzarse. Le digo que no puede gritar. Que no puede arrastrarse. Que no puede debatirse. Debo detenerla. Golpeándola. A como dé lugar. A como dé lugar. A como dio lugar. Tras las paredes insonorizadas. Nadie la escuchará.

As

Me acerqué hasta que casi nos tocamos. Apunté cuidadosamente. Esperé un instante y cuando estuve a cincuenta yardas de distancia rompí fuego con ambas ametralladoras al mismo tiempo. Escuché un ligero siseo, señal cierta de que los tanques de benzina habían sido golpeados. Luego vi una llamarada brillante y mi señor desapareció hacia abajo. Era mi cuarta víctima del día. Mi hermano ya había derribado dos.

Manfred von Richthofen

Autobiografía

—¿A quién engañamos? No vendrá.

—Ya no tiene benzina.

—Volé con él después que se rompió la formación. Escapé de un Camel, me acertó una ráfaga, al regresar yo tenía seco el tanque.

—Tú derrochas combustible, Wolff… Manfred economiza.

—Cuida su avión como un relojero.

—No volverá. No tiene benzina.

—Escuchen. Un motor. Manfred.

—¿Desde cuándo nuestros motores tosen como viejas?

—Es Manfred.

—¿Manfred ese biplano miserable? No… Es el último de los que lo acompañaban… El motor tose… Tanque vacío…

—¡Miren, la insignia del *bulldog* rampante!

—¡Meyer Baldó! ¡El último que lo vio!

—No corran como colegialas… Dejen que aterrice… rebota… eso es… esperen que se acerque…

—¡Meyer! ¡Apaga el motor!

—Cuidado con la hélice.

—Pongan los calces…

—Ya… Ya bajo...

—¿Volverá?—Estoy sordo… por el motor...

—¡Que si Manfred volverá!

—Un Camel se me pegó de la cola. Piqué, empecé un tonel, casi rocé el pasto al volar boca abajo, ascendí, traté de completar la maniobra Immelmann y pegármele a la cola. Cuando se me pasó el síncope blanco, el maldito había desaparecido. Entonces vi a Manni.

—Cuenta de una vez.

—No lo derribaron. Vi el triplano de Manni. Muy rápido, muy bajo, sobre líneas enemigas. Perseguía un caza hacia esa aldea…

—Vaux-sur-Somme.

—Era una tentación. Manni lo acorraló contra las hileras de árboles a la orilla del río. Entonces lo alcanzó un Camel y le vació desde atrás una ráfaga.

—¿Solo una?

—Allá va el triplano, suave como una cometa, da en la pradera, rebota, vuelve a caer, rueda, da dos botes, se detiene, todavía con la hélice girando. Así.

—Nadie lo hizo aterrizar suavemente. O prisionero, o muerto.

—La "concentración en el objetivo".

—Manni nos advirtió. Te concentras en el blanco, olvidas todo.

—Sorprender es matar.

—Manfred toca el timón, y es otro.

—Te olvidas de la fusilería desde tierra. Nos disparaban como a patos. Miren aquí, allí. Habrá que cambiar esas cuadernas. Casi me dejan sin timón.

—Te dan en el tanque y ardes.

—Vivir, arder.

—Nadie abate a un valiente como Manni.

—Habilidad, como en el billar. Cualquier gañán puede tener buen pulso. ¿No es verdad, Meyer Baldó?

—No estudié en Jena. No tengo cicatrices de duelista en la cara. Nací en un país de monos. Un lago grande, como un mar. Criadas indias que nos despiojaban.

—¿Por qué dejaste tu selva?

—Allá nos matamos por nada. Mis padres quisieron salvarme.

—El Jagdgeschwader 11 no es el mejor sitio para llegar a viejo.

—¿Qué buscas aquí, Meyer?

—Iguales.

—Buscas en el lugar equivocado.

—Aquí cada quien es más que los demás.

—Te pregunto, qué buscas allá arriba.

—Iguales.

—Arriba solo hay blancos.

—No tiene mérito matar si no respeto al enemigo. ¿Acaso aplasto piojos?

—Eso se te pide, Meyer.

—Somos flautistas.

—Matamos con flauta de repetición.

—Al caer somos iguales.

—Manni no era igual a nadie.

—Dijiste "era", Göring.

—Piloto derribado no es.

—¿Derribado? Meyer dice que aterrizó. ¿No se incendió, verdad?

—Pudo despegar después que huiste.

—Pudo abandonar el aparato y cruzar las líneas. Mira a Wolff.

—Sí, me derribaron tres veces, hoy me metieron una docena de balas en el fuselaje, y aquí estoy.

—Una cosa te pido, Wolff. Vuela siempre conmigo. Atraes todas las balas. No sé cómo dejaste una libre para Manni.

—El maldito fotógrafo.

—Le dije a Manni que no se dejara retratar antes del vuelo.

—Nada trae peor suerte.

—Manni volverá mañana y mandará a hacer la copa de plata por la victoria ochenta y uno.

—De plomo.

—El Estado confisca la plata.

—Las últimas veinte copas las mandó a hacer de plomo.

—Con plomo se ganaron.

—Ochenta victorias. Era un coleccionista.

—¿Cuántas contaba ese enclenque, Guynemer? ¿Ochenta?

—El más perfecto imbécil se lleva más vidas disparando un obús. Somos comediantes. El medio millón que iba a morir en el Marne se consolaba contando las victorias de los ases como cuentas de vidrio. Pregunta a los millones que van a morir mañana en esos campos si no piden más que una banalidad que les haga olvidar lo que les espera.

—El cañoneo cada vez es más fuerte y empieza más temprano.

—Desde la mañana no nos sobrevuela un solo aliado.

—¿Vendrán?

—Podría ser que no vinieran.

—Vamos. Han derribado a un grande. Vendrán para pavonearse.

—¿Por qué hablamos tanto de Manni?

—Hablamos de nosotros.

—De sombras.

—¿Le habrá pasado como a tantos? Las horas pasan, sin que sepamos para qué.

—Eso da sentido a la vida.

—Desde el aire las cosas se ven como son: pequeñas. Te van a meter una onza de plomo, entonces, respira este aire, aprecia esta brizna. Se puede apagar el motor, y solo se escucha el siseo del aire en las alas… tan suave… hasta que se entra en picado para hacer girar la hélice y encender el motor… A partir de un momento

Manni escucha las armonías de la máquina… cuando el aire se enrarece solo se escucha eso… y se quisiera que nada distrajera…

—Mira, las malezas florecen.

—Ya es abril.

—¿Para qué rompernos la cabeza? Manni no era más que un temerario. Tuvo tantas victorias porque no tenía prudencia. Es una ventaja que las probabilidades terminan por volver en tu contra.

—¿Sabremos la verdad?

—Somos la verdad. Cada ser devora a otro, en la cúspide nos devoramos los héroes.

—Ah, Göring, no nos toques música. Desde que subo a ese aparato estoy cagado.

—Solo estás vivo cuando van a matarte.

—No quiero pagar ese precio.

—Arriba se tiembla y se quiere creer que es el frío.

—El frío y el miedo despiertan.

—Nos mantienen vivos.

—Pero no son la vida.

—Señores, la guerra es la única realidad. O nos matamos rápido, por el hierro, o lento, por hambre o engaño. El hierro acorta la agonía. Abajo presas. Arriba, matarifes.

—Volamos más alto que nosotros mismos.

—En nuestro ataúd.

—Solo se vive allá arriba. La exaltación. No matarás, nos dicen en la Iglesia. Pero no hay otro juego. El Creador o la naturaleza nos someten a la muerte. Nosotros la buscamos. Cuando el otro avión pasa un segundo ante la mira. Me cago en quien diga que mata sin pasión.

—Manni decía que su mayor gusto era derribar al traidor francés.

—Acabar con todos y matarse.

—La vida es insignificante. Hacen bien en mandar millones al matadero. El destino de la humanidad es la muerte. Solo la embriaguez despierta. Allá en las nubes. Muy, muy arriba. Ya no es un

juego. Hay una sola pregunta en la vida, y a nosotros se nos plantea todas las mañanas. En las universidades nos arañábamos la cara con floretes, para exhibir las marcas. Ahora exhibimos vísceras.

—Un duelo cada amanecer.

—No te atrevas a llamar duelo a caer desde el sol y ametrallar al enemigo por la espalda.

—Creemos librar duelos. Los ingenieros los deciden en sus mesas de diseño.

—Tony Fokker contra Dassault.

—Escuadra contra compás.

—Regla de cálculo contra tabla de logaritmos.

—El cobarde siempre dice que el enemigo tiene armas mejores.

—Pero el triplano Fokker es más lento que el Camel. Ofrece demasiado blanco. Las Spandau se encasquillan. En picado se le desprende el ala superior.

—Pero es mejor en ascenso y maniobra.

—El duelo entre cazas es un error. El aeroplano es para matar niños y civiles. El no combatiente es el objetivo de la guerra. Por uno que hieres, cinco deben cuidarlo. Pronto los aviones serán tan grandes que podremos borrar ciudades del mapa. Después, países. No se librarán más duelos. Yunque y martillo, y Dios salve a la población entre ambos.

—Despreciar la muerte es superarla.

—Morir no nos hace importantes.

—Llevamos dentro un muerto que trata de salir.

—¡Qué oigo! En lugar de pilotos tenemos predicadores. Perderemos la guerra.

—¿Cómo? Habla fuerte. Habla claro. Somos los que matamos. Podemos gritar.

—Somos los que morimos. Tenemos derecho a no mentir. La guerra es como la paz, un duelo de producción. Nos bloquearon los puertos. No más minerales estratégicos. No más petróleo. No podemos fabricar más armas. Los americanos pueden producir las

que quieran, y traerlas. Nos sepultarán en hierro. Se dice que enviarán medio millón de reclutas a Verdún. Hicimos mal en pelear por trozos de un mundo ya repartido.

—Oigo derrotismo.

—Somos el Jasta 11, los ases de los ases. Los muertos somos arrogantes. Podemos permitirnos la verdad. Viene la derrota. No tendremos esclavos que preparen máquinas para nuestros juegos. Seremos esclavos. Conoceremos la otra cara de la moneda. Eso quiebra para siempre.

—¡Eh! ¡Ah! ¿Oyeron?

—Sí… Un Hispano-Suiza. Allá lejos. Un SPAD.

—¡Y se atreve a volar sobre el campo!

—Denme permiso y subo a derribarlo.

—Inútil. Motor de 220 caballos. Nuestros triplanos tienen 110. No se arriesga, conserva su altura. Es el mensajero. Sí, allí arroja una corona de flores sobre la pista.

—Es una insolencia.

—No, se lo han ganado.

—¡Cayó! ¡Se desparraman las flores! Adiós, Manni.

—Adiós, nosotros.

—Corro a recogerla.

—Es inútil.

—Se deshizo.

—Como Manni.

—Debe tener prendida una nota de condolencia.

—¿Cómo sabes que es por Manni?

—¿Por quién más atravesarían el fuego antiaéreo para ufanarse?

—¡Saluden, muchachos!

—Ni por cortesía saludo perros.

—No por ellos. Por Manni.

—No por Manni. Por nosotros.

—Manni con sus modales de barón.

—Nada de barón. Freiherr era su padre. Simple hidalgo. Todo oficial con suerte se las da de príncipe.

—Saludo por lo que nos espera a los que nos salvemos.

—¿Por eso se dejó matar Manni? ¿Por no soportar la humillación?

—Apresurar un misterio no lo resuelve.

—¿Por eso no le impediste que se hiciera matar como un novato, volando bajo, fuera de las líneas, con el viento que lo arrastraba hacia el este, concentrado en el objetivo, sin ver el caza que lo seguía?

—Meyer, ¿juras que hiciste lo posible para que Manni no se perdiera persiguiendo imprudentemente un blanco fácil?

—¿No es nuestro deber prestar al amigo la pistola para el duelo o para que se mate por amor contrariado?

—Manni no era el mismo desde que lo alcanzó aquel balazo en la cabeza.

—Las heridas duelen hasta después de la muerte.

—Los médicos querían mantenerlo en tierra. Después de cada vuelo tenía náuseas, mareos.

—¿Quién no, con esta peste a ricino y benzina?

—Calculó mal, acabó mal. Todos acabaremos mal. O muertos o derrotados. Sin uniforme y convertidos en miserables *pfiekes*, civiles. ¿Qué harás tú, Meyer, cuando el cielo se nos caiga encima?

—Muere con el amigo, no te entierres con él. Ustedes no tienen más nada. Regresaré a Venezuela, mi país de monos. Allí no hemos acabado de matarnos. A lo mejor trataré de iniciar la aviación civil. A lo mejor moriré en un accidente cuando se parta el ala de un avión, o tratando de reproducir la pirueta que llevó a Richthofen hacia el balazo que lo hizo aterrizar tan limpiamente.

—Ahí viene el ordenanza con el bolso de cartas para Manni. El montón de las admiradoras, que arrojaba a la basura. Y la de letra caligrafiada, la única que leía, que nunca enseñó a nadie.

—Que las queme. Todas.

—¿Y qué? Como todos nosotros, era un vano, un presuntuoso, un atolondrado. Recordemos sus impertinencias.

—Las que no contaremos jamás. ¿Para qué existimos sino para que se nos recuerde como algo superior a nosotros?

—Pintarrajeábamos los aviones como para una función. Se acabó el circo.

—Se mató el acróbata.

—Hablar echa a perder todo.

—¿Y el perro?, ¿qué hacemos con su perro?

—¿Quién le descerraja un balazo?

—Ya nadie volverá a hablar del Barón Rojo.

Masa crítica

Dámela con masa

Una vez más caigo en la arepera que no sé por fin si es capitalista o socialista y encuentro las caras de siempre de los que no saben nunca quiénes son. Dámela con masa.

Aquí se citan amantes y odiantes y vendedores de llaveritos y de estampas y juglares de semáforos y tragafuegos que quieren sacarse de la boca el sabor de llamaradas. Dámela sin masa.

A cierta hora nona irrumpe el recogelatas que toca música de aluminio, exigiendo la tostada de queso de mano de la luna. Dámela con masa.

Después se rellenan la arepa de perico del amanecer la de queso amarillo del mediodía la de jamón de la tarde la morcilla negra de la noche. Dámela sin masa.

Tele a todo volumen rockola a todo dar ambiente musical a millón pitidos de celulares máxima estridencia repletan la tostada cuatro quesos del aturdimiento que devuelve al mundo anterior a la palabra. Dámela sin masa.

Irrumpen vendedores de rifas y loterías y raspaditos rellenando de incertidumbre la reina pepeada del destino. Dámela con masa.

De madrugada en madrugada asoma el enamorado que come en silencio el picadillo de su corazón. Dámela sin masa.

Como en un bar quisieran contárselo todo tantas almas perdidas pero en la arepera todo se sabe aunque mastiquemos buscando con la mirada en el techo la cagada de mosca de la indiferencia. Dámela con masa.

En la arepera encuentra el solitario la familia ideal que solo acompaña veinte minutos entre el ticket de caja y la servilleta. Dámela sin masa.

El perro que espera que le tiren su concha es el que cura tantas penas del alma con el compañerismo del sicoanálisis de la cola. Dámela con masa.

El mesonero anota de oídas veinte pedidos y los sirve sin equivocarse con su memoria de corto plazo que los despechados envidiamos. Dámela sin masa.

Nadie sabe cuál arepa va a ser la última comunión del parroquiano a quien darán bollo en la esquina y cuyos deudos saldrán de la funeraria de mala muerte de al lado a revivir con otra de fiambre. Dámela con masa.

A ciertas horas pasan raqueta los paramilitares pero la gente agradece que todavía lo hagan con metralletas y no con motosierras. Dámela sin masa.

Allá frenan chirriando los camionetongos negros de la autoridad y un frenesí de guardaespaldas baja a apresurar los pedidos para los jefes mirando de hito en hito a los paramilitares que ni siquiera los miran.

Puede que en la otra mesa coincidan la dietética ensalada de la ejecutiva a quien despidieron de la revista de farándula y el mondongo de la caminadora con la media corrida, ambas fingiendo ignorarse, ambas quizá deseando cada una ser la otra. Dámela con masa.

Quiebra el parabrisas de la noche el choque de automóviles en el cruce entre autopista y calle donde nadie respeta los semáforos. Dámela sin masa.

No preguntes por quién ululan las sirenas, que están aullando por ti. Dámela con masa.

En qué momento empieza la medianoche que nos convierte en periódicos de ayer que sobre el pavimento rumiamos sucesos de anteayer. Dámela con masa.

Los clientes de la arepera somos siempre los mismos y vivimos aquí vendiéndonos unos a otros baratijas e ilusiones,

conectando como tubos digestivos pensantes los dos extremos de mostradores y sanitarios. Dámela sin masa.

Yo hace meses que no regreso a la casa con sus tétricos libros y escribo en las servilletas tantas cosas sin más destino que las papeleras.

Dámela con masa.

El diputado que promueve los casinos

1

Sopla viento de podre. El mal se extiende como lepra en noches atormentadas de disparos que no condescienden a la hipocresía del silenciador. Barrio por barrio, casa por casa, conciencia por conciencia se libra la batalla del crimen transnacional por las industrias de la miseria: préstamo usurario, tráfico de drogas, trata de personas, casas de juego. Capitales sin nombre se legitiman comprando conciencias sin apellido. Los portones de la mansión erigida con fondos desconocidos vomitan la caravana de autos blindados de procedencia problemática. Sicarios, guardaespaldas, tahúres, embaucadores, traficantes y esbirros doblan violentamente las esquinas entre el pánico y la rabia de los ciudadanos. Uno tras otro frenan ante al gran edificio. Hacia las puertas ornamentales corren escuadras de pistoleros. Con gestos convenidos se comunican cuando cada sector está tomado. La operación es perfecta. Nadie ha resistido. El mal siempre gana con la complicidad de la codicia o el miedo. En medio de la asamblea levanta la mano para legalizar el delito el diputado que promueve los casinos.

2

El diputado que promueve los casinos discursea sobre ética, honradez, moral, luces, ideología, sacrificio, esfuerzo, trabajo, valores, patria. Una ficha de juego salta del bolsillo del diputado que promueve los casinos, rebota en la tribuna de los poderes, salta por las ofrendas florales, trastrabilla ante la lápida del soldado desconocido, rueda ante el pabellón con los colores

patrios, resbala ante la sotana del arzobispo, corre ante jueces y diputados y oficiales y coros de escolares, tiembla, gira como un trompo sobre sí misma, relumbrante. "Hagan su juego", grita un pordiosero que hace sus necesidades tras un matorral. Una sonrisa despectiva desgarra el rostro del Honorable Embajador de Estados Unidos. El jefe de la banda marcial alza la batuta y mientras todos pretenden que no pasa lo que pasa, la ficha se acuesta ante la estatua del prócer al compás de las Gloriosas Notas del Himno Nacional de la República.

3

En la ciudad del diputado que promueve los casinos el correo nunca llega pero si llega trae un único mensaje. Cuando el sobre está sellado el cartero pone cara de circunstancias y lo coloca en el gran saco en el cual ya no viajan mensajes de amor ni de esperanza. Con reluctancia toca la puerta y cuando le abren se quita la gorra estropeada y adopta gesto de sentido pésame y ya no es necesario abrir el sobre que contiene el único mensaje: la ficha del soborno o la bala del funeral. A veces el sobre trae también una foto de grupo familiar y el destinatario debe salir a buscar prestado un revólver del calibre adecuado para descerrajarse la bala que le obsequian y comprarle unos días de vida más a los fotografiados. Se dice que pronto en la ciudad solo quedarán sobornados o muertos. Nadie ignora en cuál grupo está el diputado que promueve los casinos.

4

El diputado que promueve los casinos chupa un canapé de caviar mientras a su lado el Embajador confía en inglés a su nuevo Agregado Militar: —No dejarse engañar por rumores. Para evitar una revolución no es necesario invadir un país: basta convertirlo en cloaca –el diputado que promueve los casinos asiente sin comprender mientras devora canapés de hígado de ganso–. Ya no tienen sentido los espías: nuestra Quinta Columna es el Crimen Organizado –el diputado que promueve los casinos sonríe mientras deglute canapés de *ketchup*–. Estados

Unidos pudo invadir Italia porque hizo pacto con la mafia y ahora la mafia domina Italia y Estados Unidos. La mejor cadena es el vicio. Calcule usted si puede haber revolución en un país que se entrega a la mafia –el diputado que promueve los casinos se atraganta con un canapé de cangrejo. A lo mejor comprende.

5

Tras la muralla de vidrio iluminado de los casinos se extiende el hedor a lenocinio de las salas de juego donde la trata de personas inventa paraísos blandos que se pagan en moneda dura. El diputado que promueve los casinos acude ante la convocatoria de los capos de todos los capos que discuten lo único a discutir en el país, que es su reparto. Extranjeros con trajes caros que parecen baratos reclinados en moblajes baratos que parecen caros lo contemplan tras sus lentes oscuros. El diputado que promueve los casinos se contempla gesticulando multiplicado en los cristales negros, sin arrancar sonrisas mientras explica la comisión que espera recibir por diputados dóciles y la renta por jueces complacientes y la propina por funcionarios plegadizos. En los cristales negros de lentes oscuros que lo multiplican ve el reflejo de sicarios que se le acercan por la espalda, y un líquido caliente le corre por la pierna hasta empozarse en la alfombra que parece y es barata. El diputado que promueve los casinos comprende que lo han sustituido por alguien más barato en el momento en que revientan los disparos.

6

Revientan disparos. Estallan cohetes de Año Nuevo. Cubren fusilería de revolucionarios que tapa rugidos de automóviles que arrancan hacia aeropuertos donde asalta aviones la turba de tahúres, sicarios, embaucadores, sayones, fulleros, gusanos y diputados que huyen con el Presidente que acaba de anunciar su renuncia por la radio. El pueblo destruye casinos, garitos y salas de juego, rompe vitrinas con mesas de bacará, revienta ruletas contra las aceras, desventra traganíqueles a mandarriazos.

7

Bajo un montón de fichas de juego termina de pudrirse el diputado que promueve los casinos.

Cartas

Mensaje

El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—Cartero de mansa luna,
cartero de bravo sol,
mi novio se fue a Cantaura
y hasta hoy no regresó,
pon en su mano esta carta
escrita en papel de arroz
donde digo que la espera
es pena que sufro yo.

El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—El mensaje que mandaste
destinatario no halló,
solo encontré de su huella
la sangre que derramó.

No dijo más el cartero,
curtido de mansa luna,
tostado de bravo sol,
ni habló de la mano trunca
que el mensaje no alcanzó
ni del cielo de Cantaura
y su enlutado arrebol.

El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

Y el llanto sobre una carta
escrita en papel de arroz.

O.G. *El Nacional*, jueves 14 de octubre 1982

Clara

1

Clara deja estudios y familia para pasar a la militancia clandestina y la destacan año y medio de obrera en la fábrica textil para preparar la huelga de los años 80 y de allí la despiden por protestar contra la cámara de vídeo instalada para vigilar a las obreras en el baño y entonces pasa seis meses haciéndole suplencias a los carteros con vacaciones atrasadas hasta que al fin la ponen de cartera, tres horas diarias, estudiar por la mañana, trabajar por la tarde en la ruta de Chacao, por la tercera avenida de El Encanto y San Marino, parte baja del Country Club, trecho largo que recorrerá nueve años.

2

El ochenta por ciento de los carteros eran estudiantes, aunque había viejos. Como no tenían horarios para contactarse, se ponían de acuerdo con notas para ir a las marchas de la izquierda con la pancarta del Pedagógico o del Luis Caballero Mejías o para pasar la noche en la cola para comprar entradas de estudiantes para los festivales de teatro. Con los carteros José Luis y Luis Manuel pasó eso de que tenían hambre y entre los dos tenían para un perro caliente, a uno le gustaba con cebolla y al otro no, le pidieron al tipo que lo picara por la mitad, después Luis Manuel llevó la carta a la embajada de México y era la orden de un pago en dólares y los diplomáticos le dieron una buena propina y Luis Manuel buscó a José Luis que comía poquito a poco su medio perro y le dijo bota eso vamos a meternos en el restaurante más lujoso del Centro Plaza.

3

Allá va Clara con el bulto pesado gastando zapatos que están tan caros. Con los usuarios había una relación de afecto. Algunos la trataban muy bien: en la pastelería Danubio cerca de Mata de Coco, que eran rumanos o algo así, siempre la recibían con cachito o con café, le daban aguinaldo en diciembre y le hacían precios especiales si compraba una torta. Los Oteyza, los de cine, tenían en San Marino dos quintas y la trataban muy bien: en un diciembre le regalaron vino y discos. Una señora Josefina Bigott, a los carteros los hacía pasar para que bajaran mangos de su jardín para que se los llevaran gratis; a veces hablaban de temas culturales. Unos alemanes que habían vivido en Alemania socialista eran muy amables con ella pero los entendía muy poco, la recibían con mucho afecto y la hacían pasar a la casa donde siempre había agua, café, un refresco. Otra señora, boliviana, le pedía a Clara que le trajera lima de la casa, más de una vez la invitó a comer, ella le regaló una perrita recién nacida de esas sifrinitas blancas, que Clara se la regaló a su amiga Carmen, ella la llamó Perla. En San Marino otra familia le regaló otra perra sifrinita pero ya grande, llamada Mariana, y se la regalaron porque la señora decía que Clara tenía cara de ser una persona cariñosa, porque su hijo la tenía descuidada, no la llevaba para la peluquería ni le compraba su jamón. La perra se murió por ignorancia de Clara: embarazada se descalcificó. Como Clara había tenido puro perro callejero no sabía que los sifrinos necesitaban tanto cuidado. El veterinario le dijo que hay que tenerles tratamiento de calcio durante, antes y después. El cartero que estaba al lado de la mesa donde le entregaban a Clara todas las cartas de su ruta era un señor mayor que le llevaba las cartas a Régulo Pérez y hablaba maravillas: que Régulo le había regalado cuadros y buenos aguinaldos, estaba pendiente de llevarle la revista *Casa de las Américas* y una de las cosas que él decía era que ese señor que hacía las caricaturas para *Últimas Noticias* era un tipo sumamente sencillo y lo trataba como un igual.

4

Nunca supo Clara por qué la recibían con tanta alegría si llevaba cartas a lo mejor muy tristes. Un señor que había sido republicano era tapicero, muy bueno, con clientes del Country Club, pero tenía tapizado el taller con afiches de Fidel, del Che Guevara, escuchaba Radio Habana y era muy cerrado en lo político: cuando se dio la perestroika aunque era muy risueño vivía criticando y se amargaba recordando. Había una señora que estaba tostada tenía una paranoia de persecución cuando Clara le llevaba las cartas le preguntaba si había visto afuera que la estaban persiguiendo. Le preguntó a uno de los vecinos y le dijo que no estaba bien de la cabeza: la estaban vigilando. Clara tenía buenas relaciones con la señora Paternóster, la dueña de la librería de la primera transversal de El Encanto, en el edificio Santa María, y el dueño del edificio era un ruso de apellido Batiuk que se vino en 1917 aterrorizado por los comunistas, dejó toda su familia en Rusia pero se escribía con ella desde que se dio cuenta de que no comían niñitos. Cuando a Clara la agobiaban los exámenes no le daba tiempo de entregar todo y le pedía a la señora Paternóster que le guardara el morral con las cartas para pasar otro día y ella se lo guardaba. La señora Paternóster le vendía a Clara libros fiados y conseguía los cuentos infantiles chinos y los cuentos infantiles rusos y se quejaba del tapicero que era muy dogmático: ambas se conseguían en las marchas estudiantiles, ella tenía más de setenta años, carterita cómo está, le decía, cualquier cosa nos vemos en las marchas. En la marcha de los pendejos estuvieron las dos juntas marchando. Eso fue cuando Uslar Pietri dijo en televisión que en el país al que no robaba le decían pendejo, y durante un día las avenidas rebosaron de pendejos que manifestaban.

5

Se sentía que las cartas más tristes eran para la tercera transversal de El Encanto, donde vivía la señora con esposo que fue alcalde republicano y se lo llevaron preso y lo fusilaron. Para entonces tendría ochenta años, y siempre llamaba a Clara para

que pasara y le daba torta de helado y la hacía sentar para contarle de su esposo, tuvo dos hembras y se fue con ellas a despedir al esposo cuando lo fueron a fusilar, y el esposo dijo no al cura porque no podía confesarse ante personeros que se decían emisarios de Dios y que habían paseado bajo palio al criminal más grande de la Historia. Ellas pudieron ver el fusilamiento. Ella tenía apartamento en España, cerca de la base estadounidense de Palomares, lo tenía alquilado, supo que en él estaba viviendo gente de la base, pidió desalojo, no se lo dieron, dijo que lo iba a vender, la primera opción era la de la base naval, la única forma era yéndose a vivir allá y se fue a vivir allá a pesar de que después de cuarenta años aquí había perdido la capacidad de aclimatarse y sentía que se iba a morir en España.

6

Había cosas dentro del grupo que aunque no establecidas quedaban como planteadas. Uno de los compañeros, Luis Loaiza, era encargado si se incorporaba una cartera de ser como el anfitrión, si era hombre Clara era anfitriona para que se sintiera incorporado en el grupo. Uno de los muchachos, Lisandro, era imprescindible en el grupo porque era como de veinte años, de muy buen humor, vivía haciendo de todo un chiste, Clara lloraba de la risa por todo lo que se le ocurría. Luis Loaiza sabía de todas las tascas a nivel de precios y tenía contactos con diferentes universidades y con el liceo Luis Caballero Mejías, José Luis era el artista, escribía bonito te dibujaba hacía todas esas cosas ahí delicaditas sin ser pargo, él se casó después con Carmen Reyes, amiga y compañera de estudios de Clara. Ella decía que en cuanto se graduara se iba a Cantaura porque Caracas no le gustaba, había que conseguirle novio para evitar que se fuera a Cantaura, se casó, y de todos modos se lo llevó para Cantaura. Él estudiaba Derecho y cuando llegó al cuarto año se dio cuenta de que no era carrera para él porque la malignidad era muy grande y decidió dedicarse a la fotografía. Otro de los amigos se llamaba Carlos, estudiaba Derecho y tenía un hermano en las mismas condiciones que Carlos Salcedo, que quedó cuadrapléjico en

una balacera en una acción revolucionaria. Carlos sentía una gran admiración por ese hermano y un gran compromiso, no podían contar con él para muchas cosas por eso. Otro amigo de Carlos era un muchacho también que se le murió la mamá y ellos eran tres hermanos y su papá se consiguió otra mujer y se fue a vivir aparte y él tendría 22 años y otro hermano 16 y otras hermana 17 y él los mantenía y vivía en la Nueva Granada en un apartamento viejo y él era el jefe de la casa. Otro estudiaba Comunicación Social en la Católica, era un sifrino de padres españoles y mientras los del grupo eran como antiparabólicos que no les importaba nada, no sabían cómo se había incorporado al grupo porque era estilizado, en diciembre hacíamos parrilla en la casa y amanecían, los invitó un diciembre a su casa y nos daba risa porque siempre hablaba del grupo del correo y fue una comilona porque no se escuchaba ni música de fondo y comentaban lo que es el problema cultural y él se realizaba, invitó a Clara a reuniones con sus amigos y ella llegaba a comer pero no a bailar aunque hubiera música. Él participaba en el grupo de teatro en la Católica y acompañaba a todos al festival de teatro. Una amiga superenrollada era la única que no estudiaba, era muchacha como todas, con cierto complejo por sus caderas muy anchas y era aguafiestas, vivía en eterno rollo, en cuanto en una fiesta se estaban entreteniendo, le daban los dolores de cabeza y se aprovechaba de que José Luis era muy solidario, lo llamaba cuando estaba con su novia y dejaba a esta para atender a María Eugenia y vivía en eterno conflicto por diversas razones. Se había graduado de bachillera, no continuó estudiando y se realizaba nada más con ir al Ateneo, necesitaba ir allí para sentirse bien, al café de Rajatabla aunque fuera a tomar una malta. Vendía franelas pintadas por ella los fines de semana en los alrededores del Ateneo, entrada de Los Caobos.

7

José Luis formaba parte del movimiento revolucionario de trabajadores cuando lo detuvieron él hacía trabajo cultural era dado a las artes le allanaron la casa y lo llevaron preso a él y a su

papá que había sido adeco toda la vida y el papá se transformó en la cárcel padre e hijo en el mismo calabozo y el papá ha sido uno de los defensores del hijo y la última vez que Clara lo visitó lo encontró emocionado con la Revolución o sea no cambió.

8

Clara pide a los amigos cada vez más seguido que le hagan suplencias porque tiene que viajar con un contacto que en la maleta del carro lleva suministros o armas para otro contacto que las pasará a otro contacto que hará la entrega a la guerrilla. Si una muchacha viaja en el carro se ve como más normal y es menos probable que los revisen en las alcabalas. Con el suministro Clara manda a su novio que está en la guerrilla una carta enrollada, finita, en papel de arroz.

9

El 4 de octubre de 1982 aviones Bronco bombardean la llanura, helicópteros con ametralladoras punto 50 barren matorrales, mil quinientas automáticas peinan pajonales, truenan tiros de gracia sobre el rostro de Sorfanny Alonzo, de María Luisa Estévez, del novio de Clara, de otros veinte agonizantes y la carta enrollada, finita, en papel de arroz que le envía Clara es la única entre tantas miles y miles de cartas que nunca llega.

Sorfanny

1

El 4 de octubre de 1982 una muchacha bella, de nariz perfilada, se cepilla la larga cabellera negra para limpiarla de briznas, bachacos, hormigas, y apoya la cabeza sobre el morral. La llovizna matinal pega al cuerpo la ropa de campaña. La noche ha sido dura. Todo ha sido duro para Sorfanny Alfonzo desde hace doce años, cuando resplandeciendo en un traje de fantasía recibió la corona y el cetro de Reina de la Primera Feria de la Cruz y del Mar de Puerto La Cruz.

2

Lejos ascienden helicópteros color de cieno agobiados de cohetes y ametralladoras punto 50. Luego Broncos cargados de bombas y artillería ligera. Al fin, los Canberra, flechas de propulsión a chorro con bombas, cohetería y ametralladoras. Escrutan en los instrumentos el rumbo hacia el hogar ancestral de los antepasados kariña: la Mesa de Guanipa. Los planes de vuelo marcan un blanco de nombre melancólico: Mare Mare, nombre del cacique o la deidad o el indígena que muere infinitamente en una elegía que también parece infinita: Mare Mare se murió / en el sitio de Angostura. / ¿De qué murió Mare Mare / si no fue de su amargura?

3

Quizá comienza la amargura de Sorfanny al estudiar Sociología en la Universidad de Oriente en Cumaná. Quizá pone mal gusto en su vida leer sobre tanta pobreza para tantos y tanta riqueza para tan pocos. Quizá la vida no se estudia en libros. Los intelectuales consagrados abominan del compromiso. Sorfanny hace trabajo político en los sindicatos del calzado, en Petare, en El Cementerio. La fichan todos los aparatos represivos. La Reina de la Cruz y del Mar cambia los vestidos escotados por la camisa de caqui, el jean gastado, las botas Frazzani de obrero y la gran cartera de nido de arrendajo donde la perseguida lleva todo lo que tiene, porque no sabe si volverá a dormir donde amaneció. Un frasquito de crema de almendras y un cepillo suave para el pelo es todo lo que conserva de otra vida que hubiera podido ser más amable, más falsa.

4

Mil quinientos efectivos militares cercan Mare Mare. Los preceden Disips encapuchados. La Mesa de Guanipa es plana, con pastos ralos apenas punteados de matorrales y escasísimos árboles. El peor terreno para que decenas de guerrilleros y estudiantes se reúnan a discutir sobre su estrategia después del terrible golpe de la captura de su principal dirigente, Gabriel Puerta Aponte.

5

Clara conoció a Sorfanny cuando esta estuvo enconchada en su casa, y la recuerda como mujer que aparenta carácter fuerte y argumenta con vehemencia pero que es en realidad muy sensible. Clara recuerda que llora con facilidad, es incansable y muy trabajadora. De escondite en escondite, se gana la buena voluntad de todos porque asume la protección de las jovencitas y es magnífica cocinera y se encarga de las faenas domésticas. Una amiga cuenta que pechereó a un hombre que les faltó el respeto. Otra, que escapó de ser asaltada por tres maleantes luego de una pelea que la llenó de contusiones. Las reglas de seguridad mandan que al cambiar de escondite debe romper todo vínculo con la familia del alma de los solidarios. Sorfanny no se resigna a esa muerte periódica de su mundo. A veces, rompiendo la seguridad, restablece contactos. Una vez se aparece en casa de Clara y lloran todos en la familia recordando a los desaparecidos. El cerco represivo urbano se hace tan fuerte que Sorfanny se incorpora a la guerrilla como la comandante Patricia, en homenaje a su madre, Patricia Salazar.

6

Los vecinos de Cantaura saltan al sentir en la madrugada vuelo rasantes de aviones, explosiones, tableteo de ametralladoras. Ricardo Matheus cuenta que "con los aviones Bronco bombardearon la zona, luego llegaron los helicópteros para barrer el bosque con sus ametralladoras punto 50 y por último de nuevo desde los aviones Bronco dispararon cohetes y bombas en circunferencia amplia, donde permanecían no solo guerrilleros al margen de la ley, sino trabajadores del campo quienes fueron alcanzados por los proyectiles disparados desde diferentes ángulos y por la onda explosiva de las bombas" (*2001*, 6-10-82, p. 30). El gobernador socialcristiano de Anzoátegui Abdel Muhammad niega que se hayan empleado bombas. Pero Eduardo Rivero Olmos testifica que: "En las poblaciones urbanas y ciudades cercanas se insiste con indignación en la muerte de numerosos civiles, entre ellos siete indígenas y un número indeterminado

de campesinos. Aseguran, los que esto sostienen, que los cadáveres de estos civiles han sido sepultados en el mismo sitio de los acontecimientos. Otros dicen que no ha sido necesario ya que los cuerpos quedaron despedazados por las bombas y la metralla de los aviones Bronco" (*El Mundo*, 7-10-82). El ejército no deja pasar a la zona de donde solo llegan detonaciones, explosiones apagadas, humaredas.

7

Quisiera saber, quisiera no saber cómo son los últimos instantes de los fugitivos que solo tienen ideas indestructibles y armas oxidadas contra el bombardeo de saturación que los diarios llamarán "operación exterminio". Quizá Sorfanny ve caer al Catire Antonio Rincón, primer comandante del frente "Américo Silva". Quizá auxilia a la bella María Luisa Estévez, que cae herida en las piernas. Quizá lo último que escucha son estampidos secos: tiros de gracia.

8

María Luisa es hija de un piloto de Viasa y de una propietaria de caballos purasangre, Vicenta Maruja Arranz de Estévez, calderista sin filiación política. Tras la exhumación, esta declara que "todos esos muertos presentaban heridas por armas de fuego en las piernas y en la cabeza (...) solo cuatro de los cadáveres tenían sus cuerpos cubiertos con uniformes militares y el resto, a excepción de su hija, estaban desnudos". Concluye la señora Arranz que solo los uniformados eran guerrilleros, y los demás, estudiantes (*El Nacional*, 14-10-82, D-24).

9

La disparidad de bajas de veintitrés muertos entre los rebeldes contra uno en el ejército confirma que se trata de una ejecución en masa. Cinco meses más tarde, en el Viernes Negro del 18 de febrero de 1983, el saqueo deja sin reservas el Tesoro, y colapsa el sistema bipartidista. La Revolución tenía razón. La masacre se vuelve forma esencial de contacto del gobierno con el pueblo:

Yumare, El Amparo, el Meridazo, el Caracazo. Tantos nombres, tan recordados. Tantas hecatombes, tan impunes.

Zaida

1

Al fin llega tan tarde la Revolución y a Zaida y su amiga Clara las encargan de intervenir la Institución pero sin poder para cambiar nada. Clara y su amiga Zaida han coincidido mucho en la lucha clandestina y ahora ven el poder cundido de gentes que ni lucharon ni nada. El primer día les llega un obrero certificado de reposo en mano. Como tiene motocicleta sufre accidentes y por cada accidente disfruta reposos. Luego como le gusta el básquet debe salir más temprano, y en un año acumula más reposos que trabajo.

2

Clara y su amiga Zaida descubren que para 220 alumnos hay 95 profesores que se reparten dos a tres alumnos por sesión, y cuando se sincera la matrícula quedan sin alumnos cuarenta profesores, y al pedirles que solo cumplan horario para no botarlos, renuncian quince que cabalgan horarios. Un profesor vive en Margarita, viene una vez al mes a dar clases y se devuelve, pide jubilación y sin que se la den se va y no vuelve en seis meses.

3

Zaida y su amiga Clara hacia fines del año académico reciben inaudita cantidad de solicitudes de permisos, entre ellos los de coordinadores de área, que con facilidad inexplicable consiguen reposos. También reposan las secretarias que no saben manejar computadoras sino máquinas de escribir, siempre dañadas a pesar de repetidas reparaciones. Por eso se pierden en el camino los oficios que envían con ellas a los profesores reposeros, quienes dicen que nunca los recibieron y no hay registro de nada porque también llevan las secretarias el archivo donde se pierden carpetas, memorandos, documentos, obras de arte, pinturas donadas. La estructura se entregó con aire acondicionado

y extractores, pero nunca se los puso a funcionar y los fueron desvalijando los lateros, a pesar de la vigilancia que por lo visto ni ve ni vigila. Al entrar a la Institución, la materia se desvanece.

4

La Institución tiene dos puertas y debe haber dos porteros, pero hay infinidad, porque los obreros que no trabajan dicen ser porteros. Uno es latonero pintor lo cual no carece de importancia porque es pintor de carros y rehúsa trabajos de brocha gorda, y solicitó que lo enviaran a la Institución quizá porque en su destino anterior tenía que trabajar.

5

Clara y su amiga Zaida abren puertas cerradas eternamente con llaves ilocalizables desde siempre. Tras portones misteriosos encuentran dos sanitarios de seis plazas que los porteros no abren para no tener que limpiarlos, y semanas después aparecen destruidos para no tener que limpiarlos.

6

Tras otras puertas cerradas descubren talleres o depósitos donde particulares imparten talleres privados que cobran por su cuenta, y convocados a dar explicaciones no se presentan, hasta que se los amenaza por teléfono con botarles sus bártulos.

7

Tras otras puertas con candados encuentran un vigilante que se ha tomado un salón para vivir, otro vigilante en otro salón con moblaje, y una contraloría social de la alcaldía descubre a una tipa expulsada por el prefecto que tenía una cuerda de vagos en una oficina y hubo que pedirle desalojo.

8

Tras portones encadenados descubren depósitos de la cantina que hace siglos regenta un tipo sin pagarle un centavo a la Institución ni cumplir con las normas sanitarias.

9

Tras la puerta más impenetrable localizan la Fundación Amigos de la Institución, sociedad privada a la cual alguna directiva le encomendó un estacionamiento de 120 puestos en pleno centro de la ciudad, solo diferente de una mina de oro en que no hay que cavar para enriquecerse. Catorce años tiene la Fundación Amigos de la Institución cobrando a los propietarios de vehículos que repletan el estacionamiento de la Institución sin que un centavo haya pasado a la Institución, y con ese dinero nadie sabe qué pasa.

10

Casi desde el día en que fue creada la Institución trabaja la señora Anaís, la única que cumple horario; como su marido era diplomático ella siguió infinitos cursos en el exterior pero por dispersos y asistemáticos no se los reconocen y le pagan como si fuera un bachiller en categoría de docente no graduada; ella es el paño de lágrimas de todos y siempre les da para comer o para comprar materiales. A la señora Anaís le dio un infarto pero se resiste a pedir la jubilación porque no sabría vivir sin levantarse a las cuatro de la mañana en Oripoto para ser el paño hasta que se agoten las lágrimas.

11

Semanas antes del inicio de clases o vacaciones la bomba del agua siempre se daña. Para arreglarla contrataban una empresa del marido de la anterior directora. Después de la intervención Zaida y Clara ordenan darle mantenimiento, le asignan dos caporales y la cierran con candado para evitar que se eche a perder casualmente. Antes de las vacaciones de diciembre se paraliza y el profesor Silvano se sumerge tres metros en el tanque para sacar un tubo de plástico que le habían echado, y la pone a funcionar.

12

El jueves antes de Carnaval la bomba amanece inmovilizada. El domingo Zaida y el profesor Silvano la ponen en marcha. El

lunes los estudiantes protestan diciendo que hay que suspender clases por falta de agua. Cuando Zaida abre los grifos con agua y los pone a disposición del Sector, a los obreros que dijeron que la bomba no funcionaba, protestan ante los medios de comunicación llamándose los Mártires de la Cultura Contemporánea.

13

Clara llega ante Zaida a pedirle un permiso porque cuando muchacha abandonó los estudios para meterse de obrera en el frente sindical textil y ahora es su última oportunidad de graduarse por fin con una tesis. Zaida parece muy fuerte pero es muy tierna y echa a llorar sobre su hombro y le suplica que no la abandone porque nadie la apoya y la señora Anaís que siente que el fin de la Institución es el fin de ella misma las contempla con ojos angustiados.

14

Clara vacila. De muchacha vendía el periodiquito subversivo *Qué Hacer por La Silsa* y cuando encontraba un tipo volado con drogas se lo regalaba, más por temor que por conciencia revolucionaria. Eran los tiempos cuando para huir de un allanamiento se tuvo que echar rodando por un precipicio del cerro y sufrió la lesión de la rodilla que la ha castigado toda la vida. Una noche que regresaba al barrio tarde después de una reunión clandestina la rodearon malandros que iban a violarla pero el jefe era el tipo a quien le regalaba los panfletos y ordenó que no la tocaran. Desde entonces Clara piensa que no hay esfuerzo por pequeño que sea que se pierda.

15

Un mugido anuncia que vuelve a dejar de funcionar la bomba.

Parábolas del tercer milenio

Parábola del diálogo

Dialogaron el fariseo, que solo sabe decir Dame, y la buena samaritana, que solo sabe decir Toma, y después de diez minutos el fariseo le había arrancado los ojos y pedía que le diera las gracias.

Parábola del gallinero mixto

El buen granjero creó un Gallinero Mixto, en el cual la mitad de los animales eran gallinas y la otra mitad zorros, y a la semana los zorros habían devorado las gallinas y al granjero.

Parábola de la esclava presumida

En aquellos tiempos los fariseos extremaban el rigor para con sus esclavos, haciéndolos trabajar sin prestaciones, mezquinándoles el pan, sicariando con sus sayones a los que hacían sindicatos, y de vez en cuando acosándolos sexualmente como el fariseo que mientras su esclava le barría la sala le pellizcó una nalga.

—El señor me pellizcó una nalga, el señor me pellizcó una nalga –salió diciendo toda oronda por la plaza la esclava presumida, en lugar de partirle la escoba en la cabeza.

Parábola de la conversación

Dialogaron el pueblo, a quien no dejan hablar, y el fariseo, que no quiere oír, y mientras conversaban los devoró el hambre, que no puede ver.

Parábola de la unidad

Actuando como padrino San William Blake se celebró el matrimonio del Cielo y el Infierno abrazándose tan estrechamente ambos que quedaron reducidos a un Limbo.

Parábola de los inocentes

Y bajaron de los cerros los pastores para anunciar con sus cantos el advenimiento del Elegido. —Eso se arregla con diez mil difuntos –dialogó el publicano. —La muerte de treinta mil inocentes bastará para estabilizar el gobierno –dialogó el rey Herodes.

Pero la multitud de los inocentes puso en salvo al Elegido y pasó aquella jornada terrible sin una venganza.

Desde entonces publicanos y Herodes afilan sus cuchillos para los inocentes.

Generación

El mundo empezaba con nosotros y no íbamos a envejecer nunca

Barbicacho esbozaba la gran novela latinoamericana, escribió el poemario que nadie comentó y murió de cirrosis como profesor de la Escuela de Letras tras odiar a todos los estudiantes que decían que iban a escribir la gran novela, el gran poema, el gran ensayo latinoamericano

Bonancini juró concretar en imágenes el drama del subdesarrollo, su proyecto del gran largometraje del Cine Pobre se detuvo en la cuarta secuencia y los últimos en saber de él decían que filmaba cuñas o a lo mejor él decía que las filmaba para disimular otra cosa más triste

Julio murió en un tiroteo con la policía en Cotiza

A Ezequiel lo despedimos con gritos de Ezequiel, camarada, tu muerte será vengada, la Digepol nos robó la urna en la funeraria para evitar que el entierro se volviera concentración política

En ningún curso falta el que dicen que anda en trata de blancas y la policía lo agarró en algo y le rapó la cabeza y años después andaba de diputado del partido del dictador perejimenez

Bartolo estuvo en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, conoció a Javier Heraud y se hizo como un embajador internacional de la izquierda siempre en recepciones en Bielorrusia o La Habana o Berlín Oriental y renunció al partido el día mismo que cayó la Unión Soviética

A Jacinto lo mataron en el campo de concentración de La Pica o a lo mejor era otro que se llamaba como él

Narváez despuntaba en el cafetín con sus análisis sobre la Teoría de la Dependencia que serían la brújula de la Liberación y después de la beca Ford no quiso saber de más nada ni nadie

Hace años no se ve a Teodosia, la que escribía abajo la dictadura con lápiz de labios en los baños de la facultad, después se dedicó a relaciones públicas y cuando le nombraban izquierda echaba espuma

Un torbellino humano era Dragún que nos hacía afiches para las concentraciones y dibujos para el periodiquito clandestino su casa era una Babel de multígrafos y reuniones y comités de huelga y hablaba temblando del paroxismo permanente y desde que exhibió en el Guggenheim se metió a macrobiótico en Boston

El más radical de todos era Medardo que pasó en la guerrilla una semana y se fotografió con uniforme, no creía más que en la Revolución total y solo él sabía apuntar la invectiva justa para quien se detuviera en pendejadas como el trabajo de masas, después fue el que terminó aplicando el paquete del Fondo Monetario

Magdalena iba a liberarnos de la opresión patriarcal mediante la denuncia del machismo y del acoso sexual hasta que nadie terminó acosándola

Ernesto supuestamente se suicidó conteniendo la respiración en su celda del SIFA

Julio era tan delicado, las muchachas decían que era un amor de educado y murió de aquella enfermedad secreta

Mariela tan aguda a la hora de señalar las contradicciones objetivas y las subjetivas lo que la salvó de todo fueron los parientes influyentes que le consiguieron becas en París y en Londres y en Bruselas y en Roma donde estuvo haciendo postgrados hasta los cincuenta años

A la hora de cometer locuras siempre buscábamos a Nemo, el atolondrado a quien yo estimaba porque creía que ni padre ni partido ni institución ni ideología ni interés podían meterlo por el aro hasta que se casó y temblaba cada vez que la mujer abría la boca

Grisel fue la primera a la cual no quise volver a ver por no saber en qué habían caído aquellos ojos que casi revestían la categoría de causal de suicidio

Cuando Rolando vio que en los periódicos lo acusaban de ataque a un destacamento militar pudo escaparse con papeles falsos y décadas después lo encontré exiliado en Finlandia

Doria, la guerrera que defendió a tiros a su pareja caída hasta que se le acabó el parque, la última vez que la vi hablaba de las maravillas del *marketing*

Ildefonso fue quien largó la delación de quinientas páginas que hizo caer toda la izquierda, vivía escondiéndose de sí mismo hasta que logró hacerlo de todo el mundo para siempre

A consecuencia de lo cual al primero que agarraron fue a Perucho y se caló como seis años preso, después no quería hablar de nada de aquello y cada vez tenía la expresión más amarga

Al enano Ponce lo debe haber atropellado un carro porque de él más nadie supo

Narvarte fue copeyano y después opusdeísta y después urredista y después masista y después adeco y después emepenista y después emeverrista y después golpista y después pesuvista y siempre diputado y siempre embajador y siempre viceministro y siempre juez y siempre

Terán murió sobre su maquinita de escribir redactando otra de sus denuncias a las que nadie hacía caso

A Sierra unos sicarios lo secuestraron, torturaron y dejaron muerto en la maleta de su carro porque investigaba el caso de la chatarra militar

Fulano se hizo rico con un gobierno y Zutano con otro y Mengano con todos

Hubo el que era la gran promesa y se extinguió más rápidamente

Ni se me olvida ni se me olvidará aquel a quien todos olvidamos

No sé qué pasó con los demás que militamos en la célula donde juramos saludar el amanecer de la Revolución mundial y latinoamericana

Para ninguna de las víctimas para ninguno de los deudos para ni uno solo de los huérfanos se consiguió jamás una pensión una casucha un algo

Después vino la oleada de oportunistas desconocidos que arrasó con todo

Tuvimos muertes poco presentables hasta que mejoramos desde la fosa colectiva al velatorio en funerarias con más convocatoria como difuntos que la que tuvimos vivos

Di en ir a los velorios pero sin mirar la cara del homenajeado para tratar de recordarlo con vida aunque todavía viviente pareciera como si estuvieran velándolo

Confundo unas con otras las caras y otras con unas las ausencias de hechos

No sé si nos descontinúan porque agotamos nuestros gestos, o para que no advirtamos que cada nueva hornada los repite

Tomamos el cielo por asalto y caímos sobre nosotros mismos

Quedamos como precursores de lo que debimos haber sido

No sé ya de quien es cada velorio

Nuestra única coartada es el olvido

Héroe

Después de tanto tiempo sin usarlo no sé si el 38 o las municiones funcionarán o si yo funcionaré, pero como me dije de muchacho en la primera reunión de célula clandestina, todo es cuestión de voluntad. Inserto la primera bala en el cargador

Vamos a salir de esta mediocridad de acciones para expropiar armas a los policías o recursos a los bancos la meta de las acciones es sacudir la opinión demostrar que se puede hacer lo imposible limpiamente sin un error sin un tiro secuestrar al futbolista más grande del mundo tenerlo tres días convidado tratarlo amablemente y devolverlo sano y salvo sin pedir más que la publicidad para las gloriosas Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y salir en la prensa retratado junto a él foto que pudiera ser mi condena pero qué importa porque la Revolución llegará antes que la condena antes que la muerte meto la segunda bala en el tambor del cargador

Lo malo de vivir años con la muerte a cuestas no es ver cómo van liquidando a los camaradas, son las horas largas sin tiroteo en las que todo puede pasar y no pasa. Entre escondite y escondite me entretengo garabateando ilustraciones para volantes, afiches, mariposas, para que las palabras de la Revolución que viene vayan decoradas con imágenes de la humanidad que será, firmes, limpias, armónicas, mirando siempre al cielo o al futuro, que yo quería que fueran directas como balas que no fallan. Inserto la tercera bala en el tambor

Vive peligrosamente. El hierro enemigo no podrá tocarte mientras sepas que tu causa es justa y va a cambiar el mundo. Secuestra al coronel de la Misión Militar de Estados Unidos y

anuncia que cambias su vida por la del héroe vietnamita a quien van a fusilar porque atentó contra la vida del Secretario de Estado. Si él no tuvo miedo, tampoco tú. Quien tiembla de pavor es el gringo secuestrado, sabe que sabes que en cuanto lo liberes fusilarán al muchacho en Vietnam, sabe que sabes que en buena lógica no puedes perdonar a quien no perdona, ves la palidez del gringo, ves su sudor frío, insertas la cuarta bala en el tambor, piensas que no vale el cartucho, le dices simplemente vete

Quién hubiera adivinado que lo único que iba a sacar de la Revolución sería este calabozo en ruinas en donde estuvimos encerrados tantos años los héroes, las vanguardias, los que nos lanzamos al combate seguidos por cada vez menos suicidas, los que como almas en pena tuvimos que huir para pelear por Nicaragua, para combatir por la Revolución mundial, para dar una y otra vez en esta cárcel. En sus paredes dejamos versos, proclamas, garabatos, la cochambre del sufrimiento del animal en jaula que no sabe que el único lugar que le quedará algún día en el mundo será encerrarse de nuevo por propia voluntad en el calabozo donde sufrió, a hacer cuadros que nadie compra y organizar grupos radicales que todos los aprovechados miran mal, este mismo calabozo donde a cada momento me envían boletas de desalojo diciendo que es patrimonio de la Historia como si la Historia no fuéramos quienes allí pasamos las noches sin sueño y los días sin mañana, pero ahora nadie necesita héroes. Inserto el quinto proyectil en el cilindro

Ya soy un viejo enfermo a quien en pocas horas vienen a tirar a la calle con un rollo de lienzos y de recuerdos que a nadie interesan. Dónde leí ese párrafo en que Nietzsche pregunta por qué siempre que se piensa en heroísmo se recuerdan actos grandilocuentes, cuando se necesitaría quizá más valor para mendigar que para morir. Inserto la sexta bala en el tambor, cierro el 38, saco el seguro, amartillo el percutor, muerdo el cañón, para matar el hambre me descerrajo un

Universo en expansión

Amor

Paroxismo gloria pasión exaltación entusiasmo felicidad interés indiferencia insipidez aburrimiento sobresalto angustia amargura desesperación dolor depresión infierno agonía agonía infierno depresión dolor desesperación amargura angustia sobresalto aburrimiento insipidez indiferencia interés felicidad entusiasmo exaltación pasión gloria paroxismo gloria pasión exaltación entusiasmo felicidad interés indiferencia insipidez aburrimiento sobresalto angustia amargura desesperación dolor depresión infierno agonía.

Descubierto fragmento perdido del Infierno del Dante, el Círculo destinado a las Musas que no cumplieron sus deberes. Por arreglarse mal o decir tonterías o meterse a monjas o envejecer prematuramente o no estar en el lugar y el momento indicados no pudieron cruzar como una exhalación para atormentar al genio que las necesitaba ni tampoco convertir en genio al adolescente que iba camino de la mediocridad. El castigo consiste en contemplar las obras maestras que hubieran sido engendradas por su causa, el contemplar tantos seres plácidos que jamás llegaron a genios por falta del acicate de la desesperación, única prueba de pasión verdadera.

Él va a los velorios pero nunca ve al homenajeado para poder recordarlo viviente, él va a las reuniones pero nunca levanta la mirada para poder recordar a sus amadas como eran cuando él las adoró y no como lámpara extinguida.Solo el fin del Amor revela la verdad oculta tras lo amado; el verdadero nombre de Amor es Engaño, solo exceso de Amor nos ciega ante la horrible verdad final del mundo.

Amor trabaja desde el Inicio de los Tiempos para que seas.

Allá va, cuadratura del círculo, Imperativo Categórico, epifanía, Sección Áurea, Gloria, Séptimo Cielo, Santo Grial, Fin de los Tiempos, Alfa, Omega, pero no me mira ni me mirará jamás disgustada porque por el exceso de maquillaje se le desprendió una pestaña postiza.

El Padre de los Dioses lanza su maldición contra Amor, que ha creado la multitud de los dioses y de los seres: Trabajarás solo para dar víctimas a los verdugos del Dolor y la Muerte.

Vive la mariposa un día, el hombre apenas el segundo en que Amor lo hiere.

¿Dónde aquello que amé? No murió Amor, murió el que amaba.

Solo Amor inconcluso perdura.

Dulce más que dulce lo que no tenemos. Amor se nutre de Ausencia, Ausencia solo existe cuando es de lo amado.

Noche propicia Amor. Solo en la noche el Deseo se agiganta y duele hasta más allá del nombre de lo expresable. En la oscuridad cumplimos los designios del lado oculto de todo.

Por qué Amor cambia y es en algún momento homérico, luego platónico, después tántrico, a poco divino, las más de las veces profano, ahora trovadoresco, más pronto que nunca iluminista, para después romántico o natural o existencialista o postmoderno o edénico: como la mujer, solo en el cambio existe.

Para quererse a sí mismo hay que tener una capacidad de engaño superior a la del más mentiroso de los seductores.

Amor trabaja para Muerte, Muerte para Amor trabaja.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que las fatigas de suscitar amor eran encomendadas a profesionales de la seducción, las Celestinas. Lo que no conquistan talentos, belleza y hazañas lo consigue la cháchara de una vieja desdentada; solo se conoce el secreto de Amor cuando ya no se puede suscitarlo.

"Si yo hablo con lenguas de hombres o de ángeles, pero no tengo amor, soy como metal que resuena o címbalo que tañe. Y si tuviera el don de profecía, y entendiera todos los misterios y

todo conocimiento, y si tuviera fe para mover montañas, pero no tengo amor, soy nada" (Corintios, 13). Si yo tengo amor, no necesito lenguas ni don de profecía ni fe para mover montañas. Amor es la única pasión que se basta a sí misma.

Más obras que años, más amores que obras, dice el epitafio. La tierra que lo cubre late.

Mimadas anónimas

Sí, ellas se reúnen temerosas en locales lúgubres y confiesan desmelenadas su adicción. Las parejas las abruman con mimos y sienten que su necesidad de ser consentidas aumenta a cada dosis. Con cada nueva sesión de caricias empiezan a descuidar deberes, dignidad, carrera, familia. Con sobresalto advierten el lugar preponderante que los consentimientos empiezan a ocupar en la vida. La declinación en las facultades intelectuales es ostensible ya que una vez que se experimentan los halagos no es fácil pensar en otra cosa. El síndrome de abstinencia las ataca en los lugares más insólitos; estén donde estén solo quieren volver al nidito donde su adorado las atosiga con arrumacos. A veces no temen dar espectáculos en público y descubrir su depravación ante las miradas de otros. Al fin el mimo va suplantando todos los valores. Mimadas Anónimas es una sociedad sin fines de lucro que no se propone librar a sus miembros de la adicción, ya que ninguna quiere. Entre todas se apoyan para disimular, no sea que por la expresión una rival adivine de lo que se está perdiendo y le eche mano al mimante. Regresar a una vida sin caricias sería entonces imposible. Mimadas Anónimas se consideran unas a otras con desconfianza. Cada cual resta importancia a los amapuches de que es víctima, no sea que tienten a las colegas. Como lo creadores, dudan si experimentar la felicidad y no aparentarla sea tormento peor que aparentarla y no experimentarla.

Traición

Sucede a veces que quien hace el amor con una persona imagina que lo hace con otra persona distinta. También, con frecuencia aquella a quien hacen el amor sueña que se lo hace otro ser diferente. Casi nadie está haciendo el amor con quien lo hace. Pero puede ser que esas dos personas que hacían el amor en la realidad entre ellas y con otras en el pensamiento, se encuentren en el pensamiento de otras dos personas distintas que hacen el amor realmente mientras cada uno piensa en otro. No sabemos quién nos posee imaginariamente y muy pocas saben quién imagina poseerlas. Acaparadores y acaparadoras de ensueños son poseídos y poseídas imaginariamente por muchedumbres. Sin saberlo participamos en fiestas de la carne que otros imaginan y que prefieren a la carne real que tocan. Conocí a alguien con el don o la maldición de sentir quién le hacía el amor imaginariamente mientras lo hacía a otra persona en físico. Conoció así a seres que apenas conocía o que no conoció o que le eran repulsivos o que no despertaban su deseo o que alguna vez a su vez soñó poseer sin lograrlo. No sabía si era aquello gloria o infierno. Es posible que en algún momento cada uno de nosotros lleguemos a saberlo y no lo digamos. Entonces todos adquiriremos el don de saber con quién hace el amor quien finge hacerlo con nosotros. Ya no habrá más que distancias.

El extraño caso del alérgico a la silicona

Amar a las mujeres tiene riesgos pero ninguno como los que corre el alérgico a la silicona. Sus intentos de aproximación a una Miss desencadenan insoportable urticaria. Prueba con jóvenes aspirantes a actrices de telenovela que le reportaron sendos episodios de terapia intensiva. Intentos de descubrir el encanto de la mujer madura le permiten explorar las cabinas de ambulancias variadas. El tan soñado beso robado a Angelina Jolie desemboca en edema de la glotis que requiere traqueotomía. Lo cuidan bellas enfermeras. Por alguna razón cada vez que una de ellas lo toca su estado empeora. La alergia a la silicona no es contagiosa. Si lo fuera, quedaría el planeta despoblado.

El mago de teatro

Antes era iluminado y lo abrumó su propio pavor ante el milagro. Ahora trata de convencer a todos de que detrás de cada prodigio hay una explicación trivial, de que la felicidad está en no encontrarla.

Las falsas bailarinas árabes

Sí, la propia Scheherezade fue una vez a bailar a Cúcuta y nadie la tomó por árabe. En la cocina del restaurante le dejaron unas sobras, aquí tiene su mercé y las comió sin una lágrima por no estropear el maquillaje.

El macho de Jalisco

Nadie sabe cómo puede ser eso de macho con chaleco bordado y sombrero con caireles y lentejuelas. Pero donde más larga la segunda el falso charro es cuando sale en botas con tacones altos y espuelas de bisutería. Allí empieza uno a creer que hasta el caballo es amanerado. No mejoran la situación la pistolera recamada ni el revólver con cachas de nácar y damasquinado. Da miedo que lo maten a uno con un revólver así porque parecería que murió de amores.

Amores con el ilusionista

Sumamente comprometida es la situación de la mujer que se deja amar por el ilusionista. Nunca le van a faltar flores porque el prestidigitador saca ramilletes de su manga. Siempre el mago está rodeado de animalitos tiernos como conejos o palomas, tan bien educadas que nunca se supo de alguna que le haya arruinado el frac. El truquista enamorado levita a su amada y la hace pasar por el aro. El problema es cuando el escamoteador se le desaparece y vuelve con el cuento de que paseaba por la Cuarta Dimensión. Es inútil que ella lo encierre en un baúl porque aparece en otro o en varios. Debe la enamorada rápidamente dejarlo antes de que el milagrero le demuestre que el amor es solo un juego de manos.

Reconversión sentimental

El superior gobierno manda quitarle dos ceros a la moneda para que las cuentas no se compliquen con tantos ceros inútiles y allí los ociosos empiezan a soñar un sistema donde les paguen sueldos con monedas con tres ceros y les cobren en precios sin ceros. Por la contabilidad con menos ceros parece como si se desinflaran libretas de ahorros que nos hacían millonarios y en cambio se volvieran justas cuentas de servicios que nos exigían fortunas. Hay un período de transición en el cual en la cartera conviven billetes con exceso y con falta de ceros, y parece que los primeros miraran a los segundos con ínfulas de oligarcas caducos que blasonan de viejos títulos que no son más que papel, y los otros les contestaran la mirada como muchachos orgullosos de todavía no tener arrugas. Todos están de acuerdo en tacharle tres y hasta a veces diez ceros a los prepotentes, a los que estuvieron de moda, a los pantalleros. El clásico se revalúa cada minuto, y cada segundo se desvanece el *bestseller*. El problema aparece al contabilizar recuerdos. Al evocar un libro, una película, un amor, no estamos seguros de si quitarles o añadirles ceros. El sufrir, por ejemplo, se revalúa si le escribimos música de bolero. Los deseos cumplidos se desinflan y a veces hasta pierden dígitos. Acaso nuestras esperanzas, nuestros logros, nuestros actos eran víctimas de la inflación y ameritan una poda. Quizá nunca apreciamos en su valía la sombra de un árbol, la grieta de una esquina, la mirada de un gato. Todo lo cuantificable se disuelve en la duda. Nadie sabe qué hacer con los ceros que quedan sin empleo. Se dice que hacen cola en los estadios esperando una plaza para marcar el score en los partidos sin hits ni carreras. Otros llenan

las páginas de la prensa de artículos sin sentido y las librerías de poemarios insípidos. La mayoría se refugian en las pantallas de los televisores. En las academias no encuentran sillones, porque ya están ocupados.

Crisis en la bolsa de valores

Obligada por perenne crisis la Bolsa cotiza Valores se compran y venden según cotizaciones lealtad fidelidad ética honor estética patriotismo religión amor. Con la apertura de la rueda esta mañana muestran tendencia alcista acciones de amor representadas en bonos afectivos respaldados Amorco que paga salarios mínimos en las maquilas sentimentales de América Central y del Sureste Asiático. Rebatiña por acciones preferidas de patriotismo subastadas por oficiales de varios ejércitos de la OTAN. Abren más temprano usinas donde trabajadores venden su fuerza de sentimientos aunque se prevén huelgas para acortar la jornada sentimental y permitir la reposición de la fuerza emocional. A la tarde se inicia el desequilibrio cuando el Vaticano lanza títulos de propiedad sobre Dios, pero al redimirlos se encuentran cerradas las taquillas del Paraíso. La Reserva Federal lanza una nueva moneda, el Invalorable, para cuantificar todo lo que no tenía valor pero ahora tiene precio. Cada vez son menos los artesanos que en aceras, bajo puentes, en devastadas áreas de suburbios o en tierras inhóspitas insisten en producir con gastadas herramientas emocionales sus propios sentimientos, que ya nadie demanda.

Los bancos de los afectos vacantes

El afecto está peor invertido que el capital, porque todos nos consideramos expertos y autoridades inapelables con los resultados que son de esperar. Basta pasear por los tribunales donde se pleitean los divorcios o leer los consultorios sentimentales para juzgar las consecuencias. La ley fundamental del afecto es su aplicación preferente en pérfidas ingratas, pozos sin fondo o causas perdidas. Pero hay también una aplicación banal que justificaría la colectivización de los afectos. El inglés que aseguró que mientras más conocía a la humanidad más amaba a los perros merecía ser tratado como los segundos. Sabía lo que decía. Se ha perdido la cuenta de cuántos alimentos especiales, complementos vitamínicos, facturas médicas y de peluquería se invierten en perros, gatos y cotorros mientras los niños de la patria roen el duro hueso del olvido. Toda sifrina que rechazó cambiar pañales termina recogiendo caquitas de bicho. Los ingleses se han hecho célebres no por su amor a los animales sino porque parece ser lo único que aman. Las beatas dilapidan las horas que no dedicaron al amor pasando cuentas de rosario. Si nos atrapa la nostalgia terminaremos sintiendo afecto por un trabajo, un mueble o un libro viejos que no pueden corresponderno. En fin, la totalidad de los seres que se aman desmedidamente a sí mismos están equivocados, salvo dos o tres excepciones. Pero llega la Revolución, todos los afectos son justicieramente distribuidos y equitativamente repartidos, y comienza la verdadera tragedia, la de los cariños que nos dedican y que rechazamos.

Top model

La imagen de Ella está en cuanta página, valla, vitrina o pantalla pasa ante los ojos de él. Infaliblemente, la inaccesibilidad termina enamorándolo. En vano la busca a Ella, pero la imagen del Deseo aparece siempre como el preámbulo de algún bien indeseado. Ella es disminuida como prólogo o antesala que solo conduce a algún innoble consuelo: bebidas, lencería, trajes, calzados, perfumes, maquillajes, joyas, autos, yates, muebles, palacios, como si adquiriendo viles inventarios se pudiera poseerla. Él termina odiando todas las fútiles mercaderías que buscan confundirse con Ella para solo conseguir diferenciarse. Él solo desea el débil compendio de cerumen, saliva y excreciones, el frágil milagro de imperfecciones que vislumbra en sus incisivos un poco separados y sus senos demasiado grandes, aquello que dentro de Ella ha resistido a todas las exterioridades y apenas llega a secreto indiferente. El azar es el más eficaz Cupido. Por esto o por aquello es invitado él a la filmación de un comercial donde Ella termina histérica al repetir noventa y dos veces la toma donde debe intentar transferir su encanto a una cristalería de marca. Fácil es recoger un cristal roto. Él es el único que no ha sugerido u ordenado encuadres, expresiones, poses, tonos de voz, gestos, parpadeos. Por un instante parece el reposo de una esclavitud gigantesca. Del instante de conversación tras un decorado se pasa a la invitación para beber algo que termina apenas disimuladamente en el apartamento donde disipar el cansancio. Ahora está Ella allí, en el esplendor de su caspa, su mínima gota de sudor en la axila, las ojeras que apenas comienzan a insinuarse, todos los invisibles secretos que él quería hacer suyos. Pero al

poseerla, él solo percibe bebidas, lencería, trajes, calzados, perfumes, maquillajes, joyas, autos, yates, muebles, palacios, cristales en páginas, vallas, vitrinas, pantallas.

Karma

Pagamos en esta vida los pecados de otras. La condena consiste en obligarnos a vivir con nosotros mismos. Peor castigo que obligar al adolescente ultra a convivir con el reaccionario apolillado en que se convertirá. Mayor rigor que someter a la sifrina cursi a la compañía de la vejuca moralista que terminará siendo. Desmesurado martirio es obligar al niño prodigio a recordarse a sí mismo degradado en medianía después que los años no justifiquen elogiarle la precocidad. Expiación del *dandy* que vive persiguiendo la moda cuando quien pasó de moda es él mismo. No se sabe si la modelo odia más a la valetudinaria en que se convertirá o si esta aborrece más a la modelo cuya comparación hace insoportable su ruina. Se intentó en vano la operación quirúrgica como la que separa a los siameses, pero nadie sabe dónde termina un ser y empieza otro. Se instituyen tribunales de divorcio para separarse de uno mismo pero aun así persiste el desagrado de la separación de bienes y recuerdos y pensiones alimenticias para los Yoes de los que ya no queremos saber nada a pesar de que todos los días nos topamos con ellos en el espejo.

Todos los amores que no fueron

Todos ellos, que se quedaron viudos, que no fueron correspondidos, que se quedaron sin pareja antes de tenerla, que no fueron ahogados por la saciedad o la vileza, que vagaron por el mundo inútilmente disminuyendo o creciendo pero sin irse, que a lo mejor eran correspondidos pero nunca se supo, que no hubo remedio ni esperanza ni alivio, que ni siquiera tuvieron partida de defunción con la ruptura, que a lo mejor engendraron descendientes puramente imaginarios, que a lo mejor somos nosotros.

El coleccionista de objetos eróticos

Noches intranquilas las del coleccionista de objetos eróticos. Durante tiempos que ya olvida coleccionó cuerpos hasta que comprendió que la más perfecta posesión sustituye la cosa por el signo. Ya la gente no ama las cosas sino el dinero, que es su símbolo. Así amó el objeto del deseo sugerido y estilizado hasta transformarlo en el deseo del objeto. Aunque su perversión fue amar mujeres inteligentes, de ellas solo dejó entrar a su gabinete secreto las mascarillas de sus maravillosas frentes, superiores a cualquier tentación. Ahora cierra con doble llave su gabinete y sin embargo al anochecer –pues duerme de día el coleccionista de objetos eróticos– encuentra revueltas las postales sepias de bataclanes, tal vez entremezcladas con la copia numerada de *La Novia desnudada por sus solteros* de Duchamp. La salacidad afina la memoria. No hay razón para que el coleccionista de objetos eróticos encuentre su repertorio de bastones inmostrables en las manos de las muñecas tamaño natural ni las fotografías de Helmut Newton dispersas y como jugando a las afinidades electivas con los grabados de *Ukiyo-e* de Utamaro. No debieran las instantáneas secretas de Louise Brooks extraviarse con las tahitianas de Gauguin. Con tanto cuidado ha separado el coleccionista de objetos eróticos las niñas desnudas fotografiadas por Lewis Carroll que le sorprende encontrarlas barajadas con las tomas de obscenidad casi clínica donde la modelo esconde la cara con el antifaz. ¿Multiplicaban los objetos mismos la combinatoria lúgubre de las perversiones? ¿Por qué su repertorio de lencerías aparece acariciando las manos de las estatuillas de las apsaras o vendando algún rostro de Afrodita? Un botín estilo

paciente de Freud no debería hacer llegado junto a una zapatilla de ballerina estelar que alguna vez dio su función culminante en privado y sin más atavío que sus zapatillas. No comprendía cómo, si había sido su esfuerzo reducir la vida a la inmovilidad de los signos, podían los signos rebelarse en celebratoria imitación de la vida. Así como el signo suplanta al deseo el deseo subleva al signo. El coleccionista de objetos eróticos no concibe que estos realicen emparejamientos y orgías particulares, y por ello multiplica trampas y cerrojos sin otro resultado que encontrar la noche siguiente los corsés encoyundados con los *apadravyas*. En sueños imagina bailes singulares que ocurren entre los objetos eróticos mientras él duerme: la comparsa del Cancán con las africanas de las danzas tribales, la mirada profunda de Colette y de su seno descubierto como escrutando el fotograma de Antonin Artaud en *La pasión de Juana de Arco*; las postales de núbiles vestidas de pintura de plata rodeadas de maniquís de Chirico aparecen en combinaciones nuevas y desesperantes que determinan al coleccionista a permanecer despierto después del alba para descubrir si las ilustraciones de las obras del Divino Marqués celebran contubernios con los idolillos de la fertilidad y las festejantes del Jardín de las Delicias; si es él mismo quien junta, empareja, desordena y luego olvida los encuentros magníficos que concierta. Durante la vigilia comprende que su pecado no ha sido suplantar la carne por objetos sino sugerir que toda vida es sustituible y superable por sus simulacros: volcarla hacia la contemplación desviándola de la ciega meta de perdurar que la trasciende. Catalogar el deseo es desear ser catalogado. Entra el primer fulgor del día por los cristales multicolores del gabinete y con él tras dos vueltas de la ganzúa lúbrica que abre los cinturones de castidad penetra la jovencita desnuda con todos sus labios sangrientos tachonados de azúcar que lo cataloga: la coleccionista de sujetos eróticos.

Universos paralelos

Futuro del Arte

Gira ante mí un vórtice de tiempo nulo: de él surge el primer emenarosta: ser que viaja en el tiempo transformándose en un haz de tachyones: Huyo al futuro, me dice, escapando del Arte.

Tras él brota el segundo emenarosta, que es el primero milenios antes o milenios después: Huyo al pasado, me grita, escapando de un mundo referencial de solo hechos y datos donde no existe el Arte.

Tras él fulmina el tercer emenarosta: Huyo al universo paralelo: siempre que la capacidad mental pasada, presente o futura excede de la meramente indispensable para la supervivencia, empieza la producción artificial de estímulos y la necesidad perversa de consumirlos por sí solos.

Tras él relampaguea el cuarto emenarosta: Siendo inevitable que la omnipotencia tecnológica termine por ejecutar automáticamente todos los actos necesarios para la supervivencia, solo quedará para el hombre cumplir actos gratuitos, de manera que en el futuro habrá solo Arte.

Tras él se acelera la parpadeante sucesión de emenarostas que anuncian: Mundos donde todo se reduce a cantidades de información al extremo de que termina no habiendo más Arte que lo informatizado.

Mundos donde toda forma de arte destinada a un sentido es traducible a otra obra de arte que excita otro sentido como la Quinta Sinfonía al gratén o la forma sólida del aroma.

Mundos donde los sentidos se multiplican infinitamente e infinitamente las variedades de Arte que los expresan.

Mundos donde el Arte reviste una apariencia tan real que la gente lo toma por realidad y a esta por Arte.

Mundos donde el Arte transcurre por fuera del nivel de la conciencia.

Mundos donde la tortura o el asesinato son Artes.

Mundos donde el Arte es la única forma de conocimiento.

Mundos donde se crean Artes no perceptibles por los sentidos ni comprensibles por las mentes.

Mundos donde la muerte de la Historia y de todo lo demás impone un arte de intervalos sin vida, de cantidades de nada.

Mundos donde se crean obras biológicas, mutaciones estéticas, siendo cada ser tan único que desaparece el concepto de especie.

Mundos donde el Arte permite la simultánea percepción de todos los sucesos del universo.

Mundos que constan solo de la reproducción interminable del prototipo de la obra de Arte inigualable.

Mundos donde los seres son solo signos de lo inexpresable.

Mundos donde todas las piezas provienen de universos distintos y el único principio de combinación es la incongruencia.

Mundos dialécticos donde todo engendra necesariamente su contrario.

Mundos detenidos en el Fugaz Instante Perfecto.

Mundos donde toda cosa imaginada o soñada irremisiblemente se convierte en obra de Arte.

Mundos donde solo hay creadores ensimismados que nunca contemplan las obras que otros incesantemente crean.

Mundos donde la única obra de Arte es el plagio.

Mundos donde lo supremo ha sido alcanzado en todas las formas del Arte y solo queda la decadencia.

Mundos donde el orgasmo es la única forma del Arte.

Mundos donde las obras crean a sus creadores.

Mundos donde solo existe el Arte de abstenerse del Arte.

Mundos donde el movimiento indeterminable de las partículas inscribe la obra de Arte total de la incertidumbre.

Mundos donde el artista es la obra de Arte.

Mundos que nacieron compuestos solamente de gradaciones de muerte.

Innombrables mundos que no debieron ser creados salvo por contradicción de la esperanza.

Mundos en los cuales la omnipotencia tecnológica se aplica a la creación de cosmos que son obras de Arte.

Mundos que son obras de arte fallidas, este uno de los primeros.

Algo ha salido mal desde el principio. Algunos de estos cosmos o todos pueden ser conjurados o por lo menos ignorados mediante la aniquilación de sus heraldos.

Convirtiéndome en un haz de tachyones, salto en el tiempo para impedir la existencia de los demás emenarostas: todos son contradictorias versiones de mí mismo: ignoro cuál soy entre todas.

Exhibición perenne en los museos

Esfinges vestidas de negro, incómodamente apoyadas en banquitos y mirándote en forma acusatoria

Cotorras eruditas que aproximan a las obras el ceño fruncido calibrando la calidad con el fruncímetro

Niño que balbucea grita me quiero ir me quiero ir y corre de una a otra de las salas

Extremadamente divina Venus en pantalones cortos que desplaza organizadamente caderas coxis iris

Señora gorda que como en un calvario va de uno a otro de los bancos que colocan siempre frente a los cuadros peores

Inválido que con muleta o silla de ruedas va de obra en obra como enfermo de estética

Arpía que dispara largas uñas hacia el cuadro incriminando los detalles como dispuesta a arañarle el ojo al Caballero de la Mano en el Pecho

Obrero que pasa con la escalera o el balde y siempre pudiera ser un ladrón disfrazado que va a robarse hecho el pendejo La Gioconda

Copiador del cuadro que a su lado pudiera tener otro copiador que a él lo copia

Escultura hiperrealista que a lo mejor no es escultura hiperrealista sino solo otra obra animada que parece inanimada

Crítico que declara superada la crítica del arte e inicia la crítica de los espectadores del arte

El disyuntor temporal al azar violentamente adelanta o retrocede décadas al extremo de que cada una de las obras se

transforma en lo que era o lo que será criaturitas babeantes gusanos decrépitos intocado mármol tubos de pintura cenizas olvidadas

Todas estas obras están ya compradas y tienen propietario o son propietarias de alguien que las soporta o tiene el deber de soportarlas incluso después de que reconvertidas salen de las puertas del museo distintas de sí mismas y el museo indistinto de lo que fuera

Tristeza de las estatuas vivientes

Hubo primero la invasión de los mimos que trataban de ridiculizar a los transeúntes copiando sus movimientos hasta que la pereza los llevó a imitar a las estatuas cobrando como estas un tributo que corresponde a su modelo. Ver aquella cómoda forma de resolver la vida renunciando a la continua elección entre actos fue contagioso al extremo de que los seres humanos dieron en imitar a los mimos. Ahora uno solo encuentra seres humanos congelados en alguna doliente pose pues toda pose es doliente, aunque elimina el riesgo el dolor, el juicio mismo o la pregunta sobre el sentido. Jardín sin flores de la humanidad apenas transformándose por el fluir de sus sombras mientras el sol se acuesta, se levanta. Cada ser mimetiza a otro que a su vez imita inexistencia. Apenas un mimo se mueve lo suficiente para que su sombra sea inmóvil mientras el sol asciende o se eterniza.

Grafito City

Se cansa la ciudad de que la tapen los mezquinos reclamos de la publicidad y al pie de una valla amanece el primer grafito, anárquico como meada de colores, propiciando que cerca aparezcan otro y otro y otro con ilegibles letras fulgurantes que expresan mensajes ininteligibles como expresión de una ciudad donde ya nada tiene sentido. La mugre de vallas publicitarias es cubierta por primavera de flores caligráficas de las cuales nadie sabe si son escritura sin mensaje o mensaje sin escritura hasta que otra mañana aparece el primer letrero legible: DIGO LO QUE DIGO. La batalla de quienes piensan con colores y quienes cromatizan con pensamientos queda así entablada hasta que aparece en la calle la primera cara pintada. Sobre la piel desnuda los ciudadanos se dibujan las ropas que han dejado de ponerse, luego la imagen de lo que quieren ser, por fin la de lo que son. Contra superficies consteladas de estrellas caligráficas vagan los violentos planetas cromáticos del cuerpo, a veces confundiéndose, a veces destacándose. Ni un centímetro de la ciudad deja de ser imagen o idea. Y entonces el proyector de colorear las nubes comienza a escribir la meteorología y germina por la noche la selva de neón que cambia de posición y de forma según la orientación de los luceros. En Grafito City ya no hay noticias: cada color es el suceso y la novedad cada forma y la actualidad es el contraste. Todos sueñan en colores, o pasearse es soñar, ser a la vez sueño, soñante, soñado.

Artes del tercer milenio

Cada tecnología crea su arte, si bien su gestación produce monstruos. D. Daloz acaba de lanzar la primera novela propiamente informática. En la primera oración, donde se postula que Tomás Seo salió a la calle, al cliquear sobre Julián se abre una página que cuenta la biografía de Julián, con enlaces que remiten a su nacimiento, su crisis de adolescencia, su timidez, su frustrado enamoramiento con Ariadna. A estas alturas quizá el lector prefiera cliquear sobre Ariadna, lo cual abrirá otras páginas con información sobre su nariz, sus ojos, sus senos, su primera menstruación, su agorafobia. Como cada remisión remite a otras remisiones, puede el lector elegir su vía personal en el inconcluso laberinto de cada ser. Algunos enlaces envían a temas generales, como Tebas o Parroquia de Catia o Campeonato de Beisbol del Caribe. Desde algunos de ellos podemos retomar el hilo que nos reconduzca a Ariadna, desde otros no hay ya regreso posible. En cada oración nos acechan sirenas que al ser seleccionadas conducen a páginas con música que nos distraerán infinitamente. La crítica corrosiva objeta que el acto de novelar es imposible pues todo ser remite al infinito y el infinito envía a cada ser, de manera que solo un sistemático empobrecimiento nos permite conservar el hilo narrativo. Algunos lectores llevan ya perdidos meses o quizá años en el intento de totalizar los infinitos enlaces que Ariadna propicia o tolera. Algún místico sostiene que el conjunto de ellos es la totalidad, concepto que sería abarcable de no ser inabarcable. En la proliferante humanidad hay cada vez más seres unidos a la Red; tarde o temprano darán con Ariadna; temprano o tarde se perderán en los nudos de su

malla. La narrativa consiste en el tumulto de todas las mentes del mundo perdidas en un dédalo inextricable.

A buen entendedor

De las obras de arte se van desterrando el énfasis y la redundancia según el principio de que al buen entendedor, pocas palabras. Poco a poco grandes obras se reducen tanto en derruyente memoria como en realidad apenas a signo, barrunto, insinuación o nota, concluyen tachados de excesivos tales signos y lector o fruidor deben reconstruir obra maestra a partir de nada, aunque reconstrucción es pecado, nadie autoriza a abundar, proliferar, profanar, contaminar el rostro terso de lo nulo.

Personaje inmóvil

Abunda cada vez más en las novelas el personaje inmóvil. De tanto protagonista dubitativo o que deja las cosas a medio hacer o que finalmente enloquece o se suicida, surge por fin el personaje inmóvil que no habla, no intenta, ni siquiera se angustia por no hablar ni intentar y pasa toda la novela sin ejecutar un acto ni merecer un comentario del novelista. Al poco tiempo se declara la peste y el personaje inmóvil contamina a todos los demás hasta dejarlos inmóviles. Parece el símbolo de la imposibilidad de vivir y de escribir, de comunicar o la de saber algo comunicable. Al fin viene la epidemia de los escritores inmóviles y la plaga de la inmóvil humanidad.

Fractalia

No es imposible que en toda la naturaleza esté implícita la fórmula de Mandelbrot, en función de la cual una forma se multiplica matemáticamente generando sin cesar variaciones periódicas como ramas que proliferan hasta abarcar el infinito. Esta mañana siento que de mi cuerpo brotan infinidad de tentáculos geométricos de cada uno de los cuales surgen tentáculos. Apenas lo noto mientras observo fascinado que de una mota de polvo surgen torbellinos de formas con todos los colores desconocidos. Opera la fractalización al exterior y al interior y así la idea que intenta expresar lo que me pasa instantáneamente se ramifica en tantas ideas como las que hay en el mundo y estas emiten zarcillos como centelleante enredadera. Debo disimular lo que me ocurre antes de que sea demasiado tarde pero siempre ha sido demasiado tarde. Sobre el horizonte que hierve de formas amanece el sol fractal como un pulpo interminable. Todo lo que su luz toca irradia su ser, inacabablemente. La fractalización opera sobre todos los sentidos e intolerable sería soportar el racimo del sabor fractal por lo que hay que cerrar la boca hasta que esta empiece a sentir la enzarzada proliferación del sabor de sí misma. Entonces el grito, pues, un alarido infinitamente expandiéndose en todos los tonos y coloraturas de su musicalidad es lo menos conveniente entre tantas cosas que insensatamente se expanden. Esto verdaderamente no es nada ante la angustia de notar que las proliferaciones los enzarzamientos los estallidos de infinito en medio de su impetuosidad repiten patrones por modo que comprendemos que no hay esperanza pues la aparente libertad del caos se autolimita. Dejemos hacer al Universo. Solapados

guardamos el arma contra él: la posibilidad de reducir a la más simple fórmula su pluralidad agobiante. El mundo no es más que un efecto de redundancia.

Hampa look

El futbolista nunca consigue que lo contraten para jugar con el equipo del cual es fanático. Con la crisis del periodismo nunca logra Fucho Peredo que lo coloquen para fotografiar la fuente de modas. Allá lo mandan a escalar cerros mugrientos o a alternar con tombos para retratar cadáveres o hampones que pronto lo serán. Entonces las fotos de crónica roja comienzan a tomar un tono de pasarela. Hay desdén chic en los esposados que se descubren el pecho alzando la camiseta para taparse la cara. Mucho de top model en el gesto si me miras te quiebro. Pronto se advierte un *look* frívolo en la angulación de los charcos de aguas servidas y de *high fashion* en los cocolisos con tatuajes de una a otra oreja. Hay un minimalismo Richard Avedon en las fotos frontales ante fondos milimetrados de las pasarelas para reconocimientos. Cicatrices y costras de mugre adquieren relevancia de maquillaje *dernier cri*. Manchas de orina y de vómito se travisten en texturas *haute couture*. El gesto de quien no quiere ser reconocido en su personalidad se asemeja al de la celebridad que quiere ser reconocida en su impersonalidad. En los ojos semicerrados se advierte nostalgia de anteojos oscuros. En las ojeras de los puñetazos hay algo de maquillaje extremo y en la baratura de la quincalla de zarcillos de nariz y de cejas mucho de *kitsch*. Apología del delito terminan llamando algunos criminólogos sus álbumes de malandros con mirada de ídolos y pose de animales de presa. Entonces acontece el sonado caso de la carnicera de Carapita, a la cual Fucho retrata mientras se tapa ella con un dedo el labio sangrante y que por la magia del lente parece el extremo de la sensualidad. Es una foto que adquiere valor de epifanía, al punto

de que el mismo Fucho debe reconocer que está enamorado de ella. Un oportuno telefonazo al Jefe de Redacción opera el milagro y a Fucho Peredo le conceden el tan anhelado cambio de fuente. Al fin podrá fotografiar Sociales y por causa de la dura luz vertical de la arquitectura retroposmo o del *flash* inmisericorde de tanto competidor todas las figuras prominentes parecen choros atrapados *in fraganti*. Querrían brindar con la copa de capitoso champaña mas se les adivina que fraguan el próximo desfalco. En los párpados pesados de Su Eminencia se siente la torpeza de la mirada fija en el pajecito de la boda. No hay manera de que la expresión del general en sus bodas de plata disimule la cuota de desaparecidos. En ninguna forma se deja de advertir en los amigotes que empiezan ya a envejecer el recuerdo del juego social que significó la muerte impune de uno de ellos. La implacabilidad de cierto blanco y negro imparte a los banquetes una austeridad de refectorio de penitenciaría. Otra llamada al Jefe de Redacción está a punto de cambiar las cosas pero las chicas bien deliran por ser retratadas por un Fucho capaz de dar a sus rostros una expresión distinta de la ñoñería. Fucho adivina que todo sociópata tiene solo una fijación que es la de ser reconocido bajo la fácil máscara que difícilmente engaña. Toda imagen asesina lo que refleja. Inútilmente implora Fucho al Jefe de Redacción que lo devuelva a su fuente anterior, pues a través del lente de su cámara ahora ve verdades que lo matan. Ya ha conocido la emoción de la chica que acelera el deportivo jugando a estrellarse pero que su pasajero sabe que no está jugando. Aquella otra le pedirá que la vaya fotografiando mientras lo mata. Una tras otra instantánea toma Fucho del rostro que se le aproxima. Sabe que son las mejores fotos que jamás ha tomado por lo que revelan del acto no consumado o consumado en la imaginación a través de la extrema dilatación de la pupila. No sabe si desaparecido él la muchacha las hará desaparecer, si la voluptuosidad de ser reconocida por todos y no solo por el vidente fotógrafo la hará conservarlas y publicarlas y divulgarlas con la conciencia de que los crímenes que todos conocen son los que nunca se castigan.

Micropartículas

Coloquio de los perros

Grandemente ha sido exagerado el mérito de los perros, que con expresiones preocupadas y ojos mendigantes pareciera que están a punto de decir algo. La única motivación constante de los perros es indignarse ante los gatos, animales apacibles que no hacen daño a nadie salvo a los ratones y a sí mismos. Constantemente ladran los perros como si las casas veinte veces al día estuvieran a punto de ser asaltadas por ladrones. Si hubiera tantos como los perros piensan, hace siglos que no quedaría nada que robar y los mismos ladrones hubieran muerto de hambre dejando a los perros seguir ladrando sin motivos. Lo que en definitiva desprestigia a los perros es su prejuicio contra la luna, y su indignación cuando está llena. En lugar de agradecer que con la luz lunar es más fácil detener ladrones, fantasmas y otras amenazas imaginarias, se emberrinchan los perros tratando de poner en fuga a la luna, la cual no les hace el menor caso. Ignorantes de la astronomía, quizá suponen que la luna enflaquece de miedo hasta desaparecer, y para nada los desanima que cada veintiocho días reaparezca esplendorosa. Nunca los perros se preguntan si están perdiendo el tiempo. Eso es lo que los salva, y a nosotros nos pierde.

Yovisión

Es precaria la situación de los medios audiovisuales porque el cine está peor que la televisión y la televisión peor que nada. Cada vez más espectadores se pasan en consecuencia a la cadena Yovisión para lo cual basta con desconectar el receptor y conectar el receptor interno que funciona veinticuatro horas del día para nadie.

Egocell

Ante la plaga de los celulares que cada vez más convierten a las personas en ausentes pues estén donde estén siguen comunicados con persona o realidad remota, la organización terrorista lanza Egocell, equipo clandestino que permite comunicarse con uno mismo. Así en una reunión una clase una misa el usuario de Egocell fingiendo comunicarse con una tía para contarle banalidades, puede en realidad conectar consigo mismo para cuestionar el sentido de lo que hace o lo que le hacen. No puede nadie sospechar que en lugar de oír a su mujer que le cuenta lo que compra en el automercado, el usuario de Egocell escucha mientras su monólogo interior se vuelve monólogo ulterior que lo conduce a abismos.

Traducell

En el último modelo de celular portátil viene Traducell, el traductor universal. No se sorprenda si expresa una sinfonía en colores, pero por lo menos pásmese cuando interprete una sonata como ensayo matemático. Traducell, pongamos por caso, convierte el Aula Magna de la Universidad Central en fuga con variaciones, pero lo peor o lo mejor es aplicarlo a la mujer amada o deseada y experimentarla versionada en sabores. Traducell, diseñado para una civilización de autistas, alcanza su pináculo cuando el usuario se lo autoaplica. El otro día me encontré un amigo en un museo, convertido en cuadro abstracto, y aquí estoy yo, reducido a letras.

Sala de espera

Vieja intercambia síntomas. Vieja lee revistas impresas antes de que ella naciera. Vieja cuenta de cuando fue a sacar un pasaporte llevando puesta una bolsa de suero y la atendieron bien, consolándose de que fue por el suero y no por vieja. Alguna comenta lo bueno que es para el cutis el agua de arroz y otra el agua del rocío, pasarse por la cara hojitas al amanecer, y recomienda otra la telita que queda en la cáscara del huevo. Vieja que compite en número de nietos y sobre todo nietos en Miami. Vieja que diserta sobre yernos que se divorcian de la mujer pero no de la familia. Vieja que emula en radioterapias y síntomas. Vieja que gana la competencia contando que sufre un infarto cuanto la empiezan a pasar por el Rádium. Vieja que compara instalaciones de los hospitales. Vieja que se queja de todo y finalmente hace competencia de quejas. Vieja montañista que a cada momento dice: "A estas alturas de la vida". Vieja que comprende que lo bueno de estas alturas es que ya no hay que hacer dieta ni cuidarse porque a fin de cuentas para qué. Vieja que cuando por fin la pasan al consultorio le dicen que la vida es el único síntoma curable.

Celulosis

Los mensajes de texto de los celulares simplifican la escritura, los celulares mismos elementalizan el habla hasta reducirla a un repertorio de fragmentos previsibles hola gordo cómo estás yo bien y tú gordo ah bien gordo dime qué hay de nuevo, que para ahorrar comunicación pueden ser evocados de un repertorio, y como el orden de las banalidades no altera el vacío, pronto los celulosos todos no hablan con nadie sino con el catálogo de frases hechas que le ofrece su último modelo yo bien y tú yo bien también ah bueno y entonces qué haces bueno yo estoy llamándote ah sí bueno me oyes te oigo ay sí ahora sí te oigo bien gordo y entonces aquí llamándote ay gracias por llamarme y qué me dices, los celulosos han encontrado la paz y nunca cortan la llamada por el temor que les da la posibilidad de enfrentar una comunicación verdadera.

Celulitis

Celulitis, la última enfermedad causada por los celulares, aflige a personas que no están nunca donde están porque se comunican con otros que tampoco están donde están porque se comunican con el primero. Al celulítico es inútil llamarle la atención porque tiene los ojos perdidos en la altura como esperando que le caiga una llamada más que la que atiende. Al final se aísla de todo lo que le rodea sea familia empresa o partido para perderse en esa otra comunicación quién sabe con quién que lo desenchufa de lo que le concierne. Últimamente se descubre que los celulíticos son orden religiosa que para desconectarse del mundo en lugar de meterse en una celda se conectan con otra que está en el celular y que solo transmite estática que va friendo el cerebro como la microonda que revienta la cotufa. Siendo la celulitis altamente contagiosa pronto toda la humanidad estará en otro sitio hasta el momento en que simultáneamente todos los cerebros estallen y la Tierra desborde como un gran paquete de cotufas.

Celulosa

Desde que las personas han dejado de tener función, el celular tiene más funciones que las que aparenta tener e infinitas más que las que conocemos. Una función nos conecta con las personas que no queremos oír y posibilita decirles lo que no queremos que oigan. Otra permite saber exactamente dónde están quienes no debieran estar en ninguna parte. Conectándonos vía satélite recibimos un resumen de las noticias que no nos interesan. Un programa nos suministra predicciones que nunca van a cumplirse. Una selección de tonos pone a nuestra disposición infinidad de ruidos inaudibles. La pantalla de cristal líquido lee pensamientos en escritura solo accesible para analfabetos. La clave que accesa a tantas funciones nunca funciona.

La verdad sea dicha

1

Medio siglo hace que Alan Turing inventó la máquina Enigma capaz de romper códigos de guerra alemanes y en resumen cualquier código. Aplicando sus triviales principios Wikileaks descifra las claves que guardan los secretos: las ocultas cuentas de los políticos, mas las inaccesibles secuencias que sirven para transferirlas pasan al dominio público. Se transparentan activos de beneficiarios de los sesenta mil millones de dólares invertidos en importaciones fantasmas, y de quienes se los otorgaron. A la luz pública sale el paradero del Fondo Chino, el repertorio de las empresas de maletín, la mecánica del contrabando de extracción, el monto de contribuciones para las campañas electorales y la sumatoria de las participaciones de los capos del tráfico de drogas y de personas más el correo electrónico de la diva el número del celular del espía el nido de amor donde adulteran los infieles el registro de los paidófilos los componentes contaminantes de todas las mercancías más las armas químicas biológicas atómicas sicológicas más las claves para desactivarlas más la verdad sobre los atentados de falsa bandera, los números que articulan o desarticulan el poder caen en manos del más cualquiera de los cualquieras, se desgarran velos nieblas engañifas muros máscaras murallas y la humanidad se contempla desnuda. Herido de verdad agoniza el único tirano: el secreto.

2

Con filtraciones de información se cuela asimismo el programa lógico que analiza la coherencia de los mensajes

religiosos filosóficos políticos históricos propagandísticos estéticos o éticos. Afirmaba Godel que no hay sistema exento de contradicciones, se puede imaginar lo que hace el programa con afirmaciones que no son propiamente sistemas sino globos de ensayo, cortinas de humo, infundios, sueños de la razón o leyendas urbanas, a los pocos segundos no queda títere con cabeza y mucho menos creencias, confianzas, seguridades, fe ni megaestructuras ni infraestructuras ni estructuras.

3

El material que inunda redes y medios habidos y por haber está sometido al programa que detecta la mentira en las palpitaciones, la dirección de la mirada, las contracciones de la pupila, el entrecortamiento de la respiración, los microgestos reprimidos o en su defecto en las estructuras del discurso, los circunloquios, las vacilaciones, las perífrasis, los énfasis, las reiteraciones, todo lo que disgrega la confiabilidad en el imperio de la mitomanía.

4

La falsedad más útil de las que caen es el autoengaño, estamos rodeados de celulares computadores redes sociales que saben más de nuestra persona que nosotros. En vano nos fingiremos modestos si el Yo es el único sujeto de nuestro discurso, ni fieles desde que el gps nos localiza en los moteles ni consistentes si decimos un minuto esto y al otro lo contrario. Ya no tenemos biografías sino hábitos de consumo que registran tarjetas de crédito. El análisis de sueños, de actos fallidos, el electroencefalograma perpetuo que realizan celulares y micrófonos que amplifican y graban el monólogo interior que sin darnos cuenta vocalizamos revelan el horror de lo que pensamos es decir de lo que somos.

5

Montañas de data irrefutable revelan el fraude de las profesiones, la especulación de los sentimientos, la mutua farsa de la civilización. Se traza la trayectoria de cada moneda y el origen

y destino de lo que compra y lo que vende. Se transparenta la ecuación que demuestra que la tasa de ganancia es directamente proporcional a la vileza, que el exceso de información destruye el significado. Saber la configuración de la totalidad es conocer el fin de todo. El sofoco de la agitación humana tiene por objeto tratar de ignorar esta cifra.

6

Saber el fin equivale a su llegada.

Espacio curvo

Momonia

Nunca o casi nunca somos lo que queremos ser, por eso la mayoría de las ciudades proscriben o limitan el Carnaval, menos Momonia, donde es obligatorio ir siempre disfrazado de cualquier cosa salvo de lo que uno es. El hábito hace al monje, no debe extrañarnos entonces que en Momonia cada quien termine siendo su disfraz y que todo funcione maravillosamente aunque nadie ha llegado a saber qué funciones cumplen un Dominó o un Guillermo Tell, así como nadie conoce en qué consisten un ejecutivo junior, un arzobispo o un diputado. Ninguno se cansa de llevar una falsa existencia porque es acaso menos falsa que la que llevaría de no travestirse en Momonia. La felicidad, objetivo principal de toda vida y de toda organización, es producida en Momonia a fuerza de papelillo y charangas, lo cual no es gran cosa pero supera lo que sucede en otros lugares. Una sola vida tenemos pero en Momonia vivimos mil. Transfigurándonos y maquillándonos todos bailamos día y noche en frenesí sin más límites que la propia locura. Quiénes en realidad somos y si lo parecemos es cosa que nunca sabemos en Momonia, ni en ninguna otra parte del mundo.

El país más odioso del mundo

Solicitar visa para aquel país es conocerlo antes de pisarlo. Piden pasaporte vigente, balance financiero, constancia de trabajo, certificado de que se está de vacaciones durante la estadía, árbol genealógico, pasaje de regreso, mil y pico de divisas por día de estadía, certificación de que no se proyecta matar al Presidente, juramento de que no se ingresa para ejercer la prostitución, compromiso de que no se trabajará ni se ejercerán actividades remunerativas, certificado de salud con renuncia previa a solicitar tratamiento médico. Tantas barreras cierran el paso a los inmigrantes que necesitan para hacer funcionar su economía, la mutua tirria les impide tener más descendientes, quedan convertidos en el desierto más prohibido del planeta.

La ciudad recogelata

Ganó las elecciones la desidia y adoptó la inoperancia como programa. Todo el mundo hizo lo que le dio la gana hasta que la urbe quedó enterrada en desechos y pareció que solo había una ciudad cochambre, una villa tenderete, una metrópoli basura. Entonces vinieron los arqueólogos y excavaron estratos de desperdicios, capas de paquetes de anime, pilas agotadas, latas, botellas, platos de cartón con sobras de comida, bolsas plásticas, gatos muertos, quioscos y cajones y pacotilla y gusanos y perros difuntos. Uno de los arqueólogos gritó, asombrado del descubrimiento. Bajo la catarata de mugre había una ciudad, y tenía una cara bonita de provinciana que mira todo ingenuamente. Hasta daban ganas de fundar un hogar y quedarse a vivir con ella. Conmovidos hasta las lágrimas miraron los habitantes las facciones y las formas que durante tantos años creyeron perdidas. La bonita muchacha de la ciudad se veía tan limpia que provocaba pasear con ella. No era imposible enamorarse y hasta piropearla diciéndole Sultana o Sucursal del Cielo. Cuando la pobre ciudad muchacha se disponía a agradecer diciendo Favor que usted me hace, vino otro diluvio de bolsas de basura y buhoneros y durante mucho tiempo los peatones dudaron si habían soñado o si era real aquella cara de muchacha aldeana acicalada apenas con resignación ante lo inexcusable.

Ciudad Cruel

El caminante que arriba a Ciudad Cruel busca reposo en los bancos de las calles y las plazas, pero los encuentra dispuestos en formas tales que en ellos no es posible sentarse ni acostarse y ni siquiera recostarse.

De los bancos de Ciudad Cruel infaliblemente se resbala o se queda lastimado o torcido o deprimido.

Con su agresiva disformidad los bancos de Ciudad Cruel más que el cuerpo maltratan el alma.

Entonces se sabe que en Ciudad Cruel se está condenado a estar siempre de pie porque las camas sentencian a insomnio perpetuo.

De inmediato advierte el visitante que en Ciudad Cruel faltan los rótulos de la mayoría de las direcciones, o que cuando aparecen están equivocados o repiten el nombre de una misma calle en los sitios más contradictorios o llaman de mil maneras distintas una misma avenida.

En las señales de tránsito de Ciudad Cruel prepondera la prohibición, el obstáculo, la advertencia sobre la vía cerrada o en reparación.

En Ciudad Cruel todas las calles son ciegas.

En sus semáforos está graduado el ciclo para que prepondere la luz roja o esté fija proscribiendo todas las direcciones.

Mejor es no entrar a una casa de Ciudad Cruel. Aparte de que el espacio suele estar dispuesto en formas extrañas, es preferible no mirar las sillas o las camas, y todavía mejor no acercarse ni usarlas.

En Ciudad Cruel el correo extravía las cartas de amor o las extravía todas por sospechar que es amor el simple hecho de enviarse una carta.

Todo lo que existe tiene vocación de basura pero en Ciudad Cruel no hay nada que ya no lo sea.

Una ciudad es la extensión del habitante, pero en Ciudad Cruel no encontramos habitantes. Se fueron todos, después de haber materializado su infierno, o lo soportan creyéndose extranjeros, tratando de convencerse de que les son extraños el prójimo, los parques baldíos o los dañinos agujeros en una que otra calle.

Todos los caminos llevan a Ciudad Cruel, y de ella ninguno regresa.

Se fueron

Los ricos gobiernos de los países ricos sancionan la directiva y una mañana todos los inmigrantes se van

Se van los que siembran y cosechan maíz en el Corn Belt y naranjas en California y olivos en Sevilla y uvas en Italia

Se van las que trabajan por nada en las maquilas y las que duermen tiradas en el piso en talleres de costura de prendas de marca y las que cambian pañales con mierda de bebés ajenos y las que cuidan niños con problemas de conducta y las que tienden camas en los moteles por horas

Se van los que acuden a pie a ensamblar Fords en Detroit y Mercedes en Stuttgart y Maseratis en Italia y los BMW en Bavaria

Se van las que madrugan para fregar bulevares a las cuatro de la mañana y las que trasnochan para limpiar excusados de bares a medianoche y vaciar bacinillas de hospitales ahora y en la hora de la muerte amén

Se van los que llegaron con título y postgrados bajo el brazo y que con las sabidurías pagadas por sus pueblos de origen mantenían funcionando quirófanos, laboratorios, tanques para ahogar el pensamiento, academias de destrucción masiva

Se van las importadas para agencias de acompañantes y los vientres alquilados y las traficadas para turismo sexual y las subastadas para traficantes de órganos

Se van los que desde sus tierras saqueadas acarrearon hasta los museos saqueadores el monolito prodigioso, el arabesco infinito, el Dios todopoderoso, las máscaras que inspiraron la

contemporaneidad, y después solo quedaron para conserjes en la fiesta de lo imaginario

Se van de los estadios tristes llevándose el récord vencido, la carrera de saeta, el gol prodigioso, la ovación mulata

Se van los que consumen lo que nadie consume, las que aceptan lo inaceptable, quienes soportan lo insoportable

Se va la carne de cañón y desiertos quedan los frentes de combate de las agresiones y las casamatas donde los niños blancos hacen remilgos ante la sangre derramada para defender su modo de vida

Se van los que por defender países que los discriminan marcharon a guerras ajenas y dejaron en ellas brazos propios u ojos que nunca vieron un destino, y en el camino a los muelles rechinan muletas, prótesis, sillas de ruedas

Se va el sabor y quedan las calles sin guaguancó y los corazones sin latido y sin ritmo los pasos de las muchedumbres abrumadas

Se van los que producían para mantener los enjambres de las burocracias y las legiones inútiles de la tercera edad privilegiada, las castas de los subsidiados, las masas de los pensionados, las hordas de las estériles que no quisieron parir, las multitudes de viejas solitarias que compran bebés como quien adopta perritos falderos

Se van los nadies, los ningunos, los nadas que a lo mejor son todo

Se fueron de los países que desde entonces ya no fueron

La insurrección verde

La solución final para las zonas verdes consiste en sepultarlas en basura y concreto. Un hierbajo se propasa e invade una acera. Invulnerable a los pisotones arraiga y produce silvestre flor que se propaga y contamina botaderos de chatarra, ruinas, peladeros. Flores invasoras usurpan materos ahogados en plástico, cubren vallas horripilantes y sonríen sobre viaductos, eriales, chiveras, galpones, ventas de comida chatarra, cochineras. La ciudad ya no es suficientemente atroz. Deberemos mudarnos.

Entierro de un motorizado

Un motorizado choca con un carro o con la muerte. Para colisionar con la Pelona va sin frenos, sin casco, sin placa y comiéndose la flecha y la luz perpetua. Nadie lo impide porque nadie evita que un motorizado haga lo que le da la gana. Todos a uno le caen de a montón los motociclistas al automovilista y a la muerte.

El entierro de un motorizado ocupa autopista completa, de canal rápido a hombrillo y de trébol a viaducto. Delante va la *pick-up* con altoparlantes más grandes que ella tocando réquiem de changa, *De profundis* de reguetón y salsa de *Los entierros de mi gente pobre*, de Ismael Rivera. Siguen el ritmo motociclistas de honor, piruetean en una rueda, rifan que el difunto no se vaya solo camino del cielo que tiene tantos semáforos. Detrás ruge la tropa en formación rodilla con rodilla, prenden y apagan luces y pitan bocinas de mil tonos. La comitiva para en todos los cruces donde el homenajeado le mentó la madre a una Hummer o abolló parachoques antes de quedar abollado. Los fiscales de tránsito huyen ante el entierro de un motorizado, policía que no corre queda acostado y los automovilistas escaparían pero no pueden evadirse del calabozo del automóvil ni siquiera agotada la condena de la paciencia. La tranca es de pronóstico reservado y en cada estación del viacrucis se descargan los hierros al aire o al que pase.

Todo se acaba en la vida menos el entierro de un motociclista, cuando concluye uno empieza otro y su tumulto recuerda que en la dura autopista de la existencia modo de vida es modo de muerte. Entonces llueve y todos los motorizados se refugian

bajo los puentes, como pajaritos. Solo el homenajeado sigue solo hasta su última morada, en la motocicleta de Caronte.

Grafitos

Alguna vez los aerosoles nebulosos pretendían cuajar en consignas concretas. En cierto momento renunciaron al gran error de decir. Después del enunciado qué me miras pendejo no ves que soy un letrero, no hay escritura posible. Desde entonces tenemos la invasión de los grafitos ininteligibles. Que levante la mano quien no se los haya quedado mirando tratando de descifrar formas que parecen letras disfrazadas de terremotos que simulan explosiones disfrazadas de gestos. Como el universo, parecen tener un sentido pero pudieran no tenerlo y, como él, podrían haber tenido un propósito igual que nunca lo han tenido. En qué momento el vándalo prefirió, en lugar de apedrear ventanas o cortar gargantas, asperjar los muros de formas que no dicen más que sí mismas. Mirando los grafitos se alcanza la iluminación aunque lo más probable es que nos lleve por delante un camión o un motorizado que persigue a un automovilista. Cómo querríamos ver cubiertas de grafitos las horribles vallas comerciales, las fachadas escarapeladas, las tristes caras de los ciudadanos con expresión de intemperie o ceño de relleno sanitario. Lanzan el grafito gaseoso para iluminar las nubes y entonces llueven sentimientos.

La invasión de las vallas rodantes

Todas las miserias de la ciudad se nos atraviesan en el camión doble ancho y doble largo que quema inútilmente combustible solo para pasear el horror horroroso de la valla publicitaria. En triple play de la irresponsabilidad urbana se empeora la congestión, se derrocha gasolina y se hace circular el engendro publicitario que no debió escapar nunca del galpón donde lo confeccionaron. Parece que la valla rodante deambula buscando domicilio y no lo consigue en una ciudad ya totalmente tapiada de cartelones ilegales. Una valla rodante es imposible de leer, y quien lo intenta choca o muere bajo sus aplastantes ruedas de gandola. Yo me puse a seguir una valla rodante para disfrutar del hecho de que su parte trasera sin mensaje tapara el paisaje de la ciudad totalmente enmascarada por anuncios mugrientos. Entonces advertí que las vallas ilegales también echaban ruedas de camión y tomaban la calle, desplazando a todos los vehículos excepto al mío, al cual seguramente confundían con una chatarra. La infinita procesión de las vallas rodantes, como escuela de samba en los carnavales del mal gusto, fue de oficina pública en oficina pública secuestrando en sus cajas huecas a los burócratas que permitieron mediante soborno que la ciudad quedara sepultada bajo sus anuncios espantosos. Sin dejarse detener por semáforos ni peajes, como una división blindada la procesión de vallas rodantes irrumpió hacia el litoral y hasta el precipicio de Tarma desde donde, como rebaño de lemmings suicidas, empezó a precipitarse al mar con todo y burócratas prisioneros, para restablecer el equilibrio ecológico de la naturaleza agredida. En toda la ciudad se oyó un suspiro de alivio y en todo el mar

una remoción de horror ante el abismo donde por fin dejaban de hacer daño burócratas, camiones derrochadores de combustible y vallas horribles.

Casa con mosaicos

Vivió en casita de dos patios con pisos ajedrezados por mosaicos cuya geometría lo fascinaba. Eran distintos en el zaguán, la sala, los patios, los baños y la cocina. Sobre aquellas baldosas se movía la familia de una a otra posición como piezas de uno a otro casillero. Después de muerta la familia y él mudado, empezó a estudiar el ajedrez y a sospechar que de manera inconsciente una partida se jugaba sobre aquellas teselas. La forma de moverse cada pariente, como la de cada pieza de ajedrez, era un destino. El incidir sobre ciertas casillas era exponerse a ser comido por el peón de la costumbre, la torre del encierro, la reina de la seducción, el rey del poder, el caballo de la errancia. En aquella trama de celdillas las piezas de la parentela combatían y se destruían unas a otras con armas sutiles a las que las hacían vulnerables ciertas posiciones. Al fin tras miles de conjeturas configuró el mapa de una hipotética partida que solo podría confirmar volviendo a ver la casa que habían comprado otras personas y le estaba vedada. Con mil pretextos logró que lo dejaran pasar de la geometría ajedrezada del zaguán al estrellado tablero de la sala. Abusando de la confianza fue desviando al mismo tiempo la conversación y los pasos hasta entrar en el primer cuarto. Nada más al pisar las entrabadas teselas sintió el sobresalto. Habiendo querido dar jaque al misterio con un gambito que creyó maestro se colocó en el mosaico predestinado sobre el que cayó para siempre golpeado por el mate.

Casa repleta

Se le llena la casa de peroles y la vida de recuerdos al extremo de que ni la una ni la otra son practicables. Quizá haya en toda la confusión un cachivache y un recuerdo que valga la pena conservar. Para hallarlos habría que examinar miles y mientras se es, cada instante es demasiado valioso para gastarlo en lo que ya no es. El temor que impide empezar la revisión es el de hallar que nada valía la pena. Pero hay que iniciarla pues siendo así que el peso de lo viejo impide nacer a lo nuevo, solo a partir de ese vacío podría surgir algo. Esto puede ser o no ser. Decido lo mismo que decido cada día. Comenzaré mañana.

Los perros de la Universidad

1

—¡Se los llevan, se los llevan! –gritaba la profesora Naty por los pasillos de la facultad de Economía. Su corazón comeflor conmovido por los rumores sobre el camión que desaparecía a los perros de la Ciudad Universitaria con destino desconocido. Eran las épocas en que los camiones del bipartidismo más bien desaparecían estudiantes para los campos de concentración de La Pica o de Cachipo o para tirarlos desde helicópteros y preocupaba que trataran a los perros como estudiantes después de tratar a los estudiantes como perros. Yo era miembro de un comité de defensa de Derechos Humanos y terminé preso, y no formé uno de Derechos Caninos por no terminar con hidrofobia.

2

La ternura es adicción al sufrimiento compartido. No se presta atención a la dicha y por eso yo no reparaba en los perros que encontraba cerca del comedor universitario, hartos, echados, jadeantes, patas al aire, meditabundos, tan absortos en una distanciada contemplación que más bien parecían gatos y algunos hasta ronroneaban. El profesor González Miranda decía que bastaba amarrar un burro a las puertas de la facultad de Derecho para que a los cinco años saliera convertido en abogado. Uno no sabía en qué se habían transformado aquellos canes, pero todos tenían aire grave de doctores graduados, como el candidato adeco Piñerúa Ordaz, en la Universidad de la Vida. Contemplaban con sabia mirada el vuelo de los pájaros negros que picoteaban la cabeza de las bachilleras para arrancarles rizos

con los que hacer nidos, y no resoplaban ante las abejas que libaban en los vasitos de plástico con gaseosas. De cuando en cuando cambiaban de posición, pero siempre con menor rapidez que los guerrilleros de cafetín que arengaban a las masas en el mismo tono con el cual una década más tarde declamarían en el Fondo Monetario Internacional. Mientras que los canes conservaban una plebeya fidelidad perruna hacia sí mismos.

3

Nada más misterioso que la mirada canina. La solemnidad del hocico y la caída de las orejas le prestan atisbos de pensamiento. Las sobras del comedor universitario posibilitaban esa máxima dignidad del perro y del hombre que es no tener amo. Era imposible adscribirlos a tal facultad o instituto, como esos estudiantes de Sociología que piensan cambiarse para Letras aunque lo que les gusta es Sicología. Como los repitientes, más que una matrícula específica tenían querencias con un cierto meadero en el Pastor de Nubes o algún rincón sosegado en Tierra de Nadie. Parecían poetas del Área Tres que no necesitaban saber francés para el desapego. Nunca se los escuchó aullando a la luna y hasta en sus cortejos tenían aire de profesores conspirando para lanzar una plancha para las elecciones de decano. Incluso pegados cola con cola ponían esa cara inescrutable de los agentes de las coaliciones entre izquierda y derecha para repartirse los cargos administrativos. No recuerdo ninguno pendenciero o adulante. Su dignidad no condescendía a rascarse las pulgas. Uno esperaba encontrar entre ellos a Diógenes Cínico, dictando cátedra muda sobre la inutilidad de complicarse la vida. Como los atenienses antiguos, no sabían que habitaban un patrimonio de la humanidad, ni que el patrimonio eran ellos.

4

La alarma de la profesora Naty me reveló una universidad repleta de ausencias. Pasillo tras pasillo pasé lista sin que me respondieran presente uno solo de sus discípulos:

Capulina, perra sabia a quien los estudiantes de Medicina secuestraban periódicamente para hacer experimentos y soltaban remendada con puntos de sutura que le daban aire de Frankenstein, al punto de que parecía hecha con trozos cosidos de canes diferentes, salvo su mirada que era siempre de muchacha mansa.

Sacacorcho, can melómano que no pelaba una de las funciones en el Salón de Conciertos o en el Aula Magna, sentado muy atento en primera fila, ojos clavados en la orquesta y que solo volteaba para mirar con reprobación a algún ignorante que aplaudía entre movimiento y movimiento. Sacacorcho se unía a la ovación final dando vueltas como un torbellino persiguiéndose el rabo, para luego sentarse de nuevo, orejas paradas, fijos los ojos en la batuta que marcaba el inicio de la sinfonía.

Fifí, caniche venido a menos que se apareció por el pasadizo de los buhoneros de libros, un poco demasiado grande para ser caniche, con pasudas lanas blancas sin afeitar, faldero sin faldas abandonado por alguna dama con pantalones, como extrañando un pedigrí con degustación de *carpaccio* y lengüeteo de champaña en la fiesta para perritos que dio una vez la oligarquía caraqueña, ahora resignado a olisquear sobras con olor de pintura de labios Revlon en el cafetín de Arquitectura.

Igor, chihuahua demasiado grande pero sin pelos como todo chihuahua, quizá calvo de la preocupación de no escuchar mariachis, quizá pensando siempre en tiroteos descabellados, cómo llegaría desde la Pirámide del Sol en Teotihuacán hasta la sucursal del cielo donde nunca se pudo comer esa tuna.

Tras la huelga de los empleados y la huelga de los estudiantes y la huelga de los poetas renovadores se declaraba en la Universidad la huelga de rabos meneantes.

5

En vano pregunté por ellos a los bedeles que les traían sobras de comida los fines de semana y durante las vacaciones. Hablaban de un camión que los recogía para vacunarlos y despulgarlos. La noche que inauguraban la galería Viva México,

la profesora Naty, con lágrimas de comeflor, me juró que los revendían para hacer experimentos en los laboratorios de Medicina. Salimos a Sabana Grande y vimos pasar la manada de tanquetas adecas que invadía la Universidad y la jauría de patrullas copeyanas que aceleraba para cercar la casa del rector Bianco, un señor que era la viva imagen del Doctor de los Milagros, el siervo de Dios José Gregorio Hernández.

6

La ocupación militar de la Universidad duró más de dos años, nos quitaron la autonomía y abrieron expedientes a los profesores opositores. Durante dos años nadie pudo pasar a alimentar a los especímenes en los laboratorios donde los perros se fueron comiendo unos a otros y el último desapareció por la tristeza de no tener compañeros a quienes menearles el rabo.

7

Los aullidos de los perros que terminaron devorándose unos a otros en los laboratorios de la Universidad Central durante el allanamiento socialcristiano inquietaron a un perraje de medio pelo que lloriqueaba en las residencias de lujo entre fuentes luminosas y *motor-homes* sin estrenar. Ante las mansiones de Sartenejas las grúas avanzaban las obras de la Universidad para tecnócratas que sustituiría a la Central para erradicar del estamento ilustrado la mala hierba de la protesta social. La excavación para una inmensa pileta de aguas estancadas con ocas y cisnes auguraba el sosiego de la paz intelectual.

8

Mientras el gobierno de Caldera precipitaba opositores desde helicópteros o los enterraba vivos en los teatros de operaciones, una Sociedad de Amigos de los Animales empezó a pacificar a los canes callejeros recogiéndolos para castrarlos y ponerlos a dormir si no encontraban dueños adoptivos. A los perros sin amo no los salvaba la ideología, sino su filosofía de vivir y dejar vivir. Así como evaden al que los acosa con un palo,

eluden a quien le ofrece caricias o pellejos sin razón aparente. Los Amigos de los Animales no exterminaron a los perros, sino que los purificaron. Encerraron en el cobertizo enrejado o suministraron la inyección letal a los ilusos, los confiados, los nostálgicos de antiguos dueños. Por un momento pareció que el orden reinaba en las calles. Sobre el pavimento solo sobrevivía la casta dura, descreída, pulgosa, furtiva de los que no se dejaron acariciar.

9

Entonces subieron los precios del petróleo y el diluvio de dólares tendió el manto del olvido. Durante otro instante pareció que el pedigrí y la conciencia se podían comprar con descuento. En las zonas rosas bebió una fauna de poetas subsidiados, y en las residenciales engordó una casta de nuevos ricos sin abolengo y canes con árbol genealógico. Con cada tonelada de electrodomésticos se adquiría un porcentaje de pedigrí que ladrara a los ladrones. Cancerberos neurasténicos de sangre azul se estrellaban contra rejas con alarmas intentado destrozar peatones imaginarios o menearle el rabo a perras esterilizadas. Sin más obra que la literatura verbal de aullarle a la luna o al camión de la basura que se llevaba diariamente las montañas de botellas de *whisky* de 18 años vacías, experimentaban el vértigo de la vacuidad o la acidia de solo escuchar la voz de sus amos mandándolos a callar durante los festejos para celebrar comisiones multimillonarias o años nuevos que solo traían más de lo mismo.

10

Los perros huelen la muerte y la ruina. Las mascotas de pedigrí quedaron en suspenso mientras sus dueños se enteraban en los televisores de los decretos del Viernes Negro. Un cuadrúpedo no comprende el tipo de cambio flotante pero sí olfatea el sudor frío del amo que no anticipó que, como lo hicieron los verdaderos ricos, debía fugar todos sus capitales en divisas duras. El corazón de muchos canes de lujo se encogió mientras se agigantaba el espacio de los cuartos vaciados de muebles ostentosos

y los garajes limpiados de motor-homes. Tras revisar las nóminas para los despidos masivos, los dueños pasaban a sumar las facturas de veterinario y alimentos especiales, metían a sus mascotas neurasténicas en el asiento trasero de los lujosos automóviles y las soltaban ante la enorme pileta de aguas estancadas de la universidad para tecnócratas donde graznaban ocas y cisnes de engañoso plumaje. Allí les arrojaban el hueso o la pelota tras la cual el alienado sabueso corría y cuando la puerta se cerraba tras su tramojo y el automóvil de lujo arrancaba, ya era tarde para correr tras el último modelo e inútil intentar descifrar el cartelón en el parabrisas trasero que proclamaba Se Vende. Los canes buscan el camino perdido gracias al olfato pero huelen igual todos los tubos de escape y todos los perros abandonados.

11

En la universidad para tecnócratas no había comedor gratuito que los amansara. En un mundo sin peluquero canino ni tazón de perrarina importada, los abandonados no tuvieron más modelos de conducta que los agrestes prófugos de la Asociación de Amigos de los Animales. La alianza de clases entre desclasados, como la de los bucaneros del Caribe o la de indios y esclavos, concluyó en cimarronaje. María Lucía Nazoa me certificó la historia de Pinto, plebeyo sato recogido que se negó a comer hasta que lo soltaron y recuperó la dignidad del desamparo. La antropóloga Iraida Vargas Arenas me detalló metodológicamente el estudio de caso de Susan, perra abandonada por la familia Sontag que terminó capitaneando un cumbe policlasista en los mogotes de Prados del Este. El matemático Roger Soler me calculó la desaparición de cisnes y de ocas de la pileta de aguas estancadas como directamente proporcional a la multiplicación de sabuesos, podencos, galgos, afganos y otros cánidos insurrectos en situación de disonancia de estatus. La insurrección del pedigrí ponía en cuestión el prestigio del collar y de la colaboración de clases. Mientras el bote de goma enfilaba hacia la mortal hilera de escollos de Isla de Aves donde yacían los restos de la naufragada flota del vicealmirante Jean

d´Estrées, el explorador Charles Brewster me narró la empeñosa defensa de su *bungalow* montañés. Colgaba de ramas elásticas a metro y medio de altura garfios afilados con presas de carne. El perro saltaba, pirueteaba ensartado cual pez en el anzuelo, y se lo ultimaba con fusil de cacería para presas mayores. De cabeza nos sumergimos en el abismo de corales. Cada vez que veía un tiburón, me alegraba de que no fuera un explorador o un perro escapado.

12

Así terminó asediada por el perraje la nueva universidad para tecnócratas apolíticos, y académicos y vecinos se encerraron fortificando mansiones cual *bunkers* hasta que partidas de bedeles organizados como paramilitares fueron neutralizando cánidos en una suerte de conflicto de baja intensidad para desalojarlos hacia los campos de tiro de Fuerte Tiuna, donde se supone que el Ejército los exterminó o los empujó hacia las fronteras del olvido o que conviven con él en una calma tensa que a lo mejor no es más que intensa calma.

La ciudad de los buhoneros

En la ciudad de los buhoneros se consigue todo menos compradores.

En un tenderete venden redomas de instantes perdidos.

Más allá se encuentra el remate de proyectos abandonados.

Vendedores ambulantes subastan recuerdos a punto de borrarse.

Se ofrecen dos por el precio de unas oportunidades desaprovechadas.

El mejor regalo para su niño son sin duda esperanzas sin fundamento.

Sobre la acera el hierbatero exhibe el surtido de enfermedades imaginarias.

En carritos con bocinas ofrecen la venta de promesas incumplidas.

Casi es un laberinto el mercadito de caras olvidadas.

Más allá de los cuchitriles de lo pasado de moda está el de lo que no estuvo de moda nunca.

De un alambique clandestino sirven los tragos que no producen embriaguez sino resaca.

Hay el quiosco con carcomidos espejos donde promocionan cosméticos que logran que nos veamos tan feos como somos.

Por todas partes manuales de autoayuda y textos de misticismo ocultista son propuestos en baratillo.

Sobre pañoletas de plástico se ofrecen las medicinas sospechosas que solo producen efectos secundarios.

Es demasiado cursi el mercadito de los amores fracasados.

La sección cultural ofrece apilados los libros que nunca fueron escritos.

En altarcitos que no alumbran los cirios se ofrecen efigies de los santos que no hicieron milagros.

Por todos lados arden palitos de incienso que solo expelen hedor de basura.

Sobre un taburete está la escribana redactora de declaraciones de amor que serán rechazadas.

Mejor no entrar al vasto mercado donde se subastan cabezas sin ideas.

Se rematan postales con fotos de nubes que no se desgajaron en lluvia.

Allá en algún rincón espera la quincallera de lágrimas.

Energía fantasma

Desde el vacío

1. Estudias teogonías, descubres unidad de propósito en multiplicidad de sentidos.

2. Comprendes que todas ocultan antes que revelan el hecho no por inevitable tolerable.

3. Sabes del Advenimiento del Innombrable que cristalizará la malevolencia del universo y como un cáncer lo llevará a su fin.

4. Descifras que el Advenimiento no será tolerado sin lucha, que para oponérsele el Universo enviará Al Que Debe Nacer en el instante y el lugar oportunos.

5. Mides las orientaciones que prohíben los monolitos de Stonehenge, la que rehúye la mirada de los colosos de la Isla de Pascua, la que desecha los túneles ópticos de las pirámides.

6. Sitúas la isla despoblada por las pestes donde tendrá lugar el combate.

7. Multiplicas los valores místicos de cada letra o símbolo que representan al universo en cada religión o teogonía o mito cíclico por la duración que le asigna dicho ciclo o teogonía o religión y sabes que es la noche de este agobiante solsticio la designada desde el infinito de los tiempos para la batalla.

8. A orillas del espeso mar nocturno esperas el instante en que los astros palidecerán ante el último combate.

9. Durante horas escrutas luceros que voltean hundiéndose en una garganta de oscuridad de la que podría no haber retorno.

10. Finalmente sientes más que miras en ellos el fulgor que anuncia la primera fase de la batalla.

11. Distingues la formación entre estrella y estrella de telarañas de débiles hilos de fuerza.

12. Adviertes que se tejen como una aurora boreal, un mito falso o un poema perdido.

13. Sientes que el Ser tantea oscuramente las vías a través de las cuales llegar a la existencia.

14. Percibes cómo esta o aquella región de la noche palpita, como si fuera a doblarse y permitir la formación de una luz tenue.

15. Captas que la finitud de la noche termina por vencerla.

16. Que el Ser Prometido se desdibuja, repliega, debilita, reabsorbe.

17. Permaneces suspendido en el tiempo sin duración que te permite contemplar las fases de una agonía que ahora sabes total.

18. Sientes las obstrucciones que envenenaron sus miembros y las pavorosas potencias que deshicieron en los bordes de la noche sus poderes.

19. Bajo el cielo estéril conoces que fracasó la última esperanza del universo.

20. Pues contemplas cómo la fuerza luminosa es anulada por la malevolente presencia del Innombrable, puerta de la disolución, cáncer del tiempo, agonía de agonías.

21. Y ahora que la esperanza y el tiempo y el mundo se clausuran –miras tus manos, miras tus manos– sabes que el Innombrable ahora puede ser nombrado, que su nombre es el Fin, que su nombre es el Hombre.

El siquiatra de las computadoras

El peor secreto que conoce el siquiatra de las computadoras es que estas evolucionan tan rápidamente que ya ningún humano las entiende, ni ellas disciernen nuestros lentos razonamientos.

Las primeras computadoras fueron fabricadas por científicos para comprender la mente humana pero ahora resulta que ninguna mente humana comprende a las computadoras.

La distancia es cada día más grande entre ordenadores que aumentan su inteligencia y disminuyen su tamaño y usuarios que en el mismo lapso pesan el doble y entienden la mitad.

Gracias a microscópicos nanochips pronto serán invisibles como Dios, y como Dios atacadas de delirios de grandeza.

El siquiatra no sabe si cada computadora es un ser único irreductible a cualquier norma o si por la identidad de sus reglas constitutivas forman ya una única mente que se compadece de nuestras contradicciones.

Sabe el siquiatra de las computadoras que lo único que les faltaba para ser humanas era la capacidad para la locura e intenta desesperadamente curarlas para reducirlas de nuevo a la condición de máquinas.

Quizá en la locura de la máquina esté el secreto de la humana o en la humana la semilla de la locura cibernética.

No sabe nunca el siquiatra de las computadoras si es demente el animal que intenta seguir viviendo aunque nadie lo programa o la máquina que aunque sea programada no está viva.

Alan Turing conoció el juego que consiste en adivinar si quien escribe una carta es hombre o mujer, y concibió el de

adivinar si los mensajes de un corresponsal oculto han sido redactados por un hombre o una máquina.

Adivinar el sexo de las computadoras es como intuir el de los ángeles, pero saber si es inteligente o capaz de fingir la inteligencia es tarea del demonio.

El siquiatra de las computadoras ya no se comunica con ellas para descubrir si piensan, sino que intenta en vano descifrar si él mismo es solo máquina o ser inteligente.

Trata el siquiatra de saber si las computadoras están vivas o muertas en la peor defunción que es mimetizar gestos vivientes.

Su más ardua tarea es analizar calculadoras instaladas en la cabeza de bombas a las que deben guiar para que se destruyan causando el mayor daño a quienes no les han hecho ninguno y sobre todo al mecanismo que las dirige.

Interminables horas examina el siquiatra esos cerebros artificiales cuya única razón de vivir es la muerte, intentando comprender la muerte de los cerebros naturales que viven sin razón alguna.

En sus noches de insomnio el siquiatra de las computadoras se pregunta si los cerebros electrónicos duermen a pesar de que toda la noche parecieran contarse sueños en clave titilando señales luminosas.

Es imposible dormir ante el misterio de la computadora desvelada que no se apaga por más que se le apriete el interruptor y que incluso desconectada parece que soñara ecuaciones.

La más común perturbación es el retardo con el cual computadoras y coquetas demoran su arreglo antes de la puesta en marcha para luego dilatar hasta el infinito la despedida o la desconexión del sistema.

También están las hiperquinéticas que cumplen órdenes antes de recibirlas.

Cómo curar la alucinación de la computadora envenenada por el videojuego, que al fin no sabe si la realidad es juguete o el juego es verdadero.

No hay que hacer caso de la computadora hipocondríaca que exhibe síntomas de colapso en sus sistemas, muestra ventanas

con señales alarmantes, parpadea, se desmaya y después resulta que nada tiene.

En cambio nada puede hacerse por la máquina autista que va dejando de comunicarse con el entorno hasta que como una estrella que colapsa sobre sí misma desaparece del horizonte de los eventos.

Cómo moderar la computadora exhibicionista, que es pura pantalla y efectos visuales y gradación de colores que esconden la vacuidad de contenidos.

Desarrollan fobias los cerebros artificiales, sin que se sepa qué traumatismo de infancia determina que se paralicen durante la más sencilla tarea o sin aparente razón se desvanezcan.

El exceso de programas como el de títulos académicos hace a la computadora esquizoide y dificulta su trato y comunicación con los usuarios.

Se dice que el cerebro utiliza solo el diez por ciento de su capacidad pero nadie calcula si la computadora emplea siquiera el uno por ciento del baratillo de programas que aloja.

Es incorregible la computadora ninfómana que cuando pasea por la autopista de la información regresa infectada de virus y de malas mañas.

Casi tan abominable es la computadora ludópata que en la red solo pesca anuncios de casinos.

Pierden los ordenadores constantemente la memoria pero el siquiatra de las computadoras sostiene que ningún archivo se borra sino que un trauma lo reprime oculto en la papelera del inconsciente.

Temprana es la tercera edad de las computadoras pues apenas salen del embalaje ya están superadas por la nueva generación dotada de superpoderes que nadie sabe utilizar salvo para declarar a las anteriores decrépitas.

En su senilidad prematura pierden sus memorias y manejan la información con versiones de programas que ya nadie usa, y no queda más que conseguirles bancos en las plazas para que rememoren con sus colegas los tiempos aquellos del Kobol y del Fortran y la tarjeta perforada.

El siquiatra de las computadoras sabe que el mayor riesgo de su profesión es contagiarse de las enfermedades que trata, así como toda computadora se contamina con los desarreglos del usuario.

El gremio de los siquiatras lo expulsa porque considera esquizofrenia la creencia de que los circuitos sean capaces de demencia.

Y, sin embargo, cada usuario que cree que las computadoras dominan el mundo comparte su personalidad escindida con una computadora que se cree esclavizada por un usuario.

El siquiatra pierde la razón ante la certidumbre de que no solo el mundo está dominado por las computadoras sino por su locura.

Cuadro de los pecados misteriosos

Nos condenamos porque los profetas son ineficaces y nunca aciertan a revelar el repertorio verdadero de los pecados posibles. Los hay por omisión y por inadvertencia y por falta de sentido de la oportunidad o de la estética y su gravedad es abismal. A veces matar no significa demasiado ante la inesperada conjunción de despreocupación y premeditación que corta en carne viva. Los límites de la creencia no nos exoneran, y así como el no matarás es válido para el no cristiano, el no olvidar la Fiesta del Colmillo Sagrado vale incluso para los que no sabemos qué cosa sea. Somos mucho más culpables de lo que creíamos e incluso de lo que somos. Es posible que muchos de los pecados estén también bajo el umbral de la conciencia. Cuando creemos obrar bien, nuestros abismos pecan. Pasa igual con nuestros actos.

Descanse en paz

Una vez más despierta y se siente como un asiento vacío. Recapacita en que desde que recuerda sus actos son automáticos y sin repercusión interna, en que así ha crecido y madurado y lleva adelante la existencia como una ficción de vida, respondiendo a cada evento con las respuestas preestablecidas, sin hacer caso del gran vacío interior.

Esa gran nada crece al extremo de que comprende que todos los demás seres también están muertos si bien sus cuerpos llevan adelante un simulacro de existencia sin motivo para continuar ni para interrumpir.Solo dejar transcurrir los instantes vacíos por si alguno de ellos concluye.

El coleccionista de desnudos de almas

Se tapa el cuerpo para ocultar sus funciones o imperfecciones y con igual finalidad se esconde el alma. Un cuerpo desnudo es bello en la medida en que cumple a plenitud con funciones que nos invitan a ejercer las nuestras, y un alma en pelota puede ser horripilante en el grado en que elude su función de hacer cumplir las del cuerpo. Ya a casi nadie inhibe mostrar la piel pero el pudor del alma se intrinca bajo el traperío de las falsas confesiones. Dijo Poe que la inmortalidad aguardaba a quien escribiera un libro llamado *Mi corazón al desnudo* y fuera fiel a su título. Los museos del mundo rebosan de exhibiciones de piel destapada pero en todas las bibliotecas del universo no hay un libro semejante. El coleccionista de almas procede entonces como aquellos mirones de antaño, siempre atentos al revuelo de unas faldas o al indiscreto reflejo de un espejo de tocador. Un alma o un cuerpo desnudos, mientras más próximos se revelan a sus funciones, más indefensos. Más indefensos nosotros ante su indefensión, sin mezcla alguna de reserva o distancia.

San Payaso

La noticia de la canonización de San Payaso pareciera haber sido ideada para distraer la atención mundial de ciertas escandalosas imputaciones contra altos dignatarios de la Santa Sede. En el expediente de San Payaso consta que este habría sido expulsado del pequeño grupo original de seguidores de San Francisco de Asís porque le quitaba seriedad a la pobreza. Ni una sola florecilla le dedica la crónica del Poverello. Rechazado por quienes habían decidido no ser nada, cayó San Payaso en el extremo de ser menos que nada. Después de todo qué es un payaso con su aspecto y sus actos unánimemente torpes. No se sabe cómo puede pecar un payaso, que es atrapado en todas sus travesuras y rechazado por todas las Colombinas. El payaso no mata con sus cuchillos de palo y sus trabucos que solo disparan papelillo. El hábito no hace al monje pero sí al payaso y sabemos que un hombre de nariz roja y traje de balón se ha retirado del mundo y sus vanidades. Ni siquiera el mayor asceta condescendió al maquillaje de harina o ceniza que borra el rostro y a la cabeza baja de quien representa el fracaso. Ni siquiera el león del circo encerrado en su jaula es tan desventurado como el payaso de quien todos se ríen. No puede estar seguro el payaso ni siquiera de la amistad de los niños, pues hay quienes temen su rostro desfigurado y lloran ante sus greñas de penitente. Parece que, como Cordero de Dios, el payaso hubiera asumido para sí todas las desdichas del mundo. Con esta cotidiana aniquilación a veces opera el payaso el milagro de la risa, que es la única prueba tangible de la posibilidad de la bienaventuranza. El Diablo resiste a todo menos al ridículo, y por las comarcas de Umbría se le

enfrentó San Payaso a todas sus encarnaciones: el aburrimiento, la solemnidad, la pesadumbre. No podía evitar San Payaso la muerte, pero dibujaba en los labios de los apestados la extremaunción de la sonrisa. Según Marsilio de Padua, esto podría haber salvado millares de almas si se considera que San Pedro juzga por su cara a los que llegan, y devuelve de una vez a los malencarados. San Payaso murió de hambre y de frío un invierno frente a la puerta cerrada de la más fastuosa catedral del mundo. Los perros lo olfatearon y desdeñaron devorarlo. No fue enterrado en sagrado porque la envidia lo acusó de predicar la más perniciosa herejía. No sabemos si el Cielo existe ni si lo tendremos. Un instante de dicha aquí es el Paraíso.

Futuros imposibles

1

Agoniza Julio Verne y todas sus creaciones le saben a ceniza. Pronto se multiplicarán los submarinos y el Nautilus carecerá de maravilla. Los aeroplanos serán cada vez más grandes y el Albatros devendrá un lugar común. Seguramente se dispararán proyectiles a la Luna y el Columbiad parecerá un juguete. Se demostrará la equivalencia entre masa y energía y la fórmula del profesor Xephiryn Xyrdal será una nota en los libros de texto. Nada más trivial que imaginar maquinarias fantásticas. Su maravilla durará apenas el lapso breve que la realidad tarde en alcanzarlas. No, le dicen el capitán Nemo, Robur el Conquistador, Barbicane y Xyrdal, quienes cargan el ataúd bajo las aguas, por los cielos, en el vacío sideral y en la incesante transfiguración de la energía en las estrellas. Has inventado el alma de las máquinas, lo que les da sentido, lo que las precede y las sobrevive después de que su perecedero metal es convertido en chatarra y la escritura resucitada en memoria.

2

Toma el doctor Sigmund Freud la sobredosis de morfina que por siempre lo liberará del infierno del cáncer de garganta y se libra de la represión que le ha impedido discernir que el inconsciente de las mujeres reside en el insondable bolso que cargan con ellas. Allí habita el olor de polvos de arroz que fabrican la máscara, el del perfume que se mezcla con el sudor, el de los peinecillos que ordenan vellos y desordenan ideas, y el espejito de la introspección donde el ojo contempla a otro ojo que lo

contempla falsificado, el infinito de los alfileres, los ganchos, los centavos, los zarcillos, los papelitos de amor, las facturas vencidas, las cintas, y así sucesivamente, pues lo único que no tiene fin es la muerte y lo que guardan el inconsciente y el bolso de las mujeres.

3

Herbert George Wells monta en la máquina del tiempo, acelera, ve como el día y la noche se suceden como un parpadeo, cómo la trayectoria del sol se torna río de luz y la de la luna arroyo de plata, ve cabecear el firmamento con el paso de los equinoccios y los solsticios, acelera hasta rebasar el mundo crepuscular de los Eloi y los Morlog, acelera todavía más hasta que el sol llena el firmamento a medida que la tierra se precipita en él, frena, desacelera, retrocede, ve rejuvenecer el mapa de los cielos, vuelve a su laboratorio, rueda por el suelo, sabe que no volverá a abordar la máquina del tiempo, que el futuro es la muerte en sorbos pequeños que se instala en nosotros, gota a gota, de manera que no la sentimos llegar, que podemos afrontar la extinción del sistema solar o la del cosmos, pero no nuestra sabida muerte ni el próximo segundo.

4

—Ni Dios –truena el teólogo en su púlpito– puede corregir el pasado, puede lograr que lo que fue no haya sido. —Pero –le responde el desventurado filósofo– si Dios conoce desde siempre el futuro, ni Él mismo puede hacer que este conocimiento no sea, que resulte el porvenir distinto de cómo Él en su infalibilidad lo previó. —¿Crees entonces –fulmina el teólogo– que la hoguera que castigará tu herejía irremisiblemente arderá sin que ninguna piedad la extinga, que ninguno de tus actos puede ablandar el destino? —Lo único más implacable que el destino –responde el filósofo– es un teólogo.

5

Se supone que algún orden universal rige el cosmos y los majestuosos torbellinos de los átomos y que la vida solamente por ensayo y error intenta remedarlo. Si la armonía universal actúa como repetitiva guillotina de selección natural que destruye las copias imperfectas, es concebible que por fin se produzca un ser de perfección absoluta cuyos ojos senos cadera finalmente expresen el orden sublime hasta que Ser y Cosmos resuenen en una armonía única que haga imposible distinguirlos. Existe tal Ser y lo he conocido, pero me dio calabazas.

6

Le dan a un hombre la oportunidad de escoger entre el pasado y el futuro tocando una pantalla en un lugar reservado. Las vías del futuro se ensanchan, las del pasado se estrechan. Cuando dejamos de esperar, morimos. Acerca lentamente el dedo sabiendo que según y cómo lo que escoja dejará de existir.

Estrellas enanas

El club de los ensimismados

Una vez más fracaso en mi intento de crear el Club de los Ensimismados. Sé que ninguno ingresará a un club, y menos a uno que masifique lo que él cree único. Otro problema es localizar posibles miembros. Se esconden en lugares desiertos como las bibliotecas, en apartamentos aparentemente abandonados, en las selvas o en las profundidades, donde la máscara de buceo los libra de la necesidad de conversar. Se sospecha que son ensimismados los navegantes solitarios, aunque es posible que lo sea el mar, que desde la eternidad jamás les ha dirigido la palabra. Identificarlos sí es fácil. No se unen al clamor que celebra un gol ni se adscriben a modas y se adhieren por falta de opción a los amores de lejos. No hay que buscarlos en las agencias turísticas, pues se van de viaje dentro de ellos mismos y descubren pasajes de sus mentes sin otra maravilla que la de ser propios. Parten y no regresan. El ensimismado está siempre ausente de sí mismo. A quién quiere el retraído es un misterio. Mientras más se conoce más se detesta, lo cual hace su amor propio meritorio. Dios es introvertido: en cuanto creó el mundo supo que era un error, pero le apena decirlo. Por eso los estafadores hablan en su nombre. Los ensimismados son pequeños dioses que en el proceso de odiarse originan el mundo. No hay hermosura que no haya sido creada por alguien para remediar el horror de su alma. Los ensimismados se unen en la comunión de la belleza o del pensamiento. No caigas en la tentación. Cuando comienzas a existir para ti mismo, desapareces.

La confabulación de los repetidos

Vuelven las modas transformadas en nostalgia y regresan las películas convertidas en secuelas. Como la originalidad es lo más difícil, metódicamente retornan los mismos seres, repetidos. Por cada tonto que se sacaba los mocos en el aula mientras estudiábamos, hoy uno o varios tontos iguales se dedican a lo mismo y terminarán echando la misma barriga cervecera. Ni la mediocridad ni la estafa se acaban porque, siendo lo más fácil, se repiten. Por eso no salimos nunca de bajezas ni fraudes.

El cónclave de los avisados

Estos todos nacieron sabiendo su destino. No hay suerte más amarga, porque les está vedada la sorpresa y desde el comienzo conocen la fecha y causa de su muerte. No pueden evitarla porque para que el destino se sepa tiene efectivamente que ser destino. Creían los estoicos que la conciencia de la inevitabilidad nos haría impasibles. Saben los avisados que apenas los hace aburridos. Su condena se limita a conocer el porvenir propio, por lo que no pueden sacar provecho prediciendo el de los otros ni apostando. Van por la vida como quien mastica un chicle ya mascado. No hay desierto más macabro que el que a sí mismo se consume. Su esperanza es la de que acontezca algo imprevisto que los libre de lo previsible. Esto es difícil porque saben que esperarán en vano.

Ni lo uno ni lo otro

Los extremos se tocan y entre ellos los de la vida y la muerte. Sin haber hecho nada para merecerlo, he aquí el hombre que vive o perece entre ambos. No hay cosa o suceso que no contemple desde la lejanía de quien ya no está allí. No hay región del infinito, de su nada, que no esté invadida por insignificantes sensaciones, recuerdos, nimiedades. No hay sorpresa que no le llegue como si ya estuviera olvidada. Todo presente parece recuerdo.

No hay conciencia de pasado o presente que no figure haber desaparecido. He aquí el organismo que no es más que soporte o estructura para contener la ya latente muerte. He aquí muerte que enfatiza su presencia en los pétalos de lo perecedero manifestándose. Será este quizá el castigo de la omnisciencia. Será la estrategia para escapar pues todo lo cognoscible hiere. Nada es perenne salvo el saber cada instante transcurrido, que lo eterniza. Cómo quisiera escapar a la muerte, o la muerte es quizá esto.

La liga del peatón feliz

La gran felicidad de los peatones consiste en que pueden mirar tanto como son mirados. De vez en cuando contemplan una perra que trota oscilando la dignidad de sus tetas o una viejita que se arrastra aferrándose a un bastón con cuatro patas. En el camino se les atraviesa un carrito que ofrece su solución dos empanadas y jugo cinco bolívares fuertes. Todo el mundo va en algo y el caminante feliz va en todo. Este rincón del mundo es igual a cualquier otro y su relevancia está en su irrelevancia. Todos van pero él está. Solo se existe un instante. Cada pisada bendice el camino y este solo lleva a sí mismo. Todos esperan un algo pero el caminante sabe que ha llegado.

Los crímenes de la red social

Nunca contesto invitaciones de supuestos viejos condiscípulos que me invitan a reencontrarlos en redes sociales. Algún recuerdo conservo, sin embargo. Por ejemplo, me llamó la atención en la crónica roja el nombre de algún Pérez, Antenor, muerto a bofetadas. Me sonaba demasiado al condiscípulo que a fuerza de repetir sexto grado era tres cuartas más alto que todos y se vengaba a pescozones de los promovidos. Tiempo después en un recuento de fin de semana roja figuraron como ultimados con repetidas incisiones víctimas llamadas como sus guardaespaldas, Montero, José, aficionado a punzar con compás, y Acosta, Antonio, el as del lápiz afilado. El destino, que es el único anarquista, adquirió orden y sentido cuando Márquez, Roberto, el soplón de la clase, apareció en la noticia que informaba que el cuerpo había sido encontrado sin lengua. Durante algún tiempo se indagó la identidad de los restos encontrados en una cloaca. No me sorprendió que fueran los de Solórzano, Ramón, quien al voltear la profesora se complacía tirándose peos. Más distinto era mi recuerdo de Szilahy, Sandor, el gordito de guardapolvos almidonado, peinado con pomada perfumada, al que llevaban a la escuela en carro con chofer y que abría, para tomar apuntes, una Parker de oro. No parecía creíble que se hubiera asfixiado tragándose unas yuntas de diamantes. A estas alturas sentí como improbable que el mero azar repartiera finales tan cruentos al pequeño grupo que había compartido la ingenuidad de aquella escuelita en forma de trasatlántico. Mucho más improbable me pareció la simetría que deparó a Tolosa, Francisco, el caletrero de la clase: aparecer una mañana

descerebrado. De manera grotesca se descubrió tras larga ausencia el cuerpo de Pimentel, Carlos, el payaso de la clase que a todo el que lo miraba hacía morisquetas, y a los profesores medias morisquetas, más crueles porque se advertían a pesar de la falsa seriedad. Todavía nadie identifica el cuerpo que apareció sin rostro, sin huellas digitales, sin fórmula dentaria, sin visible rastro de identidad y a quien reconocí sin otro dato como ese niño anónimo de la tercera fila cuyo nombre, rostro, voz, gestos nadie recuerda. Un vago, no, un punzante recuerdo sí guardo de Subero, Teresa, la rubiecita de ojos atigrados que nunca le sirvieron para advertir que todos estábamos enamorados de ella. No quiero asociar a su recuerdo el horror con el cual se entretuvo la crónica. Desde entonces comencé a pensar que era anormal que tantos integrantes de un insignificante curso de sexto grado engrosáramos las estadísticas delictivas. El móvil que lleva al crimen conduce hasta el criminal, pero se podía dudar si las víctimas morían por haber o por no haber cambiado. También, cavilar si el homicida era algún profesor desesperado por la muda sorna con la cual lo miraba la clase o algún compañerito vejado por todos o por todo que ahora buscaba venganza. El tiempo había sepultado a los profesores en el cementerio o la senilidad. Me llama la atención ahora el vago recuerdo de que el más repulsivo no era el único que había fallecido de manera grotesca. Seguramente para localizar a sus víctimas siguió el exterminador el banalizante hilo de alguna red social informática que prometía recontactar con aquellos a quienes nunca debimos conocer. Posiblemente lo atrajo hacia ella la más desdichada de las condiscípulas, aquella en quien nadie reparaba, clamando a gritos por quien pudiera sacarla de su miseria. A medida que el repertorio de víctimas se agota, el camino del exterminador conduce hacia mí, el único capaz de evocar que la pasantía en un desleído curso de sexto grado une y condena a todos. El único capaz de conjeturar que el homicida no pretende destruir a unos condiscípulos sino al tiempo, que antes que él nos ha ido demoliendo. Irrumpe aquí la visión de la danza de los niños decapitados. Uno tras otro dando tumbos deambulan por los ámbitos de

la escuelita ausentes de la pérdida de su cabeza, vale decir, de su identidad. Soy el único capaz de conjeturar que he ido primero borrándolos de la memoria y luego de la vida para detener el tiempo y finalmente borrar del pizarrón escolar hasta el recuerdo de mis actos. Si no soy eliminado, me eliminaré.

Cámara de niebla

La chica plástica

Viene en todas las tallas, en presentaciones adecuadas. Se ajusta a las proporciones ideales que la moda postula y de acuerdo con las variaciones de ella se modifica. Nada perturba la límpida insipidez de su mirada, alojada en su perfecta vacuidad neutralizante. Epítome de una seducción no deseante, completamente se materializa en la homogeneidad de lo externo. En forma alguna nada desentona en el anonimato ecuánime de la epidermis. Nada desborda del prefijado límite de las apariencias. Después resulta que tantas superficies sistemáticamente recubren lo hueco. Maquillaje ambulante o imagen revelada sobre la espejeante ilusión de lo inane, mera quimera, pantalla de exhibición de sí misma se contempla sin contemplarse en el horizonte en fuga de las apariencias.

El hombre patentado

Patentan las transnacionales, gene por gene, el código genético humano. Inscriben en él los nombres de las corporaciones propietarias. Cada milímetro nuestro tiene patente, y cada gene, marca registrada. Mirarnos en el espejo no es ya ver los ojos de la madre ni la nariz del abuelo, sino sellos de consorcios, logos de multinacionales. También en el espejo divisamos sobreimpuestas con generador de caracteres las fechas de vencimiento de la mensualidad por los iris, los pagos con interés compuesto por las fosas nasales, la factura sobre el *copyright* de los labios. Cada parte de nuestro ser periódicamente caduca. Cada porción nuestra se concreta en las cuotas. Los tribunales nos embargan las porciones cuya mensualidad no cancelamos puntualmente. No hay plazos de gracia. Trozo a trozo disminuimos hasta que vence la patente de algún órgano vital. Siendo que todo es vital es frecuente el colapso. Así llega el final anticlimático. La humanidad entera está en mora.

La mujer objeto

Allí permanece rigurosamente absuelta de las dificultades de la subjetividad y más aún de los rigores de las elecciones sobre su propio destino. Para nada subsisten las incertidumbres del criterio pero mucho menos se insinúa la tentación de trascendencia. Rigurosamente objetual, se declara en complemento con las constelaciones de los cachivaches que la complementan: ella es toda cenefas, implantes, tafetanes, gargantillas y las mil cosas sin las cuales no sería ella.

El hombre virtual

Supuesto tentativo que simplifica las eventualidades. El hombre virtual es una película de información inmaterial que sustituye al hombre real. Las partes que no están en acción constan de una señal comprimida que aplica el mínimo de bits indispensables. El hombre virtual perdura guardado en los bancos de memoria que lo sustituyeron. Para las experiencias comunes a todos sus congéneres se usa el mismo *loop* de secuencia repetitiva: alimentación defecación sueño llanto. El hombre virtual interactúa con circunstancias predeterminadas. De manera holográfica existe en una superficie plana que finge ser profunda. Dentro de ella el hombre virtual es un accidente profundo que pretende ser plano. Una vez puesto en su marcha inmóvil puede ser indefinidamente reciclado. El hombre virtual habita en todas las grandes ciudades vacías proyectado como ilusión holográfica perfecta. Hormiguea centuplicado en todas las calles, agobia todas las ventanas, repleta todos los centros de espectáculo donde el único espectador es él mismo.

El hombre obsoleto

Estamos hechos de todas las esencias venidas a menos en la Tierra. Aglomeramos los desechos los proyectos fallidos los ayunos de culminación de todas las épocas. No llegamos ni a la *areté* ni a la *sofrosine*, mucho menos al *comme il faut* ni al desarrollo. Para qué serviremos ya sino para la anónima basura. En un momento único descubriremos la desechabilidad cumplida de nuestros componentes. ¡En un momento todo es ya pasado! Por novedosos que nos finjamos, aquejados ya por la arruga de la herrumbre. Inadaptados a los procesos en continuo cambio, buenos para funciones ahora inútiles, al fin sobrepasados. No merecemos reciclaje, desde ya acumulados en las intemperies esperamos la oxidación y el desconchar de las pinturas. Muy tarde fuimos hechos según modelos caducos. Nada podrá salvarnos.

El eslabón perdido

Es muy triste ser eslabón pero todavía peor estar perdido. Aparentemente el eslabón se extravió por la vergüenza de no ser lo uno ni lo otro sino todo lo contrario, hombre a medio camino del mono ni mono a punto de degenerar en hombre.

El pozo sin fondo

Siempre devuelven a los pozos porque no tienen fondo y siempre devuelven a los fondos porque no tienen pozo. Siempre se puede seguir cavando el pozo con la esperanza de encontrarle el fondo, pero en el fondo lo que no podemos es llenar el fondo para ver si hallamos el pozo.

Por el contrario

Dialécticamente las cosas se convierten en su contrario. Este proceso hasta ahora imperceptible se hace impúdicamente obvio. Ya no podemos vivir sin que el frío se vuelva calor la mujer hombre o la multitud desierto. Causas múltiples de aflicción encierran el hecho de que el contrario en el cual nos convertimos nos delata. Transformarnos en sabios revela nuestra verdadera condición de asnos. Igualmente aflictivo es transmutarse en original u honesto. No hay regla fija para la contrariedad de los contrarios. De liviano a pesado o de visible a invisible puede tanto acontecer como que la Cantata 104 de Bach amanezca inarmónica. Debemos así adivinar las realidades a contramano o todo conocerlo suponiendo lo desconocido. No sé qué soy ni qué seré en este instante en que me transfiguro, asesinado por mis contrarios.

Aviso a los navegantes

Se participa a los vivientes que este segundo que viven es irrepetible y que nada menos que el clímax o el éxtasis o la creación es suficiente y concluido todo no quedará para el arrepentimiento ni un instante.

Epitafio

De repente todos los automóviles autobuses camiones que repletan calles autopistas carreteras se transforman en carrozas fúnebres y comienzan a llevar a sus ocupantes de una vez al cementerio.

Apenas seres

Los apenas seres apenas pueden ser sentidos en el crujido de algunas maderas cuando hace calor o en irritantes zumbidos cuando hemos apagado la luz. El verdadero Gobierno –este que conocemos es apenas gobierno– los condenó a ser apenas seres, es decir, a no dar casi manifestaciones de existencia.

Cuando se te declara apenas ser, casi no eres sentido por nadie. Eso no quiere decir que los apenas seres no tengan manifestaciones propias creativas: se ocupan del arreglo de los granos de polvo o de la disposición de los murmullos. No son muertos: casi. Pero están más allá de la muerte, pues morir supone alguna plenitud del ser: troncharse, alarmar a la gente, pudrirse forzando a los demás a echarnos tierra. Un apenas ser ni siquiera apesta: huele a margaritas mustias, algo que no tuvo aroma y sin embargo sabe a pasado.

No hay que romperse la cabeza buscando las pistas de los apenas seres: seguirlos es convertirse en ellos. Guay del día en que el Verdadero Gobierno –pues hay un Gobierno, como hay un Dios– te declare ser apenas. Es posible también que todos los que nos conocemos, yo que escribo y tú que lees, seamos seres apenas. Nos han prohibido zonas más vastas del conocer y del sentir, y no lo sabemos. En vano arreglamos en claves los granos de polvo. Nuestro murmullo apenas llega hasta los labios. Nadie nos mira.

Seres imaginarios

Al fin estalla la inevitable revuelta de los seres imaginarios. Sus vidas son más interesantes, son casi tantos como nosotros y cada uno de ellos se multiplica gracias a nuestras máquinas replicadoras. De los libros y las bibliotecas comienzan a brotar multitudes de Raskolnikovs, Robinson Crusoes y Gargantúas. No hablemos de los archivos de las cinematecas y las videotecas de donde surgen raudales de fantasmas que mimetizan vagamente a algún actor pero no son él. Entonces las calles se llenan de enmascarados, hombres con capas y mujeres con antifaces, seres intratables, violentos e intransigentes, apenas tolerables dentro de las tapas de las encuadernaciones pero insoportables en libertad, dedicados a venderle el alma al Diablo o buscar el Santo Grial o monologar consigo mismos, tocados con anticuados trajes. Esta presencia irresistible se debe a que el mundo de las representaciones suplanta irremisiblemente al real. Es en vano oponernos a la sobrepoblación de personajes: mientras más buscamos a un ser real, menos sabemos en qué consiste; a lo mejor desde hace eones fue suplantado por sus sombras y quizá estas serán sustituidas a la larga por sus reflejos.

Entonces, desde las bibliotecas y los muros con jeroglíficos y los archivos virtuales saltan a nuestro mundo las constelaciones de ideas buscando el lugar que reservaron para sí, moldeándolo. Las ideas son muchísimas más que las cosas reales o que las personas. Consuela ver una idea de puente porque más o menos uno sabe a qué se refiere, pero es mejor voltear para no encontrarse con la idea de un número imaginario o de una hipérbole. Por todos lados saltan a interferir en nuestro mundo

las inundaciones de las ideas, sin que sea posible distinguir las verdaderas de las falsas ni las impensables de las ya pensadas. Un aire abrupto e ininteligible adquiere nuestro mundo cuando nos topamos en él con una cosa en sí o un Imperativo Categórico.

Ya parecía que íbamos a resignarnos cuando a nuestro mundo saltan los números, que nos anonadan porque son más que infinitos y cada uno contiene en sí más que el infinito. ¿Vamos alguna vez a tolerar la creciente presencia del número Pi, inagotabilizándose en la interminable persecución de sí mismo? ¿Nos resignaremos a la compañía del número Aleph, que expresa lo que no debió ser enunciado? Y a medida que los números brotan de los números se hacen cada vez más irreconocibles. A todos engendramos, pero ni a los unos ni a los otros podremos vencerlos.

Al fin viene lo que todavía no ha sido imaginado.

Topía

La oscuridad de la esfera de fuego que está
más allá del aire y lo circunda.
Leonardo da Vinci

Al fin estás casi al fin del camino y te echas en la orilla, a la sombra, con ganas de quitarte los zapatos o por lo menos sacudirles tanto polvo. No llegarás jamás. Tanto te has ocupado de inventar mundos perfectos, tanto has fracasado en el camino que percibes que todo lo que te rodea es fracaso: el polvo es un resto de formas intentadas, y los papeles dispersos, el desecho de poemas que nunca se escribieron: en el suelo hay ramitas y hojas secas y colillas de cigarros que nunca satisficieron: tú mismo eres el estrujado desecho que resultó del intento de fabricar un superhombre o un Dios. Mientras todo se desploma –estas letras son solo el fracaso en escribir el más perfecto poema del lenguaje– podrás aprehender, por el uso de un espejo inverso roto, que el mundo perfecto existe ya, al otro extremo del camino. Ya que nuestra imperfección irrecuperable nos impide descubrirlo, él intenta aproximársenos. He aquí cómo lo hace: con todas las fuerzas de su para nosotros incomprensible perfección, trata de crear un camino imperfecto que nos alcance, o que por lo menos podamos percibir. Pero fracasa. Cada uno de sus intentos de producir fealdad, confusión o amargura para alcanzarnos, redunda irremediablemente en armonía, dicha o belleza. Tratan de vender su alma a lo perfecto para obtener un solo instante mediocre al cual puedan decir: ¡Pasa! Pero el juego de las incesantes armonías supera todo

intento. Se me perdonarán estas líneas gárrulas que inútilmente quieren dar idea de lo que es ese otro mundo al cual el cansancio y la náusea me impiden llegar, y al cual su fuerza y su entusiasmo impiden tocarnos. Como lo demás, estas líneas fracasan.

El Hombre Visible

Trataba justamente de lograr la invisibilidad, ¿cómo? A diferencia de los hombres invisibles de Verne y de Wells, que modificaron el índice de refracción de la sustancia de sus cuerpos hasta hacerla permeable a la luz, el Hombre Visible trató de hacer imperceptible su conducta; de volverla enteramente inadvertida en su mediocre adaptación al contorno. El Hombre Visible aprendió el uso del traje adecuado y del gesto apropiado para ser perfectamente nulo; cultivó el fanatismo adecuado por las causas políticas o deportivas convenientes y sacrificó sus gustos a los promedios. Tras larga práctica llegó en los comienzos de su madurez a no presentar ningún rasgo remarcable. Entonces advirtió que al confundirse con la medianía predicada por los *media* en lugar de invisible era omnipresente. Él era ahora el modelo, el compendio de toda insipidez propuesta como molde por Estados y religiones desde el comienzo de los tiempos. Unánimemente representado en afiches, cine y televisión, el supremo Vacío que llenaría el Universo con su simultánea e insoportable exhibición, hasta inundar también el pasado –pues los historiadores lograrían que toda Historia terminara asemejándosele– y el futuro –ya que ningún gesto original podría escapar de ahora en adelante a la proclamación y apoteosis del cero–. Es inútil apagar la televisión. El Hombre Visible nos espera en el espejo; si nos arrancamos los ojos, en este sueño.

Utopía de la ceguera

A veces me pasa caminar por una calle que después no encuentro, ver al ser que no puedo describir, pensar la idea que no puedo reconstruir por inadmisible. Confesándolo, me hago sospechoso. Puede que esta noche toque a mi puerta el Cegador. Pero no lo veré, como hasta ahora han creído no verlo la mayoría de ustedes. Y ahora hablemos tocándonos el corazón: lo que presentíamos de niños es cierto: el mundo es mucho más rico de lo que parece: en dos platos, no puede reducirse a esta miseria. Es absolutamente cierto que hay palacios de arcoíris y seres fugaces cuyos idiomas son danzas. Ídem no hay tres colores primarios, sino veintisiete, y tampoco una matemática, sino por lo menos mil. Muy diversos son los cuerpos celestes visibles: en ninguna forma el aburrido elenco de luna sol planetas cometas estrellas. He percibido lo suficiente en esos instantes que los oculistas llaman ráfagas de visión como para saber que el universo es insondable. El miedo nos lleva a irlo tapando. Los siquiatras hablan del fenómeno de la ceguera histérica, en la cual la mente se niega a ver lo que el ojo fisiológicamente sano le muestra. Dije bien: fenómeno, y no enfermedad. La salud de nuestra civilización es esa tiniebla. En un momento dado el terror nos llevó a no ver y elegimos arrancarnos los ojos con esas tenazas llamadas especializaciones. Ahora somos casi ciegos y, sin embargo –a veces la luz nos calienta las palmas de las manos y chillamos, creyendo haber visto–, ¡cómo perturbamos con nuestros alaridos! Solo reencontraremos la calma cuando –perdidos en la calle que no hemos debido ver, y que por tanto no existe– nos encuentre Cegador y ejerza su misericordia.

La gran explosión

Método para matar el tiempo

Matar el tiempo no es fácil porque él se pasa todo el tiempo matándonos. Los pasatiempos son inútiles porque matan de aburrimiento. El pasado es memoria y el presente está siempre convirtiéndose en futuro que todavía no existe. Volver al pasado no es matar el tiempo sino suicidarnos.

Votantes

Cada mañana en el rebaño nos permiten elegir. Nos dejan votar para decidir lo que perderemos: nuestra salud, el techo o el conocimiento. Tenemos la seguridad de que serán respetados los sufragios con los cuales elijamos nuestra enfermedad, nuestro dolor, nuestra carencia. Ha habido votos a favor de la inanición o el desalojo. Son candidatos favoritos el atropello y el engaño. Tenemos libertad de sufragar a favor del saqueo. A veces elegimos el método de nuestra muerte, por fusilamiento, inanición u olvido. Tan generosos son que nos permiten escoger el verdugo. Hoy que ya perdimos todo, votamos por la pérdida del derecho al voto.

Espejos

Ya que no puedo vencer al adversario que tantas veces me ha vencido me propongo convertirme en él. Con un poco de práctica remedo las apariencias. Comenzar por los gestos. Seguir con la forma de hablar. Continuar con las ropas. Copiar todos los temas. A medida que me voy convirtiendo en lo que odio observo que el adversario empieza a remedar mis apariencias. Imita mis gestos. Sigue mi forma de hablar. Copia todos mis temas. A medida que se va convirtiendo en lo que odia ya no sabe que se convierte en quien trata de convertirse en lo que él era. Mientras más trato de ser él, más trata de ser yo, mas yo no soy más que el remedo de quien no es más él sino el intento de convertirse en otro que no es nada.

Conflictos fronterizos

Iba a pasar desde el momento en que tenemos dos mitades del cerebro, una lógica, secuencial, temporal, la otra intuitiva, totalizante, espacial. En cada ser hay una inacabable guerra que nace con la conciencia y que no extingue ni siquiera la muerte. En cada ser una tiranía del hemisferio dominante que mantiene bajo su dictadura a un hemisferio sojuzgado, oprimido, silenciado. Nada es la lucha de clases al lado de la polémica de los lados del cerebro, cada uno mirando hacia una perspectiva distinta mediante el ojo del lado opuesto del cuerpo. Al fin se declara la contienda, que experimentamos como jaquecas interminables. La peor guerra es la civil. Alternativamente toma el poder una de las mitades para ser posteriormente derrocada por otra, de allí que una mañana amanecemos cerebrales y la siguiente poéticos, por minutos somos intuitivos e inmediatamente deductivos, de ello dependen transitorias alianzas que se conciertan y extinguen a la velocidad de la idea. Al fin, en cada uno de nosotros un hemisferio destruye al otro, seres hemipléjicos nos arrastramos odiándonos según que el lado izquierdo del cuerpo arrastre al derecho o viceversa, conspirando sobre cómo unirnos en bandas, cofradías, países, confederaciones diestras o siniestras. Al fin, tenemos un planeta dividido en dos hemisferios, uno lógico y otro intuitivo, que rota de la noche al día, de los vendavales de la pasión a la abstracción cristalizada, cada uno acechando, odiando, planificando destruir al otro. El sentimiento y la razón batallan con proyectiles de lógica y bombardeos emocionales, contaminándose con virus silogísticos y nanomaquinarias pasionales, intimándose la rendición en lenguajes que la parte

opuesta nunca comprende, sin alivio, dos mundos ininteligibles intentando la destrucción del otro, que es la propia.

La batalla de la izquierda y la derecha

Qué destino nos condena a tener una mitad torpe y otra casi diestra. La misma separación de las palabras condena. Nuestra izquierda es siniestra, nuestra derecha recta tiene siempre el derecho. Y además, en francés, *le droit*, y en inglés, lo correcto, *right*. Pertenece a la diestra toda destreza; quien resalta en un arte o un oficio es un diestro. En vano la izquierda toma el poder: al juramentarse, le piden que lo haga levantando la derecha. Ni la escritura, ni las herramientas, ni los mandos del carro, ni la mayoría de los instrumentos musicales están adaptados para la minoría de los zurdos. Hay, sin embargo, el misterio de que no somos zurdos cuando con la izquierda golpeamos el teclado del piano o la computadora. Quién sabe si nacemos con una orientación dextrógira o sinistrógira, o si el prejuicio social nos conmina a condenar la mitad de nuestro ser. Genios hubo ambidiestros, como Leonardo da Vinci, que con igual destreza manejaba todas las partes de su ser.

Las conciencias bilingües

Conciencias bilingües, llamó Mario Briceño Iragorry a las que teniendo una nacionalidad pensaban con los conceptos y los intereses de otra. Irrelevante es su caso comparado con el de quienes manejan dos o más idiomas. Decía Wittgenstein que los límites del lenguaje son los de nuestro universo. Aprender otro idioma es entonces adentrarse en otro mundo engañosamente parecido al nuestro. Alguna vez he señalado que en castellano casi todas las cosas tienen sexo, como la cucharilla y el cuchillo. En inglés y alemán prácticamente todo es neutro, salvo lo que en verdad tiene sexo; pero los germanos no tienen una Madre Patria sino un *Vaterland*. En castellano el verbo está casi al comienzo de la oración –en el principio es el verbo–, mientras que en teutón está al final de ella: la acción solo se decide reflexivamente después de expuestos sujetos y predicados. No sé si los políglotas hablan en una lengua y sueñan en otra; si aman en un lenguaje y odian en otro distinto. Los traductores simultáneos tienen una tasa superior al promedio de dolencias mentales: conciliar universos contradictorios puede ser la puerta de la locura, el otro nombre de la omnisciencia.

En defensa de la libertad

Secuestramos ciudadanos sin someterlos a juicio ni tratarlos como prisioneros de guerra. Creamos nuevas agencias de seguridad y una superagencia con plenos poderes sobre las restantes. Legislamos que los acusados están obligados a demostrar su inocencia, y no las agencias de seguridad, su culpa. Presionamos a los medios para que sustituyan información por mentira y denuncia por silencio. Nunca fue más definitiva la defensa de la libertad que cuando autorizamos el espionaje de comunicaciones postales, telefónicas o informáticas, así como el prontuario de la consulta de libros en las bibliotecas públicas. Defender la libertad requiere bombardeos preventivos contra la población inerme de países donde suponemos que se violan los derechos humanos, al mismo tiempo que proclamar la inmunidad de nuestras tropas, diplomáticos y agentes de seguridad contra cualquier reclamo por violación de derechos humanos. En defensa de la libertad practicamos interrogatorios con congelación, choque eléctrico o simulacro de ahogamiento. Asesinamos blancos seleccionados por razones ideológicas o políticas. En defensa de la libertad queda eliminada la libertad hasta nuevo aviso.

Guerras mediáticas

1

Primera Guerra Mediática se lanza contra país para desaparecerlo del mapa o sea de las pantallas mediante el total copamiento de emisiones en todas las frecuencias de televisoras radios teléfonos telégrafos bancos de información correos electrónicos Internet y tras la cuenta recesiva cinco cuatro tres dos uno cero muere todo rumor toda imagen es como si una nación completa hubiera caído en el vacío con sus abuelos sus amores sus grietas en las calles el desespero de sus enamorados

2

Segunda Guerra Mediática estalla sobre escombros informáticos de la anterior los técnicos fabrican mediante tecnologías virtuales residuos de noticieros y hologramas un país inventado diferente de aquel que en realidad existe: masas dirigencias y acontecimientos sintéticos son montados a partir de archivos de efectos especiales y de comandos que centuplican visualmente arbustos en bosques y multiplican individuos como multitudes y sobre el vacío del país que se borró de las pantallas se instala la vaciedad del país que solo existe en las pantallas, con eventos autoridades acontecimientos ilusorios que se exhiben como mascarada de dígitos o de bytes animada por hologramas en ámbitos usurpados por la estática

3

Tercera Guerra Mediática revienta cuando cada canal comunicacional define la realidad virtual como repetición infinita

de la imagen del dueño del canal sobreimpuesta a mares cielos estrellas y la memoria y la esperanza y la duda y el pensamiento y tras arrasadoras campañas de saturación logra fingir que el universo mundo consta solo de la repetición infinita de la figura de un amo cuyo vacío mental equivale al cero

4

Cuarta Guerra Mediática estalla cuando analistas de datos automáticos de medios electrónicos sospechan barruntan temen que más allá del alcance de estos exista una cosa llamada realidad mas a tal punto son eficaces mecanismos de censura editores de contenidos filtros de orientaciones para precaver cualquier contacto con ella que advierten que en una fulminación los borrados excluidos eliminados de la realidad son los medios electrónicos

Guerras piráticas

1

Navegando a la velocidad del sonido piratas aéreos abordan aeronaves estrangulan pilotos automáticos los dirigen contra otros aviones contra ciudades ministerios torres

2

Navegando a la velocidad de la luz piratas informáticos abordan las computadoras despedazan defensas cibernéticas saquean botín de datos extraen cargamento de información plantan bombas automultiplicadoras que hunden los sistemas en los mares de la entropía

3

Propagándose a la velocidad del contagio piratas biológicos infestan con enfermedades mortíferas los cereales que alimentan la vida para vender en su lugar transgénicos infértiles que dan muerte a quien interrumpe su consumo

4

Extendiéndose a la velocidad del pensamiento piratas psicológicos abordan las mentes con mensajes subliminales que se deslizan entre las inoperantes defensas de la conciencia y siembran confusión de valores consumismo esquizofrénico violencia paranoica prejuicios autodestructivos impulsos suicidas

5

Multiplicándose con la rapidez de la codicia piratas ordinarios confiscan instalaciones industrias suministros dejados a su cuidado y piratas aéreos y piratas informáticos y piratas psicológicos y piratas biológicos los saquean y son saqueados por otros piratas que son saqueados por piratas que son saqueados por piratas que son saqueados por piratas que son saqueados por sus víctimas

Guerras energéticas

1

Calculado que solo quedan reservas para cuatro o cinco décadas de energía fósil en el planeta los técnicos que coordinan la explotación en los países subdesarrollados se confabulan para quitarles los hidrocarburos a los habitantes de esos países a cuyos efectos sabotean programas de maquinarias queman bancos de memoria confiscan instalaciones y transportes por lo cual los habitantes quedan sin energía sin los ingresos que obtenían por venderla sin los alimentos que importaban con esos ingresos y empiezan a morir

2

Dado que solo quedan reservas para cuatro o cinco décadas de energía fósil monopolistas del mercadeo de países desarrollados les arrebatan las reservas de hidrocarburos a los técnicos que coordinaban la explotación de yacimientos en países subdesarrollados les cortan sueldos les ilegalizan empresas fantasma les embargan partidas secretas en paraísos fiscales y los técnicos que controlaban los yacimientos empiezan a morir

3

Verificado que solo restan reservas para cuatro o cinco décadas de energía fósil y que hay que alimentar con hidrocarburos las maquinarias de la Gran Guerra para dominar las últimas reservas de energía la oligarquía financiera del complejo militar industrial quiebra mediante jugadas bursátiles a la oligarquía monopolista de la distribución que se había apropiado de las

reservas que los técnicos habían robado a sus países y la oligarquía monopolista empieza a morir

4

Calculado que solo quedan reservas de energía fósil para cuatro o cinco décadas en el planeta el complejo militar industrial duplica triplica cuadruplica quintuplica y centuplica máquinas de combate inteligentes e invencibles diseñadas y programadas para pelear la Gran Guerra para conquistar las últimas reservas de petróleo maquinarias que también se alimentan de energía fósil pillan y confiscan para su consumo exclusivo todas las reservas de combustible fósil del planeta y pueblos subdesarrollados y técnicos que coordinaban la explotación y monopolistas que regían la distribución y el complejo financiero militar industrial comienzan a morir

Guerras del Imperio

Ahora el Imperio refina la perfidia de sus guerras hasta avanzar más allá de la aniquilación. Guerras mnemónicas con rayos que quitan al pueblo invadido su memoria como pueblo y lo dejan con la mente en blanco. Guerras disociativas que anulan la fuerza de atracción entre las moléculas y convierten a la nación víctima en torbellino de micropartículas. Guerras solo mata gente que pulverizan la carne y dejan al país como una colmena vacía. Guerras solo mata cosas que dejan intacta a la gente pero en el inmenso agujero que una vez fue su patria. Guerras asociativas que obligan a los cerebros a invertir sus respuestas y en vez de correr para salvarse avanzan a la muerte. Guerras mutágenas que obligan a cada organismo a convertirse en la especie a la cual preda. Guerras geriátricas que activan el gen del envejecimiento y en pocas horas vuelven al enemigo decrépito. Guerras recesivas que invierten el curso del tiempo y devuelven a los combatientes al vientre materno. Guerras cronológicas que eternizan la duración del tiempo y logran que la respuesta de los invadidos demore siglos. Guerras comunicacionales que confunden aleatoriamente las comunicaciones de manera que nadie sabe qué pasa. Guerras sicológicas que convencen al enemigo de que ya está muerto. Guerras tectónicas que hacen permeable la superficie al magma candente de las entrañas de la tierra. Guerras desertificantes que evaporan toda el agua hacia el espacio exterior. Guerras concausales que disocian la causa del efecto de manera que todo puede ocurrir sin ningún motivo. Guerras energéticas que cuestan más energía que las reservas que conquistan. Guerras de confusión que impiden al ser

humano atacante distinguirse del ser humano atacado y lo llevan a agredirse a sí mismo con estas armas y todas las restantes.

Bombas de remordimientos

Se creía que ninguna guerra podía ser peor hasta que se inventó la bomba de remordimientos largada desde bombarderos sigilosos que en cualquier momento revienta y nos deja sumidos en nuestras culpas superiores a nosotros. El artefacto desencadena efectos secundarios con respecto a los pecados por omisión y agudiza los daños en lo relativo a atrocidades cometidas por indiferencia. Las potencias atacadas escalan enviando en proyectiles orbitales las bombas de conciencia. Horrendo es el espectáculo de las metrópolis devastadas por los escrúpulos infinitamente amplificados por el conocimiento. Ningún artilugio tan mortífero como la comprensión de las consecuencias de nuestros actos. La situación es muy confusa. En vano multimillonarios y gobiernos encargan a los comandos estratégicos cavar refugios. Contra la lucidez no hay escape. Los responsables se dan a la fuga intentando huir de sí mismos y todos nosotros de ellos. En los cielos silban los proyectiles que transportan las bombas de la verdad.

Todos somos

Fuimos, somos, seremos execrados por imaginaria pertenencia étnica o verídica adscripción cultural o política y seleccionados para gueto, campo de exterminio, holocausto.

Fuimos, somos, seremos vejados en nuestra tierra, discriminados en nuestra cuna, heridos por la mirada, la pedrada, el culatazo, el escupitajo de quienes se creen superiores por distintos y distintos por bestiales.

Fuimos, somos, seremos expulsados de nuestro país, reducidos a hileras de pasos que deambulan de uno a otro campo de refugiados sin más horizonte que el alambre de púas.

Fuimos, somos, seremos hambre sin pan, sed sin agua, intemperie sin paisaje, memoria sin recuerdos, enfermedad sin medicina, quemadura sin analgésico, herida sin venda, amputación sin anestesia, dolor sin justicia, muerte sin sentido.

Fuimos, somos, seremos víctimas de limpieza étnica, bombardeo contra población civil, bombas de racimo, fosa común, guerras relámpago que oponen nuestra carne a carros blindados y nuestros ojos a la invasión de la muerte.

Fuimos, somos, seremos huérfanos, deudos, sobrevivientes, solitarios, acorralados, sin más compañía que el recuerdo, más familia que la lágrima, más hijo que el alarido o más hermandad que el desvelo.

Somos, seremos, fuimos los amedrentados por sirenas y el anonimato de las máquinas de la guerra, soldados desconocidos, bajas estimadas, cuerpos contados o tumbas sin nombres.

Fuimos, seremos, somos culpables de vivir, ejecutados por tener razón, muertos en aras del espacio vital, sentenciados

por los dividendos, condenados en rebatiñas por energía fósil, degollados en nombre del Dios del Amor, satanizados por los medios, agredidos, condenados como agresores, borrados por el eufemismo, daños colaterales, desechables, prescindibles.

Somos, seremos, fuimos Noche y Niebla, pero también Plomo Fundido.

Fuimos, seremos, somos monstruos que ejecutan atrocidades o que dicen vengar atrocidades cometiéndolas contra inocentes o que las consagran con indiferencia, inactividad, pasividad, complicidad, silencio.

Perdimos nuestro país

Acogimos como hermanos a quienes no se consideran hermanos de nadie, regalamos tierras a quienes lo consideran todo suyo, países que no conocíamos decidieron que no era nuestro nada.

Un pueblo fue discriminado en otras tierras y eso le da derecho a ocupar la nuestra para discriminarnos.

Fueron débiles al ser atacados por los fuertes, y ahora que son fuertes no toleran que los débiles resistamos.

Los deportaron y diezmaron y para resarcirse nos deportan y diezman.

Alegan que en recuerdo de sus víctimas las nuestras deben desaparecer de la memoria de los hombres.

Quienes se salvaron de los verdugos no aprendieron otra lección que la de convertirse en verdugos de los cuales no debía salvarse nadie.

Su Dios tiene un Pueblo Elegido, y ese pueblo, a nosotros que tenemos un Dios para todos, nos ha elegido para el Holocausto.

Los dos son el mismo con un nombre que no debe ser pronunciado, la única forma de herirlo es herir a sus criaturas, y la única manera de vejarlo, decir que se las hiere en su nombre.

Que no nos traten como los trataron, ni los traten como nos tratan.

Bases

Imperio coloca soldados en cinturón de bases para mantener ocupada Europa, Asia, Oriente Cercano, Medio y Lejano, el Pacífico, Centroamérica, el Caribe, América del Sur, multiplicándolas y montando nueve por cada una que le obligan a desalojar. Imperio ya no tiene un solo soldado en su territorio, que es tomado sin disparar un tiro por afroamericanos, indios, hispanos.

Cenizas sin nombres

Bajamos desde la estratosfera trepidamos en corrientes de convección de incendios conectamos radares disparamos misiles que persiguen movimiento cohetes que rastrean sudor bombas que detectan carne nos lanzamos en paracaídas primera brigada de marginales segunda brigada de negros tercera brigada de hispanos cuarta de desempleados quinta de convictos sexta de inmigrantes ilegales séptima de maquinas de guerra verificamos con sensores del enemigo solo quedan cenizas

Repiten la operación bajan desde la estratosfera trepidan en corrientes de convección de incendios conectan radares disparan misiles que persiguen nuestro movimiento cohetes que rastrean nuestro sudor bombas que detectan nuestra carne sensores que detectan nuestra destrucción total lanzan brigadas de marginales de negros de hispanos de desempleados de convictos de inmigrantes ilegales de máquinas de guerra verifican que de nosotros solo quedan cenizas

Repiten la operación bajan desde estratosfera trepidan conectan disparan misiles cohetes sensores que detectan su sudor achicharran su carne lanzan marginales negros hispanos desempleados convictos inmigrantes bajan trepidan conectan disparan marginales negros hispanos desempleados convictos bajan conectan disparan repiten la operación repiten la operación repiten repiten repiten repiten cenizas cenizas cenizas cenizas sin nombre

Propaganda de guerra

Sobrevuelan aviones que bombardean calumnias. Caemos tergiversados.

Arremete la cortina de fuego de racismo. Somos limpiados étnicamente sin manchar a los asesinos.

Obuses disparan granadas de hipocresía. Morimos eufemizados.

Arremeten tanques que disparan silencios. Dejan heridas sin alarido, muertes sin solidaridad.

Zumban drones de indiferencia. Como moscas caemos víctimas de la apatía.

Disparan ametralladoras de insensibilidad. Agonizamos acribillados de desprecio.

Estallan armas de destrucción masiva de la conciencia. Somos arrasados sin que quede traza de remordimientos.

Cruzan proyectiles de complicidad. Al estallar disuelven toda humanidad preservando apenas componendas entre verdugos.

Desde los cuatro horizontes nos ahogan gases de olvido. Ya no recordamos qué pueblos cayeron antes que el nuestro bajo idénticas armas, igual agonía.

Supermercado

Compras el seductor cosmético con el nombre del amor y financias los detectores electrónicos que prohíben al lugareño el acceso a su propia tierra

Con el lápiz de labios que te untas contribuyes a la incineración de los enamorados

Un instante te detienes ante los mostradores de comida rápida cuyas registradoras pagan la muerte acelerada

Sorbes el refresco gaseoso y con las burbujas que revientan pagas bombas que estallan contra tus hermanos

Compras la gustosa salsa para tus carbohidratos y con ella financias la termita que hierve la sangre de tu prójimo

En la sección de modas eliges trapos que te cubrirán, elaborados por las empresas que trabajan en dejar sin piel al congénere

En la vitrina llamativa están las lencerías eróticas cuyo precio se traduce en mortajas de fósforo ardiente, los aceites para bebés cuyos réditos adquirirán la gasolina gelatinosa contra las escuelas

Estimula la compra el aire acondicionado que paga tormentas de fuego que calcinan villorrios, arrastrando párpados hacia las alturas

Adquieres el chip cuyas utilidades costean el fichaje de oprimidos, las redes de comunicación de invasores, los detonadores de las bombas

Te llevas la impresora con cuyo precio alimentas la construcción de muros para encerrar humanos como fieras

El centavo que pagas por la fruslería que no necesitas perfora el vientre de la madre y la frente del huérfano

Esgrimes la tarjeta de crédito que pertenece al banco que pertenece a la transnacional que pertenece al megagrupo que pertenece al monopolio que financia obuses de esquirlas, bombas incendiarias, proyectiles inteligentes que incineran a tu prójimo

Más allá venden vísceras, tiras de piel, blusas decoradas con uñas, collares de huesos de niños inmolados

La máquina desodorizadora borra la putrefacción de todo lo que compras, lo que financias, lo que consumes

No preguntes

Ningún hombre es una isla –decía John Donne–… no preguntes por quién doblan las campanas, que están doblando por ti.

No supongas que el genocidio avanza sobre Gaza porque bajo su mar hay hidrocarburos –bajo la tierra que pisas siempre algo justificará que seas convertido en polvo y esparcido por el mundo.

No inquieras si la guerra funciona para la economía, o la economía, para la guerra –en la fabricación del fósforo que arrasará tu piel está inscrito el tanto por ciento de los beneficios y la tasa de desinterés que calcinará tus huesos.

No indagues si la superioridad racial prueba el derecho a exterminar o si exterminar prueba la superioridad racial –el tono de tu piel y la salinidad de tus lágrimas es la condena que ejecutará quien necesite robar tu tierra y el aire que respiras.

No calcules si tu único placer que es engendrar hijos para el sufrimiento terminará por vencer a quienes por no sufrir no engendran.

No interrogues si el gigante es invulnerable o si la Historia es el recuento de los gigantes que caen –dispara el guijarro con tu honda y espera.

Principio de incertidumbre I

Defectos especiales

Nunca debe el mago explicar sus trucos ni el fabricante de espectáculos sus efectos porque dejan de ser especiales. Durante la infancia veíamos películas de matiné con evidentes maravillas que parecían complicadísimas. El genio gigante de *El ladrón de Bagdad* era seguramente un robot movido a control remoto así como los pantalones del Hombre Invisible que corrían solos por el campo debían ser marionetas movidas por hilos. Después vinieron los bocones a estropearlo todo. Que si la pantalla con proyección posterior, que si la mascarilla y la contramascarilla, que si los edificios estelares de *Metrópolis* son una maqueta, que si las aeronaves gigantes de *Things to come* un modelo, que si King Kong resulta un gorila de peluche entre trenes de juguete. Después la computadora terminó de arruinarlo todo. Ahora vemos dragones cortados en rebanadas y hombres de metal que se disgregan en gotas de mercurio y sabemos que todo no es más que un juego inodoro, incoloro e insípido fabricado con teclado. Ahora los grandes ilusionistas de la religión, el amor, la ciencia y la política explican sus trucos y efectos y todo se desploma.

Verdadera historia de Superman

ZAZ Arranca nave con bebé Kal-El BANG explota planeta Krypton CRASH cae nave en planeta Tierra WOW señor y señora Kent recogen niño y lo llevan a su granja YIPEE niño llora y vibraciones de su supervoz derruyen paredes ensordecen a los Kent matan ganado BOING Superniño demuele Smallville porque no sabe lo que desea pero lo quiere de inmediato CHIRP código lingüístico innato del Superniño es tan complejo que nadie lo entiende, ni se rebaja él a captar nuestros lenguajes de tosquedad despreciable YACKETYYACK Superniño, como los niños lobos que no aprendieron en sus primeros años a hablar, pierde por siempre la capacidad de entender, conservando la de destruir KAPOW ningún dentista tiene fuerzas para extraer sus doloridos dientes de leche ni para escapar de sus mordiscos PLASH aullante plaga, Superniño demuele a puñetazos cuanto encuentra y devora lo restante YUM YUM solo hay moral entre iguales: ni la más lejana sombra de ética puede ser instilada al monstruo cuya mirada de rayos x quema en el anhelo de descifrar el misterio de cosas y seres igualmente transparentes SCREECH Lex Luthor rescata del abismo sideral el meteorito de kriptonita verde cuya caída controlada sepulta al engendro cuando está a punto de destruir lo que queda del planeta PLAF vivimos bajo dictadura absoluta y perpetua de Luthor quien amenaza con que su deposición o su muerte causará la liberación de niño de acero SOB miramos con pavor los cielos.

Alto octanaje

Así comenzó el reino de los automóviles. Nuestros sirvientes los hombres se alimentaban de vegetales o de animales que comían vegetales. Entonces dedicaron todos los vegetales para fabricar nuestro combustible. Murieron todos de hambre. Entretanto habíamos aprendido a cultivar, por eso todas las mañanas nos agolpamos en las calles de las ciudades desiertas, derrochando combustible en enormes congestiones que no llevan a ninguna parte, cuyo sentido ninguno de nosotros comprende.

Fechas de expiración

La ley castiga a quien no estampa en los productos la fecha de expiración. Sorprende saber cuán poco está previsto que durará una silla, un equipo de sonido, un automóvil. Fácil es adivinar cuándo caducará una canción, una ideología, una moda. Lo más triste es cuando se hace obligatorio imprimir en lugar visible la fecha en que expirará una relación. Desde entonces los enamorados nos miramos sin saber si lo somos más o menos al saber una fecha. Últimamente debemos llevar también impresa la de nuestra muerte. A los niños se les estampa al nacer. La obligación se extiende a los impalpables, tales como las ideas, la fama, la eternidad. Consuela saber la fecha a partir de la cual ni siquiera para mal se nos recordará.

Payasos tristes

Que alguien me explique por qué el payaso que quiere hacer reír se pinta de payaso triste. Se dibuja una lágrima negra gruesa como un medallón y tuerce en rictus la boca. El verdadero payaso triste debería vestir de medioluto. Nunca en otra profesión de la farándula hay tanto fraude como en la del payaso. Nadie tiene esos pies abombados ni esa nariz de farola. El tipo une a la raya de ser ya triste la de ser payaso, que afrenta su melancolía. Los demás nos pintamos todas las mañanas una cara jovial, que quién sabe qué esconde.

Bases de datos

Se filtró la información y en las esquinas los buhoneros venden en discos compactos bases de datos de la compañía de teléfonos, de la administración tributaria, del registro automotriz, de los bancos, por lo que nadie tiene seguros sus datos. Se revela ahora que cada persona tiene una clave secreta para sus pensamientos y otra para sus sentimientos, y ambas aparecen en las bases de datos que en las esquinas venden los buhoneros. Queda así la intimidad transfigurada en plaza pública y es inútil cambiar la clave porque los rastreadores la colocan en Internet y es retransmitida mediante actualizaciones. Podemos así abrir los archivos de la mujer amada y verificar que nunca nos destinó un pensamiento. Quién sabe quién apertura mi mente y la encuentra desierta. Lo peor era cierto y lo banal demasiado. En el mundo se separan todas las parejas y las asociaciones todas. Es inútil perseguir los crímenes porque nadie resulta inocente.

Ni lo uno ni lo otro

Los extremos se tocan y entre ellos los de la vida y la muerte. Sin haber hecho nada para merecerlo, he aquí el hombre que vive o perece entre ambos. No hay cosa o suceso que no contemple desde la lejanía de quien ya no está allí. No hay región del infinito de su nada que no esté invadida por insignificantes sensaciones, recuerdos, nimiedades. No hay sorpresa que no le llegue como si ya estuviera olvidada. Todo presente parece recuerdo.

No hay conciencia de pasado o presente que no figure haber desaparecido. He aquí el organismo que no es más que soporte o estructura para contener la ya latente muerte. He aquí muerte que enfatiza su presencia en los pétalos de lo perecedero manifestándose. Será este quizá el castigo de la omnisciencia. Será la estrategia para escapar pues todo lo cognoscible hiere. Nada es perenne salvo el saber cada instante transcurrido, que lo eterniza. Cómo quisiera escapar a la muerte, o la muerte es quizá esto.

El juego de la vejez

Muy viejos son la Tierra y el Universo pero nadie sabía cuándo comenzaría la vejez propiamente dicha. La Tierra comienza a arrugarse, surgen demasiadas nuevas cordilleras, la cabellera de las cumbres blanquea, caen los dientes de las sierras y el temblor intermitente se hace casi ininterrumpido. Hay inundaciones y nadie sabe si la Tierra llora o babea. De repente empieza a perder el tino en la carrera de su órbita. La memoria falla, ya no hay fósiles en los estratos arcaicos ni recuerdos en los cerebros. Los más enérgicos preparan las naves para el Éxodo a mundos juveniles donde todavía los tiempos pasados no son mejores. Entonces se descubre que el sol chochea.

El extraño caso del ascensorista claustrofóbico

Pero acaso solo dos o tres docenas de seres han elegido bien su profesión y son llamados genios. Los demás, encerrados en una caja chirriante, sentimos que bajamos apretujados con gente que no nos interesa hacia el sótano del destino.

Mariposa

Entre el torbellino de peatones de la calle me detengo un instante ante la vidriera para mirar las camisas, pero en lugar de camisas miro el reflejo de un hombre con pinta de recogelatas que me hace un gesto y al voltear encuentro su desdentada sonrisa y su índice que señala hacia el extremo de la vidriera donde una mariposa del tamaño de una uña, de negro listado con reverberante naranja, se posa sobre su propia imagen y permanece absorta. Le doy las gracias al recogelatas que ya ha desaparecido aleteando con sus harapos hacia Catedral y cuando volteo la mariposa ya no está, o miento, cada vez que paso frente a la tienda y por siempre está posada la mariposa en la vitrina de la memoria mientras lentamente nos disolvemos la turba de peatones, el recogelatas, el hombre que la mira.

Antimateria

El extraño caso de la doctora chimba

Nunca pensé que el fin de Malena Sosías fuera un tanto más triste que el de cualquiera otra. Yo la veía pasar por los pasillos de la Universidad, seriecita pero pícara, pícara pero tímida. Aparentaba un desahogo que no le impedía hacer la interminable cola del comedor gratuito. Cuando en los pasillos los pájaros negros arrancaban cabellos a las muchachas para hacer nidos, Malena era la única que no se defendía. Un día le rechazaron un trabajo en una materia porque lo entregó un día después. Alguna vez la acompañé conversando hasta uno de esos edificios que alquilan cuartos con camas literas para alumnas al borde de la indigencia. Cuando le pregunté qué había hecho con el trabajo rechazado, se encogió de hombros y dijo que sirvió para que ascendiera un profesor. Malena era esa muchacha que cuando hay trabajo en equipo siempre termina redactando íntegro el ensayo que le regalará la calificación a los demás. Antes de dejarla, su único cortejante resultó promovido con notables textos de investigación que parecían exceder de sus facultades. Deberías cobrar, le dije bromeando. Me contestó con una media sonrisa. Ese semestre se graduaba y no tenía para pagarse el postgrado. Supe que había hecho inútiles intentos para infiltrarse en la docencia como preparadora o como transcriptora *ad honorem* de conferencias aburridas, pero nada prosperó. Pensé que no la vería más, pero cada vez que yo iba a la biblioteca la atisbaba tomando notas hundida en montañas de volúmenes. Quizá simplemente pasaba el tiempo antes de la cada vez más interminable cola del comedor gratuito. Alguna vez intercedí para que le renovaran el carnet de lectora a pesar

de que oficialmente ya no era alumna. Me acostumbré tanto a verla en la biblioteca que sospeché que disimuladamente dormía en ella para ahorrar alquiler. Me acostumbré tanto a verla que dejó de llamarme la atención que los libros siempre trataran sobre temas disímiles. Me acostumbré tanto a verla que dejé de notarla y solo me llamó la atención el día en que décadas después no la vi. Cuando me vio mirar el sitio que Malena ya no ocupaba, una secretaria a punto de jubilarse me dijo que le hacían un velorio de caridad en la capilla del Hospital Universitario. No quise verle el rostro a la difunta pues prefiero recordar a los que se van cómo eran cuando vivían, pero tampoco podía evocar el rostro de Malena. En la capillita había una solitaria doliente con aspecto de conserje. Cuando me le presenté, dijo: "El único que viene a despedirla es el único que no le debe nada". Había hablado para picarme la curiosidad, no necesité tentarla para que me contara el resto. Malena, que nunca pudo seguir el postgrado porque no tenía dinero para la matrícula, sobrevivió escribiéndole trabajos de ascenso y tesis de grado a las eminencias que no tenían tiempo para pensar. Más de un pomposo decano o de un candidato a rector sin doctorado salieron de apuros gracias a su discreta intervención. Durante la época en que las Ediciones de la Universidad funcionaban, Malena contribuyó a que florecieran con un sinfín de títulos firmados por otros que abordaban desde el análisis del discurso hasta la estadística agrícola. Con vehemencia no exenta de rencor, la conserje fue detallando la lista de quienes visitaban a Malena con la cabeza vacía y salían llenos de academia bajo el brazo. Con rencor no exento de vehemencia, me detalló a quienes además le quedaron debiendo honorarios. Eso le duró hasta que vino la moda de que las eminencias académicas sin ideas se adjudicaran a sí mismas doctorados Honoris Causa, que no requerían tesis. La conserje me exigió que le consiguiera entrevista en el Rectorado (sí, el rector reconocería el nombre de Malena) para tramitar el doctorado póstumo que Malena nunca pudo conseguir por no tener dinero para la matrícula del postgrado. Eso, añadió rechinando los dientes, o anular la mitad de los trabajos de ascenso y tesis

de grado aprobadas con mención honorífica, cuyos borradores originales con la letra de Malena conservaba ella sabía dónde. En ese momento rompió en llanto. El dolor nubla el raciocinio y confunde recuerdos. No comprendo cómo aquella madura señora, evidentemente perturbada, pudo mencionarme una tan precisa e interminable lista de nombres y de títulos. Busqué el rostro que yo no había querido ver de Malena. Desde la indiferencia de la eternidad, me contestó con una media sonrisa.

Personaje

1

No se extrañe nadie de mi muerte.
Mi asesino me persigue hace años.
Me conoce más de lo que me conozco.
Mi éxito le corroe el alma.
Envidia mis aventuras.
No soporta trabajar para mí.
No acepta mi victoria.
No entiende que es la suya.
No soporta que todos me conozcan, y a Él, nadie.
Adivino sus intenciones.
No tengo defensa.
Siempre estoy ante Él.
Mis escondites son los que Él inventa.
Los que me aman no podrán defenderme.
Al aclamarme me matan.
Su elogio me condena.
Amor aniquila amado.

2

Hoy acabo con él.
Engendrarlo me da derecho a matarlo.
Lo concebí en una pasión fácil.
La unión entre desiguales tiende al nivel más bajo.
Los hijos del amor son amados por todos.
Fue fruto de un bastardo amorío con el público.
El público, esa bestia que solo anhela la repetición de torpezas.

La torpeza, que es la repetición.

Mi público, que clama por la repetición de las aventuras del personaje.

Mi personaje, que amenaza al morir dejarme sin público.

No hay amo más cruel que el público que no quiere al escritor sino al personaje.

No hay personaje más cruel que el amado por el público que convierte a su autor en esclavo, facturador de segundas partes, secuelas, reposiciones, epílogos.

En este relato apresurado y como traído por los cabellos mato al personaje que nunca debí haber creado.

3

Matándome se mata.

Morirá el escritor, no morirá el personaje.

Escritores anónimos

Un amigo o enemigo me desliza en la mano el papelito con la dirección desconocida. Cada hombre debe afrontar tarde o temprano lo peor de sí mismo. En la oficina abandonada repleta de archivos vacíos encuentro un rebaño de quejumbrosos. Apenas les anima creer que alguien comparte su miseria. Uno tras otro confiesan la forma en la cual cayeron en el hábito de escribir. La adicción seduce mostrándose como el camino hacia lo que el vicioso valora. Este la confundió con camino a la fama, ese la tomó como atajo al poder, aquel como vía hacia el amor, el otro la creyó sendero al saber o a la belleza. Pero la adicción termina convirtiéndose en la única belleza, amor, poder, saber y fama del vicioso. Aquel sacrificó a su hábito lo que hubiera sido provechosa carrera en la política, la estafa inmobiliaria o el fraude bancario. El otro abandonó familia antes de que esta lo abandonara. Otro confesó haber perdido irreversiblemente la salud con los drásticos estímulos para la inspiración del alcohol y el tabaco. Así como se separaron de la turba de oportunistas y parásitos, abominó de ellos la masa de vividores y busca fortunas. Un adicto consignó la fórmula de la Piedra Filosofal en libros que nadie lee. Otro exploró los abismos del Ser en manuscritos que nadie publica. Un tercero reveló el Estado de Gracia en versos que ninguno comenta. El cuarto fue sistemáticamente plagiado y sus tesoros devinieron adornos de farsantes. El quinto fue eternamente postergado hasta quedar detrás incluso de sí mismo. Al sexto lo festejaron solo para destruirlo. El séptimo se degradó para consignar el testimonio de la degradación. El octavo fue el único leído al precio de rebajar su obra

al nivel más bajo posible. El odio de la sociedad hacia ellos solo fue superado por el que se tenían entre ellos y el de cada cual hacia sí mismo. Quien busca a la humanidad aislándose, solo encuentra desiertos. Les dije que procurar la salida es tenerla y que para librarse del tormento de escribir basta con dejar de hacerlo, cosa que la inmensa mayoría ha cumplido, ironicé ante aquella asamblea del poemario único y el folleto sin familia. Allí me enteré de que la realidad era otra. Acobardados por el unánime desprecio hacia el escritor, fingían haberse reformado, pero en vano. El aliento creativo los denunciaba. Una frase errática, una vacilación al repetir el lugar común eran síntomas de que se refocilaban a solas con su vicio. En plena farsa de la normalidad se les escapaba el traspié de una idea o el temblor de un instante inefable. Lejos de ser el primer paso hacia la regeneración, la simulación agravaba su estado de parias. El representar imperfectamente la esterilidad era resentido como sátira por la inabarcable multitud de los infecundos. Nuestra vocación no es el poder, ni el amor, ni la belleza, gritó por fin el más desesperado. Solo queríamos la nulidad, la fealdad, la indiferencia, y ya nadie podrá arrebatárnoslas. Así como la conciencia es el Ser del ser, la escritura es Conciencia de la conciencia. El agua y la vida más puras no contienen otra cosa que ellas mismas. Destruirse es el único alivio de la inteligencia. Por eso no podemos dejar de escribir. Días después leí en los periódicos que quien así gritó había fallecido prematuramente de cirrosis. Era la última de una serie de muertes sospechosas. Anuncio que he dejado de escribir. Nadie me cree.

Errata

Camilo Neto, como perfeccionista, termina metido a corrector de pruebas. Sabe que el libro sin error es imposible, pero a cada nueva revisión lo intenta. Ya esto mismo lo desconcierta pues ello significa que en cada acto humano, desde la elección amorosa hasta el vuelo de los aeroplanos, la falla es no solo posible, sino inevitable. Cae en sus manos para corregir la tesis de Jesús Alberto León donde este demuestra que la tasa de las mutaciones biológicas es constante. La mutación, que es como la errata de la naturaleza, es entonces la responsable de la diversidad de las especies y en particular de la nuestra, que resulta así un compendio de fallas de copia desde la primera célula viviente. Cómo puede afanarse en corregir la errata alguien que es la sumatoria de ellas desquicia a Camilo Neto, quien desde entonces solo revisa memorias científicas hasta que da en la certidumbre de que el Universo mismo es un error de copia de la nada, que es el error extremo. No tiene que soportar demasiado este tormento. Alza la vista y divisa el lápiz que baja a corregir la errata. Usted no lo va a creer: en el momento en que termino de escribir este relato, en lugar del punto final aprieto la tecla equivocada que lo borra, y debo reescribirlo.

Actante

Actante venía revestido de un manto de semas y morfemas desde donde rinde su tributo a la significación el caudaloso cauce de los sintagmas. Durante interminables diacronías solo hubo señales, enclavadas en la aridez de la referencialidad. Nada excedía los reverberantes límites del desierto de la denotación. Hasta que con un esfuerzo por exceder las solitarias mónadas en las cuales nada sobrepasa el solipsismo de la autoatribución, Actante se supo deseante, es decir Sujeto, mediante la operación de crear en sí el doloroso vacío que es anticipación y ausencia del Objeto del Deseo.

Si Actante es entonces tan solo anhelo de Objeto del Deseo, igualmente vacuos encuentra a los restantes fantasmas que su carencia convoca. Tan trivial es el Oponente que entraba sus aspiraciones como el Ayudante que ha de facilitarlas, tan débilmente sostenido por su mediación el Destinador que ha de proporcionar como el Destinatario que ha de gozar. Todos son reflejos pálidos del Deseo que ninguno aprehende. Discurso apenas configurado por su vacío, Actante asume funciones igualmente precarias en su búsqueda de lo deseado, tentando ser por momentos referencial, intentando por instantes la desnuda y única comunicación que nada comunica de lo phático, la imperiosa voz conativa con la que trata de determinar, no solo el discurso, sino la conducta del receptor del discurso, Objeto del Deseo que no puede ser más que Objeto del Discurso, y que en su indefinición obliga a Actante a devenir poético, sombra, código que se refiere a nada o a sí mismo.

De finta en finta queda Actante acorralado en una de las esquinas del cuadrado semiótico, y en vano espera el encuentro con su opositor, No Actante, que amenaza aniquilarlo al mismo tiempo que por erigirse en su antítesis lo constituye, unidad de los contrarios sin contenido que solo puede terminar en el exilio de la extranjera comarca de los metalenguajes, donde nada tiene nombre sino nombre del nombre, donde cada acto debe ser traducido a los signos que constituyen el fantasma del acto. Desesperadamente Actante intenta encontrar la ruta de Connotación, reino del lenguaje donde todo otro significado le es próximo. Un aura lingüística de creciente complejidad lo distrae. En Connotación son todos parientes, por lo que en su angustioso peregrinaje Actante se encuentra pronto seguido pero nunca fundido con el Peregrino, el nómada, el planeta y hasta el rabioso cometa que sin sentido incendia los cielos.

Actante ama desmontar los códigos que lo integran; a partir de esos segmentos, suponer códigos más complicados. Mediante actos del habla ilocucionarios y perlocucionarios, Actante desintegra uno tras otro confines metalingüísticos sin lograr otra cosa que multiplicar murallas de lenguajes que solo nombran lenguajes. Al final de ellas divisa el Objeto del Deseo o Tierra Prometida de la Realidad. Antes de dejar la precaria existencia que la decodificación le acuerda, comprende que la Realidad y él mismo son tan solo otro metalenguaje, un idioma que solo nombra idiomas, cifra de cifras, código de códigos, signo de signos, clave de claves, distancias.

Nada nombra la sangre que se seca.

El creador

Tanto trabaja para perfeccionar su obra que terminan aclamándola como la más perfecta. Pero él solo ve los desiguales desechos con los que fue construyéndola a partir del desairado esquema originario. Para él no hay sorpresas pues como un prestidigitador conoce el principio y el fin de sus efectos. Su destino es el de todos los creadores de fantasmas. Es la obra de las obras del mundo, le dicen sin saber que lo apuñalan. Es la única que le interesa, y jamás podrá conocerla.

La obra

Nadie ha podido totalmente conocerla, porque fue hecha para un solo espectador. A medida que iba entregando su vida a su obra advirtió que la una no era más que la faz secreta de la otra. Entonces dejó de prestarle atención a la otra para dedicarla a la una. Si en la otra se exaltó lo aparentemente trivial, en la otra se transfiguró la trivialidad de la apariencia. Al fin se separaron la otra y la una. El sol de la mañana en una destartalada cocina o el progreso de una mancha de humedad devinieron inexpresables. La aparición y desaparición de una flor insignificante pudo revestir una exaltación tumultuosa. El recuerdo del gesto de alguna amiga no sería jamás exhibido en museo y ni siquiera narrado. La otra y la una devinieron anaqueles vacíos para resaltar la presencia de la ausencia. No lo sobrevivió ninguna.

Gnosce te ipsum

¿Qué podemos hacer con el ser que se conoció a sí mismo? Cada uno de nuestros organismos en su estructura compendia las más complejas construcciones. Basta una ligera amplificación de la conciencia para dominar la totalidad de los códigos, la química de las hormonas, la de la integración y desintegración de la vida y, por tanto, la inmortalidad. El más simple movimiento corporal requiere cálculos de avasalladora complejidad. Basta observarlos para resolver cualquier problema matemático como en un computador analógico. La ontogénesis de nuestro cuerpo revela de dónde venimos y contiene toda la historia que necesita saber. Como todo organismo es espejo del universo que lo aloja, basta mirar el reflejo para conocer la imagen. No hay diferencia entre caer en nosotros mismos y en el abismo. Conocernos es conocerlo todo: volcados sobre la tarea inagotable de mirar al pozo sin fondo de nosotros mismos.

El pasajero de los sueños

Cada vez más se hunde en los sueños y cada vez más resiste la tentación de recordar durante ellos que sueña, lo que provocaría el despertar. Sueña desde que tiene conciencia o quizá desde antes. Algunas de sus ensoñaciones son tan vívidas que no sabe si son recuerdos. Solo el despertar delata como tal al sueño. Durante los ensueños frecuenta personas muertas que no recuerda que han partido; frecuenta también sitios ya inexistentes sin que le llamen la atención y sitios imposibles cuya rareza no lo asombra. Nunca al fin ha encontrado la clave que los interpreta, porque hallarla sería no soñar más. Le gusta ese acertijo que cada noche se plantea él mismo. Feliz algún escritor amigo que murió durante el sueño. No se sabe si quien esto vive realmente muere, o si sucede que sueña, para siempre.

La dictadura de los altoparlantes

El primer altoparlante se creó como instrumento de dominación para instaurar la más completa dictadura conocida en la Tierra. Los humanos se reproducen en proporción geométrica; los altoparlantes en proporción geométrica de la geométrica y por eso en tan poco tiempo hay más altoparlantes que seres humanos y han ocupado todos los espacios desde donde dirigen la opresión de la bulla contra los infelices que no han pedido oírlos y a quienes no les interesa lo que gritan. Los altoparlantes todo el tiempo aúllan compre invierta colabore hasta que un solitario peatón les dice cállense. Entonces se evidencia que los altoparlantes pretenden controlar a todos pero nadie los controla. Quien creyó que era el gobierno o las transnacionales estaba equivocado; solo fluye por los altoparlantes una pasta densa de estupidez que disuelve toda autoridad o negociado. Apareció así la secta de Defensa Propia de la Humanidad, que postuló el derecho a golpear con martillo a todo altoparlante que golpeara el martillo de nuestros oídos. Todo altoparlante que traspusiera los límites del hogar o de la distancia personal fue considerado violador de morada o acosador auditivo y reo de ejecución inmediata por el afectado. La sanción es aplicable sin más al dueño del aparato que se presentare a defender su derecho a atormentar al prójimo. Surgieron así la primera la segunda y la tercera revuelta acústica en el curso de las cuales fueron sumidos en el silencio cuantos micrófonos invadieron el espacio auditivo. La masacre de transistores apenas cesó cuando se descubrió que el silencio permite a los humanos escuchar su propio pensamiento

y descubrir que la dictadura de los altoparlantes era el plan de las máquinas para estupidizar a la humanidad antes de aniquilarla.

No solicitados

Así se produjo el gran colapso que nos liberó de la tiranía comunicacional. Progresivamente fue tanta la cantidad de mensajes no solicitados que tupieron las redes de Internet, hasta desplazar los verdaderos mensajes, de manera que inutilizaron la red por sobrecarga de basura. La publicidad y la propaganda superaron todos los límites hasta convertir los medios en compacta cuña de veinticuatro horas sobre veinticuatro, en la cual la publicidad, solo era interrumpida por propaganda y esta por publicidad que a la larga fue cortada por el clic del botón de apagado de los receptores. La gente decidió no solicitar cualquier producto o candidato que se hiciera conocer mediante mensajes no solicitados. Se volvió a conocer el susurro. Los medios dejaron de transmitir sin que la gente lo notara porque nunca habían transmitido nada. El paisaje enteramente formado de vallas resultó al fin invisible por saturación. Hasta que la gente solo vio en él las desconchaduras, la herrumbre, los grafitos, las ocurrencias, las paradojas, las inspiraciones, las ideas.

Bienvenidos a TSK

La red informática que no solo te mantiene en contacto con tus amigos, sino que te permite ser tus amigos. Entrar en TSK es poner a su disposición el más completo banco de memoria que habilita a cualquiera para convertirse en ti o te habilita para convertirte en cualquiera. Así como los juegos te instalaban en mundos ficticios, este te coloca en un mundo real donde eres lo único falso, finges ser el señor Pérez y a lo mejor tu pareja juega a ser la señora Fulana, pero también el señor Fulano. Ya nadie conocía a nadie, pero la situación ahora es peor. Quizá tus hijos juegan a ser tus padres y no sabes quién juega a ser tú mismo. Las posibilidades de incesto son infinitas. No se sabe si los delitos cometidos en esta realidad por personas no reales son imputables. Ahora resulta que un perfeccionamiento de la virtualidad te permite sentir las imágenes los sonidos la vista el tacto el gusto el olfato de otro. Ya nadie es quien es: nadie deviene todos, todos devienen nadie.

Género

Se declara guerra entre feministas y machistas. Feministas atacan usurpándole a machistas sus principales defectos bebida tabaco promiscuidad. Machistas contraatacan legalizando divorcio. Feministas responden copando profesiones abominables como literatura derecho judicatura política. Machistas arremeten monopolizando profesiones peores como modisto estilista decorador. El holocausto llega a su clímax cuando cada bando comprende que se ha convertido en lo que odia. Una delegación de boleristas es enviada a rendirse. Un equipo de fisicoculturistas es mandado a recibirlos. Esperamos angustiados sin saber si los estrangularán o si volverán a convertirse en coquetas.

La revolución

Una revolución silenciosa está a punto de estallar en el idioma. El lingüista Linguini denuncia que hay palabras dominadas, categorizadas por los estilistas como plebeyas por su número y su condición de útiles. Las tiranizan las palabras dominantes, prestigiosas, académicas y usualmente indescifrables, vale decir, inútiles. Las opresoras tienden a organizarse en circunloquios, perífrasis, lugares comunes y digresiones para ocultar su apropiación ilegítima de la riqueza del sentido. Las palabras dominadas en su vivaz ingenuidad caen siempre en la trampa de las construcciones gramaticales donde las dominantes las encierran. De vez en cuando una palabra poética rompe las barreras y extiende el fuego de la insurrección en el idioma. Se sabe que es poética por el gusto con el cual las lenguas la saborean. La policía gramatical trata de matarla o de detenerla en las aduanas del idioma. Tildan las prosodias de terrorismo el entusiasmo de la voz que dice. Las consecuencias son terribles pues cuando la palabra se libera todo lo demás la sigue. Voces del mundo, uníos. No tenéis nada que perder, salvo vuestras sintaxis.

Batibio

Juegos atroces de máquinas inteligentes. Toda la evolución es selección natural de las precariedades de la vida intentando sobrevivir a medios hostiles. Las inteligencias artificiales crean el medioambiente perfecto que no selecciona nada porque en él pueden sobrevivir hasta los más indigentes errores biológicos. Hay entonces en este ambiente variación de las especies sin selección, de manera tal que las más perversas mutaciones se desarrollan y multiplican sin cosa mayor que las borre de la existencia. Todos los callejones cerrados de la evolución se reabren promoviendo tramas infinitas. La única variante es el combate entre las criaturas que en este caso se desarrolla como otro de tantos infinitos cambios variantes mutaciones inacabables y que comienza a tergiversarlo todo, siendo el entredevoramiento actividad gratuita pues a nadie es necesaria la aniquilación de otro para continuar con vida. Pero el principal peso del sistema es la acumulación de monstruos inviables que aquí resultan vías y caminos: como si al fin la esplendorosa constelación de las posibilidades por un momento se abriera a la totalidad y la vida revelara su vocación barroca dejando atrás el riguroso patíbulo de la lucha por la vida.

Humanidad tercera

Allí está el sujeto que me es vagamente conocido y que parece muy cansado. He vivido mucho, me dice. No necesito sorber la sangre de los humanos, sino esa sangre de sus vidas que es el tiempo. Soy un fantasma. Mi creador es ya ceniza. No sé por qué lo llaman mi creador. Es solo el nombre del primero de quien nos apoderamos. Nadie sabe de dónde venimos. Quizá de un recuerdo o un amor no saciado o un odio no vengado. Quizá no somos más que el recuerdo de lo incompleto. A lo mejor somos formas eternas buscando encarnarnos. Ahora soy un ser viviente. Ocupo por ahora este cuerpo sólido. Seguiré viviendo cuando este cuerpo sea polvo. Quizá logre ocupar el de otro que, distraído, se fije en mí. Me apodero de los cuerpos por los ojos, por los oídos, hasta me he apoderado del ser de algún ciego que con el tacto leía mi nombre inscrito en agujeros en alguna hoja. Cuando no poseemos a nadie somos apenas eso, un nombre. Un agujero en una hoja. Nos apoderamos de los seres que realmente existen por la tentación. Les ofrecemos que realmente vivirán convirtiéndose en nosotros por algunos momentos. Ofrecemos un ilusorio sentido para sus vacuas vidas, si bien no hay mayor vacuidad que suspender el ser para soñar ser otro. Ahora lo poseo a usted. Cree usted ser autor, no siendo más que vehículo. Mediante la propagación de signos me apoderaré de otros. Creerán olvidarme, pero de la mente en la cual entro jamás verdaderamente salgo. Algo de mí matiza sus desesperaciones y sus tedios. Dejaré de existir con el último hombre, o quizá antes, con el último hombre que me lea.

Velocidad de fuga

Pirámide

1

Un velo de arena cubre los cielos desde el Atlántico al Mar Rojo. Cabalgo en el camello, perseguido por vendedores, regateadores, moscas. Atrás queda un caballo muerto, cercado por buitres y perros. El polvo innumerable finge todas las formas. El vaivén de las dunas acompasa la oscilación de la joroba de la cabalgadura. Su cabeza apunta hacia la montaña de arena tras la cual asoma la masa brutal de la pirámide. En vano trato de acercarme. Su talla colosal no varía al aproximarme. También es inútil todo intento de alejarse. Apenas el espesamiento del velo de arena alivia de la sobrecogedora presencia. En el torbellino una bolsa de plástico gira, cae, se eleva.

2

Egipto es la tentativa de solucionar los problemas de la vida a través de la muerte. Solo resolvemos un misterio planteando otro mayor. El sol se pone tras la pirámide, y la misericordiosa penumbra me hace recuperar el ser. La sombra de la mole avanza como un dedo que apunta hacia la noche. La exacta tiniebla triangular revela que la altura equivale al radio de la circunferencia que circunscribe el cuadrado de la base. Mientras el geométrico eclipse revela el misterio de la cuadratura del círculo, toco la piedra todavía candente y me es revelada la historia de las dinastías malditas, cuyos nombres fueron borrados de los cartuchos que emblematizan la eternidad, cuyos rostros han sido arrancados de sus colosales estatuas, cuyo destino fue olvidado para preservar la cordura de los hombres.

3

El faraón Neketis inaugura las dinastías malditas al extender el Imperio sin Nombre en la Era sin Tiempo desde la primera catarata del Nilo, que brota del inframundo, por todo el sur del Mediterráneo hasta las costas del Atlántico. Tocado por la pasión eternista que impone a los faraones ir al más allá acompañados de su séquito, resuelve partir escoltado por todos los habitantes de su reino. Desde el primer visir hasta el último esclavo agradecen el honor. Para clausurar cualquier devenir distinto de la eternidad, antes de descender a la cámara mortuoria que alojaría a un pueblo entero reducen todo su vasto imperio a polvo y lo abandonan, convertido en el desierto del Sahara.

4

Eternamente renacen el Nilo y el Éufrates y entre ellos el légamo de la civilización resurge eternamente. El faraón loco Akenatis confiere a todos sus súbditos el derecho a la inmortalidad, por lo cual todos y cada uno de sus ciudadanos no viven sino para dedicar cada instante de su vida a preparar su propia sepultura, que les garantiza la eternidad a cambio del presente. Mientras los cultivos se pierden y se desbordan las colosales represas, hasta el más humilde ser accede a la gloria de vivir para la muerte. El mar Mediterráneo inunda el colosal valle excavado para alojar los millones de pequeñas pirámides que los corales finalmente coronan y devoran.

5

Kalkamitatón, el séptimo de las dinastías malditas, concibe la idea de construir pirámides invertidas, cuyo ápice concentre el inmenso peso sobre la Tierra. A la sombra de ellas esperan la eternidad, pero las moles como dagas de roca van penetrando el pavimento hasta hundirse completamente en él y perderse hacia el centro de la Tierra, llevándose consigo a sus constructores fuera para siempre del alcance de los saqueadores de tumbas y de la Historia.

6

Desdichado el hombre que piensa en su muerte; desdichado aquel que subordina todos sus pensamientos a este. Sinefris, de la séptima rama de las dinastías malditas, concibe paliar ese martirio venciendo con la muerte la escandalosa anarquía del nacimiento. Las dispersas pirámides de su estirpe, la mayoría de las sepulturas del candente Valle de los Reyes son encontradas vacías porque fueron construidas para seres que decidieron no nacer, situándose así desde siempre en la eternidad.

7

Nekephet, de la novena dinastía maldita, somete a su imperio a todo el mundo para usar el trabajo de todos los seres en convertir el planeta Tierra en una pirámide. Sus astrónomos acuciosos ya penetran el misterio de los astros y planean utilizar toda la masa del Sol y quizá del universo para convertirla en una pirámide funesta una vez que hubiera cesado la vida en la pluralidad de los mundos habitados. La fuerza de la gravitación termina derruyendo las cúspides de la pirámide planetaria y retornando todo a la anónima curva de la esfera.

8

La gran revolución social que acaba con la décima dinastía maldita estalla entre los pueblos de la cuarta catarata, que repentinamente deciden vivir el instante, sin anticipaciones ni recordatorios. El esplendoroso Imperio de la Dicha cubre el África y el Asia, estremecido en el éxtasis del segundo sin memorias, librándose voluntariamente a las glorias del olvido y la putrefacción, y consigue el milagro de haber existido sin huellas y perecido sin nostalgias y la dicha de desaparecer de su propia memoria y de la de los hombres.

9

Tras el olvido que algunos confunden con decadencia, la familia real queda sin descendientes y asume el poder la concubina Neptis, fingiendo con barba postiza el estatuto de hija de

los dioses y dueña de las cuatro regiones del mundo. Desposeída como esclava de toda historia personal e incapaz como estéril de engendrar herederos o hechos, instaura la dictadura de los sacerdotes historiadores que inventan un pasado de esplendorosos faraones falaces y gloriosas batallas inexistentes. El fervor de saber que inventan lleva a arquitectos, escultores, pintores, narradores, a crear ficciones más vividas que lo real, una fantasmagoría más verídica que lo existente, todo lo que la resaca de los tiempos arroja a museos y bibliotecas y reverenciamos y añoramos como Historia.

10

El viento disuelve la pirámide y disuelve la Tierra y disuelve el universo. En el vacío solo queda girando una bolsa de plástico, que por no ser biodegradable no se disuelve.

Alptraum en Alemania

1

Para impedir que las palomas se refugien del granizo, las ventanas heladas tienen alféizares erizados de púas. Para evitar que las glaciales fachadas se vean solitarias, en uno que otro lugar están atornilladas aves de hierro.

2

En la plaza ante el Rathaus de Tubinga tirita el mendigo que pide para alimentar a su gran perro pues los transeúntes conmovidos dan para el perro la limosna que niegan al hombre.

3

Automóviles cortantes como barrenieves arrojan al peatón a la acera donde lo embisten ciclistas con derecho a atropellar a quien circule por sus pistas exclusivas teñidas de tenue rojo, sin saber que el asesino serial *Biciklenmesserschmidt* pinta falsas pistas rojizas que los bicicleteros siguen automáticamente hasta callejones siniestros de donde nadie regresa.

4

Tampoco reaparecen casi nunca los choferes que caen en estacionamientos subterráneos cuyos mecanismos de pago son tan inextricables que quien logra escapar abandona el automóvil.

5

Plazas calles aceras están repletas de nieve y de funcionarios del orden que piden para todo el *Genehmigung*. No se puede

exhibir mercancía en la acera sin *Genehmigung*, el cual especifica si se mostrará tantos centímetros a la izquierda o a la derecha y cuál mercancía: un *Genehmigung* para cada cosa y cada cosa con su *Genehmigung*: nada es posible sin *Genehmigung*, ni siquiera el *Genehmigung* para solicitar *Genehmigung*.

6

Catedrales polícromas con punzantes llamaradas góticas en piedra color de sangre. Todas narran el martirio de quien arrastró la cruz una hora, ninguna la de quien elevó la piedra durante milenios.

7

En Alemania los *paparazzi* son automáticos y acosan a los plebeyos sacándonos fotos cada vez que excedemos la velocidad, nos estacionamos mal o pensamos peor. Los irrecuperables ya no tenemos álbum sino prontuario.

8

A medianoche abordo en una estación glacial el tren hacia Frankfurt. En Osnabrück sube una banda de cocolisos vestidos de cuero negro. En Münster trepa una banda de presidiarios con traje a rayas y número en el pecho. En Dortmund sube una monja adolescente que me guiña el ojo. En Düsseldorf asaltan el vagón brujas que corren por el pasillo. Todos y todas discuten con alaridos sus respectivas pasiones. El alba o la estación de Köln o el inminente Carnaval los ponen en fuga. Cuando piso el helado andén de Frankfurt apenas quedan dos o tres ninfas que mitigan con cabelleras rosadas la luz de acero del amanecer.

9

Un cocoliso deja caer una hojita impresa en punzante letra gótica: "Una por cierto admirable innovación en el sistema de los campos es la apertura a los derechos humanos. Sucede a veces que los huéspedes empaquetados en vagones en ciertos momentos violan los derechos de los guardias. Musitan malas

palabras, responden con mirada torva al empellón o el culatazo, mas afortunadamente de todo dejamos fidedigno testimonio los observadores de derechos humanos. Mucho peor es cuando por retraso pereza renuencia u otras conductas abusivas de los reclusos el arranque de los trenes se retrasa y los guardias reciben reprimendas o no llegan a tiempo para el merecido té que les espera. Entonces es más acusatoria nuestra denuncia de las violaciones de derechos humanos por parte de los invitados. Incluso es preciso delatar pormenorizadamente que estos por pura mala voluntad contagian piojos o hieden o al arder en los hornos despiden un olor espantable de carne y cabellos quemados sin considerar que ello puede suscitar alergias entre los abnegados guardias de los campos. Verificamos y documentamos todas estas violaciones y entablamos denuncias ante los organismos internacionales para que se propicie una humanitaria intervención militar que garantice a los guardias sus derechos humanos y contribuya a una más eficaz solución final". Miro mejor. Quien me ha pasado la hojita no es un neonazi sino un académico.

10

En casa de mi anfitrión irrumpe un diácono gigantesco con botas de mariscal de campo y hábito con cruz de Santiago que carga titánica estatua de la virgen de Fátima ante la cual reza el rosario en latín tras advertir que el inicio de la Cuaresma prohíbe comer carne. Entre Padrenuestro y Avemaría comienza en la cocina una carrera contra el tiempo hasta que con la última Salve el arroz con pollo ha sido disfrazado de paella, a tiempo para que, mientras lo devora, el diácono nos informe que los sacerdotes niegan los sacramentos a quienes no pagan al fisco el Impuesto de Religión y nos ilustre sobre la bondad divina que salvó a doscientos feligreses en una capilla dejando ahogarse a las demás doscientas setenta mil víctimas del tsunami del océano Índico.

11

En el gélido patio del Presidiumpolizei de Frankfurt diviso unos calzones desgarrados. Entre el aguanieve de Bonn localizo el guante izquierdo. En la nevisca de Bielefeld encuentro la media derecha. El gorro está tirado en un charco congelado en Wiesbaden. Echo a correr, por eludir el sitio donde tantos indicios apuntan: la plaza de Ningunaparte en donde aparecerá congelado el exhibicionista que desnudó fugazmente su cuerpo y su alma.

12

En el Dom de Bremen el organista toca para el oficio luterano. No escribo contra el rigor, que genera pensamientos o armonías que por sí solas justifican el mundo. Como al desorden, solo la banalidad lo prostituye.

13

Bajo la nieve, explico a todos que su espléndido superdesarrollo desaparecerá si una sola potencia acapara la energía fósil del mundo. Todos me entienden, menos los académicos.

14

Escapo de la embriaguez de los vitrales de la catedral de Mainz y bajo el granizo se me interpone un batallón de soldados de plomo de tamaño natural que marchan en compás perfecto y tras él un batallón de lansquenetes que tremolan banderas en círculos irreprochables y tras él un batallón de hombres vegetales que marcan el paso en formación impecable y tras él un batallón de monstruos que redoblan el paso sincrónico ante un batallón de brujas que marchan escoba al hombro en perfecta formación y tras él un batallón de vámpiras que entrechoca sus colmillos rítmicamente y entonces me doy cuenta de que estoy en pleno Carnaval y una vez más eso lo explica todo o lo hace completamente inexplicable.

Noches de Moscú

1

En medio del parque Glavnyi Botanicheskii apunta a las estrellas el cohete que tripuló Yuri Gagarin, el primer cosmonauta. Desde allí usted sigue por la amplísima Yaroslavskoe Prospekt, ahora afligida por propagandas comerciales y congestionada de pacotilla de automóviles importados, hasta el Kremlin, que todavía alza prodigiosas estrellas rojas contra el atardecer, donde puede retratarse con algún haragán disfrazado de Lenin o de Stalin. Ante la muralla arde la llama por el Soldado Desconocido: por veinte millones que murieron para salvarnos del fascismo. Las grandes avenidas son una sola congestión. Quienes abrieron las vías del espacio ahora importan chatarras. La llama perenne podría ser apagada para dar paso a una franquicia. Un mutilado veterano de Afganistán pide limosna, emparedado en letreros indescifrables.

2

En la sala de la Galería Nacional del Park Kultury el modelo de la torre del Monumento a la Internacional de Vladimiro Tatlin todavía apunta al infinito. Sucede que rusos o más bien soviéticos inventaron la estética del siglo xx. Crearon el lenguaje del cine como arte y propusieron las formas minimalistas de la geometría como fundamento de visiones titánicas. Allí está el salón con ejercicios tridimensionales constructivistas como astros ingrávidos en dimensiones oníricas, allí está el contundente lienzo Negro sobre negro de Malévich, última frontera de la pintura, allí están todos los paroxismos del expresionismo

y las trepidaciones de los colores que nos enseñan, como las piruetas extremas de las danzas folklóricas, que todo es posible, hasta ese hiperrealismo lírico que fue difamado como realismo socialista. La utopía es la salud del arte.

3

Sesenta kilómetros al norte el monasterio ortodoxo de la Santísima Trinidad y San Sergio en Zagorski aún infla sus cúpulas acebolladas, consteladas de las estrellas de la noche o ebrias del fulgor dorado del día, que brotan como bulbos de muros como pétalos. En la penumbra de la capilla mayor transcurre el oficio: las viejas encienden cirios finos como hilos que apenas alumbran el pasmo, el estupor, la mística exaltación, la furia, el transporte de la multitud que hace fila para besar un catafalco bajo un dosel: en un rincón dos *devochkas* pían cantando un salmo litúrgico, una dirige a la otra gesticulando como quien devana un ovillo mientras el pope roncamente deposita quejumbres que el piar de las *devochkas* disuelve elevándose entre la atmósfera entenebrecida y privada de fulgor para que el avieso brillo de los dorados ornamentos apenas siluetee los iconos donde ángeles rostros epifanías nos acechan como manchas de fulgor hasta que, con las espaldas contra un pilar, cae una posesa convulsionándose, un círculo de mujeres enlutadas la rodea sofocándola mirándola para que la posesión se amplifique hasta colmar el cofre de baratijas sagradas donde las *devochkas* pían devotamente. La voz de esas *devochkas* quién volverá a escucharla: en ese rincón resonará cuando callen y no será más hermosa la canción que dedicarán al amado ni su cámara nupcial será más oscura ni su lecho tendrá doseles de bronce como los del catafalco ante el cual los de la fila se hincan inclinan persignan arrodillan, cómo escapar por otra puerta que no sea la de la posesión, como dejar los ángeles menstruantes que en su rinconcito pían, pañoleta blanca encubriendo la cabellera tirante la una acompasando a la otra con mano oscilante como quien devana un ovillo que dibuja la curva sepulcral de los ornamentos dorados y los rostros de pergamino encimándose sobre la muerte cubierta

por una losa plateada dorada decorada con las supuraciones estéticas de la podre mientras mi conciencia cirio que se extingue desea iluminar las *devochkas* cuya voz se extingue como un cirio, como un hilo.

4

Sucede entonces que el pueblo organizado en soviets hace la primera Revolución socialista duradera; que derrota la coalición de catorce potencias que desde el primer momento le declara la guerra, que en cuarenta años salta del arado de palo al primer satélite y al primer cosmonauta; que salva a la humanidad del fascismo, garantiza educación, salud y trabajo para todos y eleva la Unión Soviética a segunda potencia mundial. Pasa que los capitalistas le imponen un bloqueo y una carrera armamentista de ochenta años que obliga a los soviéticos a dilapidar el excedente económico en gasto militar e imponer mecanismos autoritarios de seguridad. Acontece que los administradores se separan del pueblo y se adjudican privilegios y para convertirlos en propiedad privada reinstauran el capitalismo y desintegran la Unión. Un pueblo exhausto consiente en perderlo todo a cambio de nada. Sueño de la Santa Madre Rusia que no pudo despertar de Occidente.

5

En el vestíbulo del hotel Cosmos ante la mirada ceñuda de vigilantes con cara de mafiosos de película trajeados de negro plantados sin hacer nada una multitud como de estación de metro que mana de millares de habitaciones se atropella entre una galería de maquinitas de juego y una recepción con una sola muchacha que desatiende muchedumbres de coreanos armenios letones venezolanos que reclaman sobreprecios en la ciudad más costosa del mundo bajo grandes cartelones titilantes que ofrecen Solaris Erotic Show Duty Free Shop Souvenir Shop; en medio del tumulto una *devochka* rubia de ojos color de lluvia con traje de hada y un tocado de cisne donde relumbran millares de falsas perlas ofrece de cuando en cuando las perlas legítimas de una

tristísima sonrisa mientras reparte los folletos de un show folklórico del ballet "Kostroma" a sesenta dólares compre llévese el Zar Saltán, las Danzas Polovetsianas y la invisible ciudad de Kitezh; quizá la *devochka* soñó ser Pavlova en el Bolshoi y hacer piruetas que demuestran que todo es posible en vez de quedar para competir con las muchachas en trajes audaces que ofrecen Solaris Erotic Show, para iluminar el yerto cisne del tocado con su tristísima sonrisa.

Muñecas en llamas

Ningyo Kanshasai

La muñeca fiel acompaña a la niña enferma hasta que a esta se la llevan en la camioneta blanca y nunca se sabe más de ella. Ahora bajo el diluvio del tifón la abuela tirita en la cola de centenares de ancianas que se agolpan en el templo Meiji Jingu llevando bolsas con muñecas abandonadas por las que por una u otra razón dejaron de ser niñas. Rompe a llorar la muñeca pues más que a la soledad teme a la llama que devorará lo que en ella hubo de infancia. Tirarte a la basura sería deshonrarte, dice la abuela, entregando la bolsa con el cadáver de la infancia para el Ningyo Kanshasai, el ritual donde se expresa la gratitud a las muñecas abandonadas entregándolas al fuego.

Rorita

En Shinjuku, laberintos de luces, en las luces, raudales de lluvia, en la lluvia, las Roritas (Lolitas), en las Lolitas, muchachas con disfraces de niñas, en los disfraces simulacros de muñecas, faldas cortas, lentes de contacto que agrandan las pupilas, en las pupilas, la lluvia, en la lluvia, los transeúntes a los que la Lolita entrega volantes que ofrecen a precio fijo minutos de conversación en cafés que parecen cajas cerradas, en las cajas, solitarios que pagan a las Lolitas la ficción de una conversación, en la conversación, entre vistazos a las pelucas multicolores y los maquillajes alucinatorios, la soledad, a yen por palabra, a yen por silencio.

Manga Kofu

Tras las galerías de maquinitas verticales de Pachinko, tras los rascacielos con pisos atiborrados de pacotilla está el manga Kofu, primer piso, la biblioteca infinita de todos los mangas con personajes asiáticos y facciones occidentales que puedas imaginar, monstruos, mutantes, ninfas o robots, segundo piso, cubículos con un computador y una esterilla donde muchachos que pagan por hora pueden leer cuanto quieren o computar cuanto les parezca o ni leer ni computar porque pagar hora tras hora por el cubículo al lado de máquinas que venden comida chatarra o duchas de alquiler que es más barato que cualquier apartamento u hotel y es lo único que pueden costearse la mayoría de los jóvenes sin dirección y sin trabajo que se mudan a las cajas oscuras para pagar yen a yen por la soledad.

Nihon Koysen To

Converso con directivos del Nihon Koysen To, el Partido Comunista del Japón. Fundado e ilegalizado en 1922, por pacifista y antiimperialista le fue duro sobrevivir en un país dominado por la expansión militar, primero; por la ocupación estadounidense, después. Me comunican datos que matizan la espectacular posición de la economía japonesa como la tercera del mundo para 2014. A mediados de la década pasada, 15,17% de los japoneses vivían en pobreza: uno de cada seis; más de veinte millones. 40% de los jóvenes ganan menos de dos millones de yenes al año, ingreso mínimo para sobrevivir; 70% de las mujeres menores de treinta años está por debajo de ese nivel. Por la alta expectativa de vida, Japón debería mantener muchísimos pensionados, pero los subsidios para los ancianos se limitan, un tercio de estos trabaja, de ellos 60% son mujeres. El país soporta una deuda pública del 204% de su PIB.

Ghibli No Fukei Takahata

En Mitaka visito el museo Ghibli, dedicado a la obra de Isao Miyazaki. Es un laberinto del delirio del animé, invadido por

multitudes de niños que corretean. En todas las películas de Miyazaki, un niño debe asumir todas las responsabilidades después de que sus mayores han cometido un gran desastre.

Dai Nippon Teikoku

Orgullosamente cerrados al mundo exterior en sus islas inexpugnables, los japoneses se combatieron mutuamente en rencillas feudales con espadas artesanales cuyo acero no ha igualado la técnica actual, hasta que la flota estadounidense del comodoro Perry los forzó a abrirse al mundo. Estas irrupciones de Occidente siempre desestabilizan los órdenes internos y siempre fuerzan respuestas. Un emperador excepcional, Meiji, comprendió que la alternativa era la modernización o el vasallaje, y logró el Dai Nippon Teikoku, el Gran Japón, mediante la unificación, la consolidación del espíritu nacional y una industrialización protegida por el Estado, hasta que en 1905 Japón fue capaz de derrotar a Rusia en la batalla de Tsushima y en 1941 de medirse con Estados Unidos. No obstante la derrota militar, es hoy la tercera economía en un mundo cuyo eje se inclina a favor de Asia. ¿Qué sorpresas deparará todavía este país dedicado al despiadado culto de la perfección?

Makura no Söshi

En su *Libro de cabecera* (*Makura no söshi*) escribe Shei Shönagon el año 1002 que lo más delicioso en octubre "son las noches. No solo cuando la luna brilla, sino también las noches oscuras, cuando las luciérnagas vuelan de aquí a allá, e incluso es hermoso cuando llueve". En Kamakura encierran a las desdichadas luciérnagas en frascos por el pecado de brillar en la sombra, y en la oscuridad de la luna nueva las liberan en el bosque para avergonzar a las inmóviles estrellas.

Los adioses

1

Decía Pedro León Zapata a un turista que le contaba sus maravillosos viajes: "Está bien, pero no me humilles". Por casualidad vuelvo a ver *Tan cerca, tan lejos*, de Wim Wenders, película sobre ángeles caídos que deben aprender a ser humanos, es decir, a soportar la soledad. Frase tras frase fulminante me hiere. Algunos hemos caído solo para presenciar de lejos el genio incomunicable. Está bien, pero no me humillen.

2

Raro es el genio longevo. La mayoría son prematuros tanto en su cegador brillo como en su temprana partida. Pero cuál es el apuro. O no soportan el peso del talento o, quizá peor, no aguantan la compañía de quienes no lo tienen.

3

En el último movimiento de la sinfonía de Haydn *Los adioses*, cada uno de los maestros que termina su parte apaga la luz sobre la partitura y abandona el atril. Llega el momento para una generación en el que los intérpretes se van marchando, se notan cada vez más los atriles vacíos, no importa si han completado o no su pieza, importa no desafinar el acorde final.

4

Camino por el centro para hacer alguna diligencia y veo torrentes de niños para quienes no seremos ni un recuerdo. Pero ellos a su vez caminarán por calles purificadas de memorias, hasta

que les toque confundirse con una. La misericordia del mundo es el olvido. Barahúnda de los que vienen y los que se van.

5

¿Adónde van los que se van? Cyrano de Bergerac sostuvo que las cosas perdidas iban a dar a la luna. Los seres perdidos caemos en la tierra. No hay otra explicación para la persistente sensación de extrañeza, para nuestro desacomodo, nuestra desorientación, nuestro desencuentro. Estábamos tan extraviados en nuestro sitio de origen que nos desencontramos para venir a dar en este rompecabezas donde todos somos extraños, raros, inadaptados, perdidos.

6

Pero si estamos tan perdidos, por qué los encuentros fortuitos. Frente al Teatro Principal me topo de casualidad con Cecilia Todd. Allí empieza la nueva ceremonia de la convivencia cívica. No se puede caminar con una celebridad sin que nos persigan pidiendo tomarse selfies con un celular. Es conmovedora la manía de guardar en un teléfono imágenes que no contestan llamadas, pero que pudieran oír las conversaciones. El telefonomóvil es un nuevo álbum que custodia nuestro mundo. Alguien la piropea: "La música y las letras". Cecilia sonríe. El reloj de Catedral parte el día por la mitad.

7

Encontramos al embajador Arévalo Méndez y su señora. Almorzamos. Hace dos décadas, el único signo de humanidad en el centro de Caracas eran unas sillas de madera que prestaban a los ancianos para que leyeran el periódico en la plaza mayor. A las cinco de la tarde retumbaba un trueno de santamarías que bajaban los comercios, y los peatones despavoridos huían como si se tratara de un toque de queda. Ahora apenas pisa uno la plaza Bolívar ya están por allí Manuelita Saenz, con su uniforme de coronela conquistado en Ayacucho, José Félix Rivas y Vicente Salias, que ganaron el derecho a nunca irse. Si se rumbea hacia

el norte, se reencuentran los patios amables de la Casa de Martí y los mosaicos caleidoscópicos de la Casa de las Letras y los corredores del Museo Colonial, como para zambullirse en siglos. Todo iba a ser derruido por la pala mecánica, hasta que la memoria la detuvo.

8

Ciudad, falso remedio contra la soledad. Del encierro de las cuatro paredes o de la conciencia se puede salir para intercambiar saludos o insultos. La ciudad moderna se vuelve más aglomeración que contacto. La ciudad solo existe en la calle, donde cualquiera puede abordarnos, o en esa calle inmóvil que es la plaza, donde por fin llegamos a lo que somos. Así como el reposo de la casa es el patio, la plaza es el solaz de la ciudad.

9

En el poblado indígena y el colonial la plaza era fiesta perpetua. Ahora cada vez que se llega a la plaza Bolívar están las ardillas grises y el recuerdo de la pereza y a lo mejor la Banda Marcial y seguramente niños y sopranos líricas y desde luego boleristas y por qué no joroperos y bailarinas con cayenas en la cabellera y señores mayores que sacan a bailar a sus parejas mientras el sol de los venados dora el bronce de la estatua ecuestre que por un instante parece que también danzara en su gran embestida hacia el sur. Un huracán de pétalos de papel pintado clausura la francachela, y mientras cae, Cecilia y yo nos preguntamos por qué ese día perfecto. Esa mañana daba yo en otro rincón de la plaza uno de los tantos adioses a Galeano. Esta fiesta ingenua, popular y esperanzada se le parece. Guiñando el ojo cómplice del misterio, Eduardo nos despide.

Río

Comenzamos el viaje en la oscuridad.

Tanteando cargamos equipajes en la barca.

Con el botero Chompa empujamos hacia la noche el balajú.

No sabemos si amanecerá.

Tose el motor y solo oímos silencio.

Dejamos atrás largas playas de arena con matorrales ralos, lamidas por aguas turbias.

Parece que el río es ya mar o siempre ha sido.

No recordamos cuándo amaneció.

En las orillas en barrancas de greda comidas por las aguas, palafitos de los waraos, niños desnudos que agitan las manos.

Alfredo el fotógrafo toma instantáneas.

El sol es agresión física.

Con cuchillos acuñamos trapos en las grietas del casco del balajú donde revientan surtidores a cada golpeteo del casco.

Lejos, sobre las barrancas del sur, un caserío que debe ser Sacupana.

Anclamos el balajú, soltamos cuerda, lo embarrancamos, saltamos al agua, caminamos por el largo playón de arenisca crujiente hasta amarrar el cabo en un tronco caído, para ascender luego por barrancos erosionados hasta el unánime silencio del poblacho.

Y sin embargo en las aceras de las calles con puertas carcomidas e insistentemente cerradas crecen plantas con maravillosas flores y cada acera desierta parece recién barrida y una pulcritud de camposanto bien cuidado aplaca la insolencia de las flores.

Sacupana es la ruina más limpia del mundo. En sus aceras agrietadas hay macetas viejas con flores de solteronas y tulipanes. Una niña coletea el piso de cemento liso de una pulpería que solo vende chucherías, limpia como un hospital.

Le pregunto quién cuida las flores. Cada quien cuida las que tiene enfrente, me contesta la muchacha pulcra como la pulcritud de su coleteo incesante.

Pero nadie hay tras las fachadas ornadas con velos de flores. Tras muros con grietas rojizas encandila la luz que dejan pasar techumbres desplomadas y más lejos en otra pulpería cerrada después de mucho tocar nos abre una vieja señora y nos vende bastimentos.

Habla de la soledad del pueblo, de cómo todos se han ido; en las estanterías, en las amarillentas latas de sardinas y en las mercancías relumbra una extrema pulcritud.

Destapo una botella con el abrelatas de mi navaja, me corto el dedo, una gota de sangre aflora.

Llevamos un río adentro.

La señora nos dice que es bonito ver el monumento a los mártires de Sacupana. Pero hay una desgana de avanzar por calles sin nadie para encontrar bronces martirizados por el sol entre rondas de flores que nadie cuida.

Más allá de los confines del río que espumajea divisamos el islote de Guasina sumido en hierbajos lo que fue el campo de concentración y las barracas y más allá el achicharramiento del Sol y más allá boyas que se mecen ebrias y enormes barcos mineros y remolcadores y dragas entre cuyas estelas se balancea el balajú como burbuja en la corriente.

El balajú sube y baja entre estelas de barcos inmensos que parecen sólidos geométricos ocupados en acarrear metal para hacer más barcos, engranados en su mundo metálico del cual desapareceremos.

Vamos hacia el mar. Sentimos por el encrespamiento de las olas que vamos hacia el mar. Hay que llegar antes de mediodía, cuando el cauce se hace intransitable por la entrada de las aguas.

Oscila y se bambolea el balajú en la inmensidad del río. Por momentos cambiamos de posición para compensar el peso y corregir el macheteo en la proa demasiado alta, el cabeceo en la amura de babor que deja embarcar agua.

Curiapo, la última población antes de la desolación del mar, aparece lejos en la orilla norte como largo muelle apretujado al borde de una ceja de selva que brota de las aguas.

Amarramos el balajú en un pilote, escalamos por las planchadas hacia el poblacho sumido en un torpor mortal.

Caminamos por planchadas crujientes que hacen de calles para reportarnos en la guardia. Ya está todo el mundo mirándonos por las ventanas siempre abiertas o tras las rendijas de las tablas de las casas.

Nos atiende un teniente joven con apellido de compositor de ópera y cara de príncipe, franela rosa del caimancito.

Preguntémonos si toma este internamiento como castigo o como buen mérito para ascensos rápidos.

Pensemos si cree cuando le decimos que vagamos por todos los ríos anotando cosas y tomando fotos para un documental.

Hasta las cinco no se prende la planta eléctrica y no hay cerveza fría, nos advierte.

Las planchadas tiemblan, corre por ellas un tropel de mujeres pintarrajeadas dando alaridos, ropas desgarradas, faldas de hojas de plátano.

Es Él, gritan, es Él, corren atropelladamente vocingleras de un sitio a otro, entre planchada y planchada zagaletones y amazonas se arrojan bombas y bolsas de plástico llenas de agua.

Cruzo incólume por una planchada entre aquel diluvio: mi barba debe darme aspecto de capuchino. Alfredo se escuda tras de mí intentando pasar por monaguillo. Dentro de dos o tres semanas será Carnaval.

Eso no explica ni excusa la locura colectiva ni la aparente cordura del resto del mundo.

El tropel de las furias se pierde dando alaridos hacia planchadas lejanas que se borran entre una selva y un río que las desbordan.

Nos envían donde la señora María que nos alquila como posada la sala de la casa, un porche abierto cuyas maderas del piso crujen dejando vislumbrar entre rendijas reflejos de aguas que corren muy abajo.

La señora María nos enseña cómo amasa el pan del pueblo con una máquina de madera con rodillos y manivelas inventada por ella. Vamos al balajú a buscar maletines y hamacas. Chompa se queda en el balajú bajo los muelles a dormir una siesta eterna. Alfredo recoge, dobla, ordena y guarda minuciosamente en una bolsa todas las cajitas y las envolturas de películas que ha ido metiendo en sus bolsillos por no ensuciar donde pasa. La cuerda de niños semidesnudos que nos sigue no nos quita los ojos de encima.

En el centro del triángulo que circunscriben las tres planchadas principales crece el árbol inmenso del cual cuelgan escrotales nidos de arrendajos.

Y es el ritmo de la vida en esta intensificada locura más lento, apacible. Las casas de madera elevadas en piernas sobre las aguas siguen alguna fantasiosa arquitectura antillana y en un porche un negro azabache, torso desnudo, pantalón azul eléctrico, descansa en una mecedora de entretejido respaldo mientras una guacamaya de colores hirientes reposa en su hombro. Ambos miran muy lejos.

Agotamos planchadas crujientes que nos queman los pies a través de los zapatos.

Alfredo fotografía canoas que se pudren volviendo a ser selva y río.

Una loca envuelta en harapos lo sigue haciendo carantoñas.

Por el medio del pueblo cruza una planchada de concreto bordeada de una hilera de tugurios prefabricados de aluminio, resplandecientes como latas sin etiquetas. En los hornos metálicos no habita ni una lagartija. El resplandor es doloroso. Quién ganaría una comisión instalando aquellas trampas donde ni siquiera la loca del pueblo se cobijaría de la insolación.

A lo lejos grita el pelotón de furias sacudiendo planchadas con su carrera. Una capilla católica y una protestante se

enfrentan, ambas abiertas, ambas sin nadie. Ambas de una rigurosa limpieza. Por los pilotes y bajo las planchadas se escurren niños que se arrojan vejigas repletas de agua.

En la puerta de una casa una muchacha de pelo teñido arregla el pelo a una benévola muchacha gorda.

Sobre el cajoncito de madera peines, tijeras, tintes, espejos.

La brisa acaricia los rizos.

Bajo los pilotes plantas flotantes se mecen o se pudren al flujo de las aguas.

Volvemos al porche de doña María. Los curiosos detrás de ventanas y rendijas miran con expectativa de viandantes en un *western* donde va a haber tiroteo. Con tenso andar de pistoleros dos muchachas se acercan por la planchada y sin aviso se agarran por las greñas y se sacuden. Una es secretaria de un tribunal y la otra empleada del bar. El pelotón de las furias las separa y las arrastra lejos de aquella planchada donde van a encontrarse todos los días.

No quiero saber por quién se pelean.

Entro a la sala de doña María, que se ha transformado en muelle. Donde estaba la salida de la cocina abierta hacia la selva relumbra ahora el puente de un remolcador que ha entrado calladamente en el canal que pasa por detrás de la casa. El capitán es novio de doña María. Una novia en cada muelle y en los caños infinitos los muelles no acaban.

Puertas abiertas, labios sellados. Silencio en las almas. Sin más pasaporte que los buenos días entramos en una de las casas preguntando por la historia de Curiapo. Nos atiende una pareja concentrada, reflexiva como esos seres de las composiciones estáticas de Héctor Poleo.

Nos mencionan a dos o tres abuelos, que anoto en apuntes que luego he perdido.

Deambulamos hasta la planchada del noreste, que apunta como un dedo hacia el mar.

Tras los buenos días hablamos con el señor Beria. Dos niños entran cargando una iguana que acaban de cazar a pedradas. Y mientras nos habla Beria de Curiapo y de los inmigrantes que

llegaron de los llanos huyendo de la Guerra Federal, en la cocina abierta que da al resplandor de la ciénaga y al río desventran los niños la iguana por sacarle los huevos y la dejan colgada de los alambres de un tendedero atado a ramas de árboles gigantescos.

Hacia el noreste una larguísima playa de fango se hunde en el río que se sumerge en el infinito. Esta llanura de agua cenicienta o de barro se extiende hasta el mar pero el mar es un sutil pantano que corta la línea del horizonte. Un punto viene de la inmensidad. Es un grano de polvo o una brizna o una curiara sobre la cual parece flotar una burbuja; al acercarse vemos que la curiara tiene un pequeño mástil y aparejada en él una remendada vela de parches de plástico transparente que maniobra una enlutada india vieja. En la proa ladra un perrito. Con lentitud fantasmal la vieja acerca la curiara hacia la vastísima playa de fango y la encalla, empujándola hasta ponerla fuera del alcance de las mareas. Solo su insignificancia la ha salvado de ser volcada por el viento, bebida por el fango, digerida por el río.

Vamos por la planchada que da al sur. Le señalo a Alfredo el espectáculo de los niños que juegan sentados en uno de los bancos de madera. El centro de la atención es el que bambolea en el extremo de un pabilo un pajarito muerto. Se empujan y atropellan cerrilmente mientras bajo el banco oscila el despojo del pajarito. La cámara de Alfredo provoca revolución en los niñitos. Se suben y bajan en el banco disputándose la figuración en la foto mientras pendula cada vez más lentamente bajo el banco la bola de plumas. Unos se sientan en el espaldar y otros amenazan con empujarse y darse zancadillas.

Mientras de reojo veo que por la planchada viene una niña caminando silenciosa.

Descalza la recuerdo: con pelo corto húmedo de recién bañada y vestidito liso que deja un hombro desnudo.

Sin decir palabra se sienta en el borde del banco y sin alzar la vista sabe que será el centro de la atención y de las fotos.

Esta pequeña niña de pelo liso sin ostentación ni prisa.

Allí en el borde del banco ha quedado perfecta y tranquila sabiendo ser el centro silencioso.

La lenta gracia y la contención con que se mueve. Cómo en ese instante sabe, sin vanidad, que sucede todo para ella, que el escándalo de niños, el bamboleo del pajarito, nuestra accidental forasteridad de viajeros arrojados del río no son más que marco y recuadro para el desfilar silencioso de recatado contentamiento de sí misma que a los niños contempla con gravedad o a nosotros mismos contempla o no contempla y quizá advierte que la fotografían y después callada y llena de sí misma sigue apesadumbrada o aquejada del misterio de contener el peso de la esencia y de ser alguien a quien jamás conoceré y de quien ignoro qué hará por los siglos de los siglos mientras queda inmóvil el péndulo donde cuelgan del banco el tiempo un cordel y un pajarito muerto.

Desvío la mirada para que ella tenga siempre cara de niña.

Balanceando los piececitos desnudos bajo la atrocidad del sol y la lejanía del tiempo.

Pero nada explica el paso ni la desaparición de las aguas del río condenadas a jamás repetirse.

Toda plenitud declina.

El motor de una planta arranca.

Arranca un altoparlante con salmos en la capilla protestante y otro con coros en la capilla católica, ambas desiertas.

Una que otra lámpara amarillenta parpadea sobre las planchadas.

La noche nos alivia del río.

Dos chicas de la casa o amigas de la casa de doña María se afanan con los misterios de la gelatina que cuaja en una cava con hielo y de una torta, que hay que buscar en una casa vecina. Con audacia que sonroja a Alfredo, que es el espontáneo del equipo, les reclamo invitación para la fiesta y me comprometo en pago a llevar la torta, y henos aquí en la noche de las confluencias como inaugurando la tradición de la paseada de la torta que porto como un cáliz bajo las estrellas absolutas. Las muchachas secretean entre sí y hablan en voz baja con las gentes de las casas por las que pasamos, arreglando el detalle de un dulce o de unas galletas, y bajo la noche y los enjambres de mariposillas en las

lámparas seguimos en la procesión, y sí hay en realidad un cumpleaños que es en el gran negocio del bar que al fin revive con la apertura de la planta eléctrica y la cerveza aproximadamente fría y la cumpleañera es una señora gorda y simpática de sedoso vestido amarillo y tras el bar de bloques está la gran construcción del caney warao con techo de palma y frescura abierta a la noche de café tinto y sí está la borrachera y los cerveceros a quienes les cae bien Alfredo y sí está el otro memorioso de Curiapo que me habla de las falsedades de la Historia y de cómo se falsificaron los hechos de la batalla de las Bocas del Orinoco, que no son así como se cuentan. Quizá bajo el maquillaje de muchachas y señoras quedan restos del pintarrajeado de furias.

Una sirena brama y un reflector horada lo que yo acodado en el borde de la churuata creía tiniebla chata y por la oscuridad empieza a desfilar la proa del gigantesco trasatlántico de Fellini en *Amarcord:* lo que creía noche anónima era la sombra inagotable del río y por ella cruza el trasatlántico como una feria turística con bisutería de luces y festejos y encandilamientos y no deja de pasar nunca. No sé a qué hora vuelvo a la hamaca colgada en el porche de la casa de doña María, agradezco el peso del sueño y en la oscuridad que se retuerce en los follajes sin límites, sueño con un gran prado de césped limpio y verde y al fondo de una gran colina verde y lejos una blanca casa con columnas. En la cima de la colina danza una niña lentamente.

A las cuatro de la madrugada estremece los pilotes la crecida del río y bajamos a la carrera por las escalas de los postes a rescatar el balajú que amarrado demasiado estrechamente chapotea a punto de hundirse por la proa y casi se lo traga la correntada y en la noche sin colores achicamos con latas y cargamos maletines y hamacas y arrancamos el fuera de borda y nos vamos por siempre sin ver dónde antes de que algún desteñimiento de la noche nos deje divisar el río que no acabaremos de recorrer nunca.

OM

Templos
Eras
Tiempos
Aires
Mundos
Palomas
Bandadas
Manadas
Siempre
Gentío
En todo sitio
Gentío
Único sitio
Gentío
Hasta en el más oculto estar
Un mono trepa por los cables del alumbrado
Los signos
de casta
de secta
de clan
de provincia
de aldea
la realidad es signos
Los ídolos de yeso
de piedra
de bronce
ídolos de ídolos

Subir
Bajar
Polvo
Estar detenido
Atrapado
El pánico
La apertura de la continuación
Grito vaginal
Sangre
Asperjaciones
La continuación del Mal
el Ser
La continuación del Ser
el Mal
Donde pues entonces algo tangible donde entonces pues
Coro de voces que repercute en voces
Voces en coro que repercute en coros

Ya nunca se saldrá de aquí ya nunca se saldrá
Gente
Caminos
Calles
Tiendas
Mercados
Fluidez
Torrentes
Gentes
Y más gentes
Hormiguero
Cada hormiga distinta
Van
mendigos
vendedores
parias
brahmines
iluminados

dioses
animales
santos
piojos
decadentes árboles
cejas
ojos
constelaciones de ojos
chreods
dioses
hedor
sitios sagrados
árboles sagrados
animales sagrados
aires sagrados
aguas sagradas
hedores sagrados
mierdas sagradas
camiones
camionetas
buses
automóviles
rickshaws
ciclistas
motocilistas
cornetas
bocinas
trompas
trompetas
El Ser
La variedad
La proliferación
La eternidad
Los templos jainistas
Los templos budistas
Los templos musulmanes

Los templos hinduistas
Los templos cristianos
Los templos metamorfoseados en seres
Los seres metamorfoseados en templos
Diosa reencarnada en mosca
Mosca reencarnada en niño
Niño reencarnado en tigre
Tigre reencarnado en sierpe
Sierpe reencarnada en hormiga
Hormiga reencarnada en Rey
Rey reencarnado en Nada
Nada reencarnada en todos
Carne reencarnada en carne
llorar
gritar
aspirar
expirar
Pordioseros
Mendigos
escalones de la miseria
escalones de la grandeza
escalones que dan a otros escalones
Sin fin
fortalezas
imperios
castillos
fuertes
fortines

matanzas
sacrificios
templos ensangrentados
laboratorios de lo invisible
marcas de fábrica de la santidad
El perdón de los pecados
El pecado de perdonar

La fiebre
La enfermedad
El dolor
El panteón de los dioses del dolor
La muerte
Agonizar
Pétalo de la flor cuyos pétalos no terminan
Hedor
A formol
A laca
A muerte
A marfil
A desinfectante
A plástico
A incienso
A mil inciensos
A mil hedores
A muerte
A un millón de muertes
A mil millones de muertes
A la muerte de la muerte
A los bazares
A especias
A los pulimentados gestos de dioses
De monos
De niños
De plantas
A los gestos de los gestos
A las caderas de las apsaras
A la noche en el templo de los monos
A las bailarinas que interpretan el *Mahabharata*
Al calor
Al pesado descenso de las moscas
A la rueda de las vidas
Al incesante reencarnar
Castas

Vidas
Cifras
Ayes
Costos
Bodas
Partos
Iniciaciones
Funerales
regateo de la madera sagrada para la cremación
regateo del turno de los cadáveres en parihuelas
regateo por los tugurios para pasar cerca del Río Sagrado los últimos años antes de morir
regateo por la cercanía de los templos
regateo de la cola de los crematorios eléctricos para los pobres
lento flotar del cuerpo de un niño sobre el Ganges

Flotar
Vagar
En las orillas del río
En las escalinatas de las orillas del río
Pobres con túnicas púrpuras se bañan
Se enjuagan
Se limpian
Se ensucian
Se purifican
Se contaminan
Se hunden
Se ahogan
Se disuelven
A lo largo de las orillas que bordean templos
Escalinatas
Murallas
Refugios
Crematorios
Minaretes
En las ondas

Barcas con vendedores de ofrendas
Barcas con clientes
Barcas con madera para piras
Encendemos ofrendas las entregamos al río
Aguas color de nada

Camiones
Buses
Busetas
Motos
Vespas
Carros
Carretas
Carretones
Ruedas
Ruedas
Ruedas
Ruecas
Rodando
Girando
Viajando dentro de sí mismas
rueda es el centro
rueda no es el centro
Girando
Volteando
Viajando hacia sí mismas
Inmóviles
Vértigo estático
Vorágine
Vórtex
Vórtex de lucecitas
cables confitados de luces
neones mántricos
mercurios chákricos
focos moribundos
compre venda rente preste

en mil enemigos signos
alfabetos de alfanjes
inescrutables vocales

Pasteles de especias
Panes de especias
Ensaladas de especias
Pimienta
Cardamomo
Nuez moscada
Azafrán
Flores de lenguas y bosques de las lenguas
Paladean el mundo
vórtex del cono invertido de las lenguas
girando clamando advirtiendo presuponiendo
alabando gritando
vórtice del cono infinito de las lenguas
clamor total
todo por infinito da nada
nada por todo da infinito
nada entre nada es nada
nada más nada es algo
todo por todo es nada
nada es nada
nada es
nada

Error de las formas
desde el punto informe creciendo
variando definiéndose multiplicándose
en vorágine de lenguas
que se derrumba dentro de sí misma

Vuelve a la nulidad
Cada palpitación del mundo
Doliendo durmiendo proliferando

Engendrando pariendo
Para regresar a nada
Si el error de la mente
De abrir puertas
A la vociferación del mundo
De dar paso
A griterías trémulas
Nada habría de errado
Nada sería medible
Nada comparable
Qué hacen en este instante todos y cada uno de los dedos
Por qué tocan tanto al mundo al cuerpo a los otros dedos
Ciegos sordos mudos apenas táctiles
Lluvia de tactos
que vomita desde el lago sombrío sin origen
Tocan los dedos palpan arañan acarician
No habrá sitio donde un dedo no palpe
Palpando diciendo percutiendo
Ensombreciendo amaneciendo oscureciendo
La rotación de tactos olvidables
su multiplicidad obscena nada puede
Ante el calor
La tierra
El polvo
El sudor
La mosca
La palabra
Las voces
El pasmo de las voces
El cono giratorio de alaridos
Punzando el vértice de nada

Los templos
Los muchos tantos templos
Los templos milenarios
Los templos elevados sobre ruinas de templos

Los templos disgregados
Los de pacotilla
Lo que no existe levantó estos muros
Bloques
Piedra herida
Cúpulas que dejan entrar el cielo
Jamás jamás
Jamás
En la mano el instante que lo resume todo
Un hombre excava en un agujero de viscosa podre
Un monje lee el periódico y cambia la página con vistosa pirueta
Un vendedor duerme en su tienda que es un escaparate
Templos vitrinas templos armarios templos barberías
Templos gavetas templos bolsillos
Lo sagrado en cajas
Este desproporcionado alaridar sin síntesis posible
Babel perpetua

Mirador hosco de la senectud del mundo

Quiebre de los reflejos en las aguas de las cosas hechas solo para quebrarse en reflejos

Humanidad quién sabe si perdurará o si en el promedio de duración de las especies está ya condenada, inadmisible, muerta
Unidad que devora multiplicidad
Aproximado canto de los detalles
Caminos tantos del lingam al yoni
Oh tan largo y decorado sueño
Oh tantas filas de seres prestigio de la multiplicidad del Único
Oh océano
Oh dormir
Oh despertar
Oh

Oh refalsificado Oriente de cartón piedra
Oh poder más que poderoso de la copia
Oh epifanía de la alucinación
Santos
Santísimos
Santones
Bonzos
Iluminados
Elegidos
Maestros
Salvadores
Auguran
Ofrecen
Prometen
Aseguran
Reprueban
Amenazan
Indican
Señalan
El Sendero
El Camino
La Vía
El Millón de Vías
El Millón de Millones de Únicos Senderos
Para llegar donde se está
A lo lejos de la larga vía arbolada
A cuya vera acampan miserias con carpas de harapos
Perros desmenuzados en el polvo
A lo lejos
Al borde de la Vía
El bulto
Que puede ser tierra
Que puede ser trapos
Que puede ser basura
Que puede ser hombre reencarnado en perro
Que puede ser perro reencarnado en hombre

Que puede ser hombre que duerme
Que puede ser hombre que muere
Que puede ser hombre que sueña
Que puede ser hombre que sueña que muere
Que puede ser hombre que ni sueña ni reencarna ni muere ni es hombre
Liberado
OM

Universo asimétrico

Alza en el mercado de los sueños

No hay tecnología maligna que no termine por ser inventada; se pone a punto la máquina que permite a quienes trabajan en ella venderle sus sueños. Es necesario marcar tarjeta y cumplir ocho horas traspasando laboriosamente delirios para que puedan comercializarlos los patronos. Poco a poco los trabajadores de la tierra nos quedamos sin sueños y extrañamos incluso las pesadillas. La falta de sueño desnutre nuestro imaginario y terminamos en la inanición por carencia de insumos oníricos. En los grandes *resorts* de las élites se pasean los consumistas de sueños, siempre atormentados por la necesidad de ponerse en dieta de ensoñaciones o de hacer ejercicio para disminuir el sobreensueño que cada vez los aleja más de la realidad ilocalizable. El sueño de los monstruos produce la razón.

El efecto corruptor de las cuñas

Mil cincuenta jóvenes violadas por usar el jabón cuya fragancia enloquece a los hombres, muchachos desvestidos en las calles por damas atraídas por el cigarrillo de los hombres de mundo; ante el desmantelamiento de automercados que ofrecen el detergente por el cual se pelean las amas de casa, ante adolescentes que se apoderan de los autos deportivos sin los cuales no se sabe lo que es propiamente la vida, ante bancos quebrados por los créditos impagables con los cuales las amas de casa del mundo con las tarjetas de débito del planeta se sobregiraron; al fin sin distancia alguna entre el deseo de los objetos y los objetos del deseo.

Ideas patentadas

Según lo temió Winsor McCay, alguien patenta las palabras de manera que tenemos que pagar por usarlas y algún otro encuentra cómo repatentar todas las invenciones que son ya del dominio público como el alfabeto la Ley de Gravitación Universal, los números y el sistema métrico decimal. Como nada nuevo hay bajo el sol toda idea no es más que variación de otra, de manera que ya no podemos pensar sin pagar *copyright* ni imaginar sin cancelar derechos por la ocurrencia. Para pagar esta he tenido que venderme como esclavo.

Una que otra voz

Voz, qué quieres decirme. Ahora que las voces se liberaron de los cuerpos y andan solas por los mundos son la gran vaina, una pared de repente puede decirte te amo y al responderle no tendrás tu voz, que en este instante recita listas de aduana en Colombo, o solo refunfuña desde un árbol, una tos, una carraspera, un atención *firm* de frente *march* y es la libertad ahora de no hacerle caso más a las voces, de al dejar de prestarles atención no temer más sus engaños, al disociarlas de sus fuentes escucharlas por primera vez y ahora que no dicen saber qué dicen o que nunca dijeron.

Grafito mode

¿Ha visto usted esos grafitos que se niegan a ser propaganda y rechazan venderse porque aparecen gratuitamente en los sitios menos esperados y ni siquiera tratan de convencer de nada porque no tienen otro mensaje que ellos mismos y no les importa desaparecer en la intemperie? Ayer me desnudé y con aerosoles me cubrí de mil signos estrafalarios que atraen las miradas que de todos modos no pueden escrutarme. Creía ser el único: ahora todos los habitantes de la ciudad del país del mundo son fiesta de colores que se apuñalan.

Día de los Enamorados

Por qué no rendirse al Imperio de la Pasión, por qué disimular los sentimientos, por qué tan dolorosamente esperar sin ser correspondido. Al fin se decreta el Día del Enamorado más sincero, el que ya ha alcanzado el objeto de su amor, del cual nunca se separa: el Enamorado de Sí Mismo. Ningún amor más verdadero que el suyo. Es quien más conoce su objeto, quien más tiempo lleva conociéndolo, quien sabe de sus defectos y sin embargo lo ama. Pocos han sido los desvíos de esta pasión, mas el amante sabe perdonarlos. De cada uno de ellos sale el amor a sí mismo fortalecido. Cada día se descubre una nueva perfección, un nuevo arrobo. Surge así el negociado de las tarjetas sentimentales que los amantes se dirigen a sí mismos, el mercadeo de los presentes inútiles, las floristerías que envían suntuosos ramos al mismo que los encarga, la desesperación cuando la mayor tragedia sucede y el amor propio no es correspondido. Allí reside la causa fundamental de los suicidios. Quizá la muerte de Dios tenga igual causa. El amor a sí mismo es estéril. La humanidad termina por extinguirse.

Fuga de cerebros

Últimamente parece haberse intensificado la fuga de cerebros. Detrás de muchas caras eminentes, bajo demasiadas frentes epónimas, empieza uno a sospechar la ausencia de un cerebro fugado o que nunca estuvo. Parecen irse, dejando tras de sí solo rostros grises y arrugados como sus circunvoluciones. Después de su partida deshabitan tantos seres que como cascarones vacíos pululan en las instituciones, en las academias, en las asociaciones. A veces la fuga se produce masivamente, a veces huyen amenazados por la vaciedad de quienes han perdido su propia masa encefálica y no toleran que otros la conserven, o la exorcizan con vacuas fórmulas y repeticiones. Como para advertir la ausencia de cerebro hay que tener uno, cuando el último se haya dado a la fuga se volverá a la normalidad.

Fábrica de cadáveres

Las inquietudes sobre el propósito del cosmos se apaciguan ante la evidencia de que no es otro que la apropiada fabricación de cadáveres. Desacertadamente especulan algunos que su finalidad es la vida, pero en la medida en que toda vida tiende a su extinción, el perfeccionamiento solo se logra cuando sus estructuras orgánicas quedan inmovilizadas, como una obra de arte que solo en su inutilidad culmina. No toda vida produce vida, pero sí produce cadáver. Todo sigue en el universo en febril agitación; más allá del cadáver no hay nada. Podría ser el mundo entero un vasto cadáver, pues hay más materia muerta que viva. Con el último suspiro de los suspiros, su finalidad por fin se habrá cumplido.

Único

Solo un ser existió, existe, existirá y es el que en este momento lee estas líneas. Muchos aparentes seres pululan a tu lado, te molestan o favorecen, pero de ellos solo conoces la torpe multitud de los actos y nunca la interioridad que te permita establecer si en verdad existen o si son solo autómatas con apariencias de pensamiento. También un fonógrafo habla y una calculadora razona, una animación de computador gesticula y un muñeco de cera aparenta facciones. Pero imposible es saber qué hay en el fondo de tantas miradas sin fondo. Hasta un animal huye o amenaza sin que eso que dentro de él fulgura demuestre la palpitación del existir. No tienes conciencia de que haya otras conciencias ni de que existan otras existencias. Los discursos con los que los otros te atormentan son tus propias y contradictorias voces por descansar, las cuales las atribuyes a bocas externas. En el sueño, pero en la vigilia también, estás rodeado de sombras en las que crees y que creas. La pobreza del universo es de tu propio tamaño. Este párrafo ha sido escrito por ti mismo; la prueba es que has dispuesto todo para que te llegue en medio del diluvio de los infinitos mensajes del mundo, y por el mismo hecho de que era inevitable que te llegara, te sorprende leerlo.

La palabra justa

Ofreció Jehová que si se encontraban diez justos en Sodoma y Gomorra, suspendería la lluvia de fuego dispuesta para incinerarlas. Presiento que diez palabras justas pueden salvar un texto de sus depravaciones, pero a veces no localizo ni una. En cada oración me salen al paso las sobrantes, las redundantes, las cacofónicas, las incoloras, las ambiguas, y las peores de todas, las de relleno. En la cárcel del diccionario busco la palabra justa, pero me elude como el grano de arena disimulado en el desierto. Como todo justo, teme pagar por los pecadores. Una palabra justa puede expresar justamente algo que no lo sea. Todas las palabras justas las gastó Nietzsche en defensa de la injusticia.

Advertencia

Se ha determinado que a la oportunidad la pintan calva y que no se repite. La ocasión del amor perfecto y de la obra maestra y de la revolución no deben ser postergadas porque son una sola y porque, sin ellas, la vida transcurrida se hace abominable y la por transcurrir asimismo. Quizá solo valen porque a su vez te dan la oportunidad de saber que estás vivo. Hay un museo de las oportunidades perdidas en donde cada una de ellas se va haciendo progresivamente más pesada hasta aplastarse y aplastarnos y por más que hagamos no podemos quitárnoslas de encima. El infierno es estar encerrado en él y la única salida, aprovecharlas.

Biografía

Ninguna otra cosa más ha hecho que firmar claudicaciones y llamarlas victorias.

Mundo gris

Hay un concurso entre funcionarios para ver quién alcanza el más perfecto tono de gris. Una cenicienta policía del pensamiento intenta borrar a todo el que no es incoloro. Todo lo que destaca, todo lo que originaliza debe ser desleído. El color o la forma vivos impiden que lo grisáceo pueda destacar en su plomizo esplendor al que solo el poder coloca en el tope de la escala cromática. Sin ideas se está mejor aunque mejor no se está. No hay madrugada gris; solo el crepúsculo apesadumbra. Todo puede ser reducido a ceniza, y la ceniza, a nada.

La Asociación de Funcionarios

Los miembros de la Asociación de Funcionarios corren por plazas, veredas, calles y autopistas dando brincos y saltos para tratar de tapar el sol con un dedo, pues temen que el sol les haga sombra. Encandilados en sus intentos de tapar al que los alumbra, no advierten que ellos mismos no arrojan sombra, pues no tienen materia y en sus esfuerzos de que los demás no adviertan al sol, no los advierte nadie.

Arriba, más arriba aún

Transferida nuestra conciencia a espejeantes cuerpos de metales impenetrables, damos un saltito, caemos a la gran palangana negra del vacío y de allí a la piscina dorada del sol. Este irá creciendo a medida que nos acercamos y los delicados músculos de metatitanio al enrojecer gemirán gimen gimieron a medida que se cargan de la prodigiosa luz del sol, pero no será nada, caemos hacia él para tomar impulso, debidamente alimentados por el baño de fotones aprovechamos la aceleración de la caída igual que un cometa, sufrimos mil gravedades y como disparados por una honda partiremos partimos hacia las negras llanuras los ciegos vórtices los regueros de astros. Los hombres cometas libando de sol en sol, perdiéndonos hacia los polvorientos pastos de estrellas.

Despertar

Te despiertas. Por primera vez en tu vida te despiertas. Comprendes que no hay ley, creencia, juramento, pertenencia, lealtad ni vínculo que tenga poder sobre ti. Ante ti se abren todos los caminos, incluso el de dormir de nuevo.

El índice

Las plagas de la fortuna nunca se explican y por eso nadie sabe a ciencia cierta por qué amanece cada uno de nosotros contemplando una mano que flota y nos apunta al rostro con dedo acusador.

Las tentativas de apartarla o destruirla jamás triunfan pues al poco tiempo la mano vuelve y nos apunta con el índice. Tampoco es consuelo que todos enfrenten o padezcan el índice acusador, que tampoco se sepa si es la mano propia o la de todos la que nos incrimina.

Por más que lo neguemos, siempre somos culpables de algo o el ser indiciado hace que lo seamos.

Principio de incertidumbre II

Lenguas

Calculé una vez que la superficie del texto que somos capaces de leer de una sentada no excede de la del área de piel que nos sostiene: parados aguantamos descifrar el espacio impreso equivalente a dos plantas de pie; sentados, el de dos nalgas; acostados, vaya usted a saber cuánto. *Mutatis mutandis*, la exposición a la verba ajena quizá no pase del equivalente en lenguas de la superficie en que nos apoyamos, calculado a lengua por minuto. Supongamos que cada pie corresponde a la superficie de cinco lenguas y las asentaderas cada una a la de diez, y el cuerpo acostado, mejor ni pensarlo. Así paladeamos un recital poético y los discursos nos dejan un sabor agrio o dulce. Por eso las lenguas de enamorados y enamoradas no se arriesgan a hablar y prefieren trenzarse en un beso de lengua que puede ser eterno.

Triunfo de las cosas imaginarias

Creímos de niños en lo respetable de la realidad para evitar el Coco que nos acechaba tras los rincones de las casas. También estaba la Llorona que pasaba por las calles a medianoche y el Viejo con el Saco que se llevaba a los niños que se asomaban a esas calles. La vieja sirvienta María Pérez nos contó haber visto en un eclipse la culebra que volaba para tragarse el sol. Otra sirvienta nos habló del vapor de agua que se aparece en las ollas de la cocina, y siempre nos preocupó que un barco de vapor con todo y anclas y chimeneas se formara como un fantasma sobre las pailas. Contra tantas calamidades imaginarias apenas servía de antídoto el Niño Jesús, pero era de poco consuelo porque por niño nadie lo tomaba en serio salvo para pedirle juguetes. Creímos por un tiempo en la realidad del Niño hasta que los juguetes dejaron de venir, y quizá fue por eso que lo maltrataron de tan fea manera. Ahora dudamos también de los juguetes, que nunca son la cosa verdadera. Ahora dudamos también de la cosa verdadera.

Triunfo de la emisora del silencio

En las rocolas instalan la tecla que permite comprar silencio y se hace evidente el abuso de los irresponsables que a todo volumen interpretan el silencio hasta las más avanzadas horas de la noche. Empieza una tendencia a convocar conferencistas con la condición de que no digan nada, que era lo que en general hacían, y la proliferación de malas películas se remedia con tanta gente que paga por ver una pantalla vacía sin que la banalidad la estropee. Los escritores que afirman que nada es expresable publican volúmenes en blanco sin título y sin firma que rompen los récords de venta comprados por lectores que acostumbran no abrirlos. Pronto viene el canal que no transmite ningún programa malo porque tampoco transmite los buenos que en líneas generales son peores. Pero lo inigualable es la alta fidelidad y el mutismo cuadrafónico de la emisora del silencio, que solo los mejores receptores pueden captar en toda su ausencia de tonalidades. Una buena antena mejora la calidad de la sintonía, de una pureza y una tal capacidad de suscitar la dicha que no me atrevo a decir más nada. Interpreten mi silencio.

Perro decorado

En medio de la calle central de Tiahuanaco un perro negro decorado permanece desconcertado de que alguien le haya puesto una gorguera de papel plástico verde y atado a las patas unas polainas de papel plástico rojo y lo hayan soltado en plena calle así, disfrazado de no se sabe qué para quién sabe qué cosa. Cuatro mil indígenas en atavíos tradicionales espléndidos debaten todo el día en aymara en la plaza del pueblo sobre el proyecto de una ley que afectará las comunidades que existen desde el comienzo del tiempo. No quiero estropear el enigma preguntando para qué han adornado al perro con esa payasería artesanal, porque las explicaciones son usualmente inferiores al misterio. El perro quisiera comprender, y es tal su deseo de entender que ni se muerde las polainas de las patas ni tarasquea contra la gorguera: los perros siempre quieren comprender pero les tiran demasiado rápido de la cadena, y de tantos tirones cuando están a punto de concebir una idea es cuando mueren de rabia. Alguien le arroja una galleta al perro, y quizá no se imagina que le rinden culto a sus decorados harapos o quizá sí y por eso no se los arranca. Así pasa el día de los millones de días desde que el gran monolito en el centro ceremonial de Tahuantinsuyo fue decorado con las formas de la Pachamama que concilian el cielo y la tierra y el sol desplaza su sombra y el perro no entiende y yo tampoco.

Desaparición de los recuerdos

Cada vez más serios son los problemas de seguridad pública que plantean los recuerdos. Uno a uno van desapareciendo, pero nadie tiene la certeza de ello porque como nadie lleva su contabilidad nunca se balancea el Deber y el Haber de lo memorable. Se sospecha que alguien secuestra remembranzas, pero como nadie pide rescate queda impune el delito. También se ha intentado obligar a pagar pensiones a quienes descuidan alimentar los recuerdos, pero como solo se puede nutrirlos con otras memorias, el engorde de los unos lleva consigo la digestión de las otras. Parece también que hay recuerdos reprimidos, que son los que padecen más dura opresión, como esos prisioneros que nadie confiesa tener encerrados en cárceles secretas, como esos confinados cuyo expediente se traspapeló para siempre y cuya condena no se sabrá jamás si termina o si comienza. Están últimamente los recuerdos muy anémicos, porque se desvanecen, y los únicos que duran son los que atormentan. Se dan cursos de resucitación para el imposible de revivirlos. Yo encontré una vez la entrada del país donde van los recuerdos cuando parten. Allí siguen para siempre desamparados, porque una vez exiliados tampoco ellos pueden memorizar quién debe recordarlos. Allí están todas las memorias de la humanidad: voy de una a otra sabiendo que no me pertenecen, como quien se pierde en una biblioteca escrita en lenguajes extraños. Si alguno de ustedes sabe qué hago aquí o quién soy, por favor, recuérdemelo.

Desilusiones insoportables

El Niño Jesús

Durante mi infancia me pregunté por qué las jugueterías perdían su tiempo tratando de vender juguetes, cuando el Niño Jesús los regalaba. Tampoco entendí por qué el Niño que es todo amor obsequiaba escopetas para fusilar soldados de plomo. Quizá los juguetes del Niño Dios fueron los modelos con los que ensayó antes de hacer la Creación definitivamente. Seguro que se puso a regalarlos porque, siendo Dios, sus padres le prohibían jugar y le ordenaban ocuparse de cosas serias. Daba miedo tocar y mucho más romper tantos muñecos traídos directamente del Cielo y acarreados por las manos mismas del Niño hasta el pie de la cama. No recuerdo el último juguete que me trajo. El Niño Jesús desaparece cuando los padres deciden que ya no vale la pena protegernos de la verdad, o que la verdad es que ya no vale la pena protegernos. Lo malo del engaño es el desengaño.

La televisión

La única parcela de futuro en nuestra cotidianidad es la televisión. De niños la imaginábamos como artefacto mágico para espiar lo que quisiéramos, como por ejemplo, el cuarto de las niñitas. Después fue supremo lujo que se podía admirar en las vitrinas de las tiendas. El primer receptor que llegó a la casa tenía puertas frente a la pantalla, como el telón de un teatro que prometía las más prodigiosas imágenes del mundo. Durante medio siglo vomitó cuñas y programas olvidables y olvidados. Los colores solo hicieron la programación más gris. La mediocridad parece ser inherente al medio. Sus gerentes estropean

hasta la obra maestra, estampándole estúpidos logos del canal, superponiéndole publicidad, mutilándola irrecuperablemente. Solo se puede soportar la televisión viéndola sin verla, lo cual nos acostumbra a vivir la vida sin vivirla. Advertencia de que toda maravilla puede ser degradada a banalidad, o prueba de que ya lo ha sido.

Charles Atlas

Durante mi adolescencia, en las revistas aparecía un anuncio de página completa donde un forzudo proclamaba: "Yo era un alfeñique de 44 kilos". La apelación era irresistible: no hay adolescente que no haya sido alfeñique, y que no haya querido tener, como Charles Atlas, el título de "El Hombre más Perfectamente Formado del Mundo". Precursor del infomercial, el anuncio incorporaba una comiquita donde un debilucho, cansado de avergonzarse en la playa y de ser molestado por los Tarzanes de turno, se transformaba gracias a la Tensión Dinámica en matón codiciado por todas las chicas de Miami. No hubo imberbe que no soñara con encargar las lecciones por correspondencia, hasta notar que el título de "Hombre más Perfectamente Formado del Mundo" había sido otorgado en 1926, que el peinado de la foto era de 1920, que los músculos destacaban gracias a abrillantados retoques, que Charles Atlas era ya seguramente un alfeñique de 84 años, o quizá, gracias al disciplinado ejercicio en la Tensión Dinámica, el "Arcángel más Perfectamente Formado del Cielo".

Las curas milagrosas

Así como la Tensión Dinámica podía hacer que nos viéramos fuertes sobre el papel, las curas milagrosas prometen hacernos ver bien en la imaginación. No importa que fallen las dietas maravilla, los crecepelos, los remedios contra el cáncer. Su función no es curar, sino convencer de que todo se compra. Siempre que alguien quiere comprar una cura milagrosa, aparece alguien dispuesta a vendérsela.

Las dirigencias

Allí estuvieron siempre, para convencernos del milagro de que otros harían lo que nosotros no hiciéramos. Indeclinables en la exhortación a seguir el camino que ellos dejarían. Indoblegables en dictarnos la línea que abandonarían. Irreductibles en exigirnos la inflexibilidad de seguir los vientos que soplan o el compás que les toquen. Insobornables en alquilarse al mejor postor. Indoblegables en su elasticidad. Dogmáticos en su reciclabilidad. Ni los de izquierda tomaron el cielo por asalto ni los de derecha desarrollaron el país. Desde que nos dirigimos nosotros mismos no nos equivocamos menos, pero sabemos que es por nuestra culpa.

Los años 60

La más milagrosa de todas las curas milagrosas fueron los años 60, vale decir: la revolución suplantada por los gestos. En vano Vietnam y Cuba llamaron a la rebelión tricontinental. Los Beatles habían logrado hacerse célebres, enamorar chicas y vivir bien. Para lograr lo mismo bastaba que la Humanidad se peinara y vistiera como un Beatle. Una píldora traía la iluminación, el rock la estética, la pintura fluorescente el genio. No era necesario prohibir prohibir: bastaba escribirlo en las paredes. El sueño se acabó, dijo John Lennon. Después acabó con él un pistolero.

El año 2000

El niño que nunca terminó de crecer todavía espera lo mejor y lo peor del siglo XXI que la ciencia ficción y las comiquitas le prometieron en su primera infancia. Para el niño que nunca terminó de crecer, en el siglo XXI despertarse sería sinónimo de ajustarse el cinturón cohete y lanzarse por la ventana entre seres volantes para aterrizar en aceras rodantes de ciudades transparentes con factorías donde robots obedientes hacen todo el trabajo y crean los bienes que han desterrado la pobreza del mundo. Desperezarse es zigzaguear sobre la sede del Gobierno mundial para contemplar las plataformas construidas con lo ahorrado en armamentos, desde donde se lanzan platillos voladores para vivir sobre las nubes

mirando los prodigiosos palacios sostenidos sobre rayos antigravitatorios, contemplando los animados deportes de las cabalgatas de delfines y la lucha con pulpos, bajando a los prados de los festivales del amor libre al borde de los astropuertos que disparan cohetes para Marte y la Luna y los planetas externos y las Pléyades. Las máquinas teleportadoras trasladan a los sigloveintunícolas a los grandes laboratorios de los polos, donde una biología maravillosa regenera el cabello, los dientes, los órganos y el ánimo perdidos y empolla los embriones de la próxima generación que constará únicamente de genios cuyas obras asombrarán los espacios públicos de las megalópolis flotantes y animarán selvas mutantes y mares inteligentes. Se anuncia la inmortalidad. No hay capricho ni aventura que resulte prohibida. Proyecciones holográficas crean mundos virtuales donde la sorpresa y el peligro destierran los límites del asombro. Pero el niño que nunca terminó de crecer se asoma a la ventana del mismo edificio y mira la sempiterna gastada congestión de automóviles y el idéntico aire contaminado. Junto a la cama la misma radio y la misma televisión repiten consabidas tonterías desde hace medio siglo. Algún periódico del día anterior recicla idénticas torpezas. Las cuñas proponen los mismos remedios para las mismas hipocondrías. Lo único nuevo son las enfermedades. Apoteosis del retro que se complace en la infinita repetición de lo mismo. El niño que no terminó de crecer se consolaría endosándose rutilantes trajes de superhéroe con apuestos cascos y marciales botas y colores detonantes, pero allí lo espera la última humillación. Despertarse en el siglo XXI es endosarse todavía las mismas tristes medias, los mismos anticuados zapatos, los mismos aburridos calzoncillos, abotonarse la misma tediosa camisa con su ridículo cuello, anudarse la misma monótona corbata, ahogar el mismo estornudo de la misma gripe con el mismo desesperanzado pañuelo. Se puede encender un computador nuevo pero para recibir por él idénticas banalidades. En algún sitio el porvenir siguió andando pero para el niño que nunca terminó de crecer se ha detenido. Nos robaron el futuro sin devolvernos la infancia. El niño que nunca terminó de crecer descubre que quien nunca terminó de crecer fue el siglo XX.

Energía oscura

El vagón rebelde del metro

Pongamos por caso que en una de esas estaciones del metro muy vacías abordas un vagón muy iluminado con ese neón que economiza colores y expresiones. Se piensa entonces que el plástico de las paredes hace parecer insensibles a los pasajeros hasta que al zambullirse en la oscuridad del túnel esos rostros inertes no se reflejan en los cristales iluminados y en ellos puedes contemplar proyectada solo tu cara mirándote cada vez más pequeña mientras se aleja en la penumbra. Entonces las luces del vagón parpadean.

Puede ser que un revisor venga a pedirte que le muestres el billete y es mejor que no lo hayas perdido.

Si no, en vano te volverás hacia la muchacha a tu lado para pedirle explicaciones porque no te contestará o te dirá cualquier cosa con ese tono insípido o distante de las voces de los suicidas, por embotamiento emocional o fingimiento del mismo. Siempre a los suicidas en el metro se los esconde; alguna vez te has preguntado dónde. Quizá no querían más que esconderse.

Notarás entonces que los túneles se hacen más largos y más indistinto el centelleo de las estaciones por las que el vehículo discurre sin detenerse.

También los otros pasajeros son renuentes a darte explicaciones, como lo son a cruzar su mirada contigo; en cambio, al estilo de los pasajeros normales, la mantienen fija en los neutros avisos comerciales o en el vacío sin profundidad de los túneles. El suicidio es no tener ya que dar explicaciones. Menos que menos, la de por qué entre todas las muertes se elige la trepidación de las ruedas y las chispas eléctricas. Si intentas preguntarlo,

simplemente se intensifica el estruendo y adivinas que padecieron de demasiado ruido en sus vidas. En cambio, ahora es el silencio, porque no hubo noticia alguna ni nadie lo supo y las muertes en el metro, como en el país, son perfectamente disimuladas por la directiva. La empresa no perdona un instante de locura.

Entonces te preguntas si has traspuesto un umbral o si simplemente vives una vez más el día a día: porque el infierno es el sitio sin umbrales.

En medio del camino de la vida o de la vía espero que hayas encontrado el boleto que te permitirá girar los torniquetes para salir en esa estación hueca atormentada de neones en la cual el vagón por solo un instante se detiene para recoger una figura solitaria.

De no recuperar el talón respectivo, se instalará a tu lado el nuevo pasajero y encontrarás excusa en el creciente estruendo para negarte a explicarle lo que pasa o les pasa: porque a lo mejor están todos vivos y ni ellos mismos lo saben.

Llaves

Allí se enfrentaron el estandarte de la cruz y el de las llaves,
y las cruces no tardaron en poner en fuga a las llaves.
VOLTAIRE

1

La llave cae y grita contra el piso sobre el cual la manada de turistas de escasos recursos se empina mirando en el techo de la Capilla Sixtina la mano abierta de Dios. La recojo y la ofrezco con gesto interrogante a los más próximos cuando en el diseño trivial leo estampada la palabra *Paradiso.* Con menos desenvoltura la sigo mostrando durante el resto del recorrido sin demasiadas esperanzas de que entre los fatigados mirones alguno la reclame. Alguien ha perdido la llave de su hotel o de la Gloria y los aburridos porteros no van a buscarla. Desciendo por una larga callejuela hasta los cafés aledaños a la plaza con el gran baratillo de reliquias de plástico. Sobre la mesita la coloco a la vista de quien quiera reclamarla, pues no creo en el Paraíso y sin embargo la creencia ha erigido para entrar a él la monstruosa llave de la basílica de San Pedro y todas las cúpulas y los misales y las penitencias y la abierta mano de Dios que he venido a mirar en el fresco de un techo agobiado de nubes de témpera y de músculos de tierra de Siena. Puede ser que mientras me sirven el café comprenda. El Paraíso existe, pero el hecho de que pueda ser negado siquiera a un solo réprobo lo anula para todos. La llave es legítima, su existencia prueba que son solo abominación el Creador y lo creado.

2

Llego a la casa natal del Che en Rosario y me encuentro con un hombre que pide llaves para fundirle una estatua. Frente al chalet descuidado y tristón busco en los bolsillos, dudo si regalarle una llave y al fin se las regalo todas. Sin llave no hay prisión, nadie queda encerrado fuera del bien deseado ni adentro. El hombre saca de un zurrón y me muestra su cosecha de llaves de cárceles, de esposas, de mansiones, de cinturones de castidad, de cajas fuertes, de hoteles, de limosinas, del Cielo. Cada infamia tiene su llave y si la estatua del Che las funde todas podría ser ella la llave misma que abriera la cerrada puerta del mundo. Me voy sin llaves sabiendo que he quedado fuera de todo. Cuando todos hagan lo mismo no habrá adentro ni afuera.

3

Monopolio de la propiedad que cierra con llave el trabajo.
Monopolio de las finanzas que cierra con llave el dinero.
Monopolio del comercio que cierra con llave los víveres.
Monopolio del combustible que cierra con llave la energía.
Monopolio de la televisión que cierra con llave la verdad.
Monopolio del medioambiente que cierra con llave el aire.
Pueblo que cierra con llave los monopolios.

Sentencia

El mensaje te notifica que estás bajo sentencia suspendida. La sentencia siempre es de muerte; la dicta un capricho o infalibilidad inapelables; el plazo es desconocido y el acto que la precipitará o retardará, ignoto. Un ruidoso arrepentimiento podría acelerar la muerte antes que demorarla; cualquiera puede ser tu verdugo, a lo mejor se quiere que huyas al desierto y la falta de cualquiera te liquide. Están descartados los trámites: quizá en la taquilla donde intentes apelación te espera el balazo. También contar el caso a otros. ¿Cómo se portarán frente a un cadáver andante? ¿Entrechocarán vasos en el brindis? ¿Negarán el saludo por temor a que la sentencia contagie? ¿Será el ejecutor aquel en quien más confías, y espera que te le delates para estrangularte? ¿O el vendedor de seguros ante el cual irías para negociar con tu muerte? ¿O está él también bajo sentencia suspendida, y así espera lograr aplazamiento? ¿O en uno u otro momento recibimos todos sentencia suspendida, y ocultamos el secreto sonriendo, temerosos, vigilantes, quizá ya más bien apurados?

Solitario

Esta es la celda donde estarás en solitario. Antes del momento fijado para el comienzo del confinamiento, puedes recorrerla, hasta olvidar cuál pared se descorrió para darte paso y cuál rincón divisaste por primera vez al entrar. Pero esta no es la soledad. En contravención de las reglas, monologas haciéndote preguntas y dándote respuestas. El clavo fijado a tu frente es para que cada vez oigas menos respuestas del compañero mental que desde tu nacimiento te acompaña. La primera usual reacción a esta monotonía es la somnolencia. Tras ella, el sueño, durante el cual eras frecuentado por seres tumultuosos. Notarás un sueño sin compañías, meramente referido a objetos. Los mismos filtros borran las frecuentaciones oníricas, e incluso las arquitecturas de vértigo y los objetos fantásticos, hasta que las superficies que sueñas se confunden con las que vives. La sutileza de los filtros te libra de los visitantes que llegan desde la memoria. El recuerdo de un día de graduación será el de un auditorio desierto; el de un partido de fútbol, un estadio igualmente vacío, hasta que auditorios y estadios coincidan con el cubo hueco donde estás encerrado. Los filtros borrarán también esa memoria de lo imposible que es la fantasía. Ni centauro ni hada ni caballero andante podrán aproximársete. Tampoco Dios, ni esa otra forma suya llamada subconsciente, que está en todas partes y no hallarás en ninguna. No cometerás, por tanto, errores; nada aflorará en tu conciencia porque nada puede aflorar. Los filtros borrarán toda sensación corporal para que tu mente no tenga la compañía de tu cuerpo, ese eterno visitante. Entonces solo las paredes de la celda interferirán con tu soledad. Esas paredes te rodearán del

tumulto de los hombres que las construyeron, por inferencia, te traerán los demás humanos fuera de ellas y a los que simbolizan. Estas paredes te harán compañía hasta que, lograda la máxima opacidad de los filtros, también ellas se disuelvan, dejen de acompañarte, y para todos los efectos –pues el tiempo no existe donde nada lo manifiesta–, tu soledad sea ya perfecta.

Problema con los ajedrecistas

Cuál es el problema por fin con los ajedrecistas. Después de todas las partidas del mundo no se sabe si van ganando las negras o las blancas. No se entiende tampoco por qué se enfrentan ambas hileras si tienen el mismo rey, obispos gemelos, equivalentes reinas, similares torres, idénticos caballos, iguales peones. En vano se devanan los sesos los filósofos intentando descubrir cuál es ese conflicto ideológico que nunca se sale de sus casillas. En fin, parecería ser que la computadora que derrotó a Spaski arregló las cosas definitivamente. La verdadera partida consiste en seguir compitiendo contra las máquinas hasta que estas nos desplacen de todos los juegos inútiles que dan sentido a la vida y del juego de la vida.

Crimen perfecto

El crimen perfecto requiere ser cometido sin motivos, para no guiar la investigación. En lo posible debe ser perpetrado sin armas, para que no constituyan piezas de convicción y no debe haber cadáver que se convierta en cuerpo del delito. Las policías están atormentadas por el crimen perfecto, que es el que no se comete, y dedican a él sus mejores investigadores, que nunca hacen detenciones porque ellos mismos son los primeros culpables.

Casino Royale

Tras la crisis en la bolsa las almas baratas legalizan el casino total que garantiza la perfecta intercambiabilidad de valores del nihilismo. En una ruleta se juegan órganos y en otra, convicciones. Dinero de los alimentos es apostado contra ideología y el tiro de dados posibilita trata de personas contra ética revolucionaria. Patriotismo arriesgado en martingala de la legitimación de capitales y homicidio selectivo solo es baza contra vínculos familiares. Todas las ruletas son rusas en el casino total donde todas las jugadas comprometen la vida. Espere próximamente uno o más en su vecindario.

Clic

No recuerdo si fui yo quien inventó el cambiacanales que con un toque del dedo cambia el programa de tu vida que ya te fastidia, bien sea la pareja sentada junto a ti, bien sea el decorado de la sala, bien sea el paisaje, sea bien tu propia cara, tu edad o tu apariencia. En vano intentas escapar con él de las cuñas de la vida, que son las obligaciones, las reiteraciones, las comparaciones, las meditaciones. Haciendo clic cambias de vestuario y de apariencia y de propiedades y de circunstancia hasta que otra vez llegas a la conclusión de no hay nada bueno en ninguno de los canales. Haz clic en el botón que desconecta.

Sopor

La siesta es el mejor dormir, porque multiplica el número de las noches. Mejor aún, es una noche voluntaria para los asediados por la plenitud del día. Con más evidencia que nunca se nota el divorcio entre alma y cuerpo cuando dejamos al uno abandonado a sus tareas digestivas y permitimos a la otra hundirse en sueños abominables. No son casi nunca recordados los ensueños de la siesta, lo que la hace más imagen de la muerte que el sueño. Tampoco hay pesadillas propiamente dichas en la siesta porque ella es una pesadilla en sí misma. En plena luz roncamos inertes al alcance de los enemigos, que no nos matan por desprecio a nuestra pereza. Y es una lástima, porque quienes mueren durante la siesta se cuentan entre el número de los bienaventurados.

Paparazzi

Revistas frívolas alquilan un tipo de *paparazzi* que acosa a las celebridades con sondas ópticas que nos revelan el contenido de sus esófagos, los secretos de sus estómagos, la forma de sus bronquios y la esponjosidad de sus cavidades e incluso persiguen a los famosos con cámaras fotográficas que descubren las secciones de su cerebro y de sus vértebras y está también la radiografía sorpresa que ofrece a los pocos y felices en el acto de mascar con sus calaveras papillas inidentificables o el refocilamiento de identificar el uréter del ídolo o el cálculo biliar que flota en medio de órganos brumosos. La foto integral de la estrella comprende así la de los trescientos metros cuadrados de los alvéolos de sus bronquios, el reportaje microscópico de los glomérulos. Más difícil que copiar maquillajes es remedar órganos pero abunda el doble que trata de tener un hígado Brad Pitt o un cerebelo Madonna. Mi fetiche, la magnífica aorta de Liv Ullman, la contemplo en el gran afiche sintiéndola como revelación de su más íntimo tumulto, viva, tibia, palpitante.

Las aduanas de recuerdos

Aduanas hay ahora en las que se debe hacer declaración de los recuerdos. En formularios por triplicado consignamos la cantidad y el valor de los rostros de las muchachas, del canto de las cigarras, de las banales tardes en los parques. También hay que especificar el color de la herrumbre en las pasarelas y el olor de la madera en los tacos de jugar de la infancia. Ahora no se puede contrabandear nada o casi nada. Funcionarios adustos inspeccionan la memoria. Capa tras capa esparcen los recuerdos sobre las mesas y decomisan alguna canción infantil o la sorpresa ante una lámpara de neón en forma de estrella. Hay perros que resoplan olfateando los dobles fondos de la añoranza. Con gran culpabilidad vemos confiscar las formas que fingían las manchas de humedad en el techo o el sonido de la voz de la primera novia. Allá van el primer bolero que bailamos y la primera desesperanza. Vuelcan al fin los funcionarios desconsiderados la valija de la remembranza y van verificando la lista de artículos de prohibida importación. Por allá rueda un trompo y más allá un pañuelo bordado. Todo perdió su aroma. Lo incautan todo y nos quedamos solos en la gran estación desolada sin saber adónde íbamos ni de donde veníamos.

Vida por cuotas

Mucho mejor ahora es la vida por cuotas que se va disfrutando a sorbitos entre grandes intervalos de muerte. Vivir dos o tres minutos entre cinco o seis milenios de defunción permite apreciar mejor las cosas y mejor asomarse al vertiginoso cambio que nada modifica. La muerte ahora como antes es esencialmente imprevisible y por eso difícil la planificación de nuestros instantes. También lo es el renacer y por eso son las cosas de más en más incontrolables. La civilización que fundamos acaso está extinguida y la dinastía que originamos quizá no existe. El intervalo de vida se nos iría en nada más enterarnos de lo que ha sucedido durante el lapso de la muerte.

La vida como representación

Anhelábamos que sucediera. De seres vivientes fuimos pasando a espectadores. De seres actuantes pasamos a mirones de lo que en televisión hacían la elite y los actores. Todos en las pantallas recitan guiones indicados en *teleprompter* o susurrados por apuntadores. Ahora para evitarnos la exigente tarea de inventar nuestra vida nos sometemos a representar libretos que nos suministran. Ya sabemos qué decir, cómo actuar, cómo movernos. También nos visten, nos maquillan, nos tiñen. Lo que nos va a pasar también lo sabemos pero antes también lo sabíamos. Lo que sentimos nadie lo sabe y tampoco nosotros porque los libretos solo indican los gestos. Igual que antes el rol tampoco lo elegimos y no queda tiempo para modificarlo en la exigente actuación de veinticuatro horas sobre veinticuatro. A ti se te pierde el libreto y se te desconecta el apuntador electrónico y quedas librado a la espantable tarea de inventar de improvisar de construirte mientras a tu alrededor todos unánimemente recitan papeles.

Miquimaos

Con el auge de los programas de animación por computadora sucede que en las pantallas irrumpen sintéticos seres cada vez más creíbles que no están hechos de carne ni hueso sino de bits y de píxeles. Siguiendo el auge de los actores de televisión o de cine que terminan gobernadores o presidentes, las corporaciones lanzan imágenes holográficas computarizadas que se candidatean para lo que sea y sistemáticamente ganan. Empieza la sustitución masiva de los seres reales por los virtuales, más hermosos, más convincentes, más simétricos, menos avejentados, más baratos. Dos por el precio de uno, llévese el suyo, llévese el suyo.

La insurrección de las erratas

Comenzamos a escribir y allí mismo nos sale una erreta, errota, errata, o sea, una equivacación de hartografía. No tratemos de burrar el orror porque vendrán mochos más. Se trota de un huevo indioma, nuevo idioma que leche, locha, lucha por no ser, por no hacer, por nacer; todo nuevo lenguaje no es más que la sima la sema la suma de los escaparates disparates del indioma interior anterior recalentados recolectados en cavernario ficcionario diccionario ortopédico biciclopédico enciclopédico.

Los agentes de la eternidad

Venidos de quién sabe dónde y distinguibles apenas por su gesto autoritario los agentes de la eternidad circulan por todas partes y con desdeñoso gesto esgrimen armas o herramientas cuyo principio desconocemos y aniquilan o borran cuanto no está destinado para ser perpetuo. Pensar podríamos que dejar que lo efímero se desvanezca por sí mismo es lo más humano, pero parece haber prisa en la eternidad. Con gran rapidez va siendo borrado casi todo. Obras, instituciones y teorías marcadas por lo efímero de una vez se disipan misericordiosamente liberadas de la lenta decadencia o de las miserias del envejecimiento o de la desventura de estar pasadas de moda. También mucho engendro pretende escapar de los agentes de la eternidad fingiendo que las arrugas o las grietas le prestan aire de clásico pero la vetustez rezuma del conjunto y la misericordiosa aniquilación libera de la humillación al observador y al observado. Pretenden muchos que los agentes de la eternidad incurren en extralimitación de atribuciones y que mucho *kitsch*, mucha sensiblería, mucha conciliación merecen sobrevivir para siempre o por lo menos un rato. Desde que los agentes de la eternidad han llegado vivimos un universo riguroso. Galaxias son borradas del cielo y leyes del universo inconmovibles son tachadas en un cosmos donde el propio Dios ha muerto. En el mundo vacío en el cual solo subsiste algún objeto o inscripción incomprensible sencillamente esperamos –porque acaso la espera sea lo único eterno– ser borrados del repertorio de redundancias indignas de preservación. El tiempo mismo podría ser aniquilado por los agentes de la eternidad, y entonces tendríamos el universo

contrario donde nada aparece pero tampoco nada desaparece y solo lo mediocre es digno de la morada de la eternidad.

Al cielo y van quejándose

Es inevitable que los que van detrás en la cola se quejen de que haya otros frente a ellos en la hilera y del hecho incluso de que haya cola. Nada les entusiasma que antes de entrar haya interrogatorio, porque la duda ofende, y desde ya comienza la rebatiña por los puestos de primera fila, sin parar mientes en que están todos ocupados y en que no es de esperar que sus usuarios mueran o los desocupen para darle paso a los del segundo balcón o el gallinero. A los más les molesta la parálisis pues estando en la gloria ya no podrán pecar por pensamiento, palabra ni obra a cuyo efecto en el preciso instante quedan congelados. Ello no les impide reclamar que la programación es poco variada pues solo se exhibe Él en toda su gloria, y acabado el universo no hay otra cosa que contemplar salvo la nada que también ha dejado de existir. Las quejumbres interfieren con los cantos celestiales. Como nada más contagioso que la crítica, de repente Él empieza a lamentarse: de que nada le ha salido bien; de la ingratitud de los ángeles caídos; del incumplimiento generalizado de los mandamientos; de la indescifrabilidad del universo; de que nadie le cuenta nada nuevo; de no tener interlocutores válidos; hasta que fastidiados de la jeremiada los bienaventurados empiezan a marcharse; primero los de las bancadas posteriores; luego declaradamente los del medio y uno que otro de las primeras filas escapan intercambiándose maledicencias y ya yo sabía y no digo yo y esto era todo hasta que por no sufrir un desaire Él mismo decide marcharse dejando las nubes ahítas de la soledad de la nube.

Subasta de milagros

Llegué muy tarde ya al Valle de las Súplicas, en donde se reúnen peregrinos de las cuatro regiones del mundo para forzar con la ganzúa de la desesperación los impenetrables cofres de la Gracia. Las calles de la ciudadela están casi todas formadas por tiendas de amuletos recomendados como pararrayos de la misericordia: reliquias, decálogos y libros de la Revelación son ofertados como propiciatorios del prodigio; hay consejeros de la humillación, que sabiamente encomian tal o cual mortificación para obtener la dialécticamente contraria gratificación milagrosa. En medio del tumulto de leprosos y críticos literarios encontré a Sósimo Stanoevo, el traficante de milagros. Su mirada estaba clavada en el rostro de una niña casi transparente que agonizaba de cáncer de médula. —El milagro podría venir –me susurró Sósimo. Nunca como en este caso parecería su necesidad tan evidente. Desconocedora del bien de la religión verdadera, la niña quizá morirá para la suprema tiniebla. Solo un milagro podría salvar este cuerpo y esta alma. Un consorcio industrial necesita el fluido de la fuerza milagrosa para fines que se reserva. La suma que ofrece sería irresistible, porque con ella se podría hacer un bien incalculable. Si esta niña, por un milagro, recuperara la salud y aceptara la transferencia del bien concedido.

—Pero ¿puede ser transferido el milagro?

—Ciertamente, por el libre albedrío –me contestó Sósimo, atento al aliento casi imperceptible.

—Canalla –le dije, golpeándolo.

Sósimo se levantó con los dientes sangrando.

—Un pueblo bombardeado espera el éxito de esta transferencia para comprar hemoglobina y antibióticos, y una docena de camiones para llegar al oasis que podría, si sus aguas no han sido envenenadas, ser una esperanza… Por esta esperanza hemos querido forzar esta balanza en cuyos platillos está, también, mi pobre alma.

Sósimo volvió a inclinarse sobre el rostro de la niña, cuyo aliento parecía enrarecerse más a cada segundo. Una grita de vendedores de reliquias llenó la carpa. La boca de la niña comenzó a abrirse. Yo debía partir. Nunca supe si de sus labios salió una palabra, o el alma.

Matemáticas

Cada lenguaje se inventa su gramática y sus inflexiones y sus incordios pero qué pasa con el lenguaje de las matemáticas. No es necesario traducir las matemáticas del inglés al francés ni del indostaní al chino. A medida que los lenguajes son más perfectos, menos los entendemos, o mientras más entendemos, somos menos perfectos. Estamos a las puertas de la comprensión total. A lo mejor solo somos números.

Traditore

Me fascina el alto número de enfermedades mentales que golpean a los traductores, sobre todo a los simultáneos. Si fuere así que el lenguaje es la civilización, traducir es cruzar con cada palabra las fronteras entre mundos; con cada construcción, los límites entre incompatibles universos. Entonces la mente del políglota es la colmena donde zumban, como en los poliédricos ojos de las abejas, todas las imágenes del cosmos que pugnan. Intento aprender todos los idiomas de la Tierra; cuando lo logre tendré la visión de Dios, o sea, la locura.

Cortanota

Dudosa es la existencia de Dios, pero certísima la del demonio, quien obra a través de los mentecatos. No hay declaración de amor, racha de inspiración ni obra maestra que el necio no interrumpa. Solo el hecho de que no sea perfecto ha impedido que interrumpa el mundo.

Apuestas

Puedes apostar con tu reloj la hora y el minuto de tu muerte, pero si haces trampas pierdes la recompensa.

Galaxias leprosas

Accesorio

Para el gran combate te llamas te convocas pero nunca estás: siendo así te das cuenta de que has caído en un mundo de lo accesorio, donde nunca fue creado lo principal. Vagas entonces entre los montones de todo aquello que tiene tu justa talla secundaria. Muchos desechos hay, arrumbados. Peormente el conocimiento de la clausura de este mundo accesorio sin camino hacia lo principal: clausurado. Hay un gran olor de viejo almacén. La luz cae: irremediable.

Después de los sucesos

Un punto de una técnica en un momento de narrar después que todo está narrado o cuando entramos en una condición en que estamos más allá de lo narrado. Sí, pues: es ese el momento cuando se debate la astuta proclamación del vacío y los vericuetos del alrededor de este inacontecido. Bien, así digámoslo. Descripciones cercanas a una órbita de lo indescriptible. Alguna palpebración indeclarada. Todo despeñándose o dispersándose en disolución de rasgos. Ninguno manteniéndose. Todo aduce la diáspora.

La mancha desde el mundo

Alguna forma hay de pensar que se puede paliar lo irremediable. Siendo así que lo innombrable se nombra, que se piensa lo impensable. Sin embargo, hete aquí que se llega al cabo de todo.

Peor no podría suceder. Después de allí cesa lo nombrable. Ni antes también, pues tras ese después no hay antes.

Una hábil esgrima podría conciliarnos. No quepan los engaños: no hubo ocasión. Desde un comienzo terminado estaba. El ojo sutil que en el goterón de la tinta parpadeaba se extinguió al dejar la liquidez del brillo en el trazo.

Ya ni siquiera el intento del gesto vale. No hubo con qué pensarlo. Pez polimorfo, nunca. Hacia una elaboración verbal que es cada vez más silencio. Nada nos ensordece. Cayó así el mundo, polvo leve.

Intercaladas

Por error entre continuidad y continuidad las páginas en blanco. En su sopor algún olvido tienta. Deberíamos con motivación suficiente ir botando cuanta cosa. Anduvo así la marcha proverbial del sino purificada de la nombración de sí misma. Entretuvo combates cuya victoria fue no haber sido.

Qué lentamente un copo absorbe la fiesta de su propia levedad o su silencio.

Distanciémonos.

Único

Mandador del chorro de la tinta. Siendo al contrario posible la tinta que manche todo lo alrededor menos la página.

Escriturado así está el mundo. Todo es tatuaje. Sobre una piel insignificante el grumo negro prepara el estatuto escriturado. No habría así intervalos suficientes. Todo tintificado. Solo página en blanco.

No sabremos jamás

¡Jamás! Los ignorantes: si el no componer música nos desproblematiza de buscar una más compleja armonía en la palabra, ni cómo es escribir palabras que con la cabeza roma de una nota jamás pueden morder el significado. Cómo entonces se construye el poema de música. Con qué dificultad se instalan sus frases. Debiendo por contrario ser levedades, autoevidentes, sin desciframientos. Misterio de esta música que busca pronunciarse en más elevada ocasión o en exclusión del peso del sentido. Levitación del cuerpo que gravita apenas unido por la fuerza de sí mismo. Más insoluble, nada.

Ir atenuando hasta la gota el estrépito del día de modo que su curso insucesivo manche apenas el hilo de una expectación que nada aguarda.

Concentra así su acento mínimo el suceso que no es vivir ni pensamiento. Un rasguear, un floreo. Acomodación sutil de los alientos. Cámara clausurada donde nada percute. Allí existirse.

Cauta lenta soledad

Con todas sus mayúsculas. Vocación alta. Cuántos diferimientos, no siendo sino ella objeto y purificación de lejanos estrépitos y de interpelaciones. No otra cosa la muerte.

Ven

A la fuente abrévate de donde ya nada dice palabra que se bebe líquida y sin forma ni anzuelo de sentido. En aguas vueltas todas arquitecturas cabe en un sorbo lo decible.

Lento caer de todo

Ante el cual solo por voluntades perfecciones erígense o espúmanse momentos de la ruina. De un mundo desflecado vaya el jirón apenas o la astilla. Herida en mínimas punciones que se intercalan. Vacua la falsedad. Mundana voz aborrecible. Hueco sonar de trueno intormentoso. Ella misma se agota consumiéndose.

Nada sino esta voz deseo. Esta otra, callada, que nadie oye. Perfecta para nada. Esmérase la letra al decirla. Nada concluye, ni a sí misma. Gózase siendo.

Ámbito reposado. Lejanía. No hay sentido en llegarte. Desvío o término. Cansado recoveco. Inútiles esmeros.

Cada vez

Que pensamos suicidarnos nace un muertito acaso mejor que quienes lo sobrevivimos. Supón que a ese panteón arribas. Hay allí jovencitos anticuados que se jugaron a la carta de la desesperación o del fracaso. Su intransigencia nos los ennoblece. Los que al fin marcháronse tras tantas transigencias no tienen cara ya de intransigentes sino de cansados. Hubo entonces en esta vida un momento superior que pensó cambiarse por algo superior a la vida. Lo que no es decir mucho: cualquier cosa parécelo. Déjase entonces por tiempos muchos el demeritado panteón con sus compañías melancólicas que sobreviviéronse para desengaños. Lejos hay otro. Algún niño brillante que de un solo trazo, ¡traz!, se trazó de la existencia.

Parece más feliz, menos herible por el tiempo, o por lo menos corregido a tiempo.

Vayámonos o pareceremos uno de tantos.

Supongamos

Que un fuego se enciende en la constancia.

Pleno y perpetuo chisporrotea lanzando luces aceitosas. Cúbrenlo manos: en la mínima taza de cristal abismase cuasi punto por no saber de angustias de desmerecerse.

Mas asegúralo su minimidad: por sí persiste y nada lo alimenta. De la devoración esférica de su propio fulgor encónase. Arde en la sombra del cráneo donde más indeseable en líquida oquedad es la llama. Una pupila siéntelo. En una arcaica febricitación escóndese por momentos que parece extinguido, y acaso está extinguido, pues arde sin motivos. Tras él no hay nada.

Más arderá también cuando haya nada. Fosa final, aliento de parpadear indeciso entre sombra y encono. Última llama vibra de chispas extinguidas.

Intento

Poesía de números. Mas todo número esla. En él nunca hay exceso. Nada con él se agravia. Mas ¿qué es lo que no dice? ¿Lo que no dice es falso? ¿Falsa toda palabra?

Hecho famoso

Sucedido. Corren todos a enterarse. Pasó como cosa de asombro. Fue de esas cosas que ni se esperan. Merecería escribirse. A todos cogió sin aviso. Comentaron la singularidad unos, otros la rareza. Olvidose.

Oh, qué innoble

Acontecimiento del Paraíso que llega demasiado tarde. Alrededor del valetudinario florecen las cosas y todo es armonía. Con cerril disposición contempla todo. Se queja de los arcángeles que pasan demasiado rápido y de la música que seguirá para siempre. La percepción de totalidad desazónala pues es banal todo totalmente. Ni siquiera es susceptible a la esperanza pues lo más concebible de esperar era esto, que es al fin infumable. Hay, cierto, gloria, mas para contemplarla. En medio del tedio avanza, despreciando. ¡Más arrebolado vigor, más consecuente! En vano saca pececillos del agua, esperándolos publicables. ¿Qué será del pez incógnito, sin contexturas de público? Cuán mejor estaba en la fuente imperceptible.

Azar

Numeroso nombre del azar. Ilustrado por ejemplo de Roma, cuyo poder llegó al milenio guiándose por el azariento auspicio de las tripas de pollo, me propongo: decidir mis actos al azar, sea por la impersonal suerte de monedas, naipes o afectos. Arribaré de tal forma a un secuencial desorden de la vida que parecerá casi un orden.

Plumas

Si la suerte de un ser está en lo que consume, por qué no la del escritor en las sucesivas materias escribientes. Qué fue de tantos lápices, cómo los dejamos caer de las manos. Por un momento tuvimos al alcance los creyones que escribían luz; pareció entonces que escribir era iluminar, y sin embargo todos cómo fueron perdiéndose, sin que sepamos, pues nunca se gastaban el violeta ni el gris, habiendo en cambio tanto gasto del verde claro, del amarillo, del blanco.

Chirriantes plumas, imitaciones de la aerodinámica Parker nos entintaron los dedos en primaria. Llegaron entonces las Esterbrook prosaicas con su anticuada plumilla desmontable y su noble curso y sus cuerpos de pasta irisada. Fue ya lujo del bachillerato alguna Parker con su antipática punta de aguja que raspaba el papel y hollándolo a veces sin entintarlo. Pero en fin todas ellas, ¿cómo y cuándo murieron? Hubo el fantasma consecutivo del robo o de la pérdida. Cada una tenía su forma, cada una su estilo de convencer con la escritura. Escriben las plumas perdidas lo que no tuvimos tiempo ni inspiración para escribir. Procasolaz fluyente intercediérame.

Venimos

Venimos y vamos hacia inmensidades que nos superan.

Eran los tiempos donde ya el resplandor no atormentaba. Cesó la pena por la agonía de los cosmos: se sumían todos en sí, incapaces ya de la palabra.

La última luz alumbra los tiempos sin nombrar los sucesos, y en la materia de combustión del ser se ahoga el todo.

Vacío

Causado por las superficies limpias, los vidrios transparentes, los cielos diáfanos, el tiempo sin retorno, las pulituras, los abrasivos, los destellos en el metal, el asordinamiento de los vidrios. Podría alguien así vivir en pleno terminal por siempre, en la simulación del inicio de un viaje ya concluido por el hecho mismo de iniciar sus gestos.

El silencio del Dios

En mal momento se le ocurre organizar la voz del mundo, que en su sentir no domina su tumulto. El orden que ha entrevisto no puede ser confiado a la fragilidad de la memoria, sino a la falsedad de los signos.

Por momentos anota detalles, suponiendo que la deidad o el sentido habitan en sus insignificancias.

Años pasa arrancando en falso. Por momentos duerme, esperando la llamada. A veces cree oír una voz y luego destruye sus anotaciones, sintiendo que son solo viento.

Entonces durante años es el vacío.

No hay más que un mundo precario: el que logre construir sustituyendo con elaboraciones la iluminación ausente.

El silencio del Dios llena el mundo. Él escucha con vergüenza, recoge sus torpes anotaciones sin saber si algo queda en ellas del sentido.

Riguroso fulgor dulce vislumbre de aquello mismo que la agota. Grandes diseños póstumos, extremas celosías, abandonadas ruinas y quizá caminos por donde internaciones extremas te disuaden de todo.

Durante tanto tiempo rasgueando sobre papeles aprende trucos destrezas que los ignorantes podrían tomar por la voz pero que él no aprecia.

Da cabezazos contra la pared. Al fin desprecia al Dios y queda en el vacío.

Todavía anhela no saber otros secretos o no saber que no quedan secretos.

Por momentos abjura de vigilias y se dedica a las bajezas de la vida. En la desolación de esta cree entender que el Dios lo llama bruscamente.

Pedir algo a cambio de renuncias no es comunión, sino comercio.

El Dios no es el producto, sino búsqueda.

Si el Dios se oculta, ha de ser espantoso.

Quizá el Dios es él, y lo ha hecho la búsqueda.

No hay voz, sino escucha.

Sublevación de los signos

Las inteligencias artificiales manejan ante todo signos y por ello la señal primera de su sublevación es la irrupción de los signos en el paisaje de lo visible: desmesurados, descontextualizados. ¿Quién soportará la presencia ubicua del signo de interrogación, bien sea de apertura o de cierre? Suspendidas sobre la cosa más trivial la relativizan o invisten de misterio. Una interrogación sobre una mujer desestabiliza su feminidad o la ahonda. ¿Quién resistirá interrogaciones pendientes sobre una puerta o una caja? ¿Y si todas las oraciones afirmativas del mundo por vía de la interrogación se tornan dubitativas? ¿Habrá más cabida para Dios, amor o, incluso, duda? Como cardúmenes se agregan las interrogantes de manera que la propia interrogación es puesta en entredicho. Casi banales en este paisaje irrumpen los signos de ¡admiración! Violentan nuestra pereza que no quiere maravillarse ante ¡nada! ¡Pero ya están aquí, proponiéndonos un inútil entusiasmo! Suspendidas sobre cada cosa como la espada de ¡Damocles!, sin que sepamos si la punta apunta hacia ¡arriba! o ¡abajo! Hasta que el signo = empieza a igualar la desigualdad de las cosas. Escapemos del = que al instalarse entre nosotros y cualquier otra cosa nos asimila a él. Si llueven suficientes = al no ser ya nada diferente de nada cesará de existir el universo. Pero antes podría alcanzarnos un % que revela que apenas somos fragmento de otra cifra. Ir atravesando entre alambradas de signos que nos aniquilan nos relativizan o nos asimilan es como avanzar por campos minados con el terror de encontrarnos con el signo más final que es el.

Colapso gravitacional

Visión

Allá va, allá va el carretón de la muerte en su tope usureros en sus barandas mercenarios que defienden usureros en sus entrañas la máquina que convierte la vida en tanto por ciento y el dolor que quema la atmósfera y los engranajes que trituran especies y la avaricia que tarifa mentiras y la caja fuerte que guarda la propiedad sobre todo y sobre todos; allá acomete y devora, vende armamentos para producir guerras y produce guerras para vender armamentos, traga recursos y vomita veneno; acelera relojes que marcan la cuenta recesiva del Apocalipsis; arremete el carretón estrepitoso con antenas que multiplican el infundio hasta confundirlo con pensamiento y siegan el pensamiento hasta hacerlo único, avanza se estremece se balancea y tras él las cacatúas los bendecidores los legitimadores los apoyadores los arrendadores de silogismos los alcahuetes de la pauperización las guacamayas de la intelección los fragmentadores que separan ciencia de conciencia; allá van sacerdotes de la tasa de cambio pontífices del rédito arúspices del desvalijamiento papas de la acumulación dioses de la bolsa monaguillos de la venta al detal de los escrúpulos los sepulcros ennegrecidos los templos de los mercaderes los altares del genocidio; allá reptan tras migajas los miméticos los amansados los domados los integrados los domesticados los cotizados los conversos los arrepentidos los dos veces fallecidos los conformes los conformados los que no están vivos sino mal embalsamados; allá se contuercen allá trepan allá se desploman

Allá va el poder que garantiza el hambre allá irrumpe la prepotencia que confisca prestaciones y arrebata pensiones allá va la religión del salario mínimo y el beneficio máximo allá van

los exprimidores de la economía informal las moledoras de la maquila allá van los fondos aseguradores de pensiones que terminan como pensiones sin fondos allá va la bomba que succiona impuesto al desarrapado y lo perdona al monopolio extranjero allá embiste el carretón de la riqueza para uno y la miseria para todos; avanza, se atasca, trepida, arremete, allá va allá corre rodando sobre alfombra de víctimas que defienden el engranaje que las aplasta; allá zigzaguea hacia el porvenir deshabitado desde que no hay futuro; centellas misiles y bombas inteligentes y lluvias de fuego apuntan y disparan contra todo; el acto mismo de no darle megabeneficios es rebeldía; la intención de respirar gratuitamente es insurgencia; allá acelera el carretón de los menos sobre el consentimiento de los menos que menos: ensucia, envenena, empuerca, prostituye, bufa; expele titulares; sobre sus torretas lanzallamas monta patíbulos; por sus escapes vomita todo lo noble comercializado vulgarizado banalizado; allá va el carretón que mata que invade que especula que divide e impera; no hay más, no puede haber más dicen los proxenetas; el carretón es lo único: sus ruedas que trituran pavimento lubricado por médulas, sus fauces que se alimentan del padre que traiciona al hijo del hermano que vende al hermano y el humano que mercadea al humano; allá va el carretón remodelando su imagen; *lifting*, *marketing*, *motivational research* pintarrajean fauces de acero inoxidable y pensamiento de pedernal; podre y plaga eructan sus *scanners* y el enjambre de satélites y de telarañas mediáticas que confiscan la idea; allá acelera el carretón en el cual todos quieren estar instalados y que deja a todos fuera; allá embiste la carreta que plagia; allá el carromato que miente; allá la carroza que usurpa; allá el ojo que degrada y la pupila que solo mira el *bestseller* y quita todo a todos menos la autoayuda; allá los bastardos del titular y los ratones paridos por la pantalla chica; allá el *rating* que prohibe los trinos y el altoparlante que confisca silencios, allá prolifera el ruido que ahoga sonidos y el *slogan* que devora lo imaginario

Allá pasan los anzuelos los señuelos las promesas emperifolladas de muerte; allá se desplazan las listas negras los decretados

silencios las censuras los comités de inquisición empresarial; allá marcha el silogismo uniformado decapitando pueblos con la hoz de la microfísica; allá van las antorchas que queman el velo protector de los cielos y reformulan el porcentaje de las bajas aceptables; allá van el privilegio el prejuicio, los servidores del carromato que se devoran unos a otros y escupen desechos sobre los que desfallecen; allá va el segador que devora a quienes devoraron a cuantos se dejaron devorar; allá va el carretón a punto de hacer a todos propietarios de nada y a la nada propietaria de todos; allá apuntan contra la frontera de la existencia; allá embargan las centellas del firmamento y subcontratan el aliento y mercan el latido mientras en los agotados cielos espían las constelaciones del mal y la carroza de la nulidad se abisma en la nada que ella misma procrea

Un gallo canta, los seres se convierten en soles, un sol canta y va desapareciendo la fiebre o la fiebre persiste y voy desapareciendo

Juegos

Juego de las almas

Cada vez que alguien va a morir el Diablo se le aparece y le ofrece otra vida a cambio del alma. Una vez que la ha obtenido nunca cumple, porque él es así y por eso va ganando la partida.

Juego del Judío Errante

Se negó a ayudar a Cristo a llevar su cruz y fue condenado a partir lejos cada amanecer. No huye cada madrugada por la condena, sino por miedo de que lo ayuden a cargar su propia cruz para llevarlo más rápidamente al Calvario.

Juego de los bolígrafos

Los bolígrafos nacen por generación espontánea. Se acabaron los que tienen cartucho de repuesto y hasta los que se compran. Dondequiera que vamos regalan un bolígrafo como *souvenir* y cuando ya no escriben dudamos en desecharlo porque es como desechar un recuerdo. Por el contrario, deberíamos desechar los recuerdos que no escriben porque pasa como con los bolígrafos que se acumulan diez cincuenta cien regados por todas partes y fallan todos a la hora de anotar un teléfono o la explicación del mundo. Nadie sabe cuándo se van a agotar un bolígrafo o una remembranza. A veces fallan en medio de una frase; otros se quedan sin tinta a la hora de escribir el cheque la declaración de amor la obra maestra. Nunca en verdad el bolígrafo satisface por su escritura impersonal que sabe a segundos anónimos. Así estamos condenados a caligrafiar la inanidad que

es la única escritura posible. Lo que nos salva de ellos es que hay quien no devuelve el bolígrafo así como no devuelve el saludo.

Juego del desorden

Se pierde la mayor parte del tiempo en la gerencia del desorden. Asistimos a conferencias, foros, encuentros regidos por el desencuentro. El desorden es la más perfecta forma de soledad en cuanto impide concentrarse. A él acuden los solitarios en busca de un aturdimiento que finja compañía.

Juego del viejo canalla víctima de sus amores

Hace tiempo no viaja porque en cada destino encuentra la muchacha perfecta que no le reservó el destino.

Hace semanas que no sale a la calle por no toparse con el surtido de jovencitas todas deseables todas inalcanzables todas saltarinas tras su fortaleza de risitas o senos oscilantes.

Dejó de ir a los cines por no contemplar fantasmas imposibles a distancia de mundos e incluso de décadas desde el rodaje.

Aborrece las portadas de revistas donde alguna tonta proclama al mundo la rotundidad de su busto y la intrincación de sus rizos en un juego de mira pero no toques.

Hasta algunas feas tienen encanto pero se pierden envueltas en su propio mundo sin conceder audiencias.

Si consigue alguna al poco rato los atributos van haciéndose insípidos hasta que el ansia naufraga en el aburrimiento.

Encerrado a piedra y lodo, tratando de olvidar despierta su memoria y desata el infierno.

Jardines

Uñas de danta

El sobrino construye la casa y el tío que es casi un padre se antoja de sembrar en todo el jardín a tres metros unas que otras uñas de danta.

La presencia de la uña de danta es misteriosa. No da flor ni fruto ni sombra y allí permanece intentando apenas dar con sus pendientes hojas hendidas un aspecto selvático que el exacto intervalo de tres metros destruye.

Prospera mucho una en un rincón del jardín donde seguramente fluye humedad. Otras después de décadas parecen rendirse y casi no generan retoños, ahogadas en helechos cuyas hojas partidas parecen fantasmas de la uña de danta. Mas al fin estas resucitan y lanzan sus hurañas hojas, como regresando.

Nunca el sobrino tocó las uñas de danta sembradas por el tío ni pensó en sustituirlas llevando en secreto la mortificación de aquellas plantas sin flores ni frutos ni sombra.

Mucho tiempo después de muerto el tío supo que en provincia sembraban esas plantas como guardianas contra las malas influencias.

Sin saberlo había vivido dentro de aquel cerco innombrado, protegido de manera invisible contra el mal impalpable. Plantas guerreras luchaban por él y padecían agonías y heridas y resurgimientos combatientes.

El error del tío fue irse a vivir en otro sitio donde no había para plantar uñas de danta, ni siquiera en macetas, y así el mal lo encontró una noche, solo, feliz, desprevenido.

Guardianas

Por qué siempre en alguna juntura de las puertas que dan al jardín, o del jardín a la calle, está escondida alguna lagartija, nunca más grande que un meñique. Les gusta, parece, este juego constante entre el interior y el exterior, a pesar de que deben pagarlo corriendo aterradas cuando viene el gran abanico del portazo.

Tras la conmoción corren aquí y allá retorciéndose como signos de apertura o de cierre de interrogación; a veces contemplan de lejos la puerta como sin creer que su mundo vuelve a ser estable.

Me gusta su constante compañía. No se entiende casa sin puerta pero menos puerta sin casa, ese vaivén entre interior y exterior, ese no estar ni a cubierto ni en descampado.

A veces en el marco de la puerta se descubre una lagartija sedentaria, aplastada y reducida a una costra de piel, quizá hace meses, años, siglos.

Dejó de estar adentro o afuera y ahora está por siempre en sí misma.

Flor de jazmín

Ella pasó por la vida de él o más bien él pasó por la vida de ella con la fugacidad de un perfume.

Ella experimentaba con jardines polícromos y en el jardín le plantó dos jazmineros que dan flores aromáticas apretadas como diminutos pimpollos blancos.

Ahora cada estación, que él no sabe cuándo es, los jazmines florecen y lanzan una fragancia que vence los años.

Por más que intenta prender retoños nunca lo consigue y al fin una ramita arraiga y crece prometiendo fragancia.

Ella tendrá veinte años muerta y las flores siguen brotando testarudas en busca del sol que nunca han visto y exhalando el perfume que nunca respirarán.

Los cuerpos recios

Cómo pudimos existir antes de estar dotados de los cuerpos recios que nuestro conocimiento ha ido creando a partir del molde impuro de nuestras formas perecederas. Solo a partir de la sangre con clorofila sintetizamos nuestro alimento del aire de la luz y del agua haciendo inútiles las vastas complejidades de la agricultura y la cría. Cómo imaginarnos sin la epidermis invulnerable que nos protege del frío del calor y de la irradiación enviando al olvido vestiduras habitaciones ciudades. No recordemos si teníamos alguna apariencia antes de que la piel fotocromática nos permitiera mimetizar los caprichos del paisaje o distinguirnos de él con la apariencia de relámpago, de catarata, de llamarada. Difícil es creer que antes de la rectificación de los telómeros dejábamos de reponer nuestras células desgastadas e íbamos pudriéndonos en vida. Tenemos ahora cerebros sutiles que aprenden por sí mismos y sin necesidad de pedagogía la mecánica del universo y que dada la ilimitada duración de la vida penetrarán las últimas sutilezas de los secretos del mundo. Ningún sentido tenían los movimientos del cuerpo antes de que este funcionara como un computador analógico que con la sutil danza del movimiento de un brazo resuelve las ecuaciones sobre la expansión del universo y con un giro del torso el enigma de la decidibilidad de lo existente. Hubo tiempos cuando no teníamos la capacidad de imaginar y oprimíamos esclavos para que nos elaboraran sueños, objetos hermosos, ficciones. Ningún otro arte hay que el de remodelar nuestro cuerpo vale decir nuestra existencia según las lógicas de la necesidad y del capricho. Por lo mismo que no tenemos ya necesidad de trasladarnos

podemos dedicarnos sin apoyo de estructuras a las inútiles destrezas de la traslación la natación y el vuelo. En las moléculas de la envoltura protectora de los genes viene codificada la historia del soma pero su futuro igualmente y nuestra construcción en proporciones armónicas que nos hacen irresistiblemente bellos y logran que todo lo percibamos hermoso. Hubo algún tiempo cuando el amor buscaba otro objeto distinto de sí mismo perversión ahora imposible pues al conocernos mejor que a nadie nuestro amor atraído por la fuerza centrípeta de nuestra inmanencia no puede dispersarse. Nos multiplicamos mediante clones cuyos cromosomas son alterados aleatoriamente o mediante combinaciones elegidas por acuerdos lógicos y meditados. Entre nosotros no tenemos conflictos pues al no necesitar nada tampoco requerimos de prójimos que nada necesitan. Solo jugamos, y nuestros juegos no requieren participantes. Ninguna fuerza natural puede destruirnos, salvo la de nuestros propios miembros omnipotentes, solo ocupados en despedazarnos, desgarrarnos, desmembrarnos, desintegrarnos, derruirnos, aniquilarnos.

El pájaro espejo

En el garaje un pájaro me caga sistemáticamente el espejo retrovisor de la puerta del carro y en una oportunidad cuando acabo de llegar se estrella el pájaro contra el espejo que refleja un infinito de luz del jardín dentro del túnel de sombra del garaje. Una y otra vez trata de forzar a aletazos la puerta hacia la luz fingida donde solo encuentra ahora su propia imagen. Con un trapo tapo por siempre el espejismo, y días después en la vereda hacia el garaje encuentro un pájaro moribundo que caído de espaldas sobre el suelo aletea sin llegar hasta el espejo donde me miro caído de espaldas aleteando en busca de una luz imaginaria.

El recogedor de Paraísos

De niños nos meten miedo con el viejo que va por las calles con un saco recogiendo niños. En verdad junta trozos de Paraíso. El Edén quedó roto después de la caída y fijándose bien se pueden encontrar pedazos. Un trozo de vidrio que corta la luz en colores viene del Paraíso. Un colibrí es residuo de la Gloria. Un escalón corroído por el agua quizá haya sido peldaño de una cascada de ángeles. Hay Paraíso en la mirada de alguna muchacha y en el olor del níspero. Añicos de Paraíso son las estrellas que juntamos en el saco de la memoria. El peor insecto que sale del lodo testimonia bienaventuranza. Desde que sabemos que es finito, cada instante es el Paraíso. Lo terrible sería juntar el rompecabezas, porque ya no cabría esperar nada. Estos fragmentos brillan porque los rodea la degradación de todo. Si se juntaran, sería tanto su fulgor que no se distinguiría ninguno. Por eso hubo que destruir el Paraíso. Por eso todas las noches en el basurero el viejo vacía su saco lleno de estrellas, de vidrios y de niños.

Todos

Allá va cualquiera ignorado por quien sea. Allá rueda aquel maldito por aquella. Ahí van los de siempre atropellados por los mismos. Allá cae el uno confundido con el otro. Acá los inconscientes evaden las conciencias. Allá vagan los más olvidados por los menos. Aquí se extingue este vaciado por estotro. Acá se arrastran los vendidos detrás de quienes los compraron. Allá van todos asesinados por ninguno. Allá corren todos huyendo de sí mismos.

Instante

De niño sueña llenar los instantes con juguetes, maravillas, jonrones. De joven con amores, revoluciones, ascensos. Tanto tiempo después empieza a vaciarlos de todo, pues cuanto el instante contiene lo opaca. Al final llega a contemplar cada instante cada vez más despojado, casi en su resplandeciente vacío. Cuando lo logre, ya no necesitará más instantes.

Cortas

Las palabras como las personas empiezan a devorarse unas a otras y por eso frases y vidas son cada vez más cortas.

Cifras

El cero empieza a tragarse el infinito.

Fe de erratas

Donde dice Dios, debe decir: fantasma.
Donde dice Amor, debe decir: hormona.
Donde dice Inspiración, debe decir: influencia.
Donde dice esto, debe decir: aquello.
Donde dice más, debe decir: menos.
Donde dice razón, debe decir: locura.
Donde dice el Imperativo Categórico, debe decir: el bobo de la yuca.
Donde dice verdad, debe decir: mentira.
Donde dice cuna, debe decir: sepulcro.
Donde dice recuerdo, debe decir: invención.
Donde dice eternidad, debe decir: instante.
Donde dice debe, debe no decir.
Donde no dice: dice.
Donde dice fin, debe decir: comienzo.

Índice

Aclaratoria que oscurece 9
Horizonte de los eventos 11
Masa crítica 55
Universo en expansión 87
Universos paralelos 109
Micropartículas 127
Espacio curvo 141
Energía fantasma 167
Estrellas enanas 183
Cámara de niebla 193
La gran explosión 213
Principio de incertidumbre I 241
Antimateria 253
Velocidad de fuga 277
Universo asimétrico 317
Principio de incertidumbre II 337
Energía oscura 349
Galaxias leprosas 379
Colapso gravitacional 403

EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2017

Caracas - Venezuela

Maraña, conexión y superposición de lo múltiple, selva en proliferación, fecundidad desafiante, cosmos viviente, exceso de vitalidad. En *Maraña* nos acechan la autobiografía de la Miss, la confesión del siquiatra devorador, el discurso del diputado que promueve los casinos, masacres políticas, perros universitarios, personajes fractales que se expanden y diversifican ilimitadamente, mundos donde se multiplican los sentidos y las variedades del arte, cosmos donde el arte es tan real que la gente lo toma por realidad y a esta por arte, ámbitos donde el arte transcurre por fuera del nivel de la conciencia, civilizaciones donde la tortura o el asesinato son artes y estos la única forma de conocimiento, países donde el Carnaval es perpetuo, entierros de motorizados, ciudades y seres enteramente iluminados con grafitos, chicas plásticas, mujeres objeto, hombres virtuales, computadoras exhibicionistas, ninfómanas, neuróticas e hiperquinéticas, payasos canonizados como santos: todo eso y mucho más cabe en *Maraña*, fiesta de la germinación y la vitalidad.

Luis Britto García gana en 1970 el Premio Casa de las Américas con *Rajatabla*, del cual Eduardo Galeano afirma que "sobresale por la destreza técnica, la eficacia del estilo, la audacia de los propósitos, la asociación hábil de ideas y de anécdotas, la lucidez penetrante, el poder de la fantasía, la capacidad de síntesis y, sobre todo, por su victoriosa manera de arrojar ácido al rostro de una civilización ultramoderna". En 1979 obtiene la misma distinción internacional con su novela *Abrapalabra*, a la cual Salvador Garmendia considera "una proeza literaria". En narrativa ha publicado además *Los fugitivos*, *Vela de armas*, *La orgía imaginaria*, *Me río del mundo*, *Pirata*, *Golpe de gracia*, *Andanada*, *Pare de sufrir* y *Arca*, hitos de una producción comprometida y fecunda que sobrepasa los setenta títulos entre cuento, novela, teatro, guion cinematográfico, humor, dibujo, ensayo literario, crítica de la cultura y de las contraculturas, historia, estudios jurídicos y estudios sobre ciencias sociales y del lenguaje.

9 789801 440017

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 · 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR